George Ticknor.

SUUM CUIQUE.

Accessions 115279

Shelf No. G. 155. 15

Vol. 1

BEQUEATHED BY

George Ticknor.

Rec.d Apr. 26.th 1871.

Catalogued
Brodrick 130

Odes omits p. 8, 12, 14, 15, 16, 20, 23, 51 Refer to they point missing, and. He does, however insert a few from the Epitaphs, Cantata &c

ROMANCERO

DE ROMANCES

CABALLERESCOS É HISTÓRICOS

ANTERIORES AL SIGLO XVIII,

que contiene los de Amor, los de la Tabla Redonda, los de Carlo Magno y los Doce Pares, los de Bernardo del Carpio, del Cid Campeador, de los Infantes de Lara, &c.

ORDENADO Y RECOPILADO

por D. Agustin Duran.

PARTE I.

MADRID:
IMPRENTA DE DON EUSEBIO AGUADO,
1832.

D.155
.15
vol.1

115279
B.J.

ADVERTENCIA.

Para la formacion de este Romancero, que consta de dos volúmenes, me he valido de los siguientes libros.

1.° *Cancionero General, recopilado por* Fernando del Castillo. Edicion gótica en folio. Valencia del Cid 1511.

2.° *Cancionero de Romances en que estan recopilados la mayor parte de los Romances castellanos que hasta agora se han compuesto.* 16.° Amberes 1555. (1)

3.° *Floresta de varios romances sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los doce Pares de Francia, agora nuevamente corregidos por* Damian Lopez de Tortajada. 16.° Valencia, sin año;

(1) Los romances contenidos en este Romancero raro y apreciable, nunca estuvieron ni impresos ni manuscritos, hasta que el editor los recogió de boca de las gentes que los conservaban por tradicion. Es tambien la primera coleccion de romances populares, pues los pocos que hay en los Cancioneros Generales son de poetas del siglo XV, cuando los de aquel conservan vestigios de ser mucho mas antiguos.

pero parece edicion de fines del siglo XVII, ó principios del XVIII. (1)

4.° *Silva de varios Romances: agora de nuevo recopilados los mejores Romances de los tres libros de Silva y añadidos los de la Liga. En esta última impresion van añadidos el de la muerte del Rey Felipe II. etc.* 16.° Barcelona 1696.

5.° *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la Crónica de España, por* Lorenzo de Sepúlveda, *vecino de Sevilla. Van añadidos de muchos nunca vistos, compuestos por* un Caballero Cesareo, *cuyo nombre se guarda para mayores cosas.* 16.° Amberes 1566. (2)

6.° *Flor de varios y nuevos romances, primera y segunda parte, ahora nuevamente recopilados y puestos en orden por* Andrés de Villalta, *natural de*

---

(1) Este libro contiene muchos romances de los que hay en el Cancionero de Romances, pero con leccion mas moderna y reformados en el lenguage y terminacion de las palabras, de tal manera que desapareceria casi todo vestigio de antigüedad, si no conservasen siempre el giro de la frase y de la narracion antigua.

(2) De este libro solo se han tomado los romances mas precisos para llenar algunos huecos en las respectivas historias, pues ademas de ser muy malos considerados poëticamente, carecen de interés para la historia del arte.

Valencia. Añadióse ahora nuevamente la tercera parte por Felipe Mey, *mercader de libros.* 16.° Valencia 1593. (1)

7.° *Romancero General en que se contienen todos los romances que andan impresos, etc.* 4.° Madrid 1604.

8.° *Id. id. ahora nuevamente añadido y enmendado por* Pedro Flores. 4.° Madrid 1614. (2)

9.° *Segunda parte del Romancero General y Flor de diversa Poesía recopilado por* Miguel de Madrigal. 4.° Valladolid 1605.

10.° *Romancero é Historia del muy valeroso Caballero el Cid Ruy Diaz de Vivar, en lenguage antiguo, recopilado por* Juan de Escobar. 16.° Cadiz 1702. (3)

---

(1) La primera parte de este libro, con la segunda que recopiló Pedro Moncayo *(vid. núm.* 6.°*)*, se hallan reimpresas casi á la letra en la primera y segunda parte del Romancero General. Algunos de la tercera parte recopilada por Mey se hallan incluidos en la correspondiente del mismo.

(2) Es una reimpresion del anterior de 1604.

(3) La primera edicion de este Romancero se hizo en 12.° Lisboa 1615, despues se han hecho varias reimpresiones tanto en España, como en Francia, Inglaterra y Alemania. En esta última se publicó una muy añadida por D. Juan Muller. 12.° Frankfort 1829.

11.° *Una Coleccion de romances españoles recopilados y arreglados por* Ch. B. Depping. 12.° Altemburg 1817.

12.° *Floresta de Rimas antiguas Castellanas, ordenada por* Don Juan Nicolás Böhl de Faber, *de la Real Academia Española. Tomo primero*, 8.° marca mayor. Hamburgo 1821. (1)

---

(1) Consta esta preciosa coleccion de tres volúmenes bien impresos y con mucho esmero. Contiene lo mas raro y selecto de nuestra poesía, y lo mas á propósito para la historia del arte. Los eruditos y sabios españoles no podrán menos de admirar y apreciar el distinguido mérito de un estrangero que ha reunido tanta multitud de obras raras y hecho de ellas un uso tan noble como es haber dado á conocer nuestra literatura antigua á los estraños y aun á los propios que acaso ignoraban la existencia de tanta riqueza como ha descubierto.

DISCURSO PRELIMINAR.

El amor á las cosas de mi patria me ha sostenido hasta el fin en la empresa, tan útil para el público, como árdua, dificil y poco brillante para mí, de coleccionar los Romanceros que llevo publicados. Teniendo que transigir con una generacion educada y reglamentada por la crítica y la filosofía del siglo XVIII, no quise hacer una obra meramente erudita, y así empecé mis tareas por las galas de los Romances moriscos, antes que por las sencillas y rústicas narraciones de los caballerescos é históricos que ahora publico. Redactando nuestros antiguos romances, he procurado presentarlos como propios para el estudio filosófico de la historia del arte, de los progresos de la lengua, del caracter de nuestra poesía original, y del de la nacion á que pertenece. Si acabo pues mi tarea por donde debió empezarse, ha sido con el fin de darla un punto de vista que halague la imaginacion de los lectores, que excite la pública curiosidad, y que ofreciendo rosas antes que espinas, no rechaze los ánimos ni los retraiga de la lectura. Es muy facil salvar el corto inconveniente que resulta de mi sistema, colocando los Romanceros en un orden inverso á su publicacion. (*)

(*) Al fin de cada uno constan las fuentes de donde lo he coleccionado, y segun las indicaciones que hago en este discurso con facilidad se alcanzará el orden posible cronológico que deberia darse á mi obra.

En las advertencias y prólogos puestos al frente de cada uno de los que preceden, he manifestado mis ideas sobre el género de poesía que contienen, y ahora me parece oportuno exponer mis conjeturas sobre el origen y antigüedad de nuestros romances, y acerca de los libros de Caballería donde algunos han tomado su peculiar caracter.

Escéptico y tolerante en materias opinables: nada ambicioso de gloria literaria, y tan poco seguro del acierto mio como del de los demas, diré no obstante lo que me parece, sin aspirar á erigirme déspota en el imperio de la razon adoptando el intolerable dogmatismo con que los sabios preciados de serlo llenan de espinas, por su severa acrimonia, la senda de la literatura y del saber. Así en estas materias como en las que versan sobre la razon del gusto, se halla la verdad en un continuo problema, que no es posible resolver por falta de datos suficientes para ello; datos que á veces quien mas presume poseerlos mas se equivoca. El convencimiento íntimo de tenerlos todos, sostenido por el amor propio, impide conocer y buscar los que faltan, y dando márgen á una intolerancia insoportable, produce amargas disputas que convierten el templo de Minerva en crudo campo de batalla.

Despues de tan franca é ingenua confesion sobre mi continua incertidumbre en materias opinables, sin temor ni voluntad de ofender á nadie, espondré lo que me parece acerca de cuán probable es que el Romance antiguo castellano haya sido la primitiva combinacion métrica adoptada por nuestros antepasados para conservar la memoria de sus sentimientos, sus fastos, sus fábulas, y de su modo social de existir.

Dificil, si no imposible, es determinar cuándo las lenguas modernas, emancipándose de la Latina, se vulgarizaron y constituyeron con formas esencialmente distintas de las de aquella. Observando empero la marcha de la naturaleza y de la necesidad en ocasiones semejantes, puede presumirse algo sobre el modo y tiempo de su formacion. Esta empezaria con la conquista del imperio del Occidente por las na-

ciones bárbaras del Norte. Desde entonces la lengua Latina vulgar comenzó sin duda á decaer, degenerar y adulterarse, cediendo en su construccion dificil y complicada á la ruda inteligencia de los conquistadores (*vid. nota* 2). Corrompida desde luego en las palabras, adoptó tambien la sencilla sintaxis de las lenguas bárbaras del Norte, y perdió la prosodia rica y sonora propia de los idiomas de origen oriental.

Creáronse las lenguas Rústicas (1) corrompiendo la pronunciacion latina, alterando el sonido de las letras, y formando sus nombres substanciales, cualificativos, y aun sus verbos ya solo de las raices (2) ó ya de las desinencias de algun caso ó tiempo correspondiente á la lengua madre (3). La diferencia constante y mas esencial entre las lenguas modernas de origen latino y este idioma, consiste: 1.º en haber aquellas suprimido la declinacion del nombre: 2.º en haber usado la anteposicion de partículas para distinguir los casos: 3.º en que adoptaron artículos determinativos del género y las relaciones; y 4.º en haber suplido la conjugacion directa de la voz pasiva con la union del auxiliar al participio pasado de los verbos.

Reparable es que en todas estas lenguas (4) se encuentra una pronunciacion mas abierta, mas semejante á la originaria y menos contraida, cuanto mas al Mediodia se acercan los pueblos que las hablan, probándose así cuánto influye el clima sobre los órganos bocales, guturales y auditivos. Esceptúase empero la lengua Provenzal, que para su construccion adoptó solo las raices latinas; por lo cual, y por haber sido formada la primera, sirvió de paso intermedio á las demas. Tanto unas como otras fueron antes que verdaderas lenguas unas jergas informes creadas al modo de las que hoy llamamos *Algarabías* ó *Francas*, y que sirven para comunicarse los pueblos que hablan diferentes idiomas.

Formáronse en España, como en otras partes, varias de estas jergas ó lenguas Rústicas, y entre ellas sin duda la que cultivada y perfeccionada constituyó la hoy dominante, á saber, la Castellana. Hija como aquellas de la necesidad, ruda

é incompleta al principio como todas, solo pudo emplearse para entablar las mas indispensables comunicaciones entre conquistadores y conquistados. Corrompidos estos, no tuvieron mas fuerza para conservar su idioma que para defender sus hogares, y bárbaros aquellos, ni quisieron ni pudieron estudiar un idioma, que fuera de ser complicado y dificil, tenia contra sí la prevencion de pertenecer á un pueblo vencido y degradado. No acomodándose pues los unos á luchar con las dificultades del idioma Latino, ni los otros á la rudeza y pobreza de las lenguas del Norte, resultó en cada pais el triunfo final de la lengua Rústica que mas cultivada y estendida se hallaba, y con él la ruina no solo de sus iguales, sino la de las que les sirvieron de elementos.

Ningun monumento nos queda anterior á la invasion de los moros escrito en la lengua Rústica (5), que luego perfecta se llamó Castellana; pero los antiguos Romances narrativos que nos restan, aunque muy posteriores á dicha época, y modernizados ó alterados por la tradicion oral, conservan todavía un lenguage tan rudo y una construccion tan bárbara, que deja inferir cuán informe y desaliñada sería la lengua empleada en composiciones anteriores á ellos.

Inutil é imposible de averiguar sería si los pueblos primitivos, despues de descubiertos los alfabetos, los emplearon en escribir poemas antes que crónicas, ó versos antes que prosa; mas lo cierto es, que todas ó casi todas las tradiciones civiles y religiosas sobre el origen de las sociedades se nos han conservado en un lenguage métrico, porque siendo este un instrumento muy á propósito para imprimir facilmente en la memoria lo que se queria encomendarla, debió suplir al arte de la escritura mientras fue ignorado ó poco comun (6). Cadencia y armonía, y por consiguiente versificacion y canto, he aquí los primeros recursos de los pueblos para transmitir á la posteridad los signos orales, que esplicaban los monumentos groseros levantados en las primeras épocas de la sociedad, y para conservar sus tradiciones ínterin no se hallaron los signos alfabéticos. La invencion de estos es claro se aplicaria antes de todo á escribir las obras en verso

encomendadas á la memoria, cuya importancia era tanto mayor, cuanto en ellas habian depositado y coordinado los hombres lo que sabian sobre su historia, su religion, sus leyes civiles y morales, y aun sobre sus artes y ciencias imperfectas y nacientes.

Los lenguages primitivos son siempre respectivamente mas sonoros y armónicos que los secundarios creados en cada pais; pero como la influencia de los climas es tan poderosa en la delicadeza de los órganos, y en particular en los de la pronunciacion y el oido, los idiomas orientales sobrepujan mucho á los del Norte en dichas cualidades. Fundados los primitivos en la imitacion directa de los sonidos naturales, por necesidad han de abundar en armonía imitativa. El estampido del trueno, el ruido de los torrentes, el blando susurro de los arroyuelos, el dulce canto de las aves, el rugido de los leones, tales serian los primeros sonidos imitados por el hombre para comunicar con otro las impresiones que recibia y las necesidades que esperimentaba. Las lenguas salvages están llenas de sonidos prolongados mas bien que articulados, y parecen mas propias para conmover la imaginacion pintando, que para hablar al entendimiento definiendo. No sería pues estraño que los pueblos primitivos, segun la mayor ó menor benignidad del clima que habitaban, hallasen desde luego el lenguage métrico con que en varios poemas nos han transmitido sus tradiciones. ¿Quién sabe si existió alguna época social en ciertos paises, donde bajo el influjo casi esclusivo de la imaginacion y de un lenguage armónico y sonoro fue mas facil ser poeta que orador? Si esta época existió alguna vez, debió cesar á medida que progresaba la sociedad, y cuando aumentándose las ideas con las necesidades se desenvolvia mayor masa de inteligencia, y los hombres se vieron en la precision de crear voces para espresar ideas abstractas, cuyo perfecto analisis exigia sacrificar la armonía imitativa á la exactitud y al método.

Hijas y descendientes de la Latina son la mayor parte de las lenguas modernas, pero como imitaron sonidos de palabras y no directamente los naturales, y perdieron así la

prosodia rica y sonora de la original, carecen del ritmo y cadencia que aquella empleaba en la versificacion. A falta pues de prosodia, los idiomas modernos han tenido que adaptar á la poesía y al canto un sistema métrico que funda sus recursos armonicos, no en la medida y tiempos de la pronunciacion, sino en el número determinado de sílabas, en las combinaciones de cierto ritmo periódico, y en el arte de colocar los acentos y apoyaturas (7). Tales son en general las bases del sistema métrico moderno, tan esencialmente distinto del antiguo (8).

Así en España como en toda la Europa, despues de la conquista Goda se establecieron varias jergas ó dialectos rústicos que, con las lenguas nativas anteriores y posteriores á la dominacion Romana, acrecentaron el número de las que habia en cada pais (*vid. nota 4*). Tanta multitud de lenguas debió producir grave confusion, y esta contribuiria no poco á prolongar la existencia del Latin como necesario para entenderse y comunicarse las poblaciones y provincias que adoptaron distintos idiomas ó dialectos. Despues de invadida nuestra península por los Árabes, la lengua de los nuevos conquistadores se hizo vulgar, y en los paises que dominaron largo tiempo acabó con todas las que se hablaban antes, inclusa la Latina. No sucedió lo mismo en las comarcas donde no alcanzó el dominio Árabe, ó fue poco duradero, pues allí se conservaron y perfeccionaron los respectivos dialectos que existian (9). Entre ellos distinguiremos, por su conexion con el asunto del presente discurso, el lenguage Rústico de los Astures, que estendiéndose y cultivándose despues con la reconquista de la patria, llegó á ser la lengua dominante en España.

Ante la civilizacion de los Árabes cayeron los restos de la Romana, y dejando el Latin de ser lengua viva, solo se empleó ya en escribir las leyes, los actos públicos y las obras sabias. Por esta causa no nos queda documento alguno perteneciente á época muy remota escrito en el dialecto Asturiano, pues aunque se estendia rápidamente con los continuos triunfos de las armas cristianas, no debia ser aún bas-

tante perfecto ni exacto para poderse emplear en las escrituras, contratos y codigos legislativos.

El Poema del Cid, la traduccion del Fuero Juzgo (10), las Partidas, y las coplas de Don Alfonso el Sabio, son los monumentos escritos mas remotos que nos pueden mostrar el estado de la lengua Castellana á fines del siglo XII y á principios y mediados del XIII. La gala y soltura con que se ostenta en los dos últimos documentos, es una prueba clara de lo mucho que se habria egercitado antes de llegar al punto de flexibilidad y perfeccion en que allí la vemos, porque es imposible se hallase tan bien formada y completa sin haberla cultivado de antemano el vulgo y los sabios en componer, si no en escribir, obras muy anteriores á las mencionadas. No puede decirse con seguridad si estas obras anteriores, esceptuando el Poema del Cid, se compusieron en prosa ó en metro; mas yo me persuado lo último, pues debiéndose fiar á la memoria sin escribirse, mal se conseguiria el objeto de conservarlas, á no adoptarse los medios oportunos. Mis conjeturas se apoyan ademas en que el lenguage de las Partidas esmerado, noble y correcto posee ya la flexibilidad, armonía y aptitud para la buena prosa, que solo adquieren las lenguas despues de haber sido manejadas con los giros y transposiciones á que obliga la versificacion.

El desaliño y rudeza en la frase, la falta de consecuencia gramatical y de enlace entre las ideas, y la versificacion embarazada que se observa en el Poema del Cid, me inducen á considerarle como un escalon intermedio entre el dialecto Rústico de los Asturianos, y la lengua Castellana del siglo XIII. No dudaré pues en tenerle por obra compuesta en el XII por un erudito del tiempo, que intentó, aunque infelizmente segun se deja ver, imitar los versos latinos. En una palabra, yo veo en este Poema (11) un paso progresivo de la lengua muy anterior al Fuero Juzgo y á las Partidas; mas atendiendo á su artificio y tendencia á imitar modelos desconocidos entre la gente rústica, no puedo suponerle ni la primera produccion poética en el idioma vulgar, ni considerarle como la poesía del pueblo. En igual caso, pero con ma-

yor motivo, se hallan respecto á este último punto otros poemas posteriores, tales como el del Alejandro, los de Berceo, del Arcipreste de Hita, y varios que pertenecen tambien á una escuela imitadora de las formas latinas ó de las reminiscencias que dejaron.

Si observamos ademas la marcha lenta de la naturaleza hácia la perfeccion, hallaremos que, á pesar del estilo y lenguage imperfecto del Poema del Cid, no lo es tanto que pueda suponerse haber llegado al punto de cultura en que allí lo vemos, sin haber sido precedido de ensayos continuos y anteriores, menos estudiados y artificiosos, y mas á propósito para imprimirse en la memoria.

Como el Poema del Cid y demas de su escuela carecen de dotes propias á la poesía popular, en otro género mas facil, natural, sencillo y remoto debemos buscar el tipo originario de ella. Digo mas remoto, pues sería absurdo creer que desde el punto en que dejó el latin de ser lengua viva hasta el siglo XII, careció el pueblo de cantos amorosos y guerreros, y de himnos religiosos compuestos en lengua comun, donde conservase oralmente á lo menos sus sentimientos, fábulas é historias. Pudiérase pues inferir que la lengua Castellana y la poesía del pueblo empezaron á progresar séria y constantemente desde mediados del siglo VIII, cuando los Españoles independientes refugiados en las Asturias iban formando un poder compacto, y una verdadera monarquía. En el tiempo que media desde la invasion Árabe al siglo IX se alzaron varios imperios cristianos en la península, y entre ellos crecia y se consolidaba el Reino de Leon regido por Alfonso II, llamado el Casto. Entre sus vasallos fue donde llegó á cultivarse, generalizarse y establecerse el dialecto Rústico (*), que despues con nombre de Castellano dominó en España triunfando de los primitivos, como el Vascuence, y de los secundarios como el Lemosino y el Gallego, que ya solo se hablan por el vulgo en ciertas y determinadas comarcas (*vid. nota* 5).

(*) Véase el Apéndice puesto al fin de las notas.

El trato y comunicacion que los Catalanes y Aragoneses sostenian con Francia é Italia, y el haber aquellos adoptado la lengua Provenzal, que como anterior y precursora de las otras Rústicas se perfeccionó antes que ellas, fue causa de que dichos pueblos anticipasen su civilizacion á la de los Asturianos, que circuidos por inaccesibles montañas podian apenas salvar los límites estrechos de su imperio, sin establecerlos en las puntas de sus espadas, y á costa de mucha sangre derramada en crueles batallas contra los Moros usurpadores del suelo Español (12). Sin embargo en el reinado de Alfonso el Casto empiezan á brillar algunos destellos de cultura social. Ya los valientes Astures respiraban entre fronteras mas dilatadas; era su monarquía mas regular y fuerte, é iban dejando con los temores el odio concentrado que al principio fue causa de repeler todo trato amistoso con los Arabes, y de rechazar las luces, las artes y la civilizacion que trageron á España. Entonces fue cuando el entusiasmo de la gloria se substituyó con ventajas al valor ciego, hijo de la necesidad de ofender y defenderse. Los caudillos que conducian las huestes Cristianas al campo del honor volvieron á sus hogares cargados de botin y de objetos de lujo conquistados al enemigo. En accion de gracias al Dios de las batallas empleaban sus riquezas en edificar templos y en dotar iglesias, ocupando las artes, aún imperfectas, en levantar monumentos de gratitud al Ser Supremo y protector que les atribuia la victoria. Por este tiempo era ya el Latin casi desconocido, y la lengua vulgar no podia permanecer mas ociosa que las artes, siendo muy probable que mientras éstas se ocupaban en el ornato de los templos, aquella la empleasen los soldados y el pueblo para cantar sus sentimientos, celebrar sus caudillos, aplaudir sus triunfos, y conservar la memoria de sus hazañas en un lenguage métrico. Cuales fuesen estas canciones no puede decirse: ninguna ha llegado hasta nosotros; pero puede afirmarse su existencia deduciéndola del orden natural y de la necesidad de las cosas. Atendiendo empero al caracter, índole, construccion y estado en que se halla el mas antiguo lenguage

cuyos vestigios nos quedan, y comparándole con el dialecto Bable que aún conservan los Asturianos, presumo que los cantos primitivos se construirian en versos cortos, donde la intonacion supliese al número exacto de sílabas, y la libertad de apoyarlas ó abreviarlas al pronunciarlas, á la falta de ritmo y verdaderos consonantes. Si la necesidad de estos medios supletorios á un sistema completo y fijo de versificacion se conoce leyendo los poemas del Alejandro, los de Berceo y los del Arcipreste de Hita, compuestos por hombres del arte, ¿con cuánto mas motivo se hallará en los Romances populares caballerescos é históricos que tenemos y son hechuras de gente rústica y lega, los cuales si no me atrevo á colocarlos en época tan remota como la del nacimiento de nuestra poesía, creo al menos que conservan vestigios de la primitiva forma con que se concibió entre nosotros la versificacion? En ellos, si no las palabras (13), se ha conservado la construccion y cadencia que debió tener la lengua rústica Asturiana, y tiene aún en mucha parte el dialecto que se habla por los habitantes de aquel pais. Aunque sin medios positivos para probarlo, remitiéndome á la impresion que me causan y á la rudeza que existe en algunos trozos de romances caballerescos é históricos, estoy bien persuadido á que pertenecen á otros mas antiguos, intercalados en los mas modernos.

Entre las combinaciones métricas anteriores al siglo XVI que se encuentran en la poesía Castellana, ninguna es mas facil, natural y acomodada al caracter de la lengua, y al género narrativo, que la del romance comun octosílabo. Su constante é inalterable medida, su corte de periodos, y su sintaxis primordial, se encuentran mas que cualquier otro género de metro en la conversacion y en la prosa, sin necesidad de descomponer ni interrumpir la frase. Estas cualidades le hacen muy á propósito para imprimirse en la memoria, pues como su consonancia ó asonancia es siempre la misma en cada uno, é igual la distancia en que se colocan, la primera llama á la segunda, y ésta á las sucesivas, casi sin esfuerzo alguno. Ademas, el ritmo monótono del ro-

mance parece indica y provoca el canto que se le ha aplicado, tan propio á las danzas pausadas del pais donde nació, que aún se conserva, el solo, inalterable entre las variaciones infinitas que experimentan cada dia las demas canciones del pueblo fundadas en combinaciones métricas mas artificiosas (14). En una palabra, nuestro Romance, tal como es y ha sido, es tan esclusivamente propio de la poesía Castellana, que no se encuentra en ninguna otra lengua ni dialecto que se hable en Europa (15).

Segun se infiere de lo dicho, la forma del Romance es tan facil, sencilla, natural y acomodada á nuestro idioma, que hasta el hombre mas rústico é iletrado, sin un grande esfuerzo de imaginacion, podria componer las informes é inconexas narraciones con que se han conservado las fábulas, historias y tradicion popular que en ellos se contienen. Aun en el dia, despues de haber adquirido el Romance una perfeccion que le hace apto á todo género de tonos, está sometido al dominio del pueblo, tanto como al de los sabios. Todos los componen, los ciegos los cantan por las plazas, el vulgo entusiasmado y absorto los escucha, los críticos y los sabios á su pesar y como por instinto les rinden tributo cuando se dejan arrebatar por la pasion bien sentida, que pierde de su fuego y calor ante las trabas de un artificio complicado: en fin el Romance ha atravesado las edades y las generaciones con tanto aplauso, que quizá no hay un solo español, aun entre los mismos que por fácil le desdeñan, que no haya cantado amores, hazañas, guerras, valentías ó fábulas en esta clase de combinacion métrica (16). Considerando pues todas las cualidades del Romance, no será muy temerario conjeturar que fue la primitiva forma métrica que despues de la conquista Árabe y el olvido de la lengua Latina tomó nuestra poesía Castellana, aunque las primeras noticias que hallamos de esta clase de composicion no sean mas antiguas que la Crónica general de España y los tiempos de Fernando III, el cual segun Zúñiga llevó á la conquista de Sevilla un poeta conocido con el nombre de Nicolás de los Romances (17).

¿Pues cómo han llegado á nosotros códices anteriores al siglo XV con una multitud de versos cortos variamente combinados (18) y no se ve entre ellos romance alguno? ¿Por qué hay tan pocos de amor (19) y menos históricos ni caballerescos en la multitud de Cancioneros generales y particulares que se imprimieron antes de acabarse el primer tercio del siglo XVI, y estos de autores tan conocidos como la corte de Juan II donde florecian? Por lo mismo que los Romances eran la poesía del vulgo y se conservaban de memoria sin ser Epopeyas capitales, no se escribieron hasta que el vulgo supo escribir, es decir, hasta mucho despues que hubo imprenta. Así entre los Griegos que carecieron de este medio, no se han conservado originalmente los cuentos y cantos populares que sirvieron de base á los Poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero, cuyos sublimes ingenios con sus grandes epopeyas hicieron olvidar las inartificiosas y sencillas narraciones que les suministraron materiales é ideas para sus poemas. Nosotros en verdad no tuvimos la fortuna de poseer Homeros ni Hesiodos, porque nuestros poetas de profesion, descendientes de una sociedad vieja y degradada, y productos de una civilizacion corrompida que se renovaba por medio de otra aún semisalvage, carecian del vigor y lozanía propios de los pueblos nuevos y robustos. Por esto gustaban mas de un artificio afectado que de la sublime sencillez que inspira la naturaleza á los hombres cuando no tienen otro modelo de imitacion sino los objetos que ella directamente les presenta. Siendo nuestros poetas de la edad media incapaces por esta causa de producir las grandes y bellas creaciones que caracterizan el ingenio robusto y alzado de los pueblos nuevos, se dedicaron á componer obras complicadas, en las cuales pretendian distinguirse del vulgo, proponiéndose vencer dificultades hijas de la ingeniosidad y sutileza, pero no creadas ni procedentes de la grandeza natural de los objetos que cantaron. Así el Romance, que como poesía del pueblo, era rudo é inartificioso, quedó bajo el dominio de los Juglares, y desdeñado de la gente cortesana; pero á pesar de todo, y de no haber salido de tan

limitada esfera, sirvió largo tiempo de libro de memoria donde el pueblo aprendia cuanto le era permitido saber, mientras no pudo adquirir, como los ricos, códices lujosos de hazañas caballerescas, de poesías provenzales y de poetas italianos. Los literatos ricos que adquirian estos códices, en vez de dedicarse á cultivar y perfeccionar la poesía nacional produciendo obras originales, pensaban adelantar mucho con imitar la literatura estraña en ellos contenida. He aquí la causa por que las poesías del siglo XV, imitaciones del Dante y Petrarca, interesan como documentos de los progresos del arte; pero no pintan, como los romances populares anteriores y contemporáneos, los cuadros que caracterizan la civilizacion Española durante los primeros siglos en que luchaba para recomponer su sistema social. Muchos de los caballerescos é históricos entresacados del Cancionero de romances é incluidos en mi coleccion (20) servirán para dar probabilidad á mis conjeturas sobre que su combinacion métrica debió ser la primera forma de la poesía castellana.

Acostumbrándose un poco á su estilo áspero é inconexo, no es posible leer algunos trozos allí contenidos sin admirar cierta naturalidad y sencillez, cierta interesante ternura, y á veces hasta cierta especie de candor Homérico que se descubre en ellos. ¿Quien verá con indiferencia el Romance de la Infantina, el de Don Duardos, el de Rosa Florida, algunos de los Infantes de Lara, y otros muchos que no cito? Verdad es que carecen casi todos del lujo y brillo de una imaginacion rica y abundante; pero allí se ven retratadas, aun mejor que en la historia, las costumbres, las creencias, las supersticiones de nuestros mayores, y la idealidad con que el pueblo concebia el heroismo, la lealtad y el valor: allí se ve tambien el modo esencial y original de existir propio de aquella sociedad, con los progresos y retrocesos que esperimentaba la civilizacion segun las vicisitudes y circunstancias de cada época (21). Cuantos pretendan estudiar profunda y filosóficamente el caracter de nuestra historia y los progresos de nuestra lengua, es preciso que á vueltas del placer se sometan al fastidio consi-

guiente á la lectura de unas composiciones donde solo como relámpagos fugaces se vislumbra á veces un rayo de inspiracion, casi siempre ahogado por las dificultades que le opone una lengua todavía indocil á espresar consecuentemente y con enlace las ideas. Las buenas cualidades y defectos de tales composiciones me han persuadido, como ya he dicho, á que el Romance octosilabo es la primera forma que adoptó entre nosotros la poesía popular (22); y aunque ninguno de los que nos restan sea en su totalidad anterior al siglo XIV, así en ellos como en varios del XV creo hallar vestigios y trozos proverbiales de otros mas antiguos (23).

Habiendo espuesto ya mis conjeturas sobre el caracter y antigüedad del Romance primitivo, falta todavía decir algo respecto á las fuentes de donde los caballerescos tomaron la parte fantástica, que unida en los históricos con los colores característicos y locales del pais, han producido en los siglos XVI y XVII un sistema poético peculiar á nuestra nacion.

Los libros y Poemas caballerescos representan la idealidad poética, las costumbres aventureras y feudales, y la mitología ó sistema de lo maravilloso que aparece en los siglos medios, así como los poemas de Orfeo, Hesiodo y Homero las de los primitivos Griegos. Tanto en unos como en otros se descubren ya pruebas de unas sociedades organizadas, que segun su respectivo sistema, tienden á perfeccionarse de un modo progresivo y ascendente sobre las bases religiosas, políticas y civiles que las constituyeron. Si los ingleses Thelesino y Melchino, segun supone Huet, escribieron, el uno la crónica casi contemporanea de Artús, y el otro la de la Tabla redonda, pudiera afirmarse que los primeros vestigios del espíritu caballeresco, que hubo escritos, ascienden al siglo VI. Fue generalizándose este espíritu hasta producir los tiempos Feudales, donde se completó un sistema político fundado en bases que constituian á la caballería casi como una órden religiosa. En esta época llegó á su mayor altura, descendiendo despues á medida que el poder Monárquico sofocaba con la fuerza de las leyes

la insubordinacion Aristocrática, y emancipaba al pueblo de la arbitrariedad de los Grandes. A fines del siglo XVI, el espíritu caballeresco y el género fantástico de literatura que produjo habia decaido tanto, como preponderancia adquirian los intereses materiales sobre el entusiasmo y la imaginacion. La pluma del inmortal Cervantes acabó y puso fin á la obra del siglo, y desaparecieron ante su Quijote los amores místicos, las increibles hazañas, los encantamientos, los Amadises y Esplandianes; y acaso tambien acabára con los Carlomagnos, Roldanes, Reynaldos y los doce Pares, á no haberlos elevado un monumento eterno el Homero de Ferrara, cuyo talento sublime no pudo ser obscurecido por el espíritu de parodia y prosaismo del mayor ingenio conocido en Europa.

Aunque Thelesino y Melchino pusiesen mucho de suyo en las referidas Crónicas, es de imaginar hallasen ya creado el fundamento de sus fábulas en los hechos y tradiciones vulgares, donde siempre se encuentran los primeros vestigios de las creencias del pueblo (24), las cuales cuando no son productos de una religion revelada como el Cristianismo, reducidas á sistema por los Legisladores y Cuerpos sacerdotales, sirven de base á toda sociedad donde aquel no es el primer elemento (*). Estos sistemas cayendo despues bajo el dominio de la poesía y de los grandes ingenios que los revistieron de colores propios á exaltar la imaginacion, produjeron, amalgamándose con los cuentos populares, los sublimes poemas que han vencido al tiempo y las edades. Empezó la sociedad de los siglos medios á formarse sobre distintas bases que las antiguas, desde que los bárbaros del Norte se comunicaron con el mundo Romano y pudieron minar lentamente la que allí se hallaba establecida, pero que flaca y

(*) Los primeros patriarcas, los hebreos y los cristianos, únicamente han conservado puras las divinas revelaciones; los demas hombres las corrompieron hasta el punto de que todos sus sistemas religiosos son fábulas y errores, que disfrazan los principios sencillos de la moral natural. Los cristianos dejan la ficcion para la poesía; las ficciones son la religion de los pueblos infieles.

débil por su misma corrupcion, necesitaba ya reemplazarse por otra mas fuerte, joven y robusta. La creencia, fábulas y costumbres de los Celtas y Escandinavos se habian modificado por las tradiciones civiles y religiosas, que Odin ó Wodin introdujo en el Norte de Europa (25) antes que sus habitadores se desplomasen sobre el imperio de Occidente. La invasion del Norte por Odin y los Asiáticos se apoya en hechos históricos, y sin ella ú otra semejante no pudiera concebirse cómo se halló en Europa de repente un sistema de supersticion popular, y una mitología compuesta de tradiciones orientales unidas á las Germánicas y á las reminiscencias del Paganismo. No hay sistema alguno mitológico que haya sido producto de un solo hombre ó de un solo siglo. El Caballeresco, como todos, es un conjunto de ideas creadas en diversos tiempos, que se han transmitido modificándose á cada paso con el roce de intereses diversos, y de distintas idiosincrasias nacionales (26).

Cayó el imperio Romano y con él la Religion y literatura pagana; pero algunas reminiscencias de sus fábulas quedaron todavía, aunque despojadas del colorido y brillo sensual, que depuso en ellas la imaginacion risueña de los Griegos, y el caracter de la antigua civilizacion. La memoria de estas fábulas descompuestas y vestidas de mas severidad y menos riqueza, pudo servir de elementos á algunas ficciones caballerescas. ¿Por qué los recuerdos de un Hércules y un Teseo no habrán producido á Roldan y Reynaldos, y los de Medea y Calipso una Urganda y una Viviana (27)? La Serpiente Piton y la Hidra de Lerna ¿no serán ascendientes de las sierpes y dragones encantados? El de las Hespérides ¿no se parece al Jardin de Falerina? Si los Griegos y Romanos tenian Titanes y Polifemos, Gigantes descomunales y feroces hay entre los modernos: si aquellos poblaban de Magas la Tesalia, nosotros de Brujas llenamos los cementerios. Aquiles, todo invulnerable sino en la planta del pie, tiene su imitacion en Roldan y Ferragús, y las armas de Vulcano en el encantado yelmo de Mambrino y en la armadura de Argalía. ¿Como pues se desemeja tanto la idealidad poética de

la antigua y moderna civilizacion, á pesar de la analogía marcada que existe en la base de sus fábulas? Así como la Mitología Índica perdió en gran manera su misticismo exagerado y sus monstruosas representaciones de la Deidad al pasar entre los Egipcios, así la de estos dejó su severa y gigantesca rigidez, acomodándose á la brillante, risueña y apacible imaginacion que el clima y las anteriores costumbres inspiraron á los Griegos, y así tambien las fábulas de Hesiodo, Homero y Virgilio, glosadas por los pueblos del Norte y modificadas por sus tradiciones, se revistieron del caracter propio y peculiar que distingue los siglos medios. Diferentes hábitos, costumbres y existencias alteraron necesariamente el modo de considerar las cosas, y cambiando el espíritu, formas, idealidad y modo de concebir en poesía lo maravilloso, han producido un sistema acomodado á las nuevas bases sociales. Los Griegos y Romanos consideraban la especie humana bajo el imperio del fatalismo, y al hombre en general como un ser máquina sometido al inflexible destino. Su ídolo era la patria, á ella se sacrificaba toda individualidad: los mas fieros republicanos se tenian por mas esclavos de ella, y abdicaban todo interes personal ante el objeto de su culto. Este modo de sociedad formaba un centro de existencia comun y esterior que escluia la importancia del hombre como individuo, para atribuirla á un ente abstracto. Así es que la idealidad poética de la Cosmogomía griega se adapta muy poco á la espresion de los sentimientos íntimos é individuales que tanto preponderan en las sociedades modernas. En estas el espíritu aventurero y las costumbres de los pueblos del Norte, amalgamados con las tradiciones orientales y con la moral del Cristianismo, crearon una idealidad poética que se apoya en la importancia del hombre individual, en los sentimientos íntimos del alma, en la lucha de la voluntad con las pasiones, y en la propension á espiritualizarlo todo. La patria del Cristiano no es terrenal, y para conquistarla cuenta solo con la proteccion divina y con los esfuerzos personales é independientes que haga sobre sí mismo.

Los Griegos y los pueblos gentiles, que como los Romanos adoptaron el sistema político y religioso de aquéllos, fundaron su Cosmogomía en la personificacion alegórica de la naturaleza esterior, revistiendo sus fenómenos con bellas pero materiales formas, y así constituyeron sus goces y penas en el placer ó el dolor físico. Los modernos hallaron el fondo de su poesía, no en el colorido brillante de una imaginacion risueña, sino en el sentimiento íntimo del libre albedrío, en el combate de las pasiones, en la importancia y superioridad con que Dios levantó al hombre y al género humano sobre los seres de la creacion, y en fin en el deseo de la Patria mística que debe conquistar. Los hombres de la antigua sociedad derramaban sus pasiones, y como no luchaban contra ellas ni las comprimian, jamas formaron grandes contrastes morales: los de la moderna, combatiéndolas de continuo, las concentran en su interior, y cuando ya el corazon no basta á contenerlas, se abren paso desgarrándole, como el fuego de un volcan rompe las entrañas de la tierra, y lanza furioso enormes rocas sobre las columnas de humo que él mismo vomita. Tales son los estremos de donde parten la antigua y la moderna poesía, y entre ellos existe un número infinito de graduaciones que se suceden hasta llegar del uno al otro.

Las reminiscencias de los tiempos heróicos griegos, las tradiciones orientales, el sombrío y melancólico caracter de las ficciones Escandinavas, el espíritu aventurero de los Normandos, las costumbres feudales, el lujo de la imaginacion Árabe y los sentimientos espirituales de la doctrina Cristiana, han sido los elementos de la poesía que inventó los Artuses y Tristanes, los Roldanes y Oliveros, y los Palmerines y Amadises, preponderando en cada cual de estas fábulas caballerescas alguna de las cualidades que constituyen el compuesto de tantos medios poéticos de distinto origen.

Pero lo que mas caracteriza estas ficciones, es el espíritu vago y fantástico que domina en ellas. Productos de una imaginacion sin freno, colocadas en un mundo ideal y sin límites creado esclusivamente por ella y para ella, y tan

lejanas de la realidad como de la verdad prosáica, aparecen como una fantasma impalpable en medio de los aires, cuyas formas vagas no pueden fijarse ni comprenderse. Aunque en esta clase de ficciones se ve el espíritu general de los tiempos, pocas se distinguen bien por el color local y gráfico de cierto y determinado pais. Al considerarlas parece que el universo entero era gobernado y dominado por una sola idea, y que todos los paises del mundo estaban contiguos. Sin duda la falta de conocimientos geográficos é historicos daba libertad á los autores de libros caballerescos para colocar impunemente y sin escándalo la China á seis leguas de París, para hacer caminar un héroe en media hora millares de leguas, para crear islas é imperios que nunca existieron, y en fin para considerar un Soldan de Babilonia con los mismos habitos y costumbres que un galante y aventuroso caballero Normando. Siendo en este género de poesía todo vago y sin límites, se ven frecuentemente repetidas las mismas aventuras, y aplicadas á distintos héroes, sin que el entendimiento eche de ver inconsecuencia alguna, porque como en todos los caballeros prepondera casi un mismo sentimiento y una misma idea, nada se opone á que en sus acciones sean muy semejantes. Un espíritu poco mas ó menos igual dirige á los Tristanes y Lanzarotes, y respectivamente á los Roldanes y Oliveros, á saber, el entusiasmo religioso, el ferviente proselitismo, el aprecio de la fuerza regida mas bien por el sentimiento que contenida por las leyes, el culto hácia el bello sexo, la voluptuosidad disfrazada con colores místicos y platónicos, y en fin la confianza sin límites que cada caballero tenia en sus fuerzas y valor personal, que le hacia acometer impertérrito un egército numeroso y cien descomunales gigantes, sin dudar un punto de la victoria. ¿Quién se atreverá á comparar un Hércules por sus hazañas y su delicadeza en amor, con el valiente y amartelado Amadis? Aquél vence uno á uno los monstruos y tiranos de su patria, éste se presenta impávido ante un centenar de endriagos que destruye en un momento; Hércules conquista una corona de laurel, Amadis una sonrisa de su dama; el

uno depone su clava ciñéndose una rueca al lado de Onfale, al otro le conduce Amor sobre la Peña Pobre para espiar los desdenes de su amiga.

La Mitología griega conservando eterna juventud y lozanía, se sonrie á la imaginacion, y no tiene rival cuando trata de materializarlo todo. La de los siglos medios, melancólica y fantástica, que todo lo espiritualiza, templa algun tanto su lloroso semblante ó la intensidad de su pasion, con las ficciones orientales y árabes que ha adoptado. A par de los follones y mal intencionados gigantes, pone los nobles y generosos caballeros, defensores de la oprimida inocencia; junto á las obscuras cavernas de los magos, estan los jardines y palacios encantados de Alcina, y en ellos los deliciosos placeres. Tal caballero lo sacrifica hoy todo al amor, que mañana se ciñe el hábito de ermitaño y espía sus pecados al pie de un rústico altar, donde otro desdeñado de su dama ó atormentado de remordimientos acude á buscar los consuelos de la Religion. Yo no pondré en competencia los medios de una y otra poesía, pues si la caballeresca interesa mi corazon y mi alma por la mezcla que en ella se observa de sensualidad y ternura, de debilidad y de razon, de flaquezas y arrepentimientos, y de heroismo y supersticion, la de los Griegos con sus bellas y voluptuosas imágenes, y su ameno, rico y brillante colorido halaga mis sentidos y se sonrie dulcemente á mi enagenada fantasía. Si alguna vez llega tiempo en que no choque ó se tolere ver el mundo maravilloso de los Griegos antiguos mezclado con el de los siglos medios, como lo está con las ficciones orientales sin que se repare el anacronismo, lograremos tener un sistema poético que reuna todos los medios posibles de perfeccion, y entonces no nos repugnarán muchas de las ficciones del Dante y del Camoens, que ahora criticamos por inconvenientes.

Graves dudas hay sobre el orden sucesivo de las Crónicas y Poemas caballerescos; mas atendiendo al espíritu de cada seccion (*vid. nota* 26) yo pondria en primer lugar los de la conquista del Santo Grial, Artús y Tabla redonda, en seguida los de Turpin, Carlomagno y los doce Pares,

y por último los de los Amadises (28). En los primeros advierto menos lujo de imaginacion oriental, y que participan mas de la sensibilidad de los pueblos del Norte; prepondera en los segundos el espíritu religioso con la disciplina monacal, y el deseo de conquistar almas para el cielo, llevando los caballeros la ofensa y defensa en la punta de la espada, y en el yelmo las santas aguas del Bautismo, para dar eterna vida al vencido y moribundo enemigo, cuando quisiera convertirse; y advierto en fin en los últimos la tendencia metafísica de una civilizacion mas suave, de pasiones mas refinadas y espirituales, y el imperioso influjo del bello sexo sobre una sociedad no menos guerrera y generosa, pero mas culta y perfecta. Vanse marcando estas diferencias de una en otra gradualmente, por manera que parecen eslabones de una misma cadena, que enlazan otras tantas épocas de la sociedad desde la conquista de los bárbaros, á las peregrinaciones y cruzadas á la Tierra Santa, y desde estas al complemento de las ideas caballerescas alambicadas por la metafísica sutil, que el trato y roce con los Griegos modernos introdujo en el Occidente. Poco costará percibir esta graduacion de cualidades empezada en los Artuses, y concluida en los Amadises, y la reunion de todas ellas en el Orlando Furioso de Ariosto, producto grande y magnífico de la Poesía caballeresca, donde comienza á notarse la tendencia filosófica de los siglos posteriores, preparada por el genio burlesco y satírico que inspiró á Pulci su Morgante.

Así como las Crónicas de historia (29) tomaron y prestaron alternativamente asuntos á los romances que les pertenecen, tambien los Poemas y libros de caballería debieron suministrar materiales á los Caballerescos, que difundieron y vulgarizaron el espíritu suyo hasta entre las clases ínfimas del pueblo. Éste, enlazando las nuevas fábulas á las tradiciones de los héroes indígenos, adornó á Bernardo del Carpio y otros caudillos semi-históricos, semi-fabulosos, con cuantas virtudes y hazañas constituian el heroismo de aquellos tiempos. En esta clase de composiciones transpira el caracter grave, fiero y guerrero de los Españoles, á la par

tendencia melancólica y morosa, que por el lujo de imágenes y del colorido (33).

Yo considero á Lope, Góngora y sus contemporáneos como los primeros que comprendieron el destino de la poesía Castellana, y que abandonando la imitacion de modelos latinos é italianos, establecieron el verdadero Romanticismo español, tanto en la lírica como en la dramática. Así reunieron los elementos de la poesía popular, y crearon un sistema nuevo compuesto con la brillante imaginacion Árabe, con la sentimental y vehemente pasion de los Escandinavos, con la aventurosa y galante caballerosidad de los Normandos, con los profundos pensamientos del dogma y moral cristiana, y en fin con el espíritu noble, guerrero, generoso y grave de su nacion. Bajo el poderoso influjo de tan grandes ingenios, los versos cortos adquirieron toda la flexibilidad y dulzura que los distingue, y el Romance octosílabo la perfeccion que le hace apto para espresar digna y convenientemente toda clase de pensamientos, y para adaptarse á todo género de tonos, desde el mas trivial al mas sublime. Hasta Lope y Góngora los poetas doctos y eruditos, mas que originales, apenas descendian con desden á la poesía del pueblo, y la abandonaron á los que por dicterio llamaban ingenios legos. Los poetas de la escuela docta anteriores al siglo XVI, se propusieron por modelos esclusivos á los Provenzales, al Dante, y al Petrarca, y como todos los imitadores, estrecharon y anonadaron sus talentos ante los grandes originales que tenian á la vista. Por esto nuestra poesía del siglo XV no tiene la grandiosidad de la del Dante ni la delicadeza de la del Petrarca; pero en desquite abunda en sutilezas metafísicas, y en una afectada galantería que se opone á la enérgica, natural y sencilla espresion de las pasiones. Posteriormente desde el siglo XVI al XVII Boscan, Garcilaso, Herrera, Rioja, Leon, Villegas y los Argensolas dieron un grande impulso á la escuela docta, y la perfeccionaron aclimatando en España, ademas de los italianos, otros modelos mas sublimes. Horacio y Virgilio vinieron á habitar nuestro Parnaso con Anacreonte, y casi le limpia-

ron de las sutilezas con que le mancillaran los poetas de la corte de Juan II. Así modificada y ensalzada la escuela imitadora supera á la original en artificio, buen gusto, estilo, cultura y filosofía; pero la cede en estro, nacionalidad, riqueza de imágenes, abundancia de fantasía, y sobre todo en las galas de una invencion inagotable.

Cuantos hechos y raciocinios contiene este escrito me obligan á presumir:

1.° Que los primitivos ensayos de la poesía castellana vulgar debieron ser los Romances.

2.° Que á ellos debemos principalmente la conservacion de las tradiciones populares revestidas con el tipo y caracter nacional.

3.° Que nos marcan los diversos grados de cultura y modificaciones que segun los tiempos esperimentaba la sociedad.

Y 4.° que hasta fines del siglo XVI la poesía del pueblo, y por consiguiente el Romance, no formaron un sistema completo y uniforme capaz de llamar la atencion de los sabios para adoptarle ó combatirle.

Facil es que yo me equivoque en cuanto llevo espresado; pero á lo menos me lisonjeo de haber tratado la materia con alguna novedad, y de haber promovido cuestiones importantes, que otros mas sabios resolverán mejor, si quieren ó pueden. Si esto consigo, me doy por satisfecho del trabajo empleado en coleccionar los Romanceros que he publicado, y que presento en parte como modelos de buena poesía, y en parte como un medio filosófico de adquirir con su estudio muchos conocimientos acerca del caracter físico y moral que constituyó en nosotros la civilizacion de la edad media.

En este discurso, que versa en particular sobre la primitiva forma de la poesía castellana y los Romances á ella pertenecientes, pudiera estenderme á proponer mi juicio acerca de los demas ya publicados en los volúmenes anteriores; pero ademas de haber dicho algo en cada uno sobre las poesías que contiene, nada puede añadirse á lo que con tanto saber, buena doctrina, y gusto delicado ha escrito mi amado

amigo Don Manuel José Quintana en los bellos y perfectos resúmenes históricos de nuestra poesía, y en las escelentes notas críticas que ha insertado al frente y en el cuerpo de las dos secciones en que ha dividido su *Coleccion de poesías selectas castellanas, desde Juan de Mena á nuestros tiempos*, cuya segunda edicion acaba de publicar.

NOTAS.

(1) Así llamaremos las diferentes jergas que se formaron corrompiendo la prosodia, pronunciacion y sintaxis latina.

(2) La *Provenzal*. Así esta lengua como la *Francica* ó *Theotisca* existian ya á los principios de la monarquía Francesa. La primera debió nacer entre los Godos que ocuparon el Norte de España y el Mediodia de Francia: se encuentran ya vestigios y formacion de algunas palabras suyas en documentos latinos muy antiguos. Ademas de hallarse prevenido en varios Concilios que las predicaciones é instrucciones religiosas se hiciesen en las lenguas rústicas, ya en el siglo VII, segun Meyer, se sabe que el Obispo de Tournay y de Montmolin, electo por muerte de San Eloy, era hombre sabio así en el idioma Roman como en el Theotisco. El pueblo en el siglo VIII cuando cantaba las letanías respondia *ora pro nos*, suprimiendo la desinencia de *nobis*; y *tu lo juva*, anteponiendo la partícula provenzal *lo* al verbo, en vez del pronombre latino. En el documento del Rey Moro de Cohimbra que cito en la quinta nota, se encuentran voces enteramente provenzales, *é* por *et*; *esparte* por *esparce*; *pecten* ó *peiten* por *pectent* ó *pendant*, &c. Segun Luit Prand, ya en el año de 728 se contaban el Catalan y el Valenciano por lenguas establecidas en España, y por consiguiente creadas antes de la conquista de los Arabes. Esto hace probable la conjetura de haber nacido la lengua Provenzal entre los Godos que ocuparon el Mediodia de la Francia. Quien pretenda enterarse mas á fondo de esta materia, puede consultar á Raynouard en el tomo I de las poesías selectas originales de los Trovadores.

(3) La Castellana, Italiana y Francesa.

(4) Se las distinguió por la partícula afirmativa de cada una, llamando á la Provenzal lengua de *Oc;* de *Oui* á la Walona, despues Francesa; de *Si* á la Castellana, Italiana y Portuguesa; y de *Ya* á la Teutónica.

(5) Antes de la invasion Goda se hablaban en España las lenguas Cantábrica, Fenicia, Griega, Hebrea, Caldea, Latina y Celtibérica. Vulgarizada despues la Arábiga sustituyó á las demas, acabando con ellas en los paises dominados largo tiempo por los moros, y en los que no, preponderaron las que existian antes. Todas las espresadas lenguas prestaron algunas voces y etimologías al Castellano, pero casi la totalidad de estas pertenece al Latin. Los Arabes tambien rindieron tributo al idioma de Virgilio y Ciceron, pues en las crónicas de Idacio Obispo se halla un documento hecho por el Rey Moro de Cohimbra en los años de 734 que empieza así: *Alboucen Iben-Mahumet Iben-Tarif, bellator fortis, vincitor Hispaniarum, dominator Cantabriæ Gothorum, et magnæ litis Roderici*, &c.

(6) Las tradiciones remotas del origen y tiempos heróicos de las sociedades se nos han transmitido en Poemas, cuyo lenguage parece ser

rítmico, y sentencioso su estilo. Aunque el erudito Don Tomas Sanchez para desmentir esta idea trata de probar que el libro de Job y el Génesis fueron originalmente escritos en prosa, no consigue su intencion, pues ignorándose la prosodia Hebrea y Siriaca, mal se puede juzgar sobre el ritmo de estas lenguas. Al contrario, atendiendo á los hechos probados y á las consecuencias análogas que se deducen de ellos, debemos pensar que el libro de Job y el Génesis se compusieron en lenguage métrico, pues constan de versículos sentenciosos que encierran el pensamiento en límites determinados, arte acaso mas dificil que el de versificar, cuando no es la versificacion la que conduce á él. Pero aun cuando Sanchez probase su opinion respecto á estos libros, con ello no demostraria que antes no se escribieron otros en verso, pues la civilizacion de los Hebreos y los Egipcios estaba ya muy adelantada para suponer que antes no existiesen otros escritos, aunque no hayan llegado hasta nosotros. Ademas el Veda enigmático de los Bramas, las Tradiciones pérsicas de los Güebros, el Zend-Avesta del segundo Zoroastro, los libros del Egipcio Osiris y del Griego Orfeo, el Alcoran y los poemas Árabes que le precedieron, parecen hechos en un lenguage métrico y sentencioso. El Edda, el Voluspa y las estrofas Havanna del segundo Odin, el Nibelunguen Germánico, los poemas Druídicos y Célticos, y los cantos Escoceses que pertenecen á la civilizacion de los pueblos del Norte y conservan sus tradiciones, tambien parecen obras métricas. Si descendemos á los monumentos escritos en *lenguas rústicas* de la edad media, composiciones poéticas nos presentan antes que prosa. En el siglo XI aparece ya un poema Portugués sobre la *perdida de España por el Rey Rodrigo;* siguese despues en el XII el del *Cid* Castellano, y en el XIII descuellan las poesias de Alfonso el Sabio. Las cántigas ó lays y las tensiones Provenzales presidieron á la formacion de casi todas las lenguas rústicas, y sostuvieron su brillo hasta mucho despues que las Cruzadas contra los Albigenses acabaron con la raza de los poetas y con la lengua en que las componian. Las primeras muestras de que hay noticia escritas en el idioma Breton, en el del pais de Gales, y en el de los Walones, posteriores con mucho al libro de *Brutyn-Brenhined* (Bruto de Bretaña), ascienden á los fines del siglo XII y principios del XIII, y se emplearon en componer Poemas caballerescos y genealógicos como el de *Rou*, el de *Florimon*, y otros varios donde se reproducen ya alteradas muchas de las tradiciones Célticas y Germánicas. Sin duda los historiadores, legisladores y los hombres comunes de los pueblos primitivos, encontraron en la metrificacion y la armonía un recurso supletorio á la falta de caracteres alfabéticos, y se valieron de él para conservar las leyes, doctrinas y hechos mas importantes, que descubierta la escritura trasladarian á ella con anterioridad y preferencia á cualquiera otra cosa.

(7) El arte de colocar convenientemente los acentos no se fijó bien hasta el siglo XVI.

(8) Viciada, corrompida y aun olvidada la pronunciacion latina se empezaron á componer himnos en esta lengua, donde vemos usado el número silábico y los consonantes para suplir la prosodia de largas y breves. Quizá así se empezó á formar el nuevo sistema métrico adoptado en las lenguas modernas.

(9) Las Provincias Vascongadas, con parte de la Navarra, guardaron un dialecto Céltico; los Gallegos y Portugueses formaron el suyo, mezclando el Suevo con el Latin mas contraido que entre los Castellanos, y los Catalanes y Valencianos adoptaron el Provenzal con algunas modificaciones.

(10) La traduccion del Fuero Juzgo en el de Córdoba precedió y preparó la obra de las Partidas ideada bajo Fernando III el Santo.

(11) En este Poema histórico-romancesco hay la pretension de imitar los versos latinos; pero tan malamente ejecutada, que es una lástima. Sin embargo, entre sus intolerables defectos tiene tal cual vez cierto candor, dignidad é interes, que demuestran á su autor como hombre erudito, y á veces inspirado.

(12) Por esto deben considerarse las Asturias como cuna del lenguage y poesía nacional sin mezcla de imitacion estraña. Harto hacian los habitantes del pais con repeler á los Moros, que no les dejaban tiempo para estudiar á Virgilio ni á Horacio, ni para apreciar la literatura de los Árabes sus enemigos.

(13) Conforme se transmitian de edad en edad, las tradiciones orales iban modernizando y rejuveneciendo su lenguage como el pueblo que las cantaba: así es que los primitivos romances habrán llegado á nosotros como á los Griegos la Nave de Colcos, es decir, con formas iguales á la original, pero con piezas renovadas en diversos tiempos.

(14) La música primitiva de los Cantos populares se ha perdido del todo, cuando la de los romances se conserva inalterable. Esta parece un gemido prolongado y monótono, pero que no deja de producir su efecto cuando acompaña las danzas pausadas del pais.

(15) Para atribuirla un origen arábigo no tenemos otro motivo que haberlo así insinuado el erudito Conde en su *Historia de los Árabes en España*; mas de cualquiera modo, no es menos cierto que solo se adoptó entre los Castellanos. Los Romances Árabes, como Conde los presenta, no son idénticos á los nuestros, y parecen un monorimo en versos de diez y seis sílabas, con emistiquio de ocho sin blancos intermedios.

(16) Pocos y contados son ya los buenos literatos que se atreven á despreciar abiertamente el romance por ser romance; desprecian, sí, al que es malo, como despreciarian un Poema en octavas que lo fuese tambien; pero casi todos convienen en negarle la aptitud para elevarse al género sublime y grave de la poesía. Otra idea he formado yo de esta composicion despues de haber estudiado los buenos romances de Lope, Góngora, Calderon y Melendez; y cuando leo el de *Angélica y Medoro* del segundo de estos Poetas, le tengo, á pesar de sus defectos, por uno de los mejores trozos de nuestra Poesía épico-lírica, sin esceptuar las mas sublimes composiciones del Parnaso español. ¡Qué cuadros tan bellos le adornan! ¡Qué amenos paisages presenta á la fantasía! ¡Con qué abundancia y conveniencia de epítetos la ensalza! ¡Cómo la arrebata por la facilidad, decoro, fuerza y afluencia de lenguage! ¡Cuál la exalta por la espresion rica, noble y sublime de sentimientos! y en fin ¡cuánto la halaga y lisonjea por el brillo, armonía é idealidad de los pensamientos! Apenas el lírico Horacio y el tierno Tibulo podrán presentar una composicion que desluzca la del grande y alzado poeta Cor-

dobés. Conozco que mi modo de ver y juzgar en la materia no servirá de norma á los demas: siento disentir de lo que en ella opinan los sabios, pero al concederles esto, jamas convendré en que mi modo particular de considerar las cosas les dé derecho para tratarme de ignorante ó inepto. La diferencia de opiniones literarias no debe ser motivo de desprecios ni de ultrages, y á ninguna cosa del mundo puede aplicarse con menos inconvenientes la virtud llamada tolerancia.

(17) Es de creer que el Poema y la Crónica del Cid se formasen sobre tradiciones conservadas en cuentos y romances populares, pues aunque la mayor parte de los que existen de esta historia son del siglo XVI remedando el lenguage antiguo, hay algunos anteriores, donde sin embargo de estar modernizados, se conservan vestigios de muy remota antigüedad. Véanse el de *Helo, helo por do viene*, el de *Dia era de los Reyes*, &c.

(18) En los Cancioneros generales y Poemas impresos ó manuscritos se hallan muchas composiciones en versos cortos diversamente combinados anteriores al siglo XV, pero entre ellos muy pocos romances.

(19) Hay algunos muy antiguos, cuyos trozos mas populares trovaban los poetas del siglo XIV y XV, reduciéndolos de históricos ó heróicos que eran, á galantes y amorosos. Así hizo Diego Sant Pedro en el suyo que dice *Reniego de ti, amor*, trovando el de *Domingo era de Ramos*, desde el verso *Reniego de ti, Mahoma;* y así hicieron otros que sería largo citar.

(20) Es la coleccion esclusivamente de romances que primero se ha formado, recogiéndolos de la tradicion oral.

(21) Parece increible el retroceso de la literatura desde Alfonso el Sabio á Juan II. Ademas de las causas generalmente conocidas, sería muy util indagar otras no menos poderosas que contribuyeron á esta decadencia; mas siendo ageno de este trabajo, reservo esponer mis ideas en el asunto para ocasion mas oportuna.

(22) Pueden servir de ejemplo casi todos los romances de la primera y algunos de la cuarta seccion de los caballerescos é históricos. Véanse el de *Vergilios*, el de *Moriana*, el de *Juliaresa*, el de *las bodas de Doña Lambra*, &c. La sencillez y el tono libre que los distingue, caracterizan bastante bien el estado social del tiempo en que se compusieron.

(23) Si á tales reflexiones se añaden las que resultan comparando algunos romances antiguos (aunque alterados y modernizados) con las composiciones de Alfonso el Sabio y el Poema del Cid, se verá que aquellos, al menos en su primitiva creacion, deben ser anteriores, porque despues de haberse compuesto las últimas, no pudieron retrogradar tanto la literatura y la lengua, como resulta de los primeros. Confírmase mi opinion examinando las composiciones del siglo XIV, infinitamente mas cultas y adelantadas que no los romances de que hablamos. Debemos pues inferir que estos habrian de preceder á la mas artificiosa y complicada poesía del Poema del Cid, lo cual es mas obvio de pensar, que el que se hallase la nacion sin Cantos en lenguage vulgar desde que el latino dejó de serlo, es decir, mas de seiscientos años.

(24) ¡Cuánto pudiera decirse sobre tan importante materia! Quien estudia la historia y la literatura esclusivamente en los libros, y entre los estrechos é intolerantes métodos del siglo XVIII, jamas cono-

cerá mas hombres que los Franceses, ni mas tiempos que dicho siglo, y siempre ignorará los resortes por donde el género humano tornó á encontrarse en el camino ascendente de la perfectibilidad. Los Filósofos de aquel siglo, ocupados en esgrimir las armas de la ironía contra la supersticion y las preocupaciones, apenas echaron una mirada filosófica sobre los sistemas que destruyeron, ni sobre los grandes medios que estos prestaron á la civilizacion. Vieron únicamente en Hesiodo y Homero dos poetas, dos modelos de literatura, y en sus obras unos escelentes poemas, ó cuando mas, unas bellas y magníficas alegorías de la naturaleza; pero no como debieran las grandes Epopeyas, los sublimes sistemas que tanto influyeron en la civilizacion europea, y cuya marca indeleble se halla estampada todavía en las modernas sociedades. Hesiodo y Homero, creadores de la Epopeya Griega, formaron sus poemas, redactando con sus fábulas todo el sistema político, filosófico y religioso que constituyó el espíritu de los pueblos progresivos, bajo cuyos auspicios marcha aún la sociedad europea, mientras la asiática permanece estacionaria hace ya siglos de siglos. Pues bien: Hesiodo y Homero ¿hicieron mas que revestir de bellas y convenientes formas, y dar unidad á las tradiciones de la Cosmogonía y Filosofía sacerdotal de los Egipcios, modificadas por las localidades y el caracter de los Griegos? ¿Estas tradiciones eran otra cosa que los medios inventados para ligar el pueblo por la imaginacion y el sentimiento á las bases y modo de una sociedad progresiva? ¿Era por ventura salirse de las vias de la naturaleza el aprovecharse de la propension innata en el hombre hácia lo maravilloso, para conducirle donde no alcanzaba la razon natural? ¿Por qué pues no hemos de considerar en las Epopeyas de todas las naciones y edades, sino el arte del poeta, prescindiendo de los medios filosóficos que contienen é influyen tan fuertemente en el modo y sistema de sociedad? Un gran Poeta épico es á mis ojos el complemento de una crisis social y el principio de otra; por eso en los intermedios aparecen solo pobres y mezquinas Epopeyas; por eso son imitadoras y no originales. Desde el siglo XIII al XVI se acababa el trabajo social de la edad media, y comenzaba el de la civilizacion por los intereses materiales; entonces aparecen el Dante, el Ariosto y el Taso. ¿Quiénes les siguen en el siglo XVII y XVIII, donde se perfecciona y completa el trabajo de la nueva sociedad? Ninguno que pueda compararse á ellos. Ahora en el siglo XIX ya se ostenta la sociedad terminando la obra de los dos anteriores, para empezar la del amalgama y fusion de los intereses materiales y morales, y ya aparece como precursor de una magnífica Epopeya el grande hombre que impele su siglo hácia ella, y se la diera á nacer cincuenta años mas tarde. En vano el hombre quiere poner diques á los siglos; la fuerza de las cosas y la Providencia rige sus pasos y le conducen al fin de sus altos decretos. Todos los sistemas humanos estan llenos de errores y de verdades: pero para discernir los unos de las otras, es necesario no mirarlos por un solo aspecto, y preciso ademas escuchar y discutir imparcialmente aun las cosas que mas chocan con nuestras ideas, pues de lo contrario, jamas podremos juzgar con acierto sobre ellos.

He dicho en el cuerpo de este discurso, que los primeros monumentos escritos donde aparece el espíritu caballeresco de la edad media as-

cienden al siglo VI; mas no pretendo fijar su base en esta época, pues estoy muy seguro que viene de siglos muy anteriores. Ya en los primeros de la república Romana aparecen los Galos, los Cimbros, los Germanos y los Francos formando grandes y numerosos pueblos invasores, que se civilizaban y existian bajo el imperio de sistemas religiosos y políticos, harto complicados para no suponerlos producto de infinitas generaciones. Cesar nos pinta los Druidas y Bardos como sacerdotes y magistrados de sus respectivas naciones, y para designar los poemas que la juventud del Norte aprendia de memoria los veinte primeros años de su vida, la lengua latina inventó la enérgica y significativa frase que decia, *libri exaltationis*. La mano poderosa del tiempo no acabára quizá con ellos, si los pueblos del Norte adoptando la sublime Religion cristiana no los hubiesen destruido, como tambien lo intentaran y lograran con los monumentos de la civilizacion Griega, si un ser protector no lo impidiera para conservar á la posteridad pruebas de los esfuerzos de la humana inteligencia. Los poemas Irlandeses, los de la Armórica, del pais de Gales y de la Cornualla, que mecieron la cuna de las sociedades Célticas, dejaron algunos restos de lo que fueron en las traducciones latinas que existian aún en el siglo XI, pero que á su vez se hundieron como los originales en el rio del Olvido: no tanto empero que no resten aún numerosos vestigios de su contenido en los poemas caballerescos del siglo XII. El célebre Mr. Quinet trata de publicar algunos de los setenta códices manuscritos inéditos de dicha clase que ha descubierto en la Biblioteca Real de París (*), entre los cuales existen algunos que contienen desde 302 á 502 versos. Muchos, segun se dice, son libros genealógicos de dinastías, cuyas noticias histórico-romancescas ascienden á una época treinta generaciones anterior á la invasion de las Galias por los Romanos. Otros son Poemas caballerescos, tales como Perceval, Lanzarote, Tristan y Giron Cortés, que presentan mucha importancia para la historia de la civilizacion, de la filosofía y de la literatura.

(5) Las naciones del Cáucaso al mando de Sigeo se introdujeron en el Norte de Europa para poner su libertad al abrigo de los egércitos Romanos. Aquel caudillo tomando el nombre de Odin, deidad de los Partos, se constituyó legislador y profeta de los Escitas, entre quienes halló seguridad contra las armas de Pompeyo. Llevó consigo la civilizacion asiática, y en su pecho un odio reconcentrado á los opresores del mundo. Con estos elementos, y los que le presentaba el pais salvage de los hijos de los hielos y las rocas, fundó una religion feroz y guerrera que participaba del caracter de los pueblos indígenos, del de los refugiados, y de la pasion rencorosa del legislador. Las fábulas orientales unidas á las de los Celtas y Escandinavos, y á las costumbres de todos estos pueblos, constituyeron la nueva mitología de Odin. En

(*) Acaso se hallarian monumentos igualmente preciosos en las bibliotecas particular y pública del Rey nuestro Señor. ¡Ojalá que este trabajo mio llame la atencion publica, la de los gefes de ambos establecimientos, y la proteccion de nuestro ilustrado Soberano hácia esta clase de estudios é indagaciones, pues de ello resultarian sin duda medios para estudiar y penetrar el caracter que imprimió la edad media en la civilizacion española.

lla se encuentra refundida la idealidad y estravíos fantásticos, las Ha-
las, los Genios del aire y de la tierra, los encantamientos y el lujo de
na imaginacion oriental, con el caracter tétrico y adusto, con las pa-
iones feroces, con el culto de las rocas y los torrentes, con la creencia
le los trasgos y brujas, con la semideificacion de las mugeres, y con el
undonor de unos pueblos militares, entre quienes el valor personal era
a primera y mas escelente virtud. Así formó Odin el amalgama y
ransacion entre las doctrinas, costumbres y creencias de los pueblos
el Cáucaso, los Celtas y Germánicos, que resulta de sus poemas. Aún
e descubren en las sociedades modernas vestigios y profundas raices
le aquel modo de sociedad, las cuales ni el espíritu del cristianismo, ni
a filosofía, ni la razon han logrado arrancar ni destruir. Tanta es
a fuerza de la preocupacion y de la costumbre, que aun en el dia el
eroz duelista puede arrastrar al crimen al hombre honrado, pero
undonoroso.

(26) Los Libros y Poemas caballerescos pueden dividirse en cuatro sec-
iones, á saber:

1.ª Los de origen céltico, cuya mayor parte fueron compuestos en
ersos cortos de ocho sílabas. En ellos transpira ya el espíritu y carac-
er ligero é irónico de los Franceses. Los Poemas de Artús y de la Ta-
bla redonda pertenecen á esta seccion.

2.ª Se colocan despues los de origen germánico compuestos en ver-
sos largos, y en pesado estilo, grave y sesudo: estos han tomado por
héroes á Carlomagno y sus doce Pares.

3.ª Vienen en seguida los que produjo el espíritu de la civiliza-
cion de los Griegos modernos en tiempo de las Cruzadas, escritos en
prosa, y caracterizados por su tendencia á revestir las pasiones de un
velo mistico y de una metafísica sutil é incomprensible. Tales son los
Amadises.

4.ª Preséntase últimamente la seccion de los poemas italianos que
tratan de las guerras entre Carlomagno y los Sarracenos, cuya base
principal es la Crónica de Turpin. Los que precedieron al *Orlando Fu-
rioso* prepararon el camino para que el Ariosto levantase la Epopeya
romancesca á la misma altura que Homero ensalzó la griega clásica. En-
tre muchos de estos poemas solo citaré los siguientes:

La Spagna: *anónimo.*
La Regina Ancroja: *id.*
Altobello, Ré Trojano: *id.*
Persiano, figliuolo de Altobello: *id.*
Innamoramento di Ré Carlo: *id.*
Morgante Maggiori: *di Luigi Pulci.*
Mambriano: *de'l Cieco de Ferrara* (Francesco Bello).
Orlando innamorato: *di Matheo Bojardo.*

(27) Alcina y Urganda se parecen mas á Calipso que á Circe y á Me-
dea. Algunos con mucho fundamento, y yo con ellos, atribuyen el ori-
gen de las Fadas, los Genios celestes y terrestres, los encantamientos &c.
á las fábulas orientales; pero le queda sin embargo todavía mucho á la
Poesía caballeresca, donde se ven patentemente reminiscencias de la mi-
tología griega.

(28) He dicho ya que las Crónicas caballerescas en prosa, escritas des-

de el siglo XIV al XVII, son imitaciones ó traducciones de poemas originalmente compuestos en verso y en los idiomas Breton, Walon y del pais de Gales. Entre ellos se distinguen los Poemas de Tristan, Perceval, el Galo y otros que, segun dije en la nota 24, ha descubierto Mr. Quinet y se propone publicar. Los libros caballerescos descendientes del de Amadis de Gaula, son sin duda productos del ingenio español; mas no puedo creer lo sea igualmente el padre de todos ellos. Aun cuando como se supone exista un codice portugués atribuido á Vasco Lobeira, donde se halla este libro caballeresco, solo probaria que es el primero que imitando otro anterior lo dió á conocer. Así á lo menos parece atendiendo á que el espíritu que domina en el Amadis de Gaula nada tiene de comun con la idealidad que preside en nuestra historia, con las costumbres del siglo XIV ni con los anteriores. Mucha mas semejanza tiene con los libros de Artús y de la Tabla redonda. El Amadis de Gaula se resiente mucho de unas ideas feudales que casi nos eran desconocidas, pues los Godos y los Sarracenos, nuestros conquistadores, se amalgamaron tanto con el pais y sus habitantes, que se confundieron vencidos y vencedores, y no existió nunca en general la categoría de siervos territoriales. Hasta despues de muy adelantada la restauracion del imperio Castellano no se organizaron en España instituciones algun tanto feudales, y esto fue cuando por la condescendencia y la penuria de los Reyes, y por los efectos de la reconquista, se concedieron á los Grandes algunos derechos de jurisdiccion en los paises que muchas veces recobraban á sus espensas.

(29) En el supuesto de haberse conservado las tradiciones populares en verso antes que en prosa, es muy natural que los romances suministrasen materiales para la historia.

(30) Poco ventajoso es el cambio que hago del Amadis por la Crónica de Turpin.

(31) Todo el contenido del párrafo á que esta nota pertenece se refiere á las composiciones entresacadas del Cancionero, de la Floresta, y de la Silva de romances. Las que he tomado del Cancionero general pertenecen al siglo XIV y XV, y las que del Romancero al XVI y al XVII. Algunas he insertado del Romancero de Sepúlveda, serviles imitaciones del mal estilo de los romances antiguos; pero son pocas y únicamente para llenar algun vacío que otras dejaban.

(32) Hay con todo algunos que ascienden al siglo XV, y otros al XIV. Tales son los Fronterizos, así llamados por ser las canciones donde los Castellanos celebraban las correrías que hacian en las fronteras de los Moros.

(33) Mas resalta esta opinion comparando estos romances con los de Lope, Góngora, ú otros poetas de los siglos XVI y XVII. Véanse los de *Fontefrida*, *Fontefrida = Yo m'era Mora Moraina = Que por mayo era por mayo*, y otros que he insertado en el Romancero de doctrinales, amatorios, &c. Estas cancioncillas en romances, particularmente las dos primeras, se hallan llenas de una tendencia dulce, melancólica y grave, que descubre bien á las claras su analogía de sentimientos con los pocos moriscos que en la *Historia de los Arabes en España* ha traducido el sabio, modesto y amable Don José Antonio Conde.

APÉNDICE.

Despues de escrito el discurso y notas que anteceden un discípulo, como yo, del hombre mas amable, sabio y celoso, que ha dedicado su vida á instruir la juventud, y á quien mucha parte de la de esta corte debe su aficion y amor á los buenos estudios, me ha franqueado la siguiente advertencia, que inserto por la coincidencia de su contenido con mis ideas, por las miras útiles que contiene, por lo bien pensada que está, y por las noticias curiosas en que abunda. Así doy una prueba de mi aprecio y gratitud á quien ha tenido la bondad de franquearme este apunte.

POESÍA BABLE.

Pocas provincias de España conservarán mas reliquias y recuerdos de venerable antigüedad que conservan las Asturias. Su dialecto, conocido con el nombre de *Bable*, es sonoro, suave, y si no estremadamente rico, no tan pobre como creen algunos. Háblase en el interior de Asturias la misma lengua que se habló en España en los siglos medios, y muchas frases y giros que se conservan en el Poema del Cid son familiares á los labriegos Asturianos. Las voces adquiridas de los Árabes no traspasaron los aledaños de Asturias: será lástima que se deje perder un dialecto, que bien estudiado, podria dar á conocer la etimología de muchas voces castellanas, y del que podriamos tomar las que nos faltasen, sin tener que mendigarlas del estrangero. El Señor Don José Llanos estimuló á varios literatos á que formasen un diccionario *Bable* bajo las reglas que trabajó; mas no llegó á concluirse tan dificil empresa. Don José Caveda tiene escrita una Memoria acerca de la antigüedad y mérito del dialecto de Asturias, digna de la luz pública.

Una de las diversiones favoritas del pais, es la danza circular conocida con el nombre de *Danza prima*. La mesura y sencillez de este baile son los mejores garantes de su antigüedad: Homero nos describe ya danzas circulares (*). Canta el pueblo en estas danzas roman-

(*) Acaso las danzas circulares son resto y representacion de la táctica guerrera usada en las sociedades incipientes y en paises montañosos. En estos círculos se cantarian los himnos guerreros para animar los soldados: allí cada gefe los arengaria y comunicaria sus órdenes, y de allí saldrian ordenados los grupos ó pelotones para dar la batalla despues de haberse ejercitado en el manejo de las armas. Los Asturianos bailan aún su *Danza prima* armados de gruesas estacas, que saben usar perfectamente para la ofensa y la defensa; apenas se acaba uno de estos bailes sin batalla de garrotazos sobre la preferencia que pretende tener alguno de los Concejos de la provincia. Comunmente el grito de guerra que precede á estas rijas, es el de *viva Pravia* y *muera Piloña*, ó al contrario. Los Asturianos aman tanto estas danzas y costumbres que donde quiera que esten y haya reunidos algunos aldeanos de esta provincia, arman su *Danza prima* al son de los romances y una gaita, y se dan despues de palos sin misericordia.

ces sagrados ó heróicos, amorosos ó festivos, intercalados de algun estrivillo por lo comun de asunto sagrado.

Asturias tuvo poetas: el primero de que hay noticia clara, y del que se conservan algunos escritos, es Don Antonio Gonzalez Reguera, conocido por el nombre de *Anton de la Marirreguera*, que floreció desde principios á mediados del siglo XVII. En 1639 escribió un romance sobre el pleito entre Mérida y Oviedo por la posesion de las cenizas de Santa Eulalia. Escribió en octavas los Poemitas jocosos titulados *Dido y Eneas*, *Ero y Leandro*, *Piramo y Tisbe*. Se descubre en ellos genio festivo, amena y fecunda imaginacion, escelentes imitaciones de los antiguos, y versificacion facil al mismo tiempo que numerosa. Hay noticia y existen obras de otros poetas coetáneos y posteriores, siendo los mas célebres, *Juan Fernandez Porley*, llamado *Juan de la Candenga*: *Don Bernardino Robledo*, Cura de Piedelora: *D. N. Benavides*: *Don Bruno Fernandez*, y *Don Antonio Balvidares*.

ROMANCES CABALLERESCOS

Y DE AMOR.

ROMANCE DE VERGILIOS.

(Anónimo).

Mandó el Rey prender Vergilios
Y á recaudo le poner
Por una traicion que hizo
En los palacios del Rey.
Porque forzó una doncella
Llamada Doña Isabel,
Siete años lo tuvo preso,
Sin que se acordase dél;
Y un domingo estando en misa
Vínole memoria dél.
—Mis caballeros, Vergilios
¿Qué se habia hecho dél?—
Allí habló un caballero
Que á Vergilios quiere bien:
—Preso lo tiene tu Alteza,
Y en tus cárceles lo tien.
—Via comer, mis caballeros,
Caballeros, via comer,
Despues que háyamos comido
A Vergilios vamos ver.—
Allí hablára la reina:
—Yo no comeré sin él.—
A las cárceles se van
Adonde Vergilios es.
—¿Qué haceis vos aqui, Vergilios?
Vergilios, ¿qué aquí haceis?
—Señor, peino mis cabellos,
Y las mis barbas tambien:
Aquí me fueron nacidas,
Aquí me han de encanecer,
Que hoy se cumplen siete años
Que me mandaste prender.
—Calles, calles tú, Vergilios,
Que tres faltan para diez.
—Señor, si manda tu Alteza,
Toda mi vida estaré.
—Vergilios, por tu paciencia
Conmigo irás á comer.
—Rotos tengo mis vestidos,
No estoy para parecer.
—Yo te los daré, Vergilios,
Yo dártelos mandaré.—
Plúgole á los caballeros
Y á las doncellas tambien;
Mucho mas plugo á una dueña
Llamada Doña Isabel.
Llaman luego un Arzobispo,
Y la desposan con él.
Tomárala por la mano,
Y llévasela á un vergel.

Id. de la Infanta de Francia. (Anónimo).

De Francia partió la niña,
De Francia la bien guarnida:
Íbase para París,
Do padre y madre tenia:
Errado lleva el camino,
Errada lleva la via:
Arrimárase á un roble
Por esperar compañía.
Vió venir un caballero,
Que á París lleva la guia.
La niña desque lo vido
Desta suerte le decia:
—Si te place, caballero,
Llévesme en tu compañía.
—Pláceme, dijo, señora,
Pláceme, dijo, mi vida.—
Apeóse del caballo
Por hacelle cortesía;
Puso la niña en las ancas
Y subiérase en la silla:
En el medio del camino
De amores la requeria.
La niña desque lo oyera
Díjole con osadía:
—Tate, tate, caballero,
No hagais tal villanía:
Hija soy yo de un malato
Y de una malatía,
El hombre que á mí llegase
Malato se tornaria.—
Con temor el caballero
Palabra no respondia,
Y á la entrada de París
La niña se sonreía.
—¿De qué os reís, mi señora,
De qué os reís, vida mia?
—Ríome del caballero,
Y de su gran cobardía,
¡Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía!—
Con vergüenza el caballero
Estas palabras decia:
—Vuelta, vuelta, mi señora,
Que una cosa se me olvida.—
La niña como discreta
Dijo:—Yo no volveria,
Ni persona, aunque volviese,
En mi cuerpo tocaria:
Hija soy del Rey de Francia
Y la Reina Constantina,
El hombre que á mí llegase
Muy caro le costaria.

Id. de las fortunas del Conde Arnaldos. (Anónimo).

¡Quién hubiese tal ventura
Sobre las aguas del mar
Como tuvo el Conde Arnaldos
La mañana de San Juan!
Con un falcon en la mano
La caza iba á cazar,
Y venir vió una galera
Que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
La ejarcía de un cendal,
Marinero que la manda
Diciendo viene un cantar
Que la mar ponia en calma,
Los vientos hace amainar,
Los peces que andan al hondo
Arriba los hace andar,

Las aves que andan volando
Las hace á el mástil posar:
—Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
De los peligros del mundo
Sobre aguas de la mar,
De los llanos de Almería,
Del estrecho de Gibraltar,
Y del golfo de Venecia,
Y de los bancos de Flandes (1),
Y del golfo de Leon,
Donde suelen peligrar.—
Allí habló el Conde Arnaldos,
Bien oireis lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero,
Digáisme ora ese cantar.—
Respondióle el marinero,
Tal respuesta le fue á dar:
—Yo no digo esta cancion
Sino á quien conmigo va.

Id. de la Infanta y Alfonso Ramos. (Anónimo).

Estaba la linda Infanta
A la sombra de una oliva,
Peine d'oro en las sus manos,
Los sus cabellos bien cria.
Alzó sus ojos al cielo
En contra do el sol salia,
Vió venir un fuste armado
Por Guadalquivir arriba:
Dentro venia Alfonso Ramos,
Almirante de Castilla.
—Bien vengais, Alfonso Ramos,
Buena sea tu venida,
Y ¿qué nuevas me traedes
De mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, señora,
Si me aseguras la vida.
—Decildas, Alfonso Ramos,
Que segura te sería.
—Allá á Castilla la llevan
Los moros de Berbería.
—Si no me fuese por que
La cabeza te cortaria.
—Si la mia me cortases,
La tuya te costaria.

Id. de Julianesa, hija del Emperador. (Anónimo).

Arriba, canes, arriba,
Que rabia mala vos mate,
En jueves matais el puerco,
Y en viernes comeis la carne.
Ya hace hoy los siete años
Que ando por aqueste valle,
Pues traigo los pies descalzos,
Las uñas corriendo sangre,
Y cómo las carnes crudas,
Y bebo la roja sangre,
Busco triste á Julianesa,
La hija del Emperante,
Pues me l' han tomado moros
Mañanica de Sant Juane,

(1) *Aquí en el canto debia pronunciarse* Flan *en vez de* Flandes, *como sucede aún cuando la gente del campo entona esta clase de romances.*

*

Cogiendo rosas y flores
En un vergel de su padre.—
Oídolo ha Julianesa,
Que en brazos del moro estae:
Las lágrimas de sus ojos
Al moro dan en la face.

Id. de D. Duardos y Flérida. (Anónimo).

En el mes era de abril,
De mayo antes un dia,
Cuando lós lirios y rosas
Muestran mas su alegría,
En la noche mas serena,
Quel cielo hacer podria,
Cuando la hermosa Infanta
Flérida ya se partia,
En la huerta de su padre
A los árboles decia:
—Jamas en cuanto viviere
Os veré tan solo un dia,
Ni cantar los ruiseñores
En los ramos melodía.
Quédate á Dios, agua clara,
Quédate á Dios, agua fria,
Y quedad con Dios, mis flores,
Mi gloria, que ser solia.
Vóime á las tierras estrañas,
Pues ventura allá me guia.
Si mi padre me buscáre,
Que grande bien me queria,
Digan que el amor me lleva,
Que no fue la culpa mia.
Tal tema tomó conmigo,
Que me forzó su porfía.
Triste no sé dónde voy,
Ni nadie me lo decia.—
Allí habló Don Duardos:
—No lloreis mas, mi alegría,
Que en los reinos de Inglaterra
Mas claras aguas habia,
Y mas hermosos jardines,
Y vuestros, señora mia:
Terneis trescientas doncellas
De alta genealogía;
De plata son los palacios
Para vuestra señoría;
D'esmeraldas y jacintos
Toda la tapecería;
Las cámaras ladrilladas
D'oro fino de Turquía,
Con letreros esmaltados
Que cuentan la vida mia,
Contando vivos dolores
Que me dístedes un dia.
Cuando con Primaleon
Fuertemente combatia,
Señora, vos me matastes,
Que yo á él no lo temia.—
Sus lágrimas consolaba
Flérida, que esto oia,
Y fuéronse á las galeras,
Que Don Duardos habia:
Cincuenta eran por todas,
Todas van en compañía.
Al son de sus dulces remos
La Infanta se adormecia
En brazos de Don Duardos,
Que bien le pertenecia.
Sepan cuantos son nacidos
Aquesta sentencia mia:
Que contra muerte y amor
Nadie no tiene valía.

Id. del Conde de Narbona y el Soldan de Babilonia. (Anónimo).

Del Soldan de Babilonia,
De ese os quiero decir,
Que le dé Dios mala vida
Y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras
Pasan de sesenta mil,
Para ir á dar combate
A Narbona la gentil.
Allá van á echar ancóras,
Allá al puerto de Sant Gil,
Donde han captivado al Conde,
Al Conde Benalmeniqui.
Deciéndenlo de una torre,
Cabálganlo en un rocin,
La cola le dan por riendas
Por mas deshonrado ir.
Cient azotes dan al Conde
Y otros tantos al rocin;
Al rocin porque anduviese,
Y al Conde por lo rendir.
La Condesa que lo supo
Sáleselo á recebir:
—Pésame de vos, señor
Conde, de veros así.
Daré yo por vos, el Conde,
Las doblas sesenta mil,
Y si no bastaren, Conde,
A Narbona la gentil.
Si esto no bastáre, el Conde,
Tres hijas que yo parí:
Yo las pariera, buen Conde,
Vos las hubísteis en mí;
Y si no bastáre, Conde,
Señor, védesme aquí á mí.
—Muchas mercedes, Condesa,
Por vuestro tan buen decir:
No dedes por mí, señora,
Tan solo un maravedí,
Que heridas tengo de muerte,
Dellas no puedo guarir.
A Dios, á Dios, la Condesa,
Que me mandan ir de aquí.
—Váyades con Dios, el Conde,
Y con gracia de Sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
A ese Soldan Paladin.

Id. del Conde D. Martin y de Doña Beatriz. (Anónimo).

Bodas hacian en Francia
Allá dentro de París;
¡Cuán bien que guia la danza
Esta Doña Beatriz!
¡Cuán bien que se la miraba
El buen Conde Don Martin!
—¿Qué mirais aquí, buen Conde?
Conde, ¿qué mirais aquí?
¿Decid si mirais la danza,
O si me mirais á mí?
—Que no miro yo la danza,
Porque muchas danzas ví,
Miro yo vuestra lindeza
Que me hace penar á mí.
—Si bien os parezco, Conde,
Conde, saqueisme de aquí,
Que un marido me dan viejo
Y no puede ir tras mí.

Id. del Palmero. (Anónimo).

De Mérida sale el Palmero (1),
De Mérida, esa ciudade:
Los pies llevaba descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
Que no valia un reale,
Y debajo traía otra
(Bien valia una ciudade)
Que ni Rey ni Emperador
No alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
De Paris esa ciudade;
Ni pregunta por meson
Ni menos por hospitale:
Pregunta por los palacios
Del Rey Carlos a do estaen.
Un portero está á la puerta,
Empezóle de hablare:
—Digadesme tú, el portero,
El Rey Carlos ¿dónde estae?—
El portero, que lo vido,
Mucho maravillado se hae,
Cómo un romero tan pobre
Por el Rey va á preguntare.
—Digadesmelo, señor,
Deso no tengais pesare.
—En misa está, buen Palmero,
Allá en Sant Juan de Letrane:
Dice misa un Arzobispo,
Y la oficia un Cardenale.—
El Palmero que lo oyera
Íbase para Sant Juane:
En entrando por la puerta
Bien vereis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
Y á santa María su madre,
Humillóse al Arzobispo,
Humillóse al Cardenale
Porque decia la misa,
No porque merecia mase:
Humillóse al Emperador
Y á su corona reale,
Humillóse á los doce
Que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
Ni menos á Don Roldane,
Porque un sobrino que tienen
En poder de moros estae,
Y pudiéndolo hacer
No lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
De que aquesto vió Roldane,
Sacan ambos las espadas,
Para el Palmero se vane.
Con su bordon el Palmero
Su cuerpo va á mamparare.
Allí hablára el buen Rey,
Bien oireis lo que dirae:
—Tate, tate, Oliveros,
Tate, tate, Don Roldane,
O este Palmero es loco,
O viene de sangre reale.—
Tomárale por la mano,
Y empiézale de hablare:
—Dígasme tú, el Palmero,
No me niegues la verdade,

(1) *Llamábase Palmero al peregrino que iba ó tornaba de los santos lugares de la Palestina.*

¿En qué año y en qué mes
Pasaste aguas de la mare?
—De mayo en el mes, señor,
Yo las fuera á pasare.
Porque yo me estaba un dia
A orillas de la mare
En el huerto de mi padre
Por haberme de holgare:
Captiváronme los moros,
Pasáronme allende el mare.
A la Infanta de Sansueña
Me fueron á presentare;
La Infanta cuando me vido
De mí se fue á enamorare.
La vida que yo tenia,
Rey, quiéroosla yo contare.
En la su mesa comia,
Y en su cama me iba á echare.—
Allí hablára el buen Rey,
Bien oireis lo que dirae:
—Tal captividad como esa
Quien quiera la tomarae:
Dígasme tú, el Palmerico,
¿Si la iria yo á ganare?
—No vades allá, el buen Rey,
Buen Rey, no vades allae,
Porque Mérida es muy fuerte,
Bien se vos defenderae.
Trescientos castillos tiene
Que es cosa de los mirare,
Que el menor de todos ellos
Bien se os defenderae.—
Allí hablára Oliveros,
Allí habló Don Roldane:
—Miente, señor, el Palmero,
Miente, y no dice verdade,
Que en Mérida no hay cien castillos,
Ni noventa á mi pensare,
Y estos que Mérida tiene
No tien quien los defensare,
Que ni tenian Señor,
Ni menos quien los guardare.—
Desque aquesto oyó el Palmero,
Movido con gran pesare,
Alzó su mano derecha,
Dió un bofeton á Roldane.
Allí hablára el Rey
Con furia y con gran pesare:
—Tomalde, la mi justicia,
Y llevedeslo á ahorcare.—
Tomádolo ha la justicia
Para habello de justiciare;
Y aun allá al pie de la horca
El Palmero fuera hablare:
—¡O mal hubieses, Rey Carlos!
Dios te quiera hacer male,
Que un hijo solo que tienes
Tú le mandas ahorcare.—
Oídolo habia la Reina
Que se lo paró á mirare:
—Déjedeslo, la justicia,
No le querais hacer male,
Que si él era mi hijo
Encubrir no se podrae,
Que en un lado ha de tener
Un estremado lunare.—
Ya le llevan á la Reina,
Ya se lo van á llevare:
Desnúdanle una esclavina
Que no valia un reale;
Ya le desnudaban otra
Que valia una ciudade:
Halládole han al Infante,
Halládole han la señale.
Alegrías que se hicieron
No hay quien las pueda contare.

Id. (Anónimo).

En los tiempos que me ví
Mas alegre y placentero,
Yo me partiera de Burgos
Para ir á Valladolid:
Encontré con un palmero
Quien me habló, y dijo así:
—¿Dónde vas tú, el desdichado?
¿Dónde vas ¡triste de ti!
¡O persona desgraciada!
En mal punto te conocí.
Muerta es tu enamorada,
Muerta es, que yo la ví.
Las andas en que la llevan
De negro las ví cubrir,
Los responsos que le dicen
Yo los ayudé á decir.
Siete Condes la lloraban,
Caballeros mas de mil,
Llorábanla sus doncellas,
Llorando dicen así:
Triste de aquel caballero
Que tal pérdida pierde aquí.
Desque aquesto oí, mezquino,
En tierra muerto caí,
Y por mas de doce horas
No tornára, triste, en mí.
Desque hube retornado
A la sepultura fuí,
Con lágrimas de mis ojos
Llorando decia así:
Acógeme, mi señora,
Acógeme á par de ti.
Al cabo de la sepultura
Esta triste voz oí:
Vive, vive, enamorado,
Vive, pues que yo mori:
Dios te dé ventura en armas,
Y en amor otro que si,
Que el cuerpo come la tierra,
Y el alma pena por ti.

Id. de la muerte del enamorado D. Bernaldino. (Anónimo).

Ya piensa Don Bernaldino
Ir su amiga visitar,
Da voces á los sus pages
Que vestir le quieran dar.
Dábanle calzas de grana,
Borceguís de cordoban, sandaly
Un jubon rico broslado,
Que en la corte no hay su par.
Dábanle una rica gorra,
Que no se podria apreciar,
Con una letra que dice:
Mi gloria por bien amar.
La riqueza de su manto
No os la sabria yo contar,
Sayo de oro de martillo
Que nunca se vió su igual.
Una blanca hacanea
Mandó luego ataviar,
Con quince mozos de espuelas
Que le van acompañar.
Ocho pages van con él,
Los otros mandó tornar;
De morado y amarillo
Es su vestir y calzar.
Allegado han á las puertas
Do su amiga solia estar;
Hallan las puertas cerradas,
Empiezan de preguntar:

—¿Dónde está Doña Leonor
La que aquí solia morar?—
Respondió un maldito viejo,
Que él luego mandó matar:
—Su padre se la llevó
Lejas tierras á habitar.—
Él rasga sus vestiduras
Con enojo y gran pesar,
Y volvióse á los palacios
Donde solia reposar:
Puso una espada á sus pechos
Por sus dias acabar.
Un su amigo que lo supo
Venialo á consolar,
Y en entrando por la puerta
Vídolo tendido estar.
Empieza á dar tales voces,
Que al cielo quieren llegar;
Vienen todos sus vasallos,
Procuran de lo enterrar
En un rico monumento
Todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso
Un letrero singular:
Aquí está Don Bernaldino
Que murió por bien amar.

Id. del Infante vengador. (Anónimo).

Helo, helo por dó viene
El Infante vengador,
Caballero á la gineta
En caballo corredor,
Su manto revuelto al brazo,
Demudada la color,
Y en la su mano derecha
Un venablo cortador.
Con la punta del venablo
Sacaria un arador.
Siete veces fue templado
En la sangre de un dragon,
Y otras tantas fue afilado
Porque cortase mejor:
El hierro fue hecho en Francia,
Y el asta en Aragon:
Perfilándoselo iba
En las alas de su balcon.
Iba á buscar á Don Quadros,
A Don Quadros el traidor,
Y allá le fuera á hallar
Junto del Emperador:
La vara tiene en la mano,
Que era Justicia mayor.
Siete veces lo pensaba
Si le tiraria ó no,
Y al cabo de las ocho
El venablo le arrojó.
Por dar al dicho Don Quadros
Dado ha al Emperador,
Pasado le ha manto y sayo
Que era de un tornasol:
Por el suelo ladrillado
Mas de un palmo le metió.
Allí le habló el Rey,
Bien oireis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, Infante?
¿Por qué me tiras, traidor?
—Perdóneme tu Alteza,
Que no tiraba á ti, no:
Tiraba al traidor de Quadros,
Ese falso engañador,
Que siete hermanos tenia,
No ha dejado, si á mí no:
Por eso delante ti,
Buen Rey, lo desafio yo.—
Todos fian á Don Quadros,
Y al Infante no fian, no,

Si no fuera una doncella,
Hija es del Emperador,
Que los tomó por la mano,
Y en el campo los metió.
A los primeros encuentros
Quadros en tierra cayó:
Apeárase el Infante,
La cabeza le cortó,
Y tomárala en su lanza,
Y al buen Rey la presentó.
De que aquesto vido el Rey
Con su hija lo casó.

Id. de Moriana y el moro Galvan. (Anónimo).

Moriana en un castillo
Juega con el moro Galvane;
Juegan los dos á las tablas
Por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde
Bien perdia una ciudade,
Cuando Moriana pierde
La mano le ha de besare:
Del placer que el moro toma
Adormecido se cae.
Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare,
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre
De amores de Moriana
Hija del Rey Moriane.
Captiváronla los moros
La mañana de San Juane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
Conociérale en mirarle;
Lágrimas de los sus ojos
En la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
Y empezára de hablare:
—¿Qué es esto, la mi señora?
¿Quién os ha hecho pesare?
Si os enojaron mis moros
Luego los haré matare,
O si las vuestras doncellas,
Harélas bien castigare;
Y si pesar los cristianos,
Yo los iré conquistare.
Mis arreos son las armas,
Mi descanso el peleare,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velare.
—No me enojaron los moros
Ni los mandeis vos matare;
Ni menos las mis doncellas
Por mí reciben pesare;
Ni tampoco los cristianos
Cumple de los conquistare;
Pero deste sentimiento
Quiero decir la verdade:
Que por los montes aquellos
Caballero ví asomare,
El cual pienso que es mi esposo
Mi querido, mi amor grande.—
Alzó la mano el moro,
Un bofeton le fue á dare:
Los dientes teniendo blancos
De sangre vuelto los hae,
Y mandó que sus porteros
La lleven á degollare,
Allí do viera á su esposo
En aquel mismo lugare.
Al tiempo de la su muerte
Estas palabras fue hablare:
—Yo muero como cristiana,
Y tambien sin confesare
Mis amores verdaderos
De mi esposo naturale.

Id. de la Infantina. (Anónimo).

A cazar va el caballero,
A cazar como solia;
Los perros lleva cansados,
El falcon perdido habia,
Arrimárase á un roble,
Alto es á maravilla.
En una rama mas alta,
Viera estar una Infantina;
Cabellos de su cabeza
Todo aquel roble cubrian.
—No te espantes, caballero,
Ni tengas tamaña grima,
Hija soy yo del buen Rey
Y la Reina de Castilla:
Siete fadas me fadaron
En brazos de un ama mia,
Que andase los siete años
Sola en esta montina.
Hoy se cumplian los siete años
O mañana en aquel dia:
Por Dios te ruego, caballero,
Llévesme en tu compañía,
Si quisieres por muger,
Si no, sea por amiga.
—Esperaisme vos, señora,
Hasta mañana aquel dia,
Iré yo á tomar consejo
De una madre que tenia.—
La niña le respondiera
Y estas palabras decia:
—¡O mal haya el caballero
Que sola deja la niña!
Él se va á tomar consejo
Y ella queda en la montiña.—
Aconsejóle su madre
Que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
No hallára la Infantina,
Vídola que la llevaban
Con muy gran caballería.
El caballero que la vido
En el suelo se caía:
Desque en sí hubo tornado
Estas palabras decia:
—Caballero que tal pierde,
Muy gran pena merescia:
Yo mesmo seré el Alcalde,
Yo me seré la Justicia:
Que me corten pies y manos
Y me arrastren por la villa.

Id. de Rico Franco. (Anónimo).

A caza iban, á caza
Los cazadores del Rey,
No hallaban en ellos caza
Ni hallaban que traer.
Perdido habian los falcones,
Mal los amenaza el Rey;
Arrimáranse á un castillo
Que se llamaba Maynés.
Dentro estaba una doncella
Muy hermosa y muy cortés.
Siete Condes la demandan,
Y así hacen Reyes tres.
Robárala Rico Franco,
Rico Franco Aragonés:
Llorando iba la doncella
De sus ojos tan cortés.
Halágala Rico Franco,
Rico Franco Aragonés:

—Si lloras tu padre ó madre,
Nunca mas vos los vereis,
Si lloras los tus hermanos,
Yo los maté todos tres.
—Ni lloro padre ni madre,
Ni hermanos todos tres;
Mas lloro la mi ventura
Que no sé cuál ha de ser.
Prestédesme, Rico Franco,
Vuestro cuchillo lugués,
Cortaré fitas al manto,
Que no son para traer.—
Rico Franco de cortese
Por las tachas lo fue tender.
La doncella que era artera
Por los pechos se lo fue á meter:
Así vengó padre y madre,
Y aun hermanos todos tres.

Id. (Anónimo).

Gritando vá el cáballero
Publicando su gran mal,
Vestidas ropas de luto,
Aforradas en sayal,
Por los montes sin camino
Con dolor y sospirar,
Y llorando á pie descalzo,
Jurando de no tornar
Adonde viese mugeres,
Por nunca se consolar
Con otro nuevo cuidado
Que le hiciese olvidar
La memoria de su amiga,
Que murió sin la gozar.
Va buscar las tierras solas
Para en ellas habitar.
En una montaña espesa,
No cercana de lugar,
Hizo casa de tristura
(Que es dolor de la nombrar)
De una madera amarilla
Que llaman desesperar,
Paredes de canto negro
Y tambien negra la cal:
Las tejas puso leonadas
Sobre tablas de pesar,
El suelo hizo de plomo,
Porque es pardillo metal,
Las puertas chapadas dello
Por su trabajo mostrar,
Y sembró por cima el suelo
Secas hojas de parral;
Que á do no se esperan bienes,
Esperanza no ha de estar.
En aquesta casa escura,
Que hizo para penar,
Hace mas estrecha vida
Que los frailes del Paular.
Que duerme sobre sarmientos,
Y aquellos son su manjar:
Lo que llora es lo que bebe,
Y aquello torna á llorar,
No mas de una vez al dia
Por mas se debilitar.
Del color de la madera
Mandó una pared pintar,
Un dosel de blanca seda
En ella mandó parar,
Y de muy blanco alabastro
Hizo labrar un altar
Con canfura betunado,
De raso blanco el frontal.
Puso el bulto de su amiga
En él por le contemplar,
El cuerpo de plata fina,
El rostro era de cristal,

Un brial vestido blanco
De damasco singular.
Mongil de blanco brocado,
Forrado en blanco cendal,
Sembrado de lunas llenas,
Señal de casta final.
En la cabeza le puso
Una corona real
Guarnecida de castañas
Cogidas del castañal.
Lo que dice la castaña
Es cosa muy de notar;
Las cinco letras primeras
El nombre de la sin par.
Murió de veinte y dos años
Por mas lástima dejar.
La su gentil hermosura
¿Quién es que la sepa loar?
Que es mayor que la tristura
Del que la mandó pintar.
En lo que él pasa su vida
Es en él siempre mirar:
Cerró la puerta al placer,
Abrió la puerta al pesar,
Abrióla para quedarse,
Pero no para tornar.

Id. (Anónimo). (1)

Blanca sois, señora mia,
Mas que no el rayo del sol:
¡Si la dormiré esta noche
Desarmado y sin pavor,
Que siete años habia, siete
Que no me desarmo, no?
Mas negras tengo mis carnes
Que no un tiznado carbon.
—Dormidla, señor, dormidla,
Desarmado sin temor,
Que el Conde es ido á la caza
A los montes de Leon.
—Rabia le mate los perros
Y águilas el su halcon,
Y del monte hasta casa
A él arrastre el moron.—
Ellos en aquesto estando
Su marido que llegó:
—¿Qué haceis, la blanca niña,
Hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos,
Peínolos con gran dolor,
Que me dejais á mí sola
Y á los montes os vais vos.
—Esas palabras, la niña,
No eran sino traicion;
¿Cuyo es aquel caballo
Que allá bajo relinchó?

---

(1) *Aun en fines del siglo XVIII se conservaba la tradicion de este romance en un canto popular que dice:*

Mañanita de San Juan,
Antes de salir el sol,
Me echaron una enramada
De cogollos de limon.
Que don, que don, que don don don.

—Señor, era de mi padre,
Y envióla para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas
Que estan en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,
Y hoy vos las envió.
—¿Cuya es aquella lanza
Que desde aquí la veo yo?
—Tomadla, Conde, tomadla,
Matadme con ella vos,
Que aquesta muerte, buen Conde,
Bien os la merezco yo.

Id. (Anónimo).

Mis arreos son las armas (1),
Mi descanso es pelear,
Mi cama las duras peñas,
Mi dormir siempre velar.
Las manidas son escuras,
Los caminos por usar,
El cielo con sus mudanzas
Ha por bien de me dañar.
Andando de sierra en sierra
Por orillas de la mar,
Por probar si en mi ventura
Hay lugar donde avadar;
Pero por vos, mi señora,
Todo se ha de comportar.

Id. (Anónimo).

Compañero, compañero,
Casóse mi linda amiga,
Casóse con un villano
Que es lo que mas me dolia.
Irme quiero á tornar moro
Allende la Morería:
Cristiano que allá pasare
Yo le quitaré la vida.
—No lo hagas, compañero,
No lo hagas por tu vida,
De tres hermanas que tengo
Darte he yo la mas garrida,
Si la quieres por muger,
Si la quieres por amiga.
—Ni la quiero por muger,
Ni la quiero por amiga,
Pues que no pude gozar
De aquella que mas queria.

Id. (Anónimo).

Malas mañas habeis, tio,
No las podeis olvidare,
Mas preciais matar un puerco
Que ganar una ciudade.
Vuestros hijos y muger
En poder de moros vane,
Los hijos en una zebra,
Y la madre en un cordale.
La muger dice *¡ay marido!*
Los hijos dicen *¡ay padre!*

---

(1) *Los cuatro primeros versos de este romance estan tambien metidos en el de* Moriana en un castillo.

De lástima que les hube
Lo me los fuera á quitare:
Heridas traigo de muerte,
Dellas no puedo escapare.
Apretádmelas, mi tío,
Con tocas de caminare.—
Ya le aprieta las heridas,
Comienzan de caminare.
A vuelta de su cabeza
Caido lo vido estare,
Allá se le fue á caer
Dentro del rio Jordane,
Como fue dentro caido,
Sano le vió levantare.

Id. (Anónimo).

Triste estaba el caballero,
Triste está sin alegría,
Con lágrimas y sospiros
A grandes voces decia:
—¿Qué fuerza pudo apartarme
De veros, señora mia?
Cómo vivo siendo ausente
De la gloria que tenia?
Con los ojos de mi alma
Os contemplo noche y dia,
Y con estos que os miraba
Lloro el mal que padecia.
Maldigo la triste ausencia,
Alabo mi fantasía,
Porque en ella resplandece
Lo que tanto ver queria.
Aquí se aviva mi pena,
Y esfuérzala mi porfía
Del fuego de mi deseo,
Que en mis entrañas ardia.

Id. (Anónimo).

Triste estaba el caballero,
Triste está sin alegría,
Pensando en su corazon
Las cosas que mas queria:
Llorando de los sus ojos,
De la su boca decia:
—¿Qué es de ti, todo mi bien?
Qué es de ti, señora mia?
Un alma te va buscando,
Pues solo sin compañía
Quedo triste deseando
Dos mil muertes cada dia.
Tuyo soy, á ti me di:
Pues dime, ¿quién me desvía
De ventura tan loada
Como la que yo tenia?
Contigo de ti quejaba,
Y agora que no te vía
Hállome menos conmigo (1),
Pues libertad no queria.

---

(1) *Hasta este verso es igual al del* Cancionero de Romances, *el cual continúa así:*

La libertad que tenia.
Tú me tienes, tú me dejas,
¿Con quién me consolaria?
Que si tú no me consuelas
La vida me desafia
A quedar captivo y ciego,
Mas sin mí, que no solia.

Si tú, señora, me dejas
¿Con quién me consolaria?
Sin los tus dulces mandados
La vida ya me enfastía;
Quiero quedar tu cautivo
Del modo que antes solia:
Por esto triste te ruego
Que mires la pena mia,
Y que me alces el destierro
Porque vuelva la alegría.

Id. (Anónimo).

Atan alta va la luna
Como el sol á medio dia,
Cuando el buen Conde Aleman
Con esa dama yacía.
No lo sabe hombre nascido
De cuantos en corte habia,
Sino solo la Condesa,
Esa Condesa su hija.
Así la dueña la hablára,
De esta manera decia:
—Cuanto viéredes, Condesa,
Cuanto viéredes, encobrildo,
Daros ha el Conde Aleman
Un manto de oro fino.
—Mal fuego le queme, madre,
El manto de oro fino,
Cuando en vida de mi padre
Tuviese padrastro vivo.—
De allí se fuera llorando,
Al Conde su padre ha visto.
—¿Por qué llorais, la Condesa
Decid ¿quién llorar os hizo?
—Yo me estaba aquí comiendo,
Comiendo sopas en vino,
Entró el Conde Aleman
Y echólas por el vestido.
—Calleis, mi hija, calleis,
No tomeis deso pesar,
Que el Conde es niño y mochacho
Hacerlo ha por burlar.
—Cuando me tomó en sus brazos
Non me quiso respetar.
—Si él os tomó en sus brazos
Y con vos quiso holgar,
En antes que el sol saliese
Yo lo mandaré matar.

Id. (Anónimo).

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,
Que me crece la barriga,
Y se me acorta el vestir.
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan el vestir,
Míranse unas á otras,
Y no hacen sino reir.
Si teneis algun castillo
Donde nos podamos ir,
Si sabeis de alguna dueña
Que me lo ayude á parir.
—Paridlo vos, mi señora,
Que así hizo mi madre á mí,
Hijo soy de un labrador
Que el cavar es su vivir.

Id. de la Infantina y el hijo del Rey de Francia. (Anónimo).

Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí,
Que ni puedo andar en pie,
Ni al Emperador servir,
Pues me crece la barriga
Y se me acorta el vestir:
Vergüenza he de mis doncellas,
Las que me dan el vestir;
Míranse unas á otras,
No hacen sino reir:
Vergüenza he de mis caballeros,
Los que sirven ante mí.
—Lloraldo, dijo, señora,
Que así hizo mi madre á mí;
Hijo soy de un labrador,
Mi madre y yo pan vendí.—
La Infanta desque esto oyera
Comenzóse á maldecir:
—Maldita sea la doncella
Que se deja seducir.
—No os maldigais vos, señora,
No os querais vos maldecir,
Que hijo soy del Rey de Francia,
Mi madre es Doña Beatriz:
Cien castillos tengo en Francia,
Señora, para os guarir,
Cien doncellas me los guardan,
Señora, para os servir.

Id. por Juan de Rivera.

Paseábase el buen Conde
Todo lleno de pesar,
Cuentas negras en sus manos
Do suele siempre rezar;
Palabras tristes diciendo,
Palabras para llorar.
—Véoos, hija, crecida,
Y en edad para casar;
El mayor dolor que siento
Es no tener que os dar.
—Calledes, padre, calledes,
No debeis tener pesar,
Que quien buena hija tiene
Rico se debe llamar;
Y el que mala la tenia,
Viva la puede enterrar,
Pues amengua su linage
Que no debiera amenguar,
Y yo, si no me casáre,
En religion puedo entrar.

Id. por el mismo.

Caballero de lejas tierras,
Llegaos acá, y pareis,
Hinquedes la lanza en tierra,
Vuestro caballo arrendeis,
Preguntaros he por nuevas
Si mi esposo conoceis.
—Vuestro marido, señora,
Decid ¿de qué señas es?
—Mi marido es mozo y blanco,
Gentil hombre y bien cortés,
Muy gran jugador de tablas,
Y tambien del ajedrez.
En el pomo de su espada
Armas trae de un Marqués,

Y un ropon de brocado
Y de carmesí el envés:
Cabe el fierro de la lanza
Trae un pendon portugués,
Que ganó en unas justas
A un valiente francés.
— Por esas señas, señora,
Tu marido muerto es:
En Valencia le mataron
En casa de un ginovés:
Sobre el juego de las tablas
Lo matára un milanés.
Muchas damas lo lloraban,
Caballeros con arnés,
Sobre todo lo lloraba
La hija del ginovés;
Todos dicen á una voz
Que su enamorada es:
Si habeis de tomar amores,
Por otro á mí no dejeis.
— No me lo mandeis, señor,
Señor, no me lo mandeis,
Que antes que eso hiciese,
Señor, monja me vereis.
— No os metais monja, señora,
Pues que hacello no podeis,
Que vuestro marido amado
Delante de vos lo teneis. (1)

---

(1) *Aún se conserva entre nosotros tradicionalmente una trova de este romance, aplicada á las circunstancias de la guerra de sucesion en tiempo de Felipe V., el cual dice así:*

Oiga, oiga, buen soldado,
Si sois lo que pareceis,
¿A mi marido habeis visto
Por la guerra alguna vez?
— No lo sé, señora mia,
Dadme algunas señas del.
— Mi marido es gentil hombre,
Gentil hombre y muy cortés;
Monta un potro pelicano
Mas ligero que uno inglés,
Y en el arzon de la silla
Lleva las armas del Rey,
Con la su espada ceñida
Con cinturon de morlés.
— Ese hombre que decis
Habrá ya que murió un mes,
Y manda en el testamento
Que conmigo vos caseis.
No permita Dios del cielo,
Ni mi madre santa Ines,
Que fembra de mi linage
Se case mas de una vez:
De tres hijas que me deja
La primera casaré,
La mediana será monja,
La tercera guardaré,
Que me cuide y me acompañe,
Que me guise de comer,
Y me lleve de la mano
En casa del Coronel.
— No vos acuiteis, señora,
Señora, no os acuiteis,
Miradme, miradme el rostro
Por ver si me conoceis.
— Vos sois Mambrú, dulce esposo,
Vos sois mi dueño y querer,
Vos sois..... — Cayó desmayada
En los brazos de su bien
La dama desfallecida
Con tanto gusto y placer.
Despues que hubo vuelto en sí
Fueronse juntos al Rey,
Que los recibió en sus brazos
Al ir á echarse á sus pies.
Este es el Mambrú, señores,
Que se canta del revés,
Y una gitana lo canta
En la plaza de Aranjuez.

Id. (Anónimo).

Ese Conde Cabreruelo,
on el Rey come á la mesa,
O cuán mal que se abaldona
toda muger agena!
puesta que no hay ninguna
Ved cuán mal pensada apuesta!)
i le escucha dos razones
ue de amores no la venza.
omo el amor atrevidas,
omo la fortuna ciegas,
omo el honor peligrosas,
omo la mentira inciertas,
sí jura que son todas:
alsa jura! ¡injusta tema!
a Reina que tal escucha
ió sañuda tal respuesta:
— Todas malas no es posible,
i es posible todas buenas:
erbas hay que dan la vida,
quitan la vida yerbas.
raidores hombres del mundo
an hecho traidoras hembras,
ellos aprendieron culpas,
i culpas cometen ellas.
llos hablan, ellas oyen,
Y de mentiras discretas
Dichas hoy, dichas mañana,
¿Quién habrá que se defienda?
Favorecidos se alaban,
Disfaman si los desprecian;
La que los escucha es facil,
La que no les habla es necia.
Cuantas nacen, cuantas viven,
Por agüero de su estrella,
Al que menos las merece
Se inclinan con mayor fuerza.
Muchas quejas, muchos dones,
¡Qué mucho que á muchas prendan!
Ejemplo es la piedra dura,
Que agua continua la mella.
Enmendaos, amigo Conde,
Y de hoy mas las damas sean
Vuestro honor, no vuestro ultraje,
Vuestra paz, no vuestra guerra;
Levantad la parte humilde
Que es hazaña de alta empresa:
Todos de muger nacimos,
Volvamos todos por ellas.

*

ROMANCES CABALLERESCOS

DE LA TABLA REDONDA.

Romance 1.° *de Amadis de Gaula.* (Anónimo).

En la selva está Amadis
El leal enamorado,
Tal vida estaba haciendo
Cual nunca hizo cristiano.
Cilicio trae vestido
A sus carnes apretado,
Con disciplinas destruye
Su cuerpo muy delicado.
Llagado de las heridas,
Y en su señora pensando,
No se conoce en su gesto
Segun lo trae delgado.
De ayunos y de abstinencias
Andaba debilitado,
La barba trae crecida,
Deste mundo se ha apartado;
Las rodillas tiene en tierra,
Y en su corazon echado,
Con gran humildad os pide
Perdon si habia errado.
Al alto Dios poderoso
Por testigo ha publicado,
Y acordádosele habia
Del amor suyo pasado,
Que así le derribó
De su sentido y estado.
Con estas grandes pasiones
Amortecido ha quedado
El mas leal amador
Que en el mundo fue hallado.

Id. 2.° *del mismo.* (Anónimo).

Despues que el muy esforzado
Amadis, que fue de Gaula,
Por mandado de su señora,
La hermosa Oriana,
Partió de la peña pobre,
Do la doncella lo hallára,
Vínose á Miraflores,
Adonde Oriana estaba
Puesta en muy grande cuita
Por aquel que tanto amaba,
Tan lastimada y tan triste,
Que la vida le faltára
Si no fuera por Mabilia
Que mucho la consolaba.
Cuando se vieron los dos,
Los dos que tanto se amaban
No hay quien contar pudiese
La gloria de que gozaban.
Abrazados por gran rato,
Que ninguno se hablaba,

Trasportados del dulzor
Que su vista les causaba,
Como aquellos que el amor
Por igual los sojuzgaba,
En cabo de un gran rato
Cada uno en sí tornaba,
Y con muy grande alegría
El uno al otro hablaba,
Contando las graves penas
Que el ausencia les causaba;
Mas si congojas pasaron
En placer se les tornára.

Id. 1.° *de Lanzarote del Lago.* (Anónimo).

Tres hijuelos habia el Rey,
Tres hijuelos, que no mas;
Por enojo que hubo de ellos
Todos malditos los ha.
El uno se tornó ciervo,
El otro se tornó can,
El otro, que se hizo moro,
Pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
Entre las damas holgando,
Grandes voces dió la una:
—Caballero, estad parado:
Si fuese la mi ventura,
Cumplido fuese mi hado
Que yo casase con vos,
Y vos conmigo de grado,
Y me diésedes en arras
Aquel ciervo del pie blanco.
—Dároslo he yo, mi señora,
De corazon y de grado,
Si supiese yo las tierras
Donde el ciervo era criado.—
Ya cabalga Lanzarote,
Ya cabalga y va su via,
Delante de sí llevaba
Los sabuesos por la trailla.
Llegado habia á una ermita,
Donde un ermitaño habia:
—Dios te salve, el hombre bueno.
—Buena sea tu venida:
Cazador me pareceis
En los sabuesos que traia.
—Dígasme tú, el ermitaño (1),
Tú que haces santa vida,
Ese ciervo del pie blanco
¿Dónde hace su manida?
—Quedáos aquí, mi hijo,
Hasta que sea de dia,
Contaros he lo que ví
Y todo lo que sabia.
Por aquí pasó esta noche
Dos horas antes del dia,
Siete leones con él
Y una leona parida:
Siete Condes deja muertos,
Y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo,
Por do quier que fuer tu ida,
Que quien acá te envió
No te queria dar la vida.
¡Ay dueña de Quintañones!
De mal fuego seas ardida,
Que tanto buen caballero
Por ti ha perdido la vida.

---

(1) *Antiquísimo romance que desde este verso contrahizo Cumillas en el de* Amor, *que dice:*

Dígasme tú, el pensamiento.....

Id. 2.º del mismo. (Anónimo).

Nunca fuera caballero (1)
De damas tan bien servido,
Como fuera Lanzarote
Cuando de Bretaña vino,
Que dueñas curaban dél,
Doncellas del su rocino.
Esa dueña Quintañona,
Esa le escanciaba el vino,
La linda Reina Ginebra
Se lo acostaba consigo;
Y estando al mejor sabor,
Que sueño no habia dormido,
La Reina toda turbada
Un pleito ha conmovido.
—Lanzarote, Lanzarote,
Si antes hubieras venido
No hablára el orgulloso
Las palabras que habia dicho,
Que á pesar de vos, señor,
Se acostaria conmigo.—
Ya se arma Lanzarote
De gran pesar conmovido,
Despídese de su amiga,
Pregunta por el camino,
Topó con el orgulloso
Debajo de un verde pino,
Combátense, de las lanzas
A las hachas han venido.
Ya desmaya el orgulloso,
Ya cae en tierra tendido,
Cortárale la cabeza,
Sin hacer ningun partido:
Volvióse para su amiga
Donde fue bien recibido.

Id. de Tristan de Leonis. (Anónimo).

Ferido está don Tristan
De una muy mala lanzada,
Diérasela el Rey su tio
Que zeloso dél estaba.
El fierro tiene en el cuerpo,
De fuera le tembla el asta:
Válo á ver la Reina Iseo
Por la su desdicha mala.
Júntanse boca con boca
Como palomillas mansas,
Llora el uno, llora el otro,
La cama bañan en agua;
Allí nace un arboledo
Que azucena se llamaba,
Cualquier muger que la come
Luego se siente preñada (2);
Comióla la Reina Iseo
Por la su desdicha mala.

---

(1) *Este romance se cita en el Quijote, part. I. cap.* 13.
(2) *Supersticion de los siglos medios, acaso imitada de la de los antiguos que aseguraban existir una raza de yeguas que concebian con solo el viento.*

ROMANCES TRADICIONALES

DE CARLO MAGNO Y LOS DOCE PARES, CON LOS DE BERNARDO DEL CARPIO.

Romance del Conde Dirlos. (Anónimo).

Estábase el Conde Dirlos,
Sobrino de Don Beltrane,
Asentado en las sus tierras,
Deleitándose en cazare,
Cuando le vinieron cartas
De Carlos el Emperante.
De las cartas placer hubo,
De las palabras pesare,
Que lo que las cartas dicen
A él le parece male.
"Rogar os quiero, sobrino,
El buen francés naturale,
Llegueis vuestros caballeros,
Los que comen vuestro pane:
Darles heis doblado sueldo
Del que les soledes dare,
Dobles armas y caballos,
Que bien menester lo hane:
Darles heis el campo franco
De todo lo que ganaren,
Partiros heis á los reinos
Del Rey moro Aliarde.
Deseximiento me ha dado
A mí y á los doce Pares:
Grande mengua me sería
Si todos habian de andare.
No veo caballero en Francia
Que mejor pueda enviare,
Sino á vos, el Conde Dirlos,
Esforzado en peleare."
El Conde que esto leyó
Tomó tristeza y pesare,
No por miedo de los moros
Ni miedo de peleare,
Mas tiene muger hermosa,
Mochacha de poca edade.
Tres años anduvo en armas
Para con ella casare,
Y el año no era cumplido
Della mándanlo apartare.
De que esto él pensaba
Tomó dello gran pesare,
Triste estaba y pensativo,
No cesa de sospirare:
Despide los falconeros,
Monteros manda pagare,
Despide todos aquellos
Con quien solia deleitarse;
No burla con la Condesa
Como solia burlare;

Mas muy triste y pensativo
Siempre le veian andare.
La Condesa questo vido,
Llorando empezó á hablare:
—Triste estades vos, el Conde,
Triste, lleno de pesare
De esta tan triste partida
Para mí de tanto male.
Partirvos quereis, el Conde,
A los reinos de Aliarde,
Dejáisme en tierras agenas
Sola y sin quien me acompañe.
¿Cuántos años, el buen Conde,
Haceis cuenta de tardare?
Yo volverme he á las tierras,
A las tierras de mi padre,
Vestirme he de un paño negro,
Ese será mi llevare;
Maldiré mi hermosura,
Maldiré mi mocedade,
Maldiré aquel triste dia
Que con vos quise casare.
Mas si vos queredes, Conde,
Yo con vos querria andare,
Mas quiero perder la vida,
Que sin vos della gozare.—
El Conde desque esto oyera
Empezóla de mirare,
Con una voz amorosa
Presto tal respuesta hace:
—No lloredes vos, Condesa,
De mi partir no hayais pesare;
No quedais en tierra agena,
Sino en la vuestra á mandare,
Que antes que de aquí me parta
Todo yo os lo quiero dare.
Podeis vender cualquier villa,
Y empeñar cualquier ciudade,
Como principal heredera
Que nada os pueden quitare.
Quedareis encomendada
A mi tio Don Beltrane
Y á mi primo Gayferos,
Señor de París la grande:
Quedareis encomendada
A Oliveros y á Roldane,
Al Emperador, y á los doce
Que á una mesa comen pane;
Porque los reinos son lejos
Del Rey moro Aliarde,
Cerca son de Casa Santa,
Acullá del nuestro mare.
Siete años, la Condesa,
Todos siete me esperade,
Si á los ocho no viniere
A los nueve vos casade;
Sereis de veinte y siete años
Que es la mejor edade:
El que casare con vos
Mis tierras tome en ajuare,
Gozará muger hermosa,
Rica y de gran linage.
Bien es verdad, la Condesa,
Que conmigo os querria llevare;
Mas yo voy para batallas,
Y no cierto para holgare;
Caballero que va en armas
De muger no ha curare,
Porque con el bien que os quiere
La honra habria de olvidare;
Mas aparejad, Condesa,
Mandad vos aparejare,
Ireis conmigo á las cortes,
A París esa ciudade.
Toquen, toquen mis trompetas,
Manden luego cabalgare.—
Ya se partia el buen Conde,
La Condesa otro que tale,
La vuelta van de París
Apriesa no de vagare.

Cuando son á una jornada
De París esa ciudade,
El Emperador que lo supo
A recebir se los sale.
Con él sale Oliveros,
Con él sale Don Roldane,
Con él Arderin de Ardeña,
Y Urgel de la fuerza grande;
Con él salia Guarinos,
Almirante de la mare,
Con él sale el esforzado
Renaldos de Montalvane.
Con él van todos los doce
Que á una mesa comen pane,
Sino el Infante Gayferos
Y el buen Conde Don Beltrane,
Que salieron tres jornadas
Mas que todos adelante.
No quiso el Emperador
Que hubiesen de aposentare
Sino en sus reales palacios,
Posada les mandó dare.
Luego empiezan su partida
Apriesa y no de vagare.
Dale diez mil caballeros
De Francia mas principales,
Y con otra mucha gente
Gran ejército reale.
El sueldo les paga junto
Por siete años y mase.
Ya, tomadas buenas armas,
Caballos otro que tale,
Enderezan su partida,
Empiezan de cabalgare;
Cuando el bueno Conde Dirlos
Ruega mucho al Emperante
Que él y todos los doce
Se quisiesen ayuntare.
Cuando todos fueron juntos
En la gran sala reale,
Entra el Conde y la Condesa,
Mano por mano se vane:
Cuando son en medio dellos
El Conde empezó de hablare:
—A vos lo digo, mi tio,
El buen viejo Don Beltrane,
Y á vos, Infante Gayferos,
Y á mi buen primo carnale,
Y esto delante de todos
Lo quiero mucho rogare,
Y al muy alto Emperador,
Que sepa es mi voluntade,
Como villas y castillos,
Y ciudades y lugares
Los dejo á la Condesa,
Que nadie las pueda quitare.
Como principal heredera
En ellas pueda mandare,
Y vender cualquiera villa,
Y empeñar cualquier ciudade:
De aquello que ella hiciere
Todos se hayan de agradare.
Si por tiempo no viniere
Vosotros la querais casare.
El marido quella tome
Mis tierras haya en ajuare;
Y á vos la encomiendo, tio,
En lugar de marido y padre.
Y á vos, mi primo Gayferos,
Por mí la querais honrare,
Y encomiéndola á Oliveros,
Y encomiéndola á Roldane,
Y encomiéndola á los doce,
Y á Don Carlos el Emperante.—
A todos les place mucho
De aquello quel Conde hace.—
Ya se parte el buen Conde
De París esa ciudade:
La Condesa que ir lo vido
Jamas lo quiso dejare

Hasta orillas de la mar
Do se habia de embarcare.
Con ella va Don Gayferos,
Con ella va Don Beltrane,
Con ella va el esforzado
Renaldos de Montalvane,
Sin otros muchos caballeros
De Francia mas principales.
Atan triste despedida
El uno del otro hacen,
Que si el Conde iba triste,
La Condesa mucho mase.
Palabras se estan diciendo
Que era dolor d'escuchare:
El conorte que se daban
Era contino llorare.
Con gran dolor manda el Conde
Hacer vela y navegare.
Como sin muger se vido
Navegando por la mare,
Movido de muy gran saña,
Movido de gran pesare,
Diciendo que por ningun tiempo
De ella lo harán apartare.
Sacramento tiene hecho
Sobre un libro misale
De jamas volver en Francia,
Ni en ella comer pane,
Ni que nunca enviará carta
Porque dél no sepan parte.
Siempre triste y pensativo,
Puesto en pensamiento grande,
Navegando en sus jornadas
Por la tempestuosa mare,
Llegado es á los reinos
Del Rey moro Aliarde.
Ese gran Soldan de Persia,
Con poderío muy grande
Ya les estaba aguardando
A las orillas del mare.
Cuando vino cerca tierra
Las naves mandó llegare,
Con un esfuerzo esforzado
Los empieza de esforzare.
—O esforzados caballeros,
O mi compañía leale,
Acuérdeseos que dejamos
Nuestra tierra naturale:
Dellos dejamos mugeres,
Dellos hijos, dellos padres,
Solo para ganar honra,
Y no para ser cobardes.
Esforzados caballeros,
Esforzad en peleare,
Yo llevaré la delantera,
Y no me querais dejare.—
La morisma era tanta,
Tierra no dejan tomare.
El Conde que era esforzado
Y discreto en peleare,
Manda toda artillería
En las sus barcas posare.
Con el ingenio que traía
Empiézales de tirare,
Los tiros eran tan fuertes,
Que por fuerza hacen lugare.
Vereis sacar los caballos,
Muy apriesa cabalgare,
Tan fuerte dan en los moros,
Que tierra les hacen dejare.
En tres años que el buen Conde
Entendió en peleare,
Ganados tiene los reinos
Del Rey moro Aliarde.
Con todos sus caballeros
Parte por iguales partes;
Tan grande parte da al chico,
Tanto le da como al grande,
Solo él se retraía
Sin querer algo tomare.

Armado de armas blancas,
Y cuentas para rezare (1),
Tan triste vida hacia,
Que no se puede contare.
El Soldan le hace tributo,
Y Reyes de allende el mare.
De tributos que le daban
A todos hacia parte.
Hace á todos mandamiento,
Y á los mejores jurare,
Que ninguno sea osado
Hombre á Francia enviare,
Y que al que envie con cartas
Luego le hará matare.
Quince años el Conde estuvo
Siempre d'allende del mare,
Y no escribió á la Condesa,
Ni á su tio Don Beltrane,
Ni escribió á los doce,
Ni menos al Emperante.
Unos creian que era muerto,
Otros anegado en mare.
Las barbas y los cabellos
Nunca los quiso afeitare;
Tiénelos fasta la cinta,
Fasta la cinta, y aun mase;
La cara mucho quemada
Del mucho sol y del aire,
Con el gesto demudado
Muy fiero y espantable.
Los quince años cumplidos,
Deziseis querian entrare,
Acostárase en su cama
Con deseo de holgare.
Pensando estaba, pensando
La triste vida que hace,
Pensando en aquel tiempo
Que solia festejare,
Cuando justas y torneos
Por la Condesa solia armare.
Dormióse con pensamiento,
Y empezára de holgare,
Cuando hace un triste sueño
Para él de gran pesare.
Vía estar la Condesa
En los brazos de un Infante:
Salto diera de la cama
Con un pensamiento grande,
Gritando con altas voces,
No cesando de hablare:
—Toquen, toquen mis trompetas,
Mi gente manden llegare.—
Pensando que habia moros
Todos llegados se hane.
Desque todos son llegados,
Llorando empezó á hablare:
—O esforzados caballeros,
O mi compañía leale,
Yo conozco aquel ejemplo
Que dicen (y es gran verdade)
Que todo hombre nacido
Que es de hueso y de carne
El mayor deseo que tenia
Era en sus tierras holgare.
Ya cumplidos son quince años,
Y en deziseis quiere entrare,

---

(1) *Sin duda tuvo Cervantes presente este verso cuando hace en la part. I. cap. 26 del Quijote que su héroe forme un rosario con las agallas de un alcornoque para pasar rezando en Sierra Morena el tiempo de su penitencia, dando así una muestra de las costumbres caballerescas de la edad media, donde se formaba un amalgama inesplicable de las pasiones mundanas, y la mas constante devocion.*

Que somos en estos reinos
Y estamos en soledade;
Quien tenia muger hermosa
Vieja la debe de hallare,
El que dejó hijos pequeños
Hallarlos ha hombres grandes:
Ni el padre conocerá al hijo,
Ni el hijo menos al padre:
Hora es ya, mis caballeros,
De ir á Francia á holgare,
Pues llevamos harta honra
Y dineros mucho mase.
Lleguen, lleguen naves luego,
Mándolas aparejare,
Capitanes ordenemos
Para las tierras guardare.—
Ya todo es aparejado,
Ya empiezan á navegare:
Cuando todos son llegados
A las orillas del mare,
Llorando el Conde de sus ojos
Les empieza de hablare:
—O esforzados caballeros,
O mi compañía leale,
Una cosa rogar vos quiero,
No me la querais negare
(Quien secreto me tuviere
Yo le he de galardonare),
Que todos juntos jureis
Sobre un libro misale,
Que en parte ninguna que sea
No me hayais de nombrare,
Porque con el gesto que traigo
Ningunos me conocerane;
Mas viéndome tanta gente
Y un ejército reale,
Si vos demandan quién soy
No les digais la verdade:
Decid que soy mensagero
Que vengo de allende el mare,
Que voy con una embajada
A Don Carlos el Emperante,
Porque es hecho un mal suyo,
Y quiero ver si es verdade.—
Con l'alegría que llevan
De á su Francia se tornare
Todos hacen sacramento
De tenerle puridade.
Embárcanse muy alegres,
Empiezan de navegare,
El viento tienen muy fresco
Que placer es de mirare.
Allegados son en Francia
En sus tierras naturales.
Cuando el Conde se vió en tierra
Empieza de caminare:
No va vuelta de las cortes
De Carlos el Emperante,
Mas va vuelta de sus tierras
Las que solia mandare.
Ya llegado pues á ellas,
Por ellas empieza á andare.
Andando por su camino
Una villa fue á hallare;
Llegado se habia cerca
Por con alguno hablare.
Alzó los ojos en alto
A la puerta del lugare,
Llorando de los sus ojos
Comenzára de hablare:
—O esforzados caballeros,
De mi pena habed pesare,
Armas que mi padre puso
Mudadas las veo estare;
O es casada la Condesa,
O mis tierras van á male.—
Allegóse á las puertas
Con gran enojo y pesare,
Y mirando por entre ellas
Gentes d'armas vido estare.

Llamando está uno dellos
Mas viejo en antigüedade;
De la mano él lo toma
Y empiézale de hablare:
—Por Dios te ruego, el portero,
Me digas una verdade,
¿De quién son aquestas tierras?
¿Quién las solia mandare?
—Pláceme, dijo el portero,
De deciros la verdade;
Ellas eran del Conde Dirlos,
Señor de aqueste lugare,
Agora son de Celinos,
De Celinos el Infante.—
El Conde desque esto oyera
Vuelto se le ha la sangre;
Con una voz demudada
Otra vez le fue á hablare:
—Por Dios te ruego, hermano,
No te quieras enojare,
Questo que agora me dices
Tiempo habrá que te lo pague.
Dime, ¿heredólas Celinos,
O si las fue á mercare,
O si en el juego de dados
Él las fuera á ganare,
O si las tiene por fuerza
Que no las quiere tornare?—
El portero questo oyera
Presto le fue á hablare:
—No las heredó, señor,
Que no le vienen de linage,
Que hermanos tiene el Conde,
Aunque se querian male,
Y sobrinos tiene muchos
Que las podian heredare,
Ni menos las ha mercado,
Que no las basta á pagare,
Que Irlos es grande ciudade,
Y ha muchas villas y lugares.
Cartas hizo contrahechas
Que al Conde muerto le hane,
Por casar con la Condesa,
Que era rica y de linage;
Y aun ella no se casára
(Cierto á su voluntade)
Si no por fuerza de Oliveros,
Y á porfía de Roldane,
Y á ruego de Carlo Magno,
De Francia Rey Emperante,
Por casar bien á Celinos,
Y ponerle en buen lugare;
Mas el casamiento han hecho
Con una condicion tale,
Que no goce á la Condesa,
Ni á ella haya de llegare.
Desposárase por él
Ese paladin Roldane.
Ricas fiestas se hicieron
En Irlos esa ciudade;
Gastos, galas y torneos
Muchos, de los doce Pares.—
El Conde desque esto oyera
Vuelto se le ha la sangre:
Por mucho que disimula
No cesa de sospirare,
Diciéndole: —Sigue, hermano,
No te enojes de contare,
¿Quién fue en aquestas bodas,
Y quién no quiso estare?
—Señor, en ellas fue Oliveros
Y el Emperador y Roldane,
Fue Belardos y Montesinos,
Y el gran Conde Don Grimalde,
Y otros muchos caballeros
De los de los doce Pares.
Pesóle mucho á Gayferos,
Pesó mucho á Don Beltrane,
Y mas pesó á Don Galban
Y al fuerte Meriane.

Ya que fueron desposados
Misa les querian dare,
Cuando llegó un falconero
A Carlos el Emperante,
Que venia daquellas tierras
De allá de allende el mare,
Y dijo el Conde era vivo
Y que traía señale.
Plugo mucho á la Condesa,
Pesóle mucho al Infante,
Porque en las grandes fiestas
Hubo grande desbarate.
Allá traen grandes pleitos
En cortes del Emperante,
Por lo cual es vuelta Francia
Y todos los doce Pares.
Ella dice, como un año
Pidió antes de desposare
Por enviar mensageros
Muchos allende la mare,
Y que si el Conde era muerto
El casamiento fuese adelante,
Si era vivo bien sabia
Que ella no podia casare.
Por ella responde Gayferos,
Gayferos y Don Beltrane,
Por Celinos era Oliveros,
Oliveros y Roldane.
Creemos que es dada sentencia
O se queria ahora dare,
Porque ayer hubimos cartas
De Carlos el Emperante,
Que quitemos estas armas
Pongamos las naturales,
Y que guardemos las tierras
Por el Conde Don Beltrane;
Que ninguno de Celinos
En ellas no pueda entrare.—
El Conde desque esto oyera,
Movido de gran pesare,
Vuelve riendas al caballo,
En el lugar no quiso entrare:
Mas allá en un verde prado
Su gente mandó llegare,
Con una voz muy humilde
Les empieza de hablare:
—O esforzados caballeros,
O mi compañía leale,
El consejo que os pidiere
Bueno me lo querais dare.
Si me aconsejais que vaya
A las cortes del Emperante,
O que mate á Celinos,
A Celinos el Infante,
Volveremos en allende
Do podremos bien estare.—
Caballeros que esto oyeron
Presto tal respuesta hacen:
—Calledes, Conde, calledes,
Conde, no digais vos tale:
No mirad á vuestra gana,
Mas mirad á Don Beltrane,
Y esos buenos caballeros
Que tanta honra vos hacen.
Si vos matais á Celinos
Dirán que fuísteis cobarde.
Idos, idos á las cortes
De Carlos el Emperante,
Conocereis quien bien quiere
Y quien os queria male.
Por bueno que es Celinos
Vos sois de tan buen linage,
Y teneis dos tantas tierras
Y dineros que gastare.
Nosotros vos prometemos
Con sacramento leale
(Somos diez mil caballeros
Y franceses naturales)
De por vos perder la vida
Y cuanto tenemos gastare,

Quitando al Emperador,
Contra cualquier otro grande.—
El Conde desque esto oyera
Respuesta ninguna hace:
Da de espuelas al caballo,
Va por el camino adelante:
La vuelta va de París
Como aquel que bien la sabe.
Cuando fue á una jornada
De las cortes del Emperante,
Otra vez llega á los suyos
Y les empieza de hablare:
—Esforzados caballeros,
Una cosa os quiero rogare:
Siempre tomé vuestro consejo,
El mio querais tomare,
Porque si entro en París
Con ejército reale
Saldrá por mí el Emperador
Con todos los principales.
Si no me conoce de vista,
Conocerme ha en el hablare,
Y así no sabré de cierto
Todo mi bien y mi male.
Al que no tiene dineros
Yo le daré que gastare:
Los unos vuelvan á caza,
Los otros pasen delante,
Los otros en derredor
Por las villas y lugares:
Yo iré con cient caballeros,
Entraréme en la ciudade
De noche y escurecido
Sin que me conozca nadie.
Vosotros en ocho dias
Podeis poco á poco entrare;
Hallaréisme en los palacios
De mi tio Don Beltrane,
Aparejándoos posada
Y dineros que gastare.—
Todos fueron muy contentos
Pues al Conde así le place.
La noche era escurecida
Cerca diez horas ó mase,
Cuando entró el Conde Dirlos
En París esa ciudade.
Derecho va á los palacios
De su tio Don Beltrane;
Pero cuando atravesaban
Por medio de la ciudade
Vido asomar muchas hachas,
Gente d'armas mucho mase:
Por dó él pasar habia,
Por allí van á pasare.
El Conde cuando los vido
Los suyos manda apartare;
Desque todos son pasados
El postrero fue á llamare.
—Por Dios te ruego, escudero,
Me digas una verdade:
¿Quién son esa gente d'armas
Que agora van por ciudade?—
El escudero questo oyera
Tal respuesta le fue á dare:
—Señor, la Condesa Dirlos
Viene del palacio reale,
Sobre un pleito que traía
Con Oliveros y Roldane;
Los que la llevan en medio
Son Roldan y Don Beltrane:
Aquellos que van postreros,
Donde tantas lumbres vane,
Son el Infante Gayferos
Y el fuerte Meriane.—
El Conde de questo oyera
De la ciudad él se sale,
Debajo de una espesura
Para cabe los adarves,
Diciendo está á los suyos:
—No es hora de entrare,

Que de que sean apeados
Tornarán á cabalgare.
Yo quiero entrar en hora
Que de mí no sepan parte.—
Allí estan razonando
D'armas y de hechos grandes
Hasta que era media noche,
Los gallos querian cantare.
Vuelven rienda á los caballos
Y entran en la ciudade.
Vuelta van de los palacios
Del buen Conde Don Beltrane:
Antes de llegar á ellos
De dos calles y aun mase
Tantas cadenas hay puestas
Quellos no pueden pasare.
Lanzas les ponen al pecho
No cesando de hablare:
—Vuelta, vuelta, caballeros,
Que por aquí no hay pasare,
Que aquí estan los palacios
Del buen Conde Don Beltrane,
Enemigo de Oliveros,
Y enemigo de Roldane,
Enemigo de Belardos,
Y de Celinos el Infante.—
El Conde desque esto oyera
Presto tal respuesta hace:
—Ruégote yo, caballero,
Que me quieras escuchare:
Anda, vé, y dile luego
A tu señor Don Beltrane,
Que aquí está un mensagero
Que viene de allende el mare,
Cartas traigo del Conde Dirlos,
Su buen sobrino carnale.—
El caballero con placer
Empieza de aguijare:
Presto las nuevas le daba
Al buen Conde Don Beltrane,
El cual ya se acostaba
En su cámara reale.
Desque tal nueva oyera
Tornóse á vestir y calzare:
Caballeros al derredor
Trescientos trae por guardarle;
Hachas muchas encendidas
Al patin hizo bajare;
Mandó que al mensagero
Solo le dejen entrare.
Cuando fue en el patin
Con la mucha claridade
Mirando le está, mirando,
Viéndole como salvage.
Como el que está espantado
A él no se osa llegare:
Bajito el Conde le habla
Dándole muchas señales.
Conocióle Don Beltran
Entonces en el hablare,
Y con los brazos abiertos
Corre para le abrazare;
Diciéndole está *sobrino*,
Sin cesar de sospirare;
El Conde le está rogando
Que nadie de él sepa parte.
Envian presto á las plazas,
Carnecerías otro que tale,
Para mercarles de cena
La cual manda aparejare.
Manda que á sus caballeros
Todos los dejen entrare,
Que les tomen los caballos
Y los hagan bien pensare.
Abren muy grandes estudios,
Mándanlos aposentare:
Allí entra el Conde y los suyos
Ningun otro dejan entrare,
Porque no conozcan el Conde
Ni de él supiesen parte.

Ver heis todos los del palacio
Unos con otros hablare,
Si es este el Conde Dirlos,
O quién otro puede estare,
Segun el recibimiento
Que le ha hecho Don Beltrane.
Oídolo ha la Condesa
A las voces que dan grandes:
Mandó llamar sus doncellas
Y encomienza de hablare:
—¿Q'es aquesto, mis doncellas,
No me lo querais negare,
Q' esta noche tanta gente
Por el palacio siento andare?
Decidme, ¿dó es el señor
El mi tio Don Beltrane?
¿Si quizá dentro en mis tierras
Roldan ha hecho algun male?—
Las doncellas que lo oyeran
Atal respuesta le hacen:
—Lo que vos sentís, señora,
No son nuevas de pesare,
Es venido un caballero
Propio como salvage,
Muchos caballeros con él
Gran acatamiento le hacen,
Muy rica cena le guisa
El buen Conde Don Beltrane.
Unos dicen q'es mensagero
Que viene de allende el mare,
Otros q'es el Conde Dirlos,
Nuestro señor naturale.
Allá se ha encerrado,
Que nadie no puede entrare;
Segun ven el aparejo
Creen todos q'es verdade.—
La Condesa q'esto oyera
De la cama fue á saltare:
Apriesa demanda el vestido,
Apriesa demanda el calzare:
Muchas damas y doncellas
Empiezan de aguijare:
A las puertas de los estudios
Grandes golpes manda dare,
Da voces á Don Beltran,
Que dentro la manda entrare.
No queria el Conde Dirlos
Que la dejasen entrare.
Don Beltran salió á la puerta,
No cesando de hablare:
—¿Q'es esto, señora prima?
No tengais priesa tan grande,
Que aún no sé bien las nuevas
Q'el mensagero me trae,
Porque es de tierras agenas
Y no le entiendo el lenguage.—
Mas la Condesa por esto
No quiere sino entrare;
Mensagero de su marido
Ella lo quiere honrare.
De la mano la entraba
Ese Conde Don Beltrane:
Desque ella estuvo dentro
Al mensagero empieza mirare;
Mas él mirarla no osaba
No cesando sospirare,
Y meneando la cabeza
Los cabellos ponia á la face.
Desque la Condesa viera
Todos callar y no hablare,
Con una voz muy humilde
Empieza de razonare:
—Por Dios vos ruego, mi tio,
Por Dios vos quiero rogare,
Pues que este mensagero
Viene de tan luengas partes,
Que si no terná dineros,
Ni tuviere que gastare,
Decidle si algo le falta
No cese de demandare.

Pagarle hemos su gente,
Darle hemos que gastare:
Pues viene por mi señor,
Yo no le puedo faltare
A él y á todos los suyos,
Aunque fuesen muchos mase.—
Estas palabras hablando
No cesaba de llorare.
Mancilla hubo su marido
Con amor que tiene grande:
Pensando de consolarla
Acordó de la abrazare,
Y con los brazos abiertos
Iba para la tomare.
La Condesa espantada
Púsose tras Don Beltrane:
El Conde á grandes sospiros
Comenzóle de hablare:
—No huyades, la Condesa,
Ni os querais espantare,
Que yo soy el Conde Dirlos
Vuestro marido carnale:
Estos son aquellos brazos
En que soliades holgare.—
Con las manos se aparta
Los cabellos de la face:
Conociólo la Condesa
Entonces en el hablare;
En sus brazos ella se echa
No cesando de llorare.
—¿Q'es aquesto, mi señor?
¿Quién os hizo ser salvage?
No, no es este aquel gesto
Que vos teniades antes:
Quiten os aquestas armas,
Otras luego os quieran dare,
Traigan de aquellos vestidos
Que solíades llevare.—
Ya les paraban las mesas,
Ya les daban á cenare,
Cuando empezó la Condesa
A decir esto y á hablare:
—Cierto parece, señor,
Que lo hacemos muy male,
Q' el Conde está ya en sus tierras
Y ya está en la su heredade,
Que no avisemos á aquellos
Que su honra quieren mirare:
No lo digo aun por Gayferos,
Ni por su hermano Meriane,
Sino por el esforzado
Renaldos de Montalvane:
Bien sabedes, señor tio,
Cuánto se quiso mostrare,
Siendo siempre con nosotros
Contra el paladin Roldane.—
Llamaron dos caballeros
De aquellos mas principales,
El uno envian á Gayferos,
Otro al de Montalvane.
Apriesa viene Gayferos,
Apriesa y no de vagare:
Desque vido la Condesa
En brazos de aquel salvage,
A ellos él se allega,
Y empezóles de hablare.
Desque el Conde lo vido
Levantóse á abrazarle,
Desque se han conocido
Grande acatamiento se hacen.
Ya puestas eran las mesas,
Ya les daban á cenare,
La Condesa lo servia
Y estaba siempre delante.
En esto llegó Renaldos,
Renaldos de Montalvane,
Y desque el Conde le vido
Hubo un placer muy grande:
Con una voz amorosa
Le empezara de hablare:

—¡O esforzado Conde Dirlos!
Vuestra venida me place,
Porque agora vuestros pleitos
Mejor se podrán librare:
Mas si yo fuera creido,
Antes se habian de acabare,
O no me halláredes vivo,
O al paladin Don Roldane.—
El Conde desque esto oyera
Grandes mercedes le hace,
Diciendo:—Juramento he hecho
Sobre un libro misale
De jamas quitar las armas
Ni con la Condesa holgare,
Hasta que haya cumplido
Toda la su voluntade.—
El concierto que ellos tienen
Por mejor y naturale,
Era que en el otro dia
Se presente al Emperante
El Conde, y vaya á palacio
Por la mano le besare.
Toda la noche pasaron
Descansando en hablare,
Y cuando vino el otro dia,
A la hora del yantare,
Cabalgára el Conde Dirlos:
Muy lucidas armas trae,
Y encima un collar de oro
Y una ropa rozagante,
Solo con cient caballeros,
Que no quiere llevar mase:
A la izquierda va Gayferos,
A la drecha Don Beltrane,
Y viénense á los palacios
De Carlos el Emperante.
Cuantos Grandes allí hallan
Acatamiento le hacen
Por honra de Don Gayferos
Que era suya la ciudade.
Cuando son á la gran sala
Hallan allí al Emperante
Asentado á la su mesa
Que le daban á yantare.
Con él está Oliveros,
Con él está Don Roldane,
Con él está Baldovinos
Y Celinos el Infante,
Con él los Grandes estan
De Francia la naturale.
En entrando por la sala
Grande reverencia hacen,
Y al Emperador saludan
Los tres juntos á la pare.
Desque Don Roldan los vido
Presto se fue á levantare:
Apriesa demanda á Celinos
No cesando de hablare:
—Cabalgad presto, Celinos,
No esteis mas en la ciudade,
Que quiero perder la vida
(Si bien mirais las señales)
Si aquel no es el Conde Dirlos
Que viene como salvage:
Yo quedaré por vos, primo,
A lo que querrán demandare.—
Ya cabalgaba Celinos,
Y sale de la ciudade:
Con él va gran gente d'armas
Por haberlo de guardare.
El Conde y Don Gayferos
Llégánse al Emperante,
La mano besar le quieren
Y él no se la quiere dare;
Mas está maravillado,
Diciendo ¿quién podrá estare?
El Conde que así lo vido
Empezóle de hablare:
—No se espante vuestra Alteza
Que no es de maravillare,

Que quien dijo que era muerto,
Mintió y no dijo verdade.
Soy, señor, el Conde Dirlos,
Vuestro servidor leale;
Mas los malos caballeros
Siempre presumen el male.—
Conocídole han todos
Entonces en el hablare.
Levantóse el Emperador
Y empezó de abrazarle,
Y mandó salir á todos
Y las puertas bien cerrare;
Solo queda Oliveros
Y el paladin Don Roldane,
El Conde Dirlos y Gayferos,
Y el buen viejo Don Beltrane.
Asentóse el Emperador
Y á todos manda posare,
Entonces con voz humilde
Le empezó así de hablare:
—Esforzado Conde Dirlos,
Vuestra venida me place,
Aunque de vuestro enojo
No es de tener pesare,
Porque no hay cargo ninguno
Ni vergüenza otro que tale,
Que si casó la Condesa,
No cierto á su voluntade,
Sino á porfía mia
Y á ruego de Don Roldane,
Y con tantas condiciones
Que sería largo de contare,
Por do siempre ha mostrado
Teneros amor muy grande.
Si ha errado Celinos,
Hízolo con mocedade,
En escrebir que érades muerto,
Pues que no era verdade;
Mas por eso nunca quise
A ella dejar tocare,
Ni aun á los desposorios
A él no dejé estare;
Mas por él fue presentado
Ese paladin Roldane.
Mas la culpa, Conde, es vuestra
Y á vos os la debeis dare;
Para ser vos tan discreto,
Y de esforzado linage,
Dejastes muger hermosa,
Moza y de poca edade:
Si de vista no la vias,
De cartas la debíades visitare.
Si supiera que á la partida
Llevábades tan gran pesare,
No os enviára yo, el Conde,
Que otros pudiera enviare:
Mas por ser buen caballero
Solo á vos quise enviare.—
El Conde de q'esto oyera
Atal respuesta le hace:
—Calle, calle vuestra Alteza,
Buen señor, no diga tale,
Que no cabe quejar de Celinos
Por ser de tan poca edade,
Y con tales caballeros
Yo no me costumbro honrare.
Por él está aquí Oliveros,
Por él está Don Roldane,
Que son buenos caballeros
Y los tengo yo por tales.
¡Consentir ellos tal carta!
¡Consentir tan gran maldade!
O me tenian en poco,
O me tienen por cobarde,
Pues creyeron que siendo vivo
No se lo osaria demandare:
Por eso suplico á vuestra Alteza
Campo me quiera otorgare,
Y pues por él pleito toman,
Pueden el campo aceptare.

Si quieren uno por uno,
O amos juntos á la pare;
No perjudicando á los mios,
Aunque haya hartos de linage,
Que á esto y mucho mas q'esto
Recaudo bastan á dare.
Porque conozcan que sin parientes,
Amigos no me han de faltare,
Tomaré al esforzado
Renaldos de Montalvane.—
Don Roldan que esto oyera
Con gran enojo y pesare
(No por lo que el Conde dijo
Que con razon lo veia estare)
Mas en nombrarle Reynaldos,
Vuelto se le ha la sangre,
Porque ellos mal se quieren,
Y por hacerle pesare
Luego le dan por los ojos
Renaldos de Montalvane.
Movido de muy gran saña
Luego habló así Don Roldane:
—Soy contento, el Conde Dirlos,
Y tomad este mi guante,
Y agradeced que sois venido
Tan presto sin mas tardare,
Que á pesar de quien pesara
Yo los hiciera casare,
Sacando á Don Gayferos,
Sobrino del Emperante.
—Calledes, dijo Gayferos,
Roldan, no digais vos tale,
Por ser soberbio y descortés
Mal vos quieren los doce Pares,
Que otros tan buenos como vos
Defienden la otra parte,
Y yo faltar no les puedo,
Ni dejar pasar lo tale.
Aunque mi primo es Celinos,
Hijo de hermana de madre,
Bien sabeis que el Conde Dirlos
Lo es de hermano de padre,
Y por ser de padre hermano
No le tengo de faltare,
Porque no pase la vuestra
En quereros ventajare.—
Toma el guante el Conde Dirlos
Y de la sala se sale,
Tras él guia Don Gayferos,
Y tras él va Don Beltrane.
Triste está el Emperador,
Haciendo llantos muy grandes,
Viendo á Francia revuelta
Y á todos los doce Pares.
Desque Renaldos lo supo
Hubo dello placer grande:
Decia al Conde palabras,
Mostrándole voluntade.
—Esforzado Conde Dirlos,
Lo que habeis hecho me place,
Y muy mucho mas del campo
Contra Oliveros y Roldane:
Una cosa rogar quiero,
No me la querais negare;
Pues no es principal Oliveros,
Ni menos es Don Roldane,
Sin perjudicar vuestra honra
Con cualquier podeis peleare:
Tomad vos á Oliveros,
Y dejadme á Don Roldane.—
Pláceme, dijo el Conde,
Renaldos, pues á vos place.—
Desque supieron las nuevas
Los grandes y principales
Q'es venido el Conde Dirlos,
Y que está ya en la ciudade,
Vereis parientes y amigos
Que grandes fiestas le hacen:
Los que á Roldan mal quieren
Al Conde Dirlos hacen parte,

Por lo cual toda la Francia
En armas vereis estare:
Mas si los doce quisieran
Bien los podian paciguare;
Mas ninguno por paz se pone,
Todos hacen parcialidade,
Sino el Arzobispo Turpin,
Que es de Francia Cardenale,
Sobrino del Emperador,
En esfuerzo principale,
Que solo aquel se ponia
Si los podia apaciguare;
Mas ellos escuchar no quieren,
Hanse mala voluntade:
Vereis ir dueñas, doncellas
A unos y á otros rogare,
Ni por ruegos ni por cosas
No los pueden paciguare.
Muestra mas saña que todos
El esforzado Meriane,
Hermano del Conde Dirlos
Y hermano de Durandarte,
(Aunque por diferencias
No se solian hablare)
De que sabe lo que ha dicho
En el palacio reale,
Que si el Conde mas tardara
El casamiento hiciera pasare
A pesar de todos ellos
Y á pesar de Don Beltrane.
Por esto cartas envia
Con palabras de pesare,
Que aquello que él ha dicho
No lo basta hacer verdade,
Que aunque el Conde no viniera
Habia quien lo demandare.
El Emperador que lo supo
Muy grandes llantos hace:
Por perdida dan á Francia
Y á toda la cristiandade:
Dicen que alguna de las partes
Con moros se irá á ayuntare.
Triste iba y pensativo,
No cesando el sospirare;
Mas los buenos consejeros
Áprovechan á la necesidade:
Consejan al Emperador
Para remedio tomare,
Mande tocar las trompetas
Y á todos mande juntare,
Y al que luego no viniere
Por traidor lo mande dare;
Que le quitará las tierras
Y mandará desterrare;
Mas como leales son
Todos juntado se hane.
El Emperador en medio dellos
Llorando empezó de hablare:
—Esforzados caballeros,
¡O primos mios carnales!
Entre vosotros no hay diferencia
Si no la quereis buscare:
Todos sois muy esforzados,
Todos, primos, de linage,
Mirad que habeis de morir
Y que á Dios haceis pesare,
No solo en perder á vosotros,
Mas toda la cristiandade.
Rogar os quiero una cosa
(Y no os querais enojare)
Que sin mis leyes de Francia
Campo no se puede dare.
Del campo no soy contento,
Ni á mí cierto me place,
Porque yo no veo causa
Por que lo haya de dare,
Ni hay vergüenza, ni injuria
Que á ninguno se pueda dare,
Ni al Conde han enojado
Oliveros ni Roldane,

Ni el Conde á ellos menos
Por que se hayan de matare.
De ayudar á sus amigos
Ya es la usanza tale:
Si Celinos ha errado
Con amor y mocedade,
No ha tocado á la Condesa,
Ni ha hecho tanto male
Que dello merezca muerte,
Ni se la deben de dare.
Ya sabemos que el Conde Dirlos
Es esforzado y de linage,
Y de los grandes señores
Que en Francia comen pane,
Que quien enojare á él
Él le basta á enojare,
Aunque fuese el mejor caballero
Que en el mundo se hallare:
Mas porque sea escarmiento
A otros hombres de linage,
Que ninguno sea osado
Ni pueda hacer otro tale
Si estimára su honra
En esto no osára entrare,
Que mengüemos á Celinos
Por villano, y no de linage;
Que en el número de los doce
No se haya de contare,
Ni cuando el Conde fuere en cortes
Celinos no pueda estare,
Ni do fuere la Condesa
Él no pueda habitare;
Y esta honra, el Conde Dirlos,
Para siempre os la darane.—
Don Roldan cuando esto oyera
Presto tal respuesta hace:
—Mas quiero perder la vida
Que tal haya de pasare.—
El Conde Dirlos que lo oyera
Presto se fue á levantare,
Y con una voz muy alta
Empezara de hablare:
—Pues requiéroos, Don Roldan,
Por mí y el de Montalvane,
Que de hoy en los tres dias
En campo hayais de estare;
Si no, á vos y á Oliveros
Daros hemos por cobardes.
—Pláceme, dijo Roldan,
Y aun si quisiéredes antes.—
Vereis llantos en palacio
Que al cielo quieren llegare,
Dueñas y grandes señoras,
Casadas y por casare,
A pies de maridos é hijos
Las vereis arrodillare.
Gayferos fue el primero
Que ha mancilla de su madre,
Asimesmo Don Beltran
De su hermana carnale,
Don Roldan de la su esposa
Que tan tristes llantos hace.
Retíranse entonces todos
Para irse aposentare,
Los valedores hablando
A voz alta y sin parare:
—Mejor será, caballeros,
A todos apaciguare;
Pues no hay afrenta ninguna,
Todo se haya de dejare.—
Entonces dijo Roldan
Q'es contento y que le place,
Con aquesta condicion,
Y esto se quiere otorgare:
Que Celinos es mochacho
De quince años y no mase,
Y no es para las armas,
Ni aun para peleare:
Que hasta veinte y cinco años,
Y hasta en aquella edade,

Que en número de los doce
No se haya de contare,
Ni en la mesa redonda
Menos pueda comer pane:
Do fuere el Conde y Condesa
Celinos no pueda estare:
Cuando fuere de veinte años
O puesto en mejor edade,
Si estimare la su honra
Que lo pueda demandare,
Y que entonces por las armas
Todos defiendan su parte,
Porque no diga Celinos
Que era de menor edade.——
Todos fueron muy contentos,
Y á ambas partes les place.
Entonces el Emperador
Todos los hace abrazare,
Todos quedan muy contentos,
Todos quedan muy iguales.
Otro dia el Emperador
Muy real sala les hace:
A damas y caballeros
Convídalos á yantare.
El Conde se afeita las barbas,
Los cabellos otro tale,
La Condesa en las fiestas
Sale muy rica y triunfante.
Los mestrasalas que servian
De parte del Emperante,
Es uno el Don Roldan
Y el otro el de Montalvane,
Por dar mas avinenteza
Que hubiesen de hablare.
Cuando ya hubieron yantado,
Antes de bailar ni danzare,
Se levantó el Conde Dirlos
Delante todos los Grandes,
Y al Emperador entregó
De las villas y lugares
Las llaves y lo ganado
Del Rey moro Aliarde;
Por lo cual el Emperador
Dello le dá muy gran parte,
Y él á sus caballeros
Grandes mercedes les hace.
Los doce tenian en mucho
La gran victoria que trae.
De allí quedó con gran honra
Y mayor prosperidade.

Id. 1.° *del Marqués de Mantua y Valdovinos.* (Anónimo). (1)

De Mantua salió el Marqués
Danes Urgel el leale,
Allá va á buscar la caza
A las orillas del mare.
Con él van sus cazadores
Con aves para volare,
Con él van los sus monteros
Con perros para cazare,
Con él van sus caballeros
Para haberlo de guardare.
Por la ribera del Pó
La caza buscando vane.

---

(1) *Aunque Pellicer dice en las notas del Quijote que este romance impreso en Alcalá en* 1598 *es de Gerónimo Treviño, yo creo que este fue, cuando mas, un editor que corrigió y modificó el antiguo. Ni á fines del siglo XVI, ni aun acaso en el siglo XIV, usaban los poetas los consonantes forzados que en este romance y otros muchos se usan.*

El tiempo era caluroso,
Víspera era de Sant Juane.
Metense en una arboleda
Para refresco tomare,
Al derredor de una fuente
A todos mandó asentare.
Viandas aparejadas
Traen, y procuran yantare.
Desque hubieron yantado
Comenzaron de hablare
Solamente de la caza
Como se ha de ordenare.
Al pie estaban de una breña
Que junto á la fuente estae.
Oyeron un gran ruido
Entre las ramas sonare:
Todos estuvieron quedos
Por ver qué cosa serae:
Por las mas espesas matas
Ven un ciervo asomare.
De sed venia fatigado,
Al agua se iba á lanzare;
Los monteros á gran priesa
Los perros van á soltare:
Sueltan lebreles, sabuesos
Para le haber de tomare.
El ciervo que los sintió
Al monte se vuelve á entrare:
Caballeros y monteros
Comienzan de cabalgare,
Siguiéndole iban el rastro
Con gana de le alcanzare:
Cada uno va corriendo
Sin uno á otro esperare.
El que traia buen caballo
Corria mas por le atajare:
Apártanse unos de otros
Sin al Marqués aguardare.
El ciervo era muy ligero,
Mucho se fue adelantare,
Al ladrido de los perros
Los mas siguiendo le vane.
El monte era muy espeso,
Todos perdido se hane.
El sol se queria poner,
La noche queria cerrare,
Cuando el buen Marqués de Mantua
Solo se fuera á hallare
En un bosque tan espeso
Que no podia caminare.
Andando á un cabo y á otro
Mucho alejado se hae,
Tantas vueltas iba dando
Que no sabe donde estae.
La noche era muy escura,
Comenzó recio á tronare,
El cielo estaba nublado,
No cesa de relampagueare.
El Marqués que así se vido
Su bocina fue á tomare,
A sus monteros llamando,
Tres veces la fue á tocare:
Los monteros eran lejos,
Por demas era el sonare,
El caballo iba cansado
De por las breñas saltare,
A cada paso caia,
No se podia meneare.
El Marqués muy enojado
La rienda le fue á soltare,
Por do el caballo queria
Lo dejaba caminare:
El caballo era de casta,
Esfuerzo fuera á tomare.
Diez millas ha caminado
Sin un momento parare;
No va camino derecho,
Mas por do podia andare.
Caminando todavía

Un camino va á topare,
Siguiendo por el camino
Va á dar en un pinare,
Por él anduvo una pieza
Sin poder dél se apartare.
Pensó reposar allí
O adelante pasare;
Mas por buscar á los suyos
Adelante quiere andare.
Del pinar salió muy presto,
Por un valle fuera á entrare,
Cuando oyó dar un gran grito
Temeroso y de pesare,
Sin saber que de hombre fuese,
O de qué pudiese estare,
(Solo gran dolor mostraba,
Otro no pudo notare).
De que se turbó el Marqués
Todo espeluzado se hae;
Mas aunque viejo de dias
Empiézase de esforzare.
Por su camino delante
Empieza de caminare:
A pie va que no á caballo,
El caballo va á dejare
Porque estaba muy cansado,
Y no podia bien andare.
En un prado que allí estaba
Allí le fuera á dejare.
Cuando llegó á un rio,
En medio de un arenale
Vido un caballero muerto,
Comenzóle de mirare:
Armado estaba de guerra
A guisa de peleare,
Los brazos tenia cortados,
Las piernas otro que tale,
Y mas adelante un poco
Una voz sintió hablare:
—¡O Santa María Señora,
No me quieras olvidare!
A ti encomiendo mi alma,
Plégate de la guardare,
En este trago de muerte
Esfuerzo me quieras dare,
Pues á los tristes consuelas
Quieras á mí consolare,
Y al tu precioso Hijo
Por mí te plega rogare
Que perdone mis pecados,
Mi alma quiera salvare.—
Cuando aquesto oyó el Marqués
Luego se fuera apartare,
Revolvióse el manto al brazo,
La espada fuera á sacare:
Apartado del camino
Por el monte fuera á entrare,
Hacia do sintió la voz
Empieza de caminare.
Las ramas iba cortando (1)
Para la vuelta acertare,
A todas partes miraba
Por ver qué cosa serae;
El camino por do iba
Cubierto de sangre estae.
Vínole grande congoja,
Todo se fue á demudare,
Que el espíritu le daba
Sobresalto de pesare.
De donde la voz oyera
Muy cerca fuera á llegare:
Al pie de unos altos robles

(1) *Acaso de aquí tomó Cervantes la idea de lo que hizo Sancho cuando se apartó de D. Quijote en Sierra Morena para poder á su vuelta hallar el camino de encontrarle.* Quijote, part. I. cap. 25.

Vido un caballero estare
Armado de todas armas
Sin estoque ni puñale.
Tendido estaba en el suelo,
No cesa de se quejare,
Las lástimas que decia
Al Marqués hacen llorare:
Por entender lo que dice
Acordó de se acercare.
Atento estaba escuchando
Sin bullir ni menearse.
Lo que decia el caballero
Razon es de lo contare.
—¿Dónde estás, señora mia (1),
Que no te pena mi male?
De mis pequeñas heridas
Compasion solias tomare,
Agora de las de muerte
No tienes ningun pesare.
No te doy culpa, señora,
Que descanso en el hablare,
Mi dolor, que es muy sobrado,
Me hace desatinare.
Tú no sabes de mi mal
Ni de mi angustia mortale,
Yo te pedí la licencia
Para mi muerte buscare;
Pues yo la hallé, señora,
A nadie debo culpare,
Cuanto mas á ti, mi bien,
Que no me la querias dare;
Mas cuando mas no podiste,
Bien sentí tu gran pesare
En la fé de tu querer,
Segun te vi demostrare.
Esposa mia y señora,
No cures de me esperare,
Hasta el dia del juicio
No nos podemos juntare.
Si viviendo me quisiste
Al morir lo has de mostrare,
No en hacer grandes estremos
Mas por el alma rogare.
¡O mi primo Montesinos,
Infante Don Meriane!
Deshecha es la compañía
En que soliamos andare.
Ya no espereis mas de verme,
No os cumple ya mas buscare,
Que en balde trabajareis
Pues no me podreis hallare.
¡O esforzado Don Renaldos,
O buen paladin Roldane,
O valiente Don Urgel,
O Don Ricardo Normante,
O Marqués Don Oliveros,
O Durandarte el galane,
O Archiduque Don Estolfo,
O gran Duque de Milane!
¿Dónde sois todos vosotros?
¿No venís á me ayudare?
¡O Emperador Carlo Magno,

---

(1) *Este pasage pone Cervantes en boca de Don Quijote* (part. I. cap. 5), *pero sin duda de una leccion mas moderna, como puede inferirse de su lenguage, y dice:*

¿Dónde estás, señora mia,
Que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
O eres falsa y desleal.

Mi buen señor naturale,
Si supieses tú mi muerte
Cómo la harias vengare!
Aunque me mató tu hijo
Justicia quieras guardare,
Pues me mató á traicion
Viniéndole acompañare.
¡O Príncipe Don Carloto!
¿Qué ira tan desiguale
Te movió sobre tal caso
A quererme así matare
Rogándome que viniese
Contigo por te guardare?
¡O desventurado yo
Cómo venia sin cuidare
Que tan alto caballero
Pudiese hacer tal maldade!
Pensando venir á caza
Mi muerte vine á cazare.
No me pesa del morir
Pues es cosa naturale,
Mas por morir como muero
Sin merecer ningun male,
Y en tal parte donde nunca
La mi muerte se sabrâe.
¡O alto Dios poderoso,
Justiciero y de verdade!
Sobre mi muerte inocente
Justicia quieras mostrare:
Desta ánima pecadora
Quieras haber piedade.
¡O triste Reina mi madre!
Dios te quiera consolare,
Que ya es quebrado el espejo
En que te solias mirare.
Siempre de mí recelabas
Recebir algun pesare,
Agora de aquí adelante
No te cumple recelare.
En las justas y torneos
Consejos me solias dare,
Agora triste en la muerte
Aun no me puedes hablare.
¡O noble Marqués de Mantua (1
Mi señor tio carnale!
¿Dónde estás que no oís
Mi doloroso quejare?
¡Qué nueva tan dolorosa
Os será y de gran pesare
Cuando de mí no supierdes
Ni me pudierdes hallare!
Hecístesme heredero
Por vuestro estado heredare,
Mas vos lo habreis de ser mic
Aunque sois de mas edade.
¡O mundo desventurado!
Nadie debe en ti fiare,
Al que mas subido tienes
Mayor caida haces dare.—
Estas palabras diciendo
No cesa de sospirare
Sospiros muy dolorosos
Para el corazon quebrare.
Turbado estaba el Marqués,
No pudo mas escuchare,
El corazon se le aprieta,
La sangre vuelto se le hae.
A los pies del caballero
Junto se fue á llegare;
Con la voz muy alterada
Empezóle de hablare:
—¿Qué mal teneis, caballer

(1) *Este verso y el que sigue tambien los pone Cervantes con l ion mas moderna en el* cap. 5. part. 1. del Quijote.

eredes me lo contare?
neis heridas de muerte
eneis otro algun male?—
ndo lo oyó el caballero
abeza probó alzare,
só que era su escudero,
respuesta le fue á dare:
¡Qué dices, amigo mio?
aes con quien me confesare?
ya se me sale el alma,
vida quiero acabare:
cuerpo no tengo pena,
el alma querria salvare.—
go le entendió el Marqués
otro le fue á tomare:
pondióle muy turbado
apenas pudo hablare:
Yo no soy vuestro criado,
ca comí vuestro pane,
es soy un caballero
por aquí acerté á pasare:
stras voces dolorosas
ií me han hecho llegare
aber qué mal teneis
le qué es vuestro penare.
s que caballero sois
rades vos esforzare,
para esto es este mundo
a bien y mal pasare.
idme, señor, quién sois
e qué es vuestro male,
si remediarse puede
os prometo de ayudare:
dudeis, buen caballero,
decirme la verdade.—
nára en sí Baldovinos,
puesta le fue á dare:
Muchas mercedes, señor,
la buena voluntade;
mal es crudo y de muerte,
No se puede remediare.
Veinte y dos heridas tengo
Que cada una es mortale;
El mayor dolor que siento
Es morir en tal lugare,
Do no se sabrá mi muerte
Para poderse vengare,
Porque me han muerto á traicion
Sin merescer ningun male.
A lo que habeis preguntado
Por mi fé os digo verdade,
Que á mí dicen Baldovinos,
Que el Franco solian llamare:
Hijo soy del Rey de Dacia,
Hijo soy suyo carnale,
Uno de los doce Pares
Que á la mesa comen pane.
La Reina Doña Ermelina
Es mi madre naturale,
El noble Marqués de Mantua
Era mi tio carnale,
Hermano era de mi padre
Sin en nada discrepare:
La linda Infanta Sevilla
Es mi esposa sin dudare:
Hame herido Carloto
Su hijo del Emperante,
Porque él requirió de amores
A mi esposa con maldade:
Porque no le dió su amor
Él en mí se fue á vengare
Pensando que por mi muerte
Con ella habia de casare.
Hame muerto á traicion
Viniendo yo á le guardare,
Porquel me rogó en París
Le viniesé acompañare
A dar fin á una aventura
En que se queria probare.
Quien quier que seais, caballero,

La nueva os plega llevare
De mi desastrada muerte
A París esa ciudade,
Y si hácia París no fuerdes
A Mantua la ireis á dare,
Q'el trabajo que ende habreis
Muy bien os lo pagarane,
Y si no quisierdes paga
Bien se os agradecerae.—
Cuando aquesto oyó el Marqués
La habla perdido hae,
En el suelo dió consigo,
La espada fue arrojare,
Las barbas de la su cara
Empezólas de arrancare,
Los sus cabellos muy canos
Comiénzalos de mesare.
A cabo de una gran pieza
En pie se fue á levantare,
Allegóse al caballero
Por las armas le quitare.
Desque le quitó el almete
Comenzóle de mirare:
Estaba en sangre bañado,
Con la color muy mortale,
Estaba desfigurado
No lo podia figurare,
No lo podia conoscer
En el gesto ni el hablare,
Dudando estaba dudando
Si era mentira ó verdade.
Con un paño que traia
La cara le fue á limpiare;
Desque le hubo limpiado
Luego conocido lo hae.
En la boca lo besaba
No cesando de llorare,
Las palabras que decia
Dolor es de las contare.
—¡O sobrino Baldovinos,
Mi buen sobrino carnale!
¿Quién os trató de esta suerte?
¿Quién os trujo á tal lugare?
¿Quién es el que á vos mató
Que á mí vivo fue á dejare?
Mas valiera la mi muerte
Que la vuestra en tal edade.
¿No me conoceis, sobrino?
¡Por Dios queraisme hablare!
Yo soy el triste Marqués
Que tio soliades llamare,
Yo soy el Marqués de Mantua
Que debo de reventare
Llorando la vuestra muerte
Por con vida no quedare.
¡O desventurado viejo!
¿Quién me podrá conortare?
Q'en pérdida tan crecida
Mas dolor es consolare.
Yo la muerte de mis hijos
Con vos podria olvidare,
Agora, mi buen señor,
De nuevo habré de llorare.
A vos tenia por sobrino
Para mi estado heredare,
Agora por mi ventura
Yo vos habré de enterrare.
Sobrino, de aquí adelante
Yo no quiero vivir mase:
Ven, muerte, cuando quisieres
No te quieras retardare;
Mas al que menos te teme
Le huyes por mas penare.
¿Quién le llevará las nuevas
Amargas de gran pesare
A la triste madre vuestra?
¿Quién la podrá consolare?
Siempre lo oí decir,
Agora veo ser verdade,
Que quien larga vida vive

Mucho mal ha de pasare:
Por un placer muy pequeño
Pesares ha de gustare.—
Destas palabras y otras
No cesaba de hablare
Llorando de los sus ojos
Sin poderse conortare.
Esforzóse Baldovinos
Con el angustia mortale,
Cuando conosció á su tio
Alivio fuera á tomare:
Tomóle entrambas las manos,
Muy recio le fue apretare,
Disimulando su pena
Comenzó al Marqués á hablare.
—No lloredes, señor tio,
Por Dios no querais llorare,
Que me dais doblada pena
Y al alma haceis penare;
Mas lo que yo os encomiendo
Es por mí querais rogare,
Y no me desampareis
En este esquivo lugare,
Hasta que yo haya espirado,
No me querades dejare:
Encomiéndoos á mi madre
Vos la querais consolare,
Que bien creo que mi muerte
Su vida habrá de acabare;
Encomiéndoos á mi esposa
Por ella querais mirare;
El mayor dolor que siento
Es no le poder hablare.—
Ellos estando en aquesto
Su escudero fue á llegare:
Un ermitaño traia
Que en el bosque fue á hallare,
Hombre de muy santa vida
Del orden sacerdotale.
Cuando llegó el ermitaño
El alba queria quebrare;
Esforzando á Baldovinos
Comenzóle amonestare
Que olvidando aqueste mundo
De Dios se quiera acordare.
Aparte se fue el Marqués
Por dalles mejor lugare,
El escudero á otra parte
Tambien se fuera apartare:
El Marqués de quebrantado
Gran sueño le fue á tomare.
Confesóse Baldovinos
A toda su voluntade.
Estando en su confesion,
Ya que queria acabare,
Las angustias de la muerte
Comienzan de le aquejare:
Con el dolor que sentia
Una gran voz fuera á dare:
Llama á su tio el Marqués,
Comenzó así de hablare:
—A Dios, á Dios, mi buen tio,
A Dios os querais quedare,
Que yo me voy de este mundo
Para la mi cuenta dare:
Lo que os ruego y encomiendo
No lo querais olvidare:
Dadme vuestra bendicion,
La mano para besare.—
Luego perdiera el sentido,
Luego perdiera el hablare,
Los dientes se le cerraron,
Los ojos vuelto se le hane.
Recordó luego el Marqués,
A él se fuera á llegare,
Muchas veces lo bendice
No cesando de llorare.
Absolvióle el ermitaño,
Por él comienza á rezare,
Y á cabo de poco rato

Baldovinos fue á espirare.
El Marqués de verlo así
Amortescido se hae,
Consuélalo el ermitaño,
Muchos egemplos le dae:
El Marqués como discreto
Acuerdo fuera á tomare,
Pues remediar no se puede,
A haberse de conortare.
Lo que hacia el escudero
Lástima era de mirare,
Rascuñaba la su cara,
Sus ropas rasgado hae,
Sus barbas y sus cabellos
Por tierra los va á lanzare.
A cabo de una gran pieza,
Que ambos cansados estane,
El Marqués al ermitaño
Comienza de preguntare:
—Pídoos por Dios, padre honrado,
Respuesta me querais dare:
¿Dónde estamos, ó en qué reino,
En qué señorío ó lugare?
¿Cómo se llama esta tierra?
¿Cuya es, y á qué mandare?—
El ermitaño responde:
—Pláceme de voluntade:
Debeis de saber, señor,
Que esta tierra sin poblare
Otro tiempo fue poblada,
Despoblóse por gran male,
Por batallas muy crueles
Que hubo en la cristiandade:
A esta llaman la Floresta
Sin ventura y de pesare,
Porque nunca caballero
En ella acaeció entrare
Que saliese sin gran daño
O desastre desiguale.
Esta tierra es del Marqués
De Mantua, la gran ciudade,
Hasta Mantua son cien millas
Sin poblado ni lugare,
Sino sola una ermita
Que á seis millas de aquí estae,
Donde yo hago mi vida
Por del mundo me apartare:
El mas cercano poblado
A veinte millas estae,
Es una villa cercada
Del ducado de Milane:
Ved lo que quereis, señor,
En que yo os pueda ayudare,
Que por servicio de Dios
Lo haré de voluntade,
Y por vuestro acatamiento,
Y por hacer caridade.—
El Marqués que aquesto oyera
Comenzóle de rogare
Que no recibiese pena
De con el cuerpo quedare,
Mientras él y el escudero
El caballo van buscare
Que allí cerca habia dejado
En un prado á descansare.
Plúgole al ermitaño
Allí haberlos de esperare:
El Marqués y el escudero
El caballo van buscare,
Por el camino do iban
Comenzóle á preguntare:
—Dígasme, buen escudero,
Si Dios te quiera guardare,
¿Qué venia tu señor
Por esta tierra buscare,
Y por qué causa lo han muerto
Y quién le fuera á matare?—
Respondióle el escudero,
Tal respuesta le fue á dare:
—Por la fé que debo á Dios

Yo no lo puedo pensare,
Porque no lo sé, señor;
Lo que ví os quiero contare.
Estando dentro en París
En cortes del Emperante
El Príncipe Don Carloto
A mi señor envió á llamare;
Estuvieron en secreto
Todo el dia en su hablare,
Cuando la noche cerró
Ambos se fueron armare.
Cabalgaron á caballo,
Salieron de la ciudade
Armados de todas armas
A guisa de peleare;
Yo salí con Baldovino
Y con Don Carloto un page:
Ayer hubo quince dias
Salimos de la ciudade.
Luego cuando aquí llegamos
A este bosque de pesare,
Mi señor y Don Carloto
Mandaron nos esperare:
Solos se entraron los dos
Por aquel espeso valle;
El page estaba cansado,
Gran sueño le fue á tomare,
Yo pensando en Baldovinos
No podia reposare.
Apartéme del camino,
En un arbol fuí á pujare,
A todas partes miraba
Cuando los veria tornare.
A cabo de un grande rato
Caballo oí relinchare,
Ví venir tres caballeros,
Mi señor no ví tornare:
Venian bañados en sangre,
Luego ví mala señale;
El uno era Don Carloto,
Los dos no pude notare;
Con grande miedo que tenia
No les osé preguntare
Dó quedaba Baldovinos,
Dó le fueran á dejare:
Mas abajéme del arbol,
Entré por aquel pinare;
Desque los ví trasponer
Yo comenzé de buscare
A mi señor Baldovinos,
Mas no lo podia hallare:
El rastro de los caballos
No dejaba de mirare.
A la entrada de un llano,
Al pasar de un arenale,
Ví huella de otro caballo,
La cual me pareció male;
Ví mucha sangre por tierra,
De que me fuí á espantare,
En la orilla del rio
El caballo fuí á hallare,
Mas adelante no mucho
A Baldovinos ví estare,
Boca abajo estaba en tierra
(Ya casi queria espirare)
Todo cubierto de sangre
Que apenas podia hablare.
Levantáralo de tierra,
Comenzéle de limpiare,
Por señas me demandó
Confesor fuese á buscare.
Esto es, noble señor,
Lo que sé deste gran male.—
En estas cosas hablando
El caballo van topare,
Cabalgó en él el Marqués,
Y á las ancas le fue á tomare,
A do quedó el ermitaño
Presto tornado se hane.
Desque hablaron un rato

Acuerdo van á tomare
Que se fuesen á la ermita,
Y el cuerpo allá lo llevare.
Pónenlo encima el caballo,
Nadie quiso cabalgare,
El ermitaño los guia,
Comienzan de caminare,
Llevan vía de la ermita
Aprisa y no de vagare.
Desque allá hubieron llegado
Van el cuerpo desarmare,
Quince lanzadas tenia,
Cada una era mortale,
Que de la menor de todas
Ninguno podria escapare.
Cuando así lo vió el Marqués
Traspasóse de pesare,
Y á cabo de una gran pieza
Un gran sospiro fue á dare.
Entró dentro en la Capilla,
De rodillas se fue á hincare,
Puso la mano en un ara
Que estaba sobre el altare,
Y en los pies de un Crucifijo
Jurando, empezó de hablare:
—Juro por Dios poderoso (1),
Por Santa María su madre,
Y al santo Sacramento
Que aquí suelen celebrare,
De nunca peinar mis canas,
Ni las mis barbas cortare,
De no vestir otras ropas
Ni renovar mi calzare,
De no entrar en poblado,
Ni las armas me quitare
(Sino fuere una hora
Para mi cuerpo limpiare),
De no comer en manteles,
Ni á mesa me asentare,
Hasta matar á Carloto
Por justicia ó peleare,
O morir en la demanda
Manteniendo la verdade,
Y si justicia me niega
Sobre esta tan gran maldade,
De con mi estado y persona
Contra Francia guerreare,
Y manteniendo la guerra
Morir ó vencer sin pare;
Y por este juramento
Prometo de no enterrare
El cuerpo de Baldovinos
Hasta su muerte vengare.—
De que aquesto hubo jurado
Mostró no sentir pesare;
Rogando está al ermitaño
Que le quisiese ayudare
Para llevar aquel cuerpo
Al mas cercano lugare.
El ermitaño piadoso
Su bestia le fue á dejare,
Amortajaron el cuerpo,
En ella lo van á posare,
Con armas de Baldovinos
El Marqués se fue á armare:
Cabalgára en su caballo,
Comienza de caminare.
Camino van de la villa
Que arriba oistes nombrare,
Con él iba el ermitaño
Por el camino mostrare.
Antes que á la villa lleguen
Una abadía van hallare
De la Orden de san Bernardo

(1) *Este es el juramento que recuerda Cervantes en el* cap. 10. part. I. del Quijote.

Que en una montaña estae,
A la bajada de un puerto
Y á la entrada de un lugare.
Allá se fue el Marqués
Y allí acordó quedare
Por estar mas encubierto
Y el cuerpo en guarda dejare,
Hasta hacelle un atahud
Y habello de embalsamare.
Al ermitaño rogaba
Dineros quiera tomare,
Desque dineros no quiso
Sus ricas joyas le dae:
No quiso ninguna cosa,
Su bestia fue á demandare,
Despidióse del Marqués,
A Dios le fue á encomendare:
Despues de ser despedido
Para su ermita se vae;
Por el camino do vuelve
A muchos topado hae
Que al Marqués iban buscando,
Llorando por le hallare.
Muchos por él preguntaban,
Las señales ciertas dane,
Por los señas que le dieron
Él conocido lo hae,
Y á todos les respondia:
—Yo os digo cierto verdade,
Que un hombre de tales señas,
Que no sé quién es ni cuale,
Dos dias ha que le acompaño
Sin saber adónde vae:
Dejélo en un abadía
Que dicen de Flores valle,
Con un caballero muerto
Que acaso fuera á hallare:
Si allá quereis ir, señores,
Hallaréislo de verdade.

Id. 2.° *del mismo.* (Anónimo).

De Mantua salen á priesa
Sin tardanza ni vagare
Ese noble Conde Dirlos,
Visorey de allende mare,
Con el Duque de Sanson,
De Picardía naturale:
Camino van de París,
Aunque ninguno lo sabe,
Q'el Marqués Danes Urgel
Los envia con mensage
A ese alto Emperador
Que estaba en París la grande.
Llegados son á París
Sin mucho tiempo tardare.
Caballeros son de estima,
De grande estado y linage,
De los doce que á la mesa
Redonda comian pane.
Los Grandes que lo supieron
Salen por los compañare.
Cuando entraron en París
Vanse al palacio reale,
Preguntan por el Emperador
Para habelle de hablare:
De que lo supo Don Carlos
Luego los mandó entrare,
Desque son delante dél
Las rodillas van hincare,
Demandáronle las manos,
Mas no se las quiso dare;
Mandólos alzar de tierra,
Comenzóles preguntare:
—¿De dónde venides, Duque?
¿De qué parte ó qué lugare?
¿Dónde habeis estado, Conde?
¿Venís de allende la mare?—

Respondieron ambos juntos,
Presto tal respuesta dane:
—En Francia habemos estado,
En Mantua esa ciudade,
Con el Marqués Danes Urgel
Por le haber de acompañare;
La embajada que traemos,
Señor, queraisla escuchare:
Mandad salir todos fuera,
No quede sino Roldane,
Que despues siendo contento,
Bien se podrá publicare.—
Todos se salieron luego
De la Cámara reale,
Todos cuatro quedan solos,
Las puertas mandan cerrare.
De rodillas por el suelo
El Conde comenzó á hablare:
—¡O muy alto Emperador,
Sacra real magestade!
Tu vasallo soy, señor,
Y de Francia naturale;
Pues vengo por mensagero
Licencia me manda dare
Para decir mi embajada,
Si no recibes pesare.—
Respondió el Emperador
Sin el semblante mudare:
—Decid, Conde, qué quereis,
Pues no os cumple recelare:
Bien sabeis q'el mensagero
Licencia tiene de hablare:
Al amigo y enemigo
Siempre se debe escuchare,
Por amistad al amigo,
Y al otro por se avisare.—
Levantóse luego el Conde,
Una carta fue á mostrare,
La cual era de creencia,
Dióla en manos de Roldane:
Comenzó de hacer su habla
Con discreto razonare.
—Creyendo hacer mas servicio
A tu sacra magestade,
Acepté, señor, el cargo
De este mensage esplicare,
Porque sin pasion ninguna
La verdad podré contare,
Segun que vengo informado
Sin añadir ni quitare.
La embajada que yo traigo
Es justicia demandare
Del Infante Don Carloto,
Tu propio hijo carnale.
Dicen que él mató sin culpa
A Baldovinos el Infante,
Hijo del buen Rey de Dacia,
Tu vasallo naturale;
Y matóle con aleve,
Con engaño y falsedade,
Rogándole que se fuese
Con él á le acompañare.
Por casarse con su esposa
Dicen que le fue á matare:
De este delito se quejan
Muchos hombres de linage,
Que son parientes del muerto,
Y se sienten de tal male.
El Marqués Danes Urgel
Se muestra mas principale
Por ser tio de Baldovinos,
Hermano del Rey su padre.
Demas de ser su pariente,
Tiene muy mayor pesare
Porque lo halló herido,
Casi á punto de espirare,
En un bosque muy esquivo,
Apartado de lugare.
Él mismo le contó el caso,
A él se fue encomendare,

En sus brazos espiró,
Razon es no le olvidare,
Y ese Maestre de Rodas
Urgel de la fuerza grande,
Que es primo del Marqués,
Tio tambien del Infante,
Y ese Duque de Baviera
Don Naimo el singulare,
Abuelo de Baldovinos,
Padre carnal de su madre,
Y ese Rey de Sansueña,
Tu vasallo naturale,
Padre de la Infanta Sevilla
Que cristiana fue á tornare
Por amor de Baldovinos
Para con él se casare,
Y otros muchos caballeros
Tambien se van á quejare,
Los unos por parentesco,
Los otros por amistade:
Sobre todos esa Reina
Doña Ermelina su madre;
Tus naturales y estraños
Tambien te envian á suplicare,
Que si tu hijo los mata
¿Quién los ha de defensare?
Si no mantienes justicia
Dejarán su naturale
Y se partirán de Francia
A otros reinos á morare.
El caso es abominable
Y terrible de contare,
Y si tal cosa es, señor,
Bien lo debes castigare.
Acuérdate de Trajano
En la justicia guardare,
Que no dejó sin castigo
Su único hijo carnale;
Aunque perdonó la parte,
Él no quiso perdonare.
Si niegas, señor, justicia,
Mucho te podrán culpare,
Que tal caso como este
No es para dejar pasare.
Mira bien, señor, en ello,
Respuesta nos manda dare.—
Turbóse el Emperador,
Que apenas pudo hablare:
La mano tenia en la barba,
Muy pensativo ademase.
A cabo de una gran pieza
Tal respuesta le fue á dare:
—Si lo que habeis dicho, Conde,
Se puede hacer verdade,
Mas quisiera que mi hijo
Fuera el muerto sin dudare.
El morir es una cosa
Que á todos es naturale,
La memoria queda viva
Del que muere sin fealdade;
Del que vive deshonrado
Se debe tener pesare,
Porque así viviendo muere
Olvidado de bondade.
Decilde, Conde, al Marqués
Y á cuantos con él estane
Que el pesar que desto tengo
No lo puedo demostrare:
Mas yo daré tal ejemplo
En esta muerte vengare,
Que la pena del delito
Sobrepuje á la maldade,
Porque todos se escarmienten
Cuantos lo oyeren nombrare.
Vengan á pedir justicia,
Que yo la haré guardare
Como es costumbre de Francia
Usada de antigua edade:
Si buena verdad trujeren
En mi corte se verae;

Do mi persona estuviere
La justicia será iguale
Así al pobre como al rico,
Así al chico como al grande,
Y tambien al estrangero
Como al propio naturale.
Mas quiero dejar memoria
De grande riguridade,
Que dejar sin dar castigo
Al que comete maldade,
Aunque sea mi propio hijo
Que me tenia de heredare.—
Cuando esto oyó el Conde
Las manos le fue á besare;
Alabando su respuesta,
El Duque comenzó hablare:
—Siempre, señor, confiamos
De tu ínclita bondade
Que por mantener justicia
Tal respuesta habias de dare:
Mas porque el caso requiere
En sí mesmo gravedade,
Y por ser cosa de hijo
Tú no lo debes juzgare,
El Marqués Danes Urgel
Te envia á suplicare
Que porque él tiene jurado
De en poblado nunca entrare
Hasta que alcance derecho
De Carloto el Infante,
Y él mismo tiene de ser
El que lo ha de acusare,
Que no quieras ser presente
Para haber de sentenciare;
Mas que nombres caballeros
Que puedan determinare,
Segun costumbre de Francia,
Entre hombres de linage,
Y que los que señaláredes
Para este caso mirare,
Sean caballeros de estado
De tu Consejo imperiale,
Y que hagan juramento
De administrar la verdade,
Y tu magestad provea
De señalar un lugare
En el campo sin poblado
A do se haya de juzgare
Para oir ambas las partes
Hasta ejecucion finale.
Porque el Marqués trae gentes
Pará se haber de guardare
De quien algo le quisiere
Y le hubiere de enojare,
Y sus parientes y amigos
Vienen por le acompañare,
Y entre ellos viene Renaldos,
El señor de Montalvane,
El cual está puesto en bandos
Con su sobrino Roldane:
Porque no sabe el Marqués
Si recibirás pesare,
No quiere venir con gentes
Sin saber tu voluntade,
Pues viene á pedir justicia
Y no para guerreare;
Pide, señor, le asegures
Y á cuantos con él vernane,
Mientras que el pleito durare
Seguro les mandes dare
Para venida y estada,
Y despues para tornare,
No porque él tema á ninguno,
Ni haya de quien se recelare,
Mas por cumplir lo que debe
A tu sacra magestade:
Desta manera, señor,
Él vendrá sin detardare,
Que ya es partido de Mantua,
No cesa de caminare.

Don Renaldos le aposenta
Sin hacer daño ni male,
En tierras de señoríos
Todos recaudo le dane,
Pagando de sus dineros
Lo acostumbrado pagare.
Para pasar por tus tierras
Licencia les manda dare,
Y todos los bastimentos
Que hubieren necesidade,
Pagando lo que valiere
No se les deben negare.—
Al Emperador le plugo,
Todo lo fue así otorgare:
—El Marqués venga seguro
Y cuantos con él vernaen,
Venga siquiera de guerra,
O como le placerae:
Yo lo tomo so mi amparo,
So mi corona reale.
Porque mas seguro venga
Este mi anillo tomade,
Todo lo que yo os prometo
Siempre hallareis verdade:
La licencia que pedís
Soy contento de os la dare,
Ordenaldo á vuestra guisa,
Que así lo quiero firmare.—
Sacó un anillo de oro
Con el sello imperiale,
El Duque le tomó luego,
Las manos le fue á besare.
Del Emperador se despiden,
A sus posadas se vane:
Don Roldan quedó enojado,
Mas no lo quiso mostrare.
Luego se supo en la corte
Todo lo que fue á pasare,
La embajada que traian,
Lo que venian á demandare.
Mucho pesó á Don Carloto,
Quiérelo disimulare;
Fuese al Emperador
A haberse de desculpare;
Mas nunca lo quiso oir
Sino en Consejo reale.
La audiencia que le dió
Fue mandarlo aprisionare
Hasta ser determinada
Por su corte la verdade.
Preso ya y puesto á recaudo,
En guarda lo fuera dare
A Don Renaldos de Belanda,
Que Ayuelos suelen llamare,
Gran Condestable de Francia,
Y en cortes gran Senescale.
Mucho pesaba á los Grandes
Que le tenian amistade,
Sobre todos le pesaba
A ese paladin Roldane.
Todos buscaban maneras
Para le haber de soltare,
Mas nunca el Emperador
A alguno quiso escuchare:
Cuanto mas por él le ruegan,
Tanto mas lo hace guardare.
Cada dia entra en consejo,
Las leyes hacia mirare
Quien tal crimen cometia
Qué pena le habia de dare.
Estando en esto las cosas
El Marqués fuera á llegare
A tres millas de París
A vista de la ciudade,
No quiso pasar delante,
Mandó asentar su reale,
Aposentóle Renaldos
Ribera de un rio caudale,
Do mejor le pareció
Y mas seguro lugare,

Y él adelante pasó
Una milla ó poco mase.
Armaron luego su tienda,
Su bandera mandó alzare,
La gente de la ciudad
Todos iban á mirare
El gran campo del Marqués,
Su concierto singulare,
La diversidad de gentes,
La orden q'el Marqués trae:
Muchos grandes y señores
Al Marqués iban á hablare
Por probar algun concierto
Y saber su voluntade.
Él estábase en su tienda,
En aquel estado grande,
Armado de todas armas
Y descubierta la face,
El atahud allí delante
Por mas dolor demostrare,
La madre de Baldovinos
Y su esposa allí á la pare
De aquella forma y manera
Que arriba oistes nombrare.
Los que venian á la tienda
Para el Marqués visitare,
De que le veian armado
Y de aquella forma estare,
Habian dél compasion,
Llegaban por le hablare.
Recebíalos muy bien,
Cabe él los hacia sentare,
El caso como pasara
A todos iba á contare.
Cuando algo le rogaban
Mostraba mucho pesare;
Rogaba con cortesía
Le quisiesen perdonare
Por no poder complacerlos
Como era su voluntade,
Porque él se habia quitado
Sobre esto la libertade;
El juramento que hizo
A todos hacia mostrare,
Porque no tuviesen causa
Sobre ello de importunare.
Los Grandes que allí venian
No le querian fatigare,
Ni querian sobre tal caso
El su dolor renovare.
Volvíanse para París
Pensativos ademase,
Diciendo tener razon
El Marqués de se vengare
De un tan grave delito,
Y hacello bien castigare.
Cuando el Emperador supo
Que el Marqués fuera á llegare,
Mandó llamar al Consejo
En su palacio imperiale.
Mandó cuando fueron juntos
Los embajadores llamare:
La embajada que trajeron
Tornasen á recontare.
Levantóse el Conde Dirlos
Comenzóla de esplicare.
De que la hubo acabado
Tornóse luego á sentare.
Todos se maravillaban
De oir tan gran maldade,
Por amor del Emperador
Todos recibian pesare,
Mirábanse unos á otros,
A todos parecia male.
Antes que hablase ninguno
El Emperador fue hablare:
—Lo que aquí pide el Marqués
Por primero y principale
Es que yo le nombre jueces
Para esto determinare:

Por ser caso de Carloto
Presente no quiero estare,
Para mejor señalarlos
Yo les daré potestade
Que administren la justicia
En su conciencia y verdade.—
A todos está mirando,
Y empiézales de hablare:
—Los jueces que yo le nombro
Para justicia guardare
El uno es Dardin Dardeña,
Que Delfin suelen llamare,
De tres estados de Francia,
El primero en consejare:
El otro el Conde de Flandes,
Don Alberto el singulare,
Uno de los tres estados,
Y primero en el mandare:
Otro el Duque de Borgoña,
Primero estado en juzgare,
Riguroso y justiciero,
En mis reinos principale:
El otro el Duque Don Carlos,
Mi Sargento generale:
Otro el Duque de Borbon,
Mi cuñado Don Grimalte:
El otro el Conde de Foy,
Y el buen viejo Don Beltrane:
Otro sea Don Reynero
Llamado Duque de Aste,
Y el Conde Don Galalon
De Alemaña principale:
Otro el Duque Bibiano
De Agramonte naturale,
Asistente de mi corte
Para los pleitos juzgare:
Otro el Duque de Saboya,
Que venturas fue á buscare,
Y en las mas partes del mundo
Trances ha visto pasare:
Otro el Duque de Ferrara,
Esa nombrada ciudade,
Don Arnao el gran Bastardo,
Así se hace intitulare:
Otro sea Don Guarinos,
Almirante de la mare,
De todas flotas y armadas
Sobre todos Generale.
Y nombro por Presidente
Para en mi lugar estare
Don Renaldos de Belanda,
De Francia gran Condestable:
Para ello le doy mi cetro,
Poder soluto en mandare.
Todos estos juntos puedan
Absolver y sentenciare
Esto que pide el Marqués
Como se debe juzgare,
Si por prueba de testigos
O trance de peleare.
Yo les doy mi comision
Con poder y facultade,
Que la sentencia que dieren
La puedan ejecutare,
Segun costumbre de Francia,
Por su propia autoridade,
Dando la pena y castigo
A quien la hubieren de dare,
Así por via de justicia,
Como por en campo entrare,
Al cual puedan ser presentes,
Y en mi nombre asegurare
Al Marqués Danes Urgel
Y á cuantos con él estane,
Mas que á mi persona propia
Nadie pueda demandare.—
Así como aquí lo dijo
A todos los va á mandare,
So pena de ser traidor
Quien lo osare quebrantare.

Sentencia dada contra Don Carloto. (Anónimo).

En el nombre de Jesus
Que todo el mundo ha formado,
Y de la Virgen su madre,
Que de niño lo ha criado:
Nosotros Dardin Dardeña,
Delfin en Francia llamado;
Don Alberto y Don Reynero,
De tres estados nombrado,
El Conde de Flandes viejo,
Consejero delegado,
Con el Duque de Borgoña,
El primero en el juzgado,
Con el buen Duque Don Carlos,
El regente, el sargentado,
Con el Duque de Borbon
Don Grimalte, fiel cuñado
Del muy alto Emperador,
Con la su hermana casado;
El buen viejo Don Beltrane
Con el Conde de Foyxano,
Y el Conde Don Galalon
Con el Duque de Bibiano,
Con el Duque de Saboya,
Que venturas ha buscado,
Con el Duque de Ferrara
Don Arnao, el gran Bastardo,
El Almirante Guarinos,
En los mares estimado;
Don Renaldos de Belanda,
Condestable diputado
En el lugar y mandar
Del sumo Emperador Carlo:
Todos juntos en consejo
Y acuerdo deliberado,
Vista la requisicion
Q'el buen Marqués nos ha dado,
Vista tambien la demanda
Q'el mesmo ha procesado,
Vistas todas las respuestas
Que Don Carloto ha enviado,
El proceso todo entero
Con gran fé desaminado,
Lo que venia de justicia
Y de derecho mirado,
Ni al uno por el otro
El derecho no quitado,
Teniendo á Dios en la piensa
Y en los ojos presentado;
Visto que claro paresce
Por lo que se ha alegado,
Que segun la ley divina
Quien mata ha de ser matado,
Con cuchillo ó sin cuchillo
A tal acto ejercitado;
Y visto que traicion
Don Carloto ha intentado
En matar á Baldovinos
En un bosque despoblado,
Segun que claro se muestra
Por la confesion que ha dado
Don Carloto á la demanda
Q'el Marqués ha presentado;
Visto que punto por punto
El delito ha confesado
Por la pena del tormento,
Aunque lo habia negado;
Y visto que nada obsta
Q'el le haya sojuzgado
A la Real audiencia,
Pues que le han perdonado:
Lo que viene de justicia,
Nada otro no mirado,
Por esta nuestra sentencia
Cada cual bien informado
Del hecho de la verdad,
Segun que se ha confesado,

Condenamos á Carloto:
Primero, á ser arrastrado
Por el campo y por la arena
Por un rocin mal domado:
Despues de lo cual queremos
Que sea descabezado
En un alto cadahalso,
Do pueda ser bien mirado
De fuera de la ciudad
Por donde será llevado;
Despues de lo cual cumplido,
E aquesto ser acabado,
Le corten manos y pies
Porque quede mas pagado,
E despues de aquesto hecho
Que sea descuartizado:
Lo cual cumplido queremos
Sea un edificio obrado
De piedra muy bien labrada
E de canto bien picado,
Que sea en lo venidero
Memoria de lo pasado
Del caso de Baldovinos
E de cómo fue vengado.—
Don Carloto temeroso,
Aunque era muy esforzado,
Tremecióse cuando oyó
Lo que se ha publicado.
Esforzóse cuanto pudo,
Una pluma ha demandado;
Diéronle tinta y papel,
Una carta ha ordenado;
Con un page que allí estaba
A Don Roldan la ha enviado.
Nadie sabe lo que envia,
Para vello se ha apartado
Don Roldan, leyó la carta,
Todo se ha alterado:
El de cierto bien quisiera
Dar remedio en lo rogado.
Doloroso y pensativo
Un poco tiempo ha quedado,
Duda si debe hacer
Lo que le fue suplicado,
O si deba dar desvío
A lo que le es recitado:
Hallóse puesto en gran duda,
En gran estrecho y cuidado;
El amor dice que haga,
El temor teme el mandado
Dese sumo Emperador
Que al Marqués ha asegurado:
Mas al fin quiere la sangre
Perder por la sangre estado.
Delibera hacer respuesta
Que no esté atemorizado,
Que con parientes y amigos
El saldrá al campo armado
Con el deseo de perder
La vida, ó ser remediado.
Sin que gran rato pasase
Fue Don Carloto informado
De lo que ordena Roldan,
De lo que fue algo gozado:
Quiérelo disimular,
Mas no pudo ser celado.
Allégase el Condestable,
Y el papel le ha tomado:
Leido que fue el papel,
Por París se ha divulgado
Que Don Roldan hace gente
Y que ejército ha juntado.
El Emperador lo sabe,
Al Marqués ha avisado,
Manda poner á Carloto
Apercibido recaudo.
Pregonan por la ciudad
De que nadie sea osado,
So pena perder la vida,
De al otro dia ir armado.

A Roldan envió á decir
Que solo no sea osado
De mas estar en París
Hasta un año pasado,
So pena de ser traidor
Y por traidor publicado.
El Marqués q'el caso siente
A Reynaldos ha enviado
Que á otro dia amaneciendo
Sea sin falta llegado
A las puertas de París
Con tres mil hombres d'estado;
De caballo lleve mil,
Y que no sea mudado
Hasta tanto que Carloto
En medio será tomado,
Y en el cadahalso sea puesto
Para que fue sentenciado,
Y que á cualquiera que venga
Defienda lo encomendado.
Otro dia de mañana
Todo así fue acabado.
Ya sacaban á Carloto
Con fierros muy bien ferrado,
Los pregoneros delante
Su gran maldad publicando:
Cuando fueron á la puerta
Don Reynaldos lo ha tomado,
Y en medio toda su gente
Lo ha bien aposentado.
Cuando estan en el lugar
Do ha sido sentenciado,
Delante toda París
Fue todo ejecutado,
Segun que por la sentencia
Fue proveido y mandado.
Así murió Don Carloto,
Quedando alevosado,
Y Baldovinos viviendo,
Aunque murió, muy honrado

Id. 3.º *del mismo.* (Anónimo).

Nuño Vero, Nuño Vero,
Buen caballero probado,
Hinquedes la lanza en tierra
Y arrendedes el caballo;
Preguntaros he por nuevas
De Baldovinos el Franco.
—Aquesas nuevas, señora,
Yo bien las diré de grado.
Esta noche á media noche
Entramos en cabalgada,
Y los muchos á los pocos
Lleváronnos de arrancada;
Hirieron á Baldovinos
De una mala lanzada;
La lanza tenia dentro,
De fuera le tiembla el asta:
Su tio el Emperador
A penitencia le daba,
O esta noche morirá,
O de buena madrugada.
Si te pluguiese, Sevilla,
Fueses tú mi enamorada:
Amédesme, mi señora,
Que en ello perdereis nada.
—Nuño Vero, Nuño Vero,
Mal caballero probado,
Yo te pregunto por nuevas,
Tú respóndesme al contrario,
Que aquesta noche pasada
Conmigo durmiera el Franco,
Él me diera una sortija,
Yo le dí un pendon labrado.

Id. 4.º del mismo. (Anónimo).

Sobre el cuerpo desangrado
: su esposo Baldovino,
quien mató alevemente
un Rey justo un traidor hijo,
bella Infanta Sevilla
n lágrimas y suspiros
ña el rostro, azota al aire,
ora al muerto, y mueve al vivo.
le besa, ya le abraza,
entre el uno y otro oficio,
liendo venganza al Rey,
jo al Rey, y al cielo dijo:
stigo, castigo,
la muerte á Carloto su amor
mismo.

Y pues es razon que paguen
Los cómplices del delito,
Si dicen que yo lo fuí,
Estrénese en mí el cuchillo.
Quiero ser actor y reo,
Orden nueva de juicio,
Pida el alma como esposa
Al cuerpo como enemigo:
No piense Carloto, no,
Que por ser muger me libro,
Que trocaré por su muerte
La muerte del Paladino.
Castigo, castigo,
Dé la muerte á Carloto su amor
mismo.

Id. 5.º del mismo. (Anónimo).

Grande estruendo de campanas
r todo París habia,
doloroso sonido
s piedras entristecia
r muerte de un caballero,
ldovinos se decia,
no era de los doce,
de Reyes descendia.
lo llevan á enterrar
n gran pompa en demasía.
andes mortajas y lutos,
ucha gente le seguia.
gran número de hachas
uce la lumbre del dia,
en pages cabe la tumba
ue le lleva compañía;
uchos Duques, muchos Condes,
ay grande caballería.
ntándole va responsos
finita clerecía;

El gran Cardenal de Ostia
Por presbítero venia,
El Arzobispo de Milan
De Diácono servia,
Por Subdiácono de ellos
El Obispo de Aux venia.
Allá en San Juan de Letran
El aparato se hacia
De una rica sepultura
Que á las del mundo escedia.
Toda era de piedra jaspe
Y hermosa mazonería,
Y unas columnas de marmol
En donde se sostenia.
Hechas pues ya las obsequias
Como á él pertenecia,
Cíñenle estoque dorado
De muy gran precio y valía;
Métenle yelmo muy rico
De infinita pedrería;

En hábito militar,
Y armado por esta vía
Lo meten en el sepulcro,
Como usarse solia;
Quedando el cuerpo con fama,
Con gloria el alma subia.

Id. 1.º *del Conde Claros de Montalvan.* (Anónimo).

Media noche era por hilo (1),
Los gallos querian cantar,
Conde Claros por amores
No podia reposar:
Cuando muy grandes sospiros
Que el amor le hacia dar
Porque amor de Claraniña
No le deja sosegar;
Cuando vino la mañana
Que queria alborear
Salto diera de la cama
Que parece un gavilan.
Voces da por el palacio
Y empezára de llamar:
—Levantaos, mi camarero,
Dadme vestir y calzar.—
Presto estaba el camarero
Para habérselo de dar.
Diérale calzas de grana,
Borceguís de cordoban,
Diérale jubon de seda
Aforrado en zarzanan,
Diérale un manto muy rico
Que no se puede apreciar,
Trescientas piedras preciosas
Al rededor del collar,
Tráele un rico caballo
Que en la corte no hay su par,
Que la silla con el freno
Bien valia una ciudad,
Con trescientos cascabeles
Al rededor del petral;
Los ciento eran de oro,
Y los ciento de metal,
Y los ciento son de plata
Por los sones concordar.
Íbase para el palacio,
Para el palacio real,
Y á la Infanta Claraniña
Allí la fuera á hablar:
Trescientas damas con ella
La iban á acompañar.
Tan linda va Claraniña,
Que á todos hace penar.
Conde Claros que la vido
Luego va á descabalgar,
De rodillas en el suelo
Le comenzó de hablar:
—Mantenga Dios á tu Altez
—Conde Claros, bien vengais.
Las palabras que prosigue
Eran para enamorar.
—Conde Claros, Conde Cla
El señor de Montalvan,
¡Cómo habeis hermoso cuerp
Para con moros lidiar!—
Respondiera el Conde Claro
Tal respuesta le fue á dar:
—Mejor le tengo, señora,
Para con damas holgar.

---

(1) *Así empieza el* cap. 9. part. II. del Quijote. *Para empezarlo duda tuvo presente Cervantes el primer verso de este romance.*

i yo os tuviera esta noche,
li señora, á mi mandar,
uerria la otra mañana
on cient moros pelear,
si á todos no venciese
ue me mandasen matar.
—Calledes, Conde, calledes,
no os querais alabar:
l que quiere servir damas
sí lo suele hablar,
al entrar en las batallas
ien se saben escusar.
—Si no lo creeis, señora,
or las obras se verá:
iete años son pasados
ue os empezé de amar,
ue de noche yo no duermo,
i de dia puedo holgar.
—Siempre os preciastes, Conde,
e las damas os burlar:
las déjame ir á los baños,
los baños á bañar,
uando yo sea bañada
stoy á vuestro mandar.—
espondiérale el buen Conde,
al respuesta le fue á dar:
—Bien sabedes vos, señora,
ue soy cazador real;
aza que tengo en la mano
unca la puedo dejar.—
omárala por la mano,
para un vergel se van,
la sombra de un ciprés
debajo de un rosal
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
as fortuna que es adversa
placeres y á pesar
Trujo allí un cazador,
Que no debia pasar,
Detras de una podenca,
Que rabia debia matar.
Vido estar al Conde Claros
Con la Infanta á lindo holgar:
El Conde cuando lo vido
Empezóle de llamar.
—Ven acá tú, el cazador,
Y Dios te guarde de mal:
De todo lo que has visto
Que nos guardes poridad;
Daréte mil marcos de oro,
Y si mas quisieres, mas;
Casarte he con una doncella
Que era mi prima carnal;
Darte he en arras y en dote
La villa de Montalvan,
De otra parte la Infanta
Mucho mas te puede dar.—
El cazador sin ventura
No les quiso escuchar,
Vase para los palacios
Adonde el buen Rey está.
—Manténgate Dios, el Rey,
Y á tu corona real:
Una nueva yo te traigo
Dolorosa y de pesar:
No te cumple traer corona
Ni en caballo cabalgar;
La corona de la cabeza
Bien te la puedes quitar,
Si tal deshonra como esta
La hubieses de comportar,
Que he hallado la Infanta
Con Claros de Montalvan,
Besándola y abrazándola
En vuestro huerto real.
. . . . . .
. . . . . .

El Rey con muy grande enojo
Mandó al cazador matar,
Porque habia sido osado
De tales nuevas llevar.
Mandó llegar alguaciles
Apriesa, no de vagar:
Mandó armar quinientos hombres
Que lo hayan de acompañar
Para que prendan al Conde
Y le hayan de tomar,
Y mandó cerrar las puertas,
Las puertas de la ciudad.
A las puertas de palacio
Allá le fueron á hallar:
Preso llevan al buen Conde
Con mucha riguridad,
Unos grillos á los pies
Que bien pesan un quintal;
Las esposas á las manos,
Que era dolor de mirar,
Una cadena á su cuello
Que de hierro era el collar;
Cabálganle en una mula
Por mas deshonra le dar:
Metiéronle en una torre
De muy gran escuridad:
Las llaves de la prision
El Rey las quiso llevar,
Porque sin licencia suya
Nadie le pudiese hablar.
Por él rogaban los Grandes
Cuantos en la corte estan,
Por él rogaba Oliveros,
Por él rogaba Roldan,
Y ruegan los doce Pares
De Francia la natural;
Y las monjas de Sant'Ana
Con las de la Trinidad (1)
Llevaban un Crucifijo
Para el Rey poder rogar:
Con ellas va el Arzobispo
Y un Perlado y Cardenal,
Mas el Rey con grande enojo
A nadie quiso escuchar,
Antes de muy enojado
Sus Grandes mandó llamar:
Cuando ya los tuvo juntos
Empezóles de hablar:
—Amigos é hijos mios,
A lo que os hice llamar,
Ya sabeis que el Conde Claros,
El señor de Montalvan,
De niño yo le he criado
Hasta ponello en edad,
Y le he guardado su tierra,
Que su padre le fue á dar,
El que morir no debiera,
Reynaldos de Montalvan,
Y por hacello mas grande,
De lo mio le quise dar.
Hícele Gobernador
De mi reino natural:
Él por darme galardon
Mirad en qué fue á tocar,
Que quiso forzar la Infanta,
Hija mia natural.
Hombre que lo tal comete
¿Qué sentencia le han de dar?—
Todos dicen á una voz

---

(1) *He aquí un anacronismo: Carlo Magno floreció en el siglo VI y IX, y la religion Trinitaria se fundó en el primer año del glo XIII.*

Que lo hayan de degollar;
Y así la sentencia dada
El buen Rey la fue á firmar.
L'Arzobispo q'esto viera
Al buen Rey fue á hablar,
Pidiéndole por merced
Licencia le quiera dar
Para ir á ver al Conde
Y su muerte denunciar.
—Pláceme, dijo el buen Rey,
Pláceme de voluntad;
Mas con esta condicion,
Que solo habeis de andar
Con aqueste pagecico
Que le va á acompañar.—
Cuando vido estar al Conde
En su prision y pesar,
Las palabras que le dice
Dolor eran de escuchar.
—Pésame de vos, el Conde (1),
Cuanto me puede pesar,
Que los yerros por amores
Dignos son de perdonar.
La desastrada caida
De vuestra suerte y ventura,
Y la nueva á mí venida,
Sabed que hace mi vida
Mas triste que la tristura;
De forma que no sé donde
Pueda yo placer cobrar;
Y como á vos no se esconde,
De vos me pesa, buen Conde,
Porque así os quieren matar.
Los como vos esforzados,
Para las adversidades
Han de estar aparejados,
Tanto á sufrir los cuidados,
Como las prosperidades;
Pues el primero no fuistes
Vencido por bien amar,
No temais angustias tristes,
Que los yerros que hecistes
Dignos son de perdonar.
Por vos he rogado al Rey,

---

(1) *De casi todos los romances antiguos históricos hay algunos trozos que ó por mejor hechos, ó por mas populares, han servido de tema para hacer otros y para las glosas de los poetas. A este trozo del presente romance ha servido de tema otro mucho mas antiguo, quizá del siglo XIV, que se halla inserto en el* Cancionero general, *impreso en folio en Valencia el año* 1511, *y dice así:*

Pésame de vos, el Conde,
Porque así os quieren matar,
Porque el yerro que ficiste
Non fue mucho de culpar,
Que los yerros por amores
Dignos son de perdonar.
Supliqué por vos al Rey
Que os mandase delibrar,
Mas el Rey con grande enojo
Non me quisiera escuchar,
Que la sentencia ya dada
No se podia revocar,
Pues dormistes con la Infanta
Habiéndola de guardar.
Mas os valiera, sobrino,
De las damas non curar,
Que quien mas face por ellas
Tal espera de alcanzar,
Que de muerto ó de perdido
Ninguno puede escapar;
Que firmeza de mugeres
Non puede mucho durar.
—Que tales palabras, tio,
Non las puedo comportar,
Quiero más morir por ellas
Que vivir sin las mirar.

Nunca me quiso escuchar,
Antes ha dado sentencia
Que os hayan de degollar;
Yo os lo dije bien, sobrino,
Que os dejásedes de amar,
Que el que á las mugeres ama
Atal galardon le dan,
Que haya de morir por ellas
Y en las cárceles penar.——
Respondió presto el buen Conde
Con esfuerzo singular:
——Calledes por Dios, mi tio,
No me querais enojar,
Quien no ama las mugeres
No se puede hombre llamar;
Mas la vida que yo tengo
Por ellas quiero gastar.——
Respondióle el pagecico,
Tal respuesta le fue á dar:
——Conde, bien aventurado
Siempre os deben de llamar,
Porque muerte tan honrada
Por vos habia de pasar:
Mas envidia he de vos, Conde (1),
Que mancilla ni pesar:
Mas quisiera ser vos, Conde,
Que el Rey que os manda matar
Porque muerte tan honrada
Por mí hubiese de pasar.
Llama yerro la fortuna
Quien no la sabe gozar,
Que la priesa del cadahalso
Vos, Conde, la debeis dar;
Si no es dada la sentencia
Vos la debeis de firmar.——
El Conde cuando esto oyera
Tal respuesta le fue á dar:
——Por Dios te ruego, page,
En amor de caridad,
Que vais á la Princesa
De mi parte á le rogar,
Que suplico á la su Alteza
Que ella me salga á mirar,
Que en la hora de mi muerte
Yo la pueda contemplar,
Que si mis ojos la ven
Mi alma no ha de penar.——
Ya se parte el pagecico,

---

(1) *Desde este verso hasta el que dice* Vos la debeis de firmar, *sirvió* [illegible] *tema al de Lope de Sosa, autor posterior que floreció á principios del s* [illegible] *glo XV, inserto en el* Cancionero general, *impreso en folio en Valencia* [illegible] *año* 1511.

Mas envidia he de vos, Conde,
Que mancilla ni pesar,
Porque muerte tan honrada
Por vida se ha de tomar.
Llama yerro á la fortuna
Quien no la sabe juzgar:
Sin ventura en tales yerros
Acierta quien puede errar.
Mas querria ser vos muerto,
Que el Rey que os manda matar,
Porque él muere en quedar vivo
No queriéndoos perdonar.
No le demos esta gloria
Pues no la supo ganar,
Pues le era mayor victoria
Que mandaros degollar.
La priesa del cadahalso,
Conde, vos la debeis dar,
Porque tan alta sentencia
No se haya de revocar,
Que en la vida está la muerte,
Y en la muerte el descansar,
Y en la causa está el consuelo
Con que os habeis de alegrar.

Ya se parte, ya se va,
Llorando de los sus ojos
Que queria reventar.
Topára con la Princesa,
Bien oireis lo que dirá:
—Agora es tiempo, señora,
Que hayais de remediar,
Que á vuestro querido el Conde
Lo llevan á degollar.—
La Infanta que esto oyera
En tierra muerta se cae;
Damas, dueñas y doncellas
No la pueden retornar,
Hasta que llegó su aya
La que la fue á criar.
—¿Qué es aquesto, la Infanta?
Aquesto ¿qué puede estar?
—¡Ay de mí triste, mezquina!
Que no sé qué puede estar,
Que si al Conde me matan
Yo habré de desesperar.
—Saliésedes vos, mi hija,
Saliésedeslo á quitar.—
Ya se parte la Infanta,
Ya se parte, ya se va:
Fuese para el mercado
Donde lo han de sacar:
Visto estar el cadahalso
En que lo han de degollar,
Damas, dueñas y doncellas
Que lo salen á mirar.
Vió venir la gente d'armas
Que lo traen á matar,
Los pregoneros delante
Por su yerro publicar:
Con el poder de la gente
Ella no podia pasar.
—Apartaos, gente d'armas,
Todos me haced lugar,
Si no..... por vida del Rey
A todos mande matar.—
La gente que la conoce
Luego le hacen lugar,
Hasta que llegó al Conde
Y le empezara de hablar:
—Esforzá, esforzá, el buen Conde,
Y no querais desmayar,
Que aunque yo pierda la vida
La vuestra se ha de salvar.—
El alguacil que esto oyera
Comenzó de caminar;
Váse para los palacios
Adonde el buen Rey está.
—Cabalgue la vuestra Alteza
Apriesa, no de vagar,
Que salida es la Infanta
Para el Conde nos quitar:
Los unos manda que maten,
Y los otros ahorcar:
Si vuestra Alteza no acorre,
Yo no puedo remediar.—
El buen Rey de que esto oyera
Comenzó de caminar,
Y fuese para el mercado
Adonde el Conde fue á hallar.
—¿Qué es aquesto, la Infanta?
Aquesto ¿qué puede estar?
¿La sentencia que yo he dado
Vos la quereis revocar?
Yo juro por mi corona,
Por mi corona real,
Que si heredero tuviese
Que me hubiese de heredar,
Que á vos y al Conde Claros
Vivos os haria quemar.
—Que vos me mateis, mi padre,
Muy bien me podeis matar,
Mas suplico á vuestra Alteza
Que se quiera él acordar

De los servicios pasados
De Reynaldos de Montalvan,
Que murió en las batallas
Por tu corona ensalzar:
Por los servicios del padre
Lo debes galardonar;
Por mal querer de traidores
Vos no le debeis matar,
Que su muerte será causa
Que me hayais de disfamar;
Mas suplico á vuestra Alteza
Que se quiera consejar,
Que los Reyes con furor
No deben de sentenciar,
Porque el Conde es de linage
Del reino mas principal,
Porque él era de los doce
Que á tu mesa comen pan,
Sus amigos y parientes
Todos te querrian mal:
Revolveros han en guerra,
Los reinos se perderán.—
El buen Rey cuando esto oyera
Comenzara á demandar.
—Consejo os pido, los mios,
Que me querais consejar.—
Luego todos se apartaron
Por su consejo tomar:
El consejo que le dieron
Que lo haya de perdonar
Por quitar males y bregas,
Y la Princesa afamar.
Todos firman el perdon,
El buen Rey lo fue á firmar;
Tambien le aconsejaron,
Fuéronle consejo á dar,
Pues la Infanta queria al Conde
Con él haya de casar.
Ya desfierran al buen Conde,
Ya le mandan desferrar,
Descabalga de la mula
El Arzobispo á desposar.
Él tomólos de las manos,
Así los hubo de juntar.
Los enojos y pesares
Placeres se han de tornar.

Id. 2.° *del Conde Claros.* (Anónimo).

A caza va el Emperador
A San Juan de la Montiña,
Con él iba el Conde Claros
Por le tener compañía.
Contándole iba contando
El menester que tenia.
—No me lo digais, el Conde,
Hasta despues la venida.
—Mis armas tengo empeñadas
Por mil marcos de oro y mas,
Y otros tantos debo en Francia
Sobre mi buena verdad.
—Llámenme mi camarero
De mi cámara real;
Dad mil marcos de oro al Conde
Para sus armas quitar;
Dad mil marcos de oro al Conde
Para mantener verdad;
Dadle otros tantos al Conde
Para vestir y calzar;
Dadle otros tantos al Conde
Para las tablas jugar;
Dadle otros tantos al Conde
Para torneos armar;
Dadle otros tantos al Conde
Para con damas holgar.
—Muchas mercedes, señor,
Por esto y por mucho mas.

A la Infanta Claraniña
Vos por muger me la dad.
—Tarde acordastes, el Conde,
Mandada la tengo ya.
—Vos me la dareis, señor,
Acabo que no querais,
Porque preñada la tengo
De los seis meses ó mas.—
El Emperador que esto oyera
Tomó de ello gran pesar,
Vuelve riendas al caballo
Y tornóse á la ciudad:
Mandó llamar las parteras
Para la Infanta mirar.
Allí habló la partera,
Bien oireis lo que dirá:
—Preñada está la Infanta
De los seis meses ó mas.—
Mandóla prender su padre
Y meter en escuridad,
El agua hasta la cintura
Porque pudriese la carne,
. . . . . .
. . . . . .
Los caballeros de su casa
Se la iban á mirar.
—Pésanos de vos, señora,
Cuanto nos puede pesar,
Que de hoy en quince dias
El Emperador os manda quemar.
—No me pesa de mi muerte
Porque es cosa natural,
Pésame de la criatura,
Porque es hijo de buen padre;
Mas si hay aquí alguno
Que haya comido mi pan,
Que me llevase una carta
A Don Claros Montalvan.—
Allí habló un page suyo,
Tal respuesta le fue á dar:
—Escribidla vos, señora,
Que yo se la iré á llevar.—
Ya las cartas son escritas,
El page las va á llevar,
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.
Llegado habia á los palacios
Adonde el buen Conde está.
—Bien vengais, el pagecico,
De Francia la natural,
¿Pues qué nuevas me traeis
De la Infanta? ¿cómo está?
—Leed las cartas, señor,
Que en ellas os lo dirá.—
De que las hubo leido
Tal respuesta le fue á dar:
—Uno me da que la quemen,
Otro me da que la maten.—
Ya se partia el buen Conde,
Ya se parte, ya se va,
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.
Fuérase á un Monasterio
Donde los frailes estan;
Quitóse paños de seda,
Vistió hábitos de fraile,
Fuérase á los palacios
De Carlos el Emperante.
—Mercedes, señor, mercedes,
Queráismelas otorgar,
Que á mi señora la Infanta
Vos me dejeis confesar.—
Ya lo llevaban al fraile
A la Infanta á confesar.
Él cuando se vió con ella
De amores le fue á hablar.
—Tate, tate, dijo, fraile,
Que á mí tú no has de llegar,
Que nunca llegó á mí hombre
Que fuese vivo en carne,

Sino solo aquel Don Claros,
Don Claros de Montalvan,
Que por mis grandes pecados
Por él me quieren quemar.
No doy nada por mi muerte
Pues que es cosa natural,
Pésame de la criatura
Porque es hijo de buen padre.—
Ya se iba el confesor
Al Emperador á hablar:
—Mercedes, señor, mercedes,
Queráismelas otorgar,
Que mi señora la Infanta
Sin ningun pecado está.—
Allí habló el caballero
Que con ella queria casar:
—Mentides, fraile, mentides,
Que no decís la verdad.—
Desafíanse los dos,
Al campo van á lidiar,
Al apretar de las cinchas
Conocíólo el Emperante:
Dijo que el fraile es Don Claro
Don Claros de Montalvan.
Mató el fraile al caballero,
La Infanta librado ha,
En ancas de su caballo
Consigo la fue á llevar.

Id. del Conde Alarcos. (Anónimo).

Retraida está la Infanta,
Bien así como solia,
Viviendo muy descontenta
De la vida que tenia,
Viendo que ya se pasaba
Toda la flor de su vida,
Y que el Rey no la casaba,
Ni tal cuidado tenia.
Entre sí estaba pensando
A quién se descubriria,
Y acordó llamar al Rey
Como otras veces solia,
Por decirle su secreto
Y la intencion que tenia.
Vino el Rey siendo llamado,
Que no tardó su venida:
Vídola estar apartada,
Sola está sin compañía,
Su lindo gesto mostraba
Ser mas triste que solia.
Conociera luego el Rey
El enojo que tenia.
—¿Qué es aquesto, la Infanta?
¿Qué es aquesto, hija mia?
Contadme vuestros enojos,
No tomeis malenconía,
Que sabiendo la verdad
Todo se remediaria.
—Menester será, buen Rey,
Remediar la vida mia,
Que á vos quedé encomendada
De la madre que tenia.
Con vergüenza os lo demando,
No con gana que tenia,
Que aquestos cuidados tales
A vos, Rey, pertenecian.—
Escuchada su demanda,
El buen Rey la respondia:
—Esa culpa, la Infanta,
Vuestra era, que no mia,
Que ya fuérades casada
Con el Príncipe de Hungría;
No quisistes escuchar
La embajada que venia,
Pues acá en las nuestras cortes
Hija, mal recaudo habia,
Sino era el Conde Alarcos
Que hijos y muger tenia.

—Convidaldo vos, el Rey,
Al Conde Alarcos un dia,
Y despues que hayais comido
Decilde de parte mia,
Decilde que se acuerde
De la fé que dél tenia,
La cual él me prometió,
Que yo no se la pedia,
De ser siempre mi marido
Y yo que su muger sería.
Yo fuí dello muy contenta
Y que no me arrepentia.
Si casó con la Condesa,
Que mirára lo que hacia,
Que por él no me casé
Con el Príncipe de Hungría:
Si casó con la Condesa
Dél es culpa, que no mia.—
Perdiera el Rey en la oir
El sentido que tenia,
Mas despues en sí tornado
Con enojo respondia:
—No son estos los consejos
Que vuestra madre os decia:
Muy mal mirastes, Infanta,
Do estaba la honra mia.
Si verdad es todo eso
Vuestra honra ya es perdida:
No podeis vos ser casada
Mientras la Condesa viva.
Si se hace el casamiento
Por razon ó por justicia
En el decir de las gentes
Por mala sereis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,
Que el mio no bastaria,
Que ya es muerta vuestra madre
A quien consejo pedia.
—Pues yo os lo daré, buen Rey,
Deste poco que tenia:
Mate el Conde á la Condesa,
Que nadie no lo sabria,
Y eche fama que ella es muerta
De un cierto mal que tenia,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida.
Desta manera, buen Rey,
Mi honra se guardaria.—
De allí se salia el Rey
No con placer que tenia;
Lleno va de pensamientos
Con la nueva que sabia;
Vido estar al Conde Alarcos
Entre muchos, que decia:
—¿Qué aprovecha, caballeros,
Amar y servir amiga,
Siendo servicios perdidos
Donde firmeza no habia?
No pueden por mí decir
Aquesto que yo decia,
Que en el tiempo que serví
Una que tanto queria,
Si bien la quise entonces
Agora mas la queria;
Mas por mí pueden decir
Quien bien ama tarde olvida.—
Estas palabras diciendo
Vido al buen Rey que venia,
Y hablando con el Rey
De entre todos se salia.
Díjole el buen Rey al Conde
Hablando con cortesía:
—Convidaros quiero, Conde,
Por mañana en aquel dia
Que querais comer conmigo
Por tenerme compañía.
—Que se haga de buen grado
Lo que su Alteza decia:
Beso sus manos reales
Por la buena cortesía:

Detenerme he aquí mañana,
Aunque estaba de partida,
Que la Condesa me espera
Segun carta que me envia.—
Otro dia de mañana
El Rey de misa salia,
Luego se asentó á comer,
No por gana que tenia,
Sino por hablar al Conde
Lo que hablarle queria.
Allí fueron bien servidos
Como á Rey pertenecia:
Despues que hubieron comido,
Toda la gente salida,
Quedóse el Rey con el Conde
En la tabla do comia.
Empezó el Rey de hablar
La embajada que traia:
—Unas nuevas traigo, Conde,
Que dellas no me placia,
Por las cuales yo me quejo
De vuestra descortesía:
Prometistes á la Infanta
Lo que ella no os pedia,
De siempre ser su marido,
Y á ella que le placia.
Si á otras cosas pasaste
No entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, Conde,
De que mas os pesaria:
Que mateis á la Condesa
Que así cumple á la honra mia:
Echeis fama de que es muerta
De cierto mal que tenia,
Y tratarse ha el casamiento
Como cosa no sabida,
Porque no sea deshonrada
Hija que tanto queria.—
Oidas estas razones
El buen Conde respondia:
—No puedo negar, el Rey,
Lo que la Infanta decia,
Sino que es muy gran verdad
Todo cuanto me pedia.
Por miedo de vos, el Rey,
No casé con quien debia,
Ni pensé que vuestra Alteza
En ello consentiria.
De casar con la Infanta
Yo, señor, bien casaria;
Mas matar á la Condesa,
Señor Rey, no lo haria,
Porque no debe morir
La que mal no merecia.
—De morir tiene, buen Conde,
Por salvar la honra mia,
Pues no mirastes primero
Lo que mirar se debia:
Si no muere la Condesa
A vos costará la vida.
Por la honra de los Reyes
Muchos sin culpa morian,
Que muera pues la Condesa
No es mucha maravilla.
—Yo la mataré, buen Rey,
Mas no sea la culpa mia,
Vos os avendreis con Dios
En el fin de vuestra vida,
Y prometo á vuestra Alteza,
A fé de Caballería,
Que me tengan por traidor
Si lo dicho no cumplia
De matar á la Condesa
Aunque mal no merecia.
Buen Rey, si me dais licencia
Luego yo me partiria.
—Vayais con Dios, el buen Conde,
Ordenad vuestra partida.—
Llorando se parte el Conde,

lorando sin alegría;
loraba tambien el Conde
or tres hijos que tenia,
l uno era de teta,
ue la Condesa lo cria,
ue no queria mamar
e tres amas que tenia
ino era de su madre
orque bien la conocia;
os otros eran pequeños,
oco sentido tenian.
ntes que el Conde llegase
stas razones decia:
—¿Quién podrá mirar, Condesa,
uestra cara de alegría,
ue saldreis á recibirme
la fin de vuestra vida?
soy el triste culpado,
sta culpa toda es mia.—
diciendo estas palabras
la Condesa salia,
e un page le habia dicho
mo el Conde ya venia.
do la Condesa al Conde
tristeza que tenia,
óle los ojos llorosos
e hinchados los tenia
llorar por el camino
rando el bien que perdia.
jo la Condesa al Conde:
—Bien vengais, bien de mi vida:
ué habeis, el Conde Alarcos?
or qué llorais, vida mia?
e venís tan demudado
e cierto no os conocia.
parece vuestra cara
el gesto que ser solia;
dme parte del enojo
no dais de l'alegría.
ídmelo luego, Conde,
No mateis la vida mia.
—Yo lo diré bien, Condesa,
Cuando la hora sería.
—Si no me lo decís, Conde,
Cierto yo reventaria.
—No me fatigueis, señora,
Que no es la hora venida.
Cenemos luego, Condesa,
D'aqueso que en casa habia.
—Aparejado está, Conde,
Como otras veces solia. —
Sentóse el Conde á la mesa,
No cenaba ni podia,
Con sus hijos al costado,
Que muy mucho los queria.
Echóse sobre los hombros,
Hizo como que dormia,
De lágrimas de sus ojos
Toda la mesa cubria.
Mirándolo la Condesa
Que la causa no sabia,
No le preguntaba nada,
Que no osaba ni podia.
Levantóse luego el Conde,
Dijo que dormir queria;
Dijo tambien la Condesa
Que ella tambien dormiria;
Mas entre ellos no habia sueño,
Si la verdad se decia.
Vanse el Conde y la Condesa
A dormir donde solian:
Dejan los niños de fuera,
Que el Conde no los queria:
Lleváronse el mas chiquito,
El que la Condesa cria:
El Conde cierra la puerta,
Lo que hacer no solia.
Empezó de hablar el Conde
Con dolor y con mancilla:
—¡O desdichada Condesa,

Grande fue la tu desdicha!
—No soy desdichada, Conde,
Por dichosa me tenia
Solo en ser vuestra muger:
Esta fue gran dicha mia.
—Si bien lo mirais, Condesa,
Esa fue vuestra desdicha.
Sabed que en tiempo pasado
Yo amé á quien servia,
La cual era la Infanta.
Por desdicha vuestra y mia
Prometí casar con ella,
Y á ella que le placia
Demándame por marido
Por la fé que me tenia.
Puédelo muy bien hacer
Por razon y por justicia:
Díjomelo el Rey su padre
Porque della lo sabia.
Otra cosa manda el Rey
Que toca en el alma mia:
Manda que murais, Condesa,
A la fin de vuestra vida,
Que no puede tener honra
Siendo vos, Condesa, viva.—
De q'esto oyó la Condesa
Cayó en tierra mortecida:
Mas despues en sí tornada
Estas palabras decia:
—Pagados son mis servicios,
Conde, con que yo os servia:
Si no me matais, el Conde,
Yo bien os consejaria:
Enviédesme á mis tierras
Que mi padre me ternia;
Yo criaré vuestros hijos
Mejor que la que vernia,
Y os mantendré castidad
Como siempre os mantenia.
—De morir habeis, Condesa,
Antes que amanezca el dia.
—Bien parece, Conde Alarcos,
Yo ser sola en esta vida,
Porque tengo el padre viejo,
Mi madre ya es fallecida,
Y mataron á mi hermano
El buen Conde Don García,
Que el Rey lo mandó matar
Por miedo que dél tenia.
No me pesa de mi muerte,
Porque yo morir tenia,
Mas pésame de mis hijos
Que pierden mi compañía:
Hacémelos venir, Conde,
Y verán mi despedida.
—No los vereis mas, Condesa,
En dias de vuestra vida:
Abrazad ese chiquito
Que aqueste es el que os perdia.
Pésame de vos, Condesa,
Cuanto pesar me podia.
No os puedo valer, señora,
Que mas me va que la vida;
Encomendaos á Dios
Q'esto de hacerse tenia.
—Dejéisme decir, buen Conde,
Una oracion que sabia.
—Decilda presto, Condesa,
Antes que amanezca el dia.
—Presto la habré dicho, Conde,
No estaré un Ave María.—
Afinojóse en la tierra
Y esta oracion decia:
"En las tus manos, Señor,
»Encomiendo el alma mia:
»No me juzgues mis pecados
»Segun que yo merecia,
»Mas segun tu gran piedad
»Y la tu gracia infinita."
—Acabada es ya, buen Conde,

La oracion que yo sabia;
Encomiéndoos esos hijos
Que entre vos y mí habia,
Y rogad á Dios por mí
Mientras tuviésedes vida,
Que á ello sois obligado
Pues que sin culpa moria.
Dédesme acá ese hijo
Mamará por despedida.
—No lo desperteis, Condesa,
Dejaldo estar que dormia,
Sino que os pido perdon
Porque ya llegaba el dia.
—A vos yo perdono, Conde,
Por amor que vos tenia;
Mas yo no perdono al Rey,
Ni á la Infanta su hija,
Sino que queden citados
Delante la alta Justicia,
Que allá vayan á juicio
Dentro de los treinta dias.—
Estas palabras diciendo,
El Conde se apercibia:
Echóle por la garganta
Una toca que tenia,
Apretó con las dos manos
Con la fuerza que podia,
No le aflojó la garganta
Mientras que vida tenia.
Cuando ya la vido el Conde
Trespasada y fallecida,
Desnudóle los vestidos
Y las ropas que tenia,
Echóla encima la cama,
Cubrióla como solia,
Desnudóse á su costado
Obra de un Ave María,
Levantóse dando voces
A la gente que tenia:
—Socorro, mis escuderos,
Que la Condesa se fina.—
Hallan la Condesa muerta
Los que á socorrer venian.
Así murió la Condesa
Sin razon y sin justicia;
Mas tambien todos murieron
Dentro de los treinta dias.
Los doce dias pasados
La Infanta ya se moria.
El Rey á los veinte y cinco,
El Conde al treinteno dia.
Allá fueron á dar cuenta
A la Justicia divina:
Acá nos dé Dios su gracia
Y allá la gloria cumplida.

Id. 1.º *del Conde Grimaltos y nacimiento de Montesinos.* (Anónimo).

Muchas veces oí decir
Y á los antiguos contar,
Que ninguno por riqueza
No se debe de ensalzar,
Ni por pobreza que tenga
Se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo,
Do buenos suelen mirar,
Como el Conde, á quien Grimaltos
En Francia suelen llamar,
Llegó en las cortes del Rey
Pequeño y de poca edad.
Fue luego page del Rey
Del mas secreto lugar,
Porque él era muy discreto,
Y de él se podia fiar,
Y despues de algunos tiempos,
Cuando mas entró en edad,

Le mandó ser camarero
Y secretario real,
Y despues le dió un condado
Por mayor honra le dar,
Y por darle mayor honra
Y estado en Francia sin par
Lo hizo Gobernador,
Que el Reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza
Y grande esfuerzo sin par
Le quiso tomar por hijo,
Y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas
Con placer y sin pesar:
Ya despues de algunos dias
De sus honras y holgar
El Rey le mandó al Conde
Que le fuese á gobernar
Y poner cobro en las tierras
Que le fuera á encomendar.
—Pláceme, dijera el Conde,
Pues no se puede escusar.—
Ya se ordena la partida,
Y el Rey manda aparejar
Sus caballeros y damas
Para haber de acompañar.
Ya se partia el buen Conde
Con la Condesa á la par,
Y caballeros y damas
Que no le quieren dejar.
Por la gran virtud del Conde
No se pueden apartar,
De París hasta Leon
Le fueron acompañar.
Vuélvense para París
Despues de placer tomar,
Las nuevas que dan al Rey
Es descanso de escuchar,
De como rige á Leon
Y le tiene á su mandar,
Y el estado de su Alteza
Como lo hacia acatar.
De tales nuevas el Rey
Gran placer fuera á tomar.
No prosigo mas del Rey,
Sino que lo dejo estar:
Tornemos á Don Grimaltos
Como empieza á gobernar,
Bien querido de los Grandes,
Sin la justicia negar,
Trata á todos de tal suerte
Que á ninguno da pesar.
Cinco años él estuvo
Sin al buen Rey ir á hablar,
Ni del Conde á él ir quejas,
Ni de sentencia apelar:
Mas fortuna que es mudable
Y no puede sosegar,
Quiso serle tan contraria
Por su estado le quitar.
Fue el caso que Don Tomillas
Quiso en traicion tocar:
Revolvióle con el Rey
Por mas le escandalizar,
Diciéndole que su yerno
Se le quiere rebelar,
Y que en villas y ciudades
Sus armas hace pintar,
Y por señor absoluto
Él se manda intitular,
Y en las villas y lugares
Guarnicion quiere dejar.
Cuando el Rey aquesto oyera
Tuvo dello gran pesar,
Pensando en las mercedes
Que al Conde le fuera á dar.
Solo por buenos servicios
Le pusiera en tal lugar,
Y despues por galardon
Tal traicion le ordenar:

Él ha determinado
De hacerle justiciar.
Dejemos lo de la corte,
Y al Conde quiero tornar.
Que estando con la Condesa
Una noche á bel folgar,
Adurmióse el buen Conde,
Recordara con pesar;
Las palabras que decia
Son de dolor y pesar:
—¿Qué te hice, vil fortuna?
Por qué te quieres mudar
Y quitarme de mi silla
En que el Rey me fue á sentar?
Por falsedad de traidores
Causarme tanto de mal!
Que segun yo creo y pienso
No lo puede otro causar.—
A las voces que da el Conde
Su muger fue á despertar,
Recordó muy espantada
De verle así hablar,
Y hacer lo que no solia,
Y de condicion mudar.
—¿Qué habeis, mi señor el Conde?
En qué podeis vos pensar?
—No pienso en otro, señora,
Sino en cosa de pesar,
Porque un triste y mal sueño
Alterado me hace estar:
Aunque en sueños no fiemos,
No sé á qué parte lo echar,
Que parecia muy cierto
Que ví una águila volar:
Siete halcones tras ella
Mal aquejándola van,
Y ella por guardarse de ellos
Retrújose á mi ciudad;
Encima de una alta torre
Allí se fuera á asentar,
Por el pico echaba fuego,
Por las alas alquitran:
El fuego que della sale
La ciudad hace quemar,
A mí quemaba las barbas,
Y á vos quemaba el brial:
Cierto tal sueño como este
No puede ser sino mal.
Esta es la causa, Condesa,
Que me sentiste quejar.
—Bien lo mereceis, buen Conde,
Si de ello os viene algun mal,
Que bien ha los cinco años
Que en corte no os ven estar,
Y sabeis vos bien, el Conde,
Quien allí os quiere mal,
Que es el traidor de Tomillas
Que no suele reposar:
Yo no lo tengo á mucho
Que ordene alguna maldad;
Mas, señor, si me creeis,
Mañana antes de yantar
Mandad hacer un pregon
Por toda esa ciudad,
Que vengan los caballeros
Que estan á vuestro mandar,
Y por todas vuestras tierras
Tambien los mandeis llamar
Que para cierta jornada
Todos se hayan de juntar.
Desque todos esten juntos
Decirles heis la verdad,
Que quereis ir á París
Para con el Rey hablar,
Y que se aperciban todos
Para en tal caso os honrar.
Segun dellos sois querido,
Creo no os podrán faltar;
Iros heis con todos ellos

A París esa ciudad,
Besareis la mano al Rey
Como la soleis besar,
Y entonces sabreis, señor,
Lo que él os quiere mandar,
Que si enojo de vos tiene
Luego os lo demostrará,
Y viendo vuestra venida
Bien se le podrá quitar.
—Pláceme, dijo, señora,
Vuestro consejo tomar.—
Pártese el Conde Grimaltos
A París esa ciudad,
Con todos sus caballeros
Y otros que él pudo juntar.
Desque fue cerca París
Bien quince millas ó mas,
Mandó parar á su gente,
Sus tiendas mandó armar,
Hizo aposentar los suyos
Cada cual en su lugar.
Luego el Rey dél hubo cartas,
Respuesta no quiso dar.
Cuando el Conde aquesto vido
En París se fue á entrar;
Fuérase para el palacio
Donde el Rey solia estar,
Saludó á todos los Grandes,
La mano al Rey fue á besar:
El Rey de muy enojado
Nunca se la quiso dar,
Antes mas le amenazaba
Por su muy sobrado osar
Que habiendo hecho tal traicion
En París osase entrar,
Jurando que por su vida
Se debia maravillar
Cómo, visto lo presente,
No lo hacia degollar,
Y si no hubiera mirado
Su hija no deshonrar,
Que antes que el dia pasara
Lo hiciera justiciar:
Mas por dar á él castigo
Y á otros escarmentar
Le mandó salir del Reino
Y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres dias
Para del Reino vaciar,
Y el destierro es desta suerte:
Que gente no ha de llevar,
Caballeros ni criados
No le hayan de acompañar,
Ni lleve caballo ó mula
En que pueda cabalgar,
Moneda de plata y oro
Deje, y aun la de metal.
Cuando el Conde esto oyera
Ved cuál podia estar;
Con voz alta y rigurosa,
Cercado de gran pesar,
Como hombre desesperado
Tal respuesta le fue á dar:
—Por desterrarme tu Alteza
Consiento en mi desterrar,
Mas quien de mí tal ha dicho
Miente y no dice verdad,
Que nunca hice traicion,
Ni pensé en maldad usar;
Mas si Dios me da la vida
Yo haré ver la verdad.—
Ya se sale de palacio
Con doloroso pesar,
Fuese á casa de Oliveros,
Y allí halló á Don Roldan.
Contábales las palabras
Que con el Rey fue á pasar;
Despidiéndose está dellos
Pues les dijo la verdad,
Jurando que nunca en Francia

Lo verian asomar,
Si no fuese castigado
Quien tal cosa fue á ordenar.
Ya se despedia dellos,
Por París comienza á andar
Despidiéndose de todos
Con quien solia conversar.
Despidióse de Baldovinos
Y del Romano Fincan,
Y del Gaston Angeleros,
Y del viejo Don Beltran,
Y del Duque Don Estolfo,
De Malgesí otro que tal,
Y de aquel solo invencible
Reynaldos de Montalvan.
Ya se despide de todos
Para su viage tomar.
La Condesa fue avisada,
No tardó en París entrar.
Derecha fue para el Rey,
Sin con el Conde hablar,
Diciendo que de su Alteza
Se queria maravillar,
Como al buen Conde Grimaltos
Lo quisiese así tratar,
Que sus obras nunca han sido
De tan mal galardonar,
Y que suplica á su Alteza
Que en ello mande mirar,
Y si el Conde no es culpado
Que al traidor haga pagar
Lo que el Conde merecia
Si aquello fuese verdad,
Y así será castigado
Quien lo tal fue á ordenar.
Cuando el Rey aquesto oyera
Luego la mandó callar,
Diciendo que si mas habla
Como á él la ha de tratar,
Y que le es muy escusado
Por el Conde le rogar,
Pues quien por traidores ruega
Traidor se pueda llamar.
La Condesa q'esto oyera
Llorando con gran pesar,
Descendióse del palacio
Para el Conde ir á buscar.
Viéndose ya con el Conde
Se llegó á lo abrazar;
Lo que el uno y otro dicen
Lástima era de escuchar:
—¿Este es el descanso, Conde,
Que me habíades de dar?
No pensé que mis placeres
Tan poco habian de durar,
Mas en ver que sin razon
Por placer nos dan pesar,
Quiero que cuando vais, Conde,
Cuenta dello sepais dar.
Yo os demando una merced,
No me la querais negar,
Porque cuando nos casamos
Hartas me habíades de dar.
Yo nunca las he habido,
Aún las tengo de cobrar,
Ahora es tiempo, buen Conde,
De haberlas de demandar.
—Escusado es, la Condesa,
Eso ahora demandar,
Porque jamas tuve cosa
Fuera de vuestro mandar,
Que cuanto vos demandeis
Por mi fé de lo otorgar.
—Es, señor, que donde fuéreis
Con vos me hayais de llevar.
—Por la fé que yo os he dado
No se os puede negar;
Mas de las penas que siento
Esta es la mas principal,
Porque perderme yo solo

Este perder es ganar,
Y en perderos vos, señora,
Es perder sin mas cobrar:
Mas pues así lo quereis,
No queramos dilatar.
Mucho me pesa, Condesa,
Porque no podais andar,
Que siendo niña y preñada
Podríades peligrar;
Mas pues fortuna lo quiere
Recibidlo sin pesar,
Que los corazones fuertes
Se muestran en tal lugar.—
Tómanse mano por mano,
Sálense de la ciudad,
Con ellos sale Oliveros
Y ese paladin Roldan,
Tambien el Dardin Dardeña,
Y ese Romano Fincan,
Y ese Gaston Angeleros
Y el fuerte Meridan:
Con ellos va Don Reynaldos,
Y Baldovinos el galan,
Y ese Duque Don Estolfo,
Y Malgesí otro que tal;
Las dueñas y las doncellas
Tambien con ellos se van:
Cinco millas de París
Los hubieron de dejar.
El Conde y Condesa solos
Tristes se habian de quedar:
Cuando partirse tenian
No se podian hablar.
Llora el Conde y la Condesa
Sin nadie les consolar,
Porque no hay grande ni chico
Que estuviese sin llorar.
Pues las damas y doncellas
Que allí hubieron de llegar
Hacen llantos tan estraños,
Que no los oso contar,
Porque mientras pienso en ellos
Nunca me puedo alegrar.
Mas el Conde y la Condesa
Vanse sin nada hablar,
Los otros caen en tierra
Con la sobra del pesar,
Otros crecen mas sus lloros
Viendo cuán tristes se van.
Dejo de los caballeros
Que á París quieren tornar,
Vuelvo al Conde y la Condesa
Que van con gran soledad
Por los yermos y asperezas
Do gente no suele andar.
Llegado el tercero dia,
En un áspero boscage
La Condesa de cansada
Triste no podia andar.
Rasgáronse sus servillas,
No tiene ya que calzar,
De la aspereza del monte
Los pies no podia alzar,
Do quiera que el pie ponia
Bien quedaba la señal.
Cuando el Conde aquesto vido
Queriéndola consolar,
Con gesto muy amoroso
La comenzó de hablar:
—No desmayedes, Condesa,
Mi bien, querais esforzar,
Que aquí está una fresca fuente
Do el agua muy fria está:
Reposaremos, Condesa,
Y podremos refrescar.—
La Condesa que esto oyera
Algo el paso fue á alargar,
Y en llegando á la fuente
Las rodillas fue á hincar.
Dió gracias á Dios del cielo

Que la trujo en tal lugar,
Diciendo: —Buen agua es esta
Para quien tuviese pan.—
Estando en estas razones
El parto le fue á tomar,
Y allí pariera un hijo
Que es lástima de mirar
La pobreza en que se hallan
Sin poderse remediar.
El Conde cuando vió el hijo
Comenzóse de esforzar,
Con el sayo que traia
Al niño fue á cobijar;
Tambien se quitó la capa
Por á la madre abrigar;
La Condesa tomó el niño
Para darle de mamar.
El Conde estaba pensando
Qué remedio le buscar,
Que pan ni vino no tienen,
Ni cosa con que pasar.
La Condesa con el parto
No se puede levantar,
Tomóla el Conde en los brazos
Sin ella el niño dejar,
Súbelos á una alta sierra
Para mas lejos mirar.
En unas breñas muy hondas
Grande humo vió estar;
Tomó su muger y hijo,
Para allá les fue á llevar.
Entrando en la espesura
Luego al encuentro le sale
Un virtuoso ermitaño
De reverencia muy grande:
El ermitaño que los vido
Comenzóles de hablar:
—¡O válgame Dios del cielo!
Quién aquí os fue á aportar?
Porque en tierra tan estraña
Gente no suele habitar,
Sino yo que por penitencia
Hago vida en este valle.—
El Conde le respondió
Con angustia y con pesar:
—Por Dios te ruego, ermitaño,
Que uses de caridad,
Que despues habremos tiempo
De como vengo á contar;
Mas para esta triste dueña
Dame que la pueda dar,
Que tres dias con sus noches
Ha que no ha comido pan,
Que allá en esa fuente fria
El parto le fue á tomar.—
El ermitaño que esto oyera,
Movido de gran piedad
Llevóles para la ermita
Do él solia habitar.
Dióles del pan que tenia,
Y agua, que vino no hay:
Recobró algo la Condesa
De su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el Conde
Quiera el niño bautizar.
—Pláceme, dijo, de grado,
¿Mas cómo le llamarán?
—Como quisiéredes, padre,
El nombre le podreis dar.
—Pues nació en ásperos montes,
Montesinos le dirán.—
Pasando y viniendo dias,
Todos vida santa hacen;
Bien pasaron quince años
Que el Conde de allí no parte.
Mucho trabajó el buen Conde
En haberle de enseñar
A su hijo Montesinos
Todo el arte militar,
La vida de caballero

Cómo la habia de usar,
Cómo ha de jugar las armas,
Y qué honra ha de ganar,
Cómo vengará el enojo
Que al padre fueron á dar:
Muéstrale en leer y escribir
Lo que le puede enseñar,
Muéstrale jugar á tablas
Y cebar un gavilan.
A veinte y cuatro de junio,
Dia era de San Juan,
Padre y hijo paseando
De la ermita se van;
Encima de una alta sierra
Se suben á razonar.
Cuando el Conde alto se vido
Vido á París la ciudad.
Tomó al hijo por la mano,
Comenzóle de hablar,
Con lágrimas y sollozos
No deja de suspirar.

Id. 2.° *de Montesinos.* (Anónimo).

Cata Francia, Montesinos (1),
Cata París la ciudad,
Cata las aguas de Duero
Do van á dar en la mar;
Cata palacios del Rey,
Cata los de Don Beltran,
Y aquella que ves mas alta
Y que está en mejor lugar
Es la casa de Tomillas,
Mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada
Me mandó el Rey desterrar,
Y he pasado á causa desto
Mucha sed, calor y hambre,
Trayendo los pies descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
A la triste madre tuya
Por testigo puedo dar,
Que te parió en una fuente
Sin tener en que te echar:
Yo triste quité mi sayo
Para haber de cobijarte,
Ella me dijo llorando
Por te ver tan mal pasar:
"Tomes este niño, Conde,
»Y llévesle á cristianar,
»Llamédesle Montesinos,
»Montesinos le llamad."—
Montesinos que lo oyera
Los ojos volvió á su padre,
Las rodillas por el suelo
Empezóle de rogar
Le quisiese dar licencia
Que en París quiere pasar,
Y tomar sueldo del Rey
Si se lo quisiere dar,
Por vengarse de Tomillas,
Su enemigo mortal,
Que si sueldo del Rey toma
Todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren
A su padre fue á rogar

(1) *Se ha tomado del* Cancionero de Romances *hasta el verso que di*
Que á Tomillas va á buscar; *y desde aqui de la* Silva de varios romar
ces, *siendo esta parte parecida á la del* De Mérida sale el Palmero.

Que á la triste de su madre
Él la quiera consolar,
Y de su parte le diga
Que á Tomillas va buscar.
—Pláceme, dijera el Conde,
Hijo, por te contentare.—
Ya se parte Montesinos
Para en París entrare,
Y en entrando por las puertas
Luego quiso preguntar
Por los palacios del Rey
Que se los quieran mostrar.
Los que se lo oian decir
Dél se empiezan á burlar;
Viéndolo tan mal vestido
Piensan que es loco ó truhán:
En fin, muéstranle el palacio,
Entró en la sala real,
Halló que comia el Rey,
Don Tomillas á la par.
Mucha gente está en la sala,
Por él no quieren mirar.
Desque hubieron ya comido
Al'xedrez van á jugar
Solos el Rey y Tomillas
Sin nadie á ellos hablar,
Sino fuera Montesinos
Que llegó á los mirar;
Mas el falso Don Tomillas,
En quien nunca hubo verdad,
Jugára una treta falsa,
Donde no pudo callar
El noble de Montesinos,
Y publica su maldad.
Don Tomillas q'esto oyera,
Con muy gran riguridad
Levantando la su mano
Un bofeton le fue á dar.
Montesinos con el brazo
El golpe le fue á tomar,
Y echando mano al tablero
A Don Tomillas fue á dar
Un tal golpe en la cabeza
Que le hubo de matar.
Murió el perverso dañado
Sin valerle su maldad.
Alborótanse los Grandes
Cuantos en la sala estan:
Prendieron á Montesinos
Y queríanlo matar,
Sino q'el Rey mandó á todos
Que no le hiciesen mal,
Porque él queria saber
Quién le dió tan grande osar,
Que no sin algun misterio
Él no osaria tal obrar.
Cuando el Rey le interrogara
Él dijera la verdad.
—Sepa tu real Alteza
Soy tu nieto natural,
Hijo soy de vuestra hija
La que hicísteis desterrar
Con el Conde Don Grimaltos,
Vuestro servidor leal,
Y por falsa acusacion
Le quisiste maltratar:
Mas agora vuestra Alteza
Puédese dello informar;
Q'el falso de Don Tomillas
Sepan si dijo verdad,
Y si pena yo merezco,
Buen Rey, mándamela dar,
Y tambien si no la tengo
Mándedesme de soltar,
Y al buen Conde y la Condesa
Los mandeis ir á buscar
Y los torneis á sus tierras
Como solian estar.—
Cuando el Rey aquesto oyera
No quiso mas escuchar;

Aunque veia ser su nieto
Quiso saber la verdad,
Y supo que Don Tomillas
Ordenó aquella maldad
Por envidia que les tuvo
Al ver su prosperidad.
Cuando el Rey la verdad supo
Al buen Conde hizo llamar:
Gente de á pie y de á caballo
Iban por le acompañar,
Y damas por la Condesa
Como solia llevar.
Llegado junto á París
Dentro no queria entrar,
Porque cuando dél salieron
Los dos fueron á jurar
Que las puertas de París
Nunca las vieran pasar.
Cuando el Rey aquello supo
Luego mandó derribar
Un pedazo de la cerca
Por do pudiesen pasar
Sin quebrar el juramento
Q'ellos fueron á jurar.
Llévanlos á los palacios
Con mucha solemnidad,
Y hácenlos muy ricas fiestas
Cuantos en la corte estan.
Caballeros, dueñas, damas
Les vienen á visitar,
Y el Rey delante de todos
Por mayor honra les dar,
Les dijo que habia sabido
Como era todo maldad
Lo que dijo Don Tomillas
Cuando lo hizo desterrar,
Y porque sea mas creido
Allí les tornó á firmar
Todo lo que antes tenian
Y el gobierno general,
Y que despues de sus dias
El reino haya d'heredar
El noble de Montesinos,
Y así lo mandó firmar.

Id. 3.º *de Montesinos.* (Anónimo).

En Castilla está un castillo
Que se llama Rocafrida,
Al castillo llaman Roca
Y á la fuente llaman Frida.
El pie tenia de oro
Y almenas de plata fina;
Entre almena y almena
Está una piedra zafira;
Tanto relumbra de noche
Como el sol á medio dia.
Dentro estaba una doncella
Que llaman Rosaflorida:
Siete Condes la demandan,
Tres Duques de Lombardía,
A todos los desdeñaba,
Tanta es su lozanía:
Enamoróse de Montesinos
De oidas, que no de vista.
Una noche estando así
Gritos da Rosaflorida:
Oyérala un camarero,
Que en su cámara dormia.
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Qué es esto, Rosaflorida?
O tenedes mal de amores,
O estais loca sandía.
—Ni yo tengo mal de amores,
Ni estoy loca sandía,
Mas llevásesme estas cartas
A Francia la bien guarnida,

Diéseslas á Montesinos,
La cosa que mas queria.
Dile que me venga á ver
Para la pascua florida,
Daréle yo este mi cuerpo,
El mas lindo de Castilla,
Si no es el de mi hermana,
Que de fuego sea ardida.
Y si de mí mas quisiere
Yo mucho mas le daria,
Darle he siete castillos
Los mejores de Castilla.

Batalla de los franceses contra las aragoneses. (Anónimo).

Domingo era de ramos,
La pasion quieren decir,
Cuando moros y cristianos
Todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses (1),
Ya comienzan de huir,
¡O cuán bien los esforzaba
Ese Roldan paladin!
—Vuelta, vuelta, los franceses,
Con corazon á la lid,
Mas vale morir por buenos
Que deshonrados vivir.—
Ya volvian los franceses
Con corazon á la lid,
A los encuentros primeros
Mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
Huyendo va el Rey Marsin,
Caballero en un cebra,
No por mengua de rocin.
La sangre que dél corria
Las yerbas hace teñir,
Las voces que iba dando
Al cielo quieren subir.
—Reniego de tí, Mahoma (2),
Y de cuanto hice por tí;
Hícete cuerpo de plata,
Pies y manos de un marfil,
Hícete casa de Meca
Donde adorasen en tí,
Y por mas te honrar, Mahoma,
Cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros
A tí te los ofrescí,
Mi muger la Reina mora
Te ofreció otros treinta mil.

Id. del destierro de Roldan. (Anónimo). (3)

Dia era de Sant Jorge,
Dia de gran festividad,
Aquel dia por mas honor
Los doce se van á armar

---

(1) *Desde este verso hizo Diego Zamora una trova, la cual dice: Ya desmayan mis servicios.* Cancionero de Romances, folio 252.

(2) *En el* Cancionero de Romances *fol.* 246 *hay una trova de amor hecha por Diego de Sant Pedro, que dice* Reniego de tí, amor; *y está tomada desde el indicado verso* Reniego de tí, Mahoma.

(3) *Al mismo asunto hay otro diferente, tan malo ó peor que este, en la* Silva de varios romances, *cuyo primer verso dice* En Francia la noblecida.

Para ir con el Emperador
Y haberlo de acompañar.
Todos vinieron de grado
Con un placer singular,
Sino el bueno de Reynaldos
Que se estaba en Montalvan,
Y no se halló al presente
En la tal festividad.
Allí todos los caballeros
Por traidor le van reptar.
Esto causó Galalon,
Porque le queria mal,
Revolvióle con el Emperador,
Con los doce otro que tal.
Mucho le pesó á Roldan
De vello así maltratar,
Fuese para el Emperador
De priesa y no de vagar,
Y con voz muy enojada
Al Emperador fue á hablar:
—Mucho me pesa, señor,
Dello tengo gran pesar,
Que á Reynaldos en ausencia
Tan mal le quieran tratar,
Y si tal cosa pasase
La vida me ha de costar.—
El Emperador con enojo
Que habia de lo escuchar,
Alzó la mano con saña,
Un bofeton le fue á dar,
Que otra vez no fuese osado
Al Emperador así hablar.
Mucho se enojó de aquesto
El bueno de Don Roldan;
Allí hizo juramento
Encima de un altar
En los dias que viviese
En Francia jamas entrar,
Hasta que de todos los doce
Él se hubiese de vengar.

Ya se parte Don Roldan,
Ya se parte, ya se va
Solo con un pagecico
Que le solia acompañar.
Por sus jornadas contadas
A España fuera llegar.
Andando por su camino
A su ventura buscar
Encontró un moro valiente,
Cerca estaba de la mar.
Guarda era de una puente
Que á nadie deja pasar,
Sino que por fuerza ó grado
Con él haya de pelear,
Porque su señor el Rey
Así se lo fue á mandar:
Que hombre que viniese armado
No lo dejase pasar,
O que dejase las armas,
O en el reino no ha de entrar.
Don Roldan con gran enojo
Que habia de lo escuchar,
Hablóle muy mesurado,
Tal respuesta le fue á dar:
—Que antes las defenderia
Que no habellas de dejar,
Porque nadie fuese osado
De las sus armas quitar,
Que no le costase la vida
Al menos menos costar.—
Allí le hablara el moro,
Bien oireis lo que dirá:
—Pues lo quereis, caballero,
Luego se haya de librar,
Que ó vos dejareis las armas,
O yo quedaré con mal.—
Luego abajaron las lanzas,
Fuéronse ambos á encontrar.
A los primeros encuentros
Las lanzas quebrado han:

Echan mano á las espadas
De priesa y no de vagar:
Tan fuertes golpes se daban
Que era cosa de mirar:
Alzó el moro su espada,
A Don Roldan fue acertar
Encima de la cabeza,
Que lo hizo arrodillar:
Don Roldan que aquesto vido
Tal golpe le fuera á dar,
Que de la grande herida
Luego se fue á desmayar.
—Di, moro, ¿qué has sentido?
¿Ya no curas de hablar?—
—He sentido un acerito
Por medio me fue á pasar.—
Don Roldan le dijo luego,
Bien oireis lo que dirá:
—Que maldito fuese el hombre
Que no sentia su mal.
Cálzate ya esa espuela
Que se te quiere quitar.—
Abajóse á mirar la espuela,
No se pudo levantar,
Murió luego prestamente
Sin mas un punto pasar.
Quitóle luego las armas
El bueno de Don Roldan,
Tambien le quitó el vestido,
Los suyos le fue á dejar,
Un sayo de cuatro cuartos
Con que solia caminar,
Y con un su pagecico
A Francia lo fue enviar,
Armado y con sus vestidos
Parecia Don Roldan:
Díjole que lo llevase
Adonde Doña Alda está,
Y dijese que era su esposo,
Que le hiciese enterrar.
De que el page fue llegado
A París esa ciudad,
Mostráraselo á Doña Alda
Con gran angustia y pesar.
Desque vido el cuerpo muerto
Pensó que era Don Roldan;
Los llantos que ella hacia
Dolor eran de mirar:
Por él lloraban los doce,
El Emperador otro que tal,
Llórale toda la corte,
El comun en general.
Arzobispos y Perlados,
Cuantos en la corte estan,
Con mucho pesar y tristeza
Lo llevaron á enterrar.
Don Roldan muy bien armado
Con armas que fue á tomar,
Fuérase para las tiendas
Do el Rey moro suele estar.
Era el Rey moro mancebo
Ganoso de pelear:
De los doce Pares de Francia
Él se queria vengar.
Recibióle con mucha honra,
Allí amor le fue á mostrar,
Pensando q'era el moro valiente
Que los reinos solia guardar.
Díjole como en la puente
Habia muerto á Don Roldan.
El Rey luego en aquel dia
A Francia le fue á enviar,
Dióle luego mucha gente,
Hízole su Capitan
Para ir á buscar los doce
Y con ellos pelear.
Ya se parte Don Roldan
A París á la cercar:
Los moros que van con él
Pensaban en su pensar

Que era el moro valiente
Que los reinos solia guardar.
Envian luego mensageros
A París esa ciudad,
Que ya despues allegados,
Asentado su real,
Que presto y sin dilacion
Se les diese la ciudad,
O los doce salgan luego
Si por armas se ha de librar.
Respondió el Emperador,
Bien oireis lo que dirá:
—Que le placia de buen grado
Los doce allá enviar.—
Para un dia señalado
Concertaron el pelear:
Aquel dia salieron los doce
Al campo para lidiar.
Los caballos llevan holgados,
No se hartan de relinchar,
Con una furia muy grande
En los moros se van lanzar.
Hácese una batalla
Muy cruel en la verdad;
Mas los moros siendo muchos,
Todos los fueron á cativar,
Y tambien á Galalon
Asímesmo otro que tal.
Gran deshonra es de los doce
En dejarse así tomar.
Viendo esto el Emperador
Desde su palacio real,
Mandó llamar sus caballeros
Para consejo tomar.
—Ya sabeis que Don Reynaldos
Es buen vasallo real,
Y es uno de los doce,
De lo bueno principal,
Siempre miró por mi honra,
Por mi corona imperial;
Pues los doce le han reptado,
Yo le quiero perdonar.—
Todos holgaron muy mucho
De lo q'el Emperador fue hablar.
Envian luego á Don Reynaldos
A do estaba en Montalvan,
Que viniese luego á París
Para con el moro peleár,
Que era cosa que cumplia
A su alta Magestad,
Y tambien porque en Francia
No le hay mas singular.
Ya se parte Don Reynaldos
Donde los moros estan:
Con aquel moro valiente
Con él iba á pelear.
Consigo lleva á Doña Alda
La esposica de Roldan;
Mas bien sabia Don Reynaldos,
Bien sabia la verdad,
Que aquel moro valiente
Era su primo Roldan,
Que un tio que tenia
Le dijera la verdad;
Por arte de nigromancia
Así lo fuera á hallar,
Que Don Roldan era venido,
Y cómo estaba en el real,
Y q'el cuerpo que trajeron
Era un moro que fue á matar.
Andando por sus jornadas
Fueron al campo á llegar,
Armóse luego Reynaldos
Para con el moro pelear:
A los primeros encuentros
Los primos conocido se han.
Conociéronse entrambos
En el aire del pelear:
Cuando iban á encontrarse
Las lanzas desviado han,

Dejado han caer las armas,
Al suelo las fueron á echar;
Vanse con mucho amor
El uno al otro á abrazar;
Allí hubieron gran placer,
Olvidado han el pesar.
Mandó llamar á los moros,
A todos hizo juntar
Para dalles la razon
De lo que queria hablar.
—Vosotros teneis los doce,
Yo los fuera á cativar;
Yo no siento aquí ninguno
Con quien haya de pelear,
Sino es con este hombre solo,
Pues vergüenza me será.—
Don Roldan y Don Reynaldos
Comienzan de pelear;
Cuantos matan de los moros
Maravilla es de mirar.
Despues de muertos los moros,
de todos los matar,
Fue Roldan á su esposica
Con ella placer tomar.
Cuando lo vido Doña Alda
De placer queria llorar,
Las alegrías que hacen
No se podrian contar.
Vanse luego á París
Al Emperador consolar;
Cuando el Emperador supo
Que venia Don Roldan,
Con toda la caballería
Salió fuera la ciudad.
—Bien vengais vos, mi sobrino,
Bueno sea vuestro llegar:
Gran placer tengo de veros
Vivo y sano en verdad.—
Grandes fiestas se hacian
Que no se pueden contar:
Allá iban todos los doce
Que á la mesa comen pan:
Todos tuvieron placer
De la venida de Don Roldan.

Id. de Reynaldos y la Infanta Celidonia. (Anónimo).

Cuando aquel claro lucero
Sus rayos quiere enviar
Esparcidos por la tierra
Por cada parte y lugar;
Cuando los prados floridos
Suaves olores dan,
Por mi preciado vergel
Me fuí para dar lugar
A la triste vida mia
Muy gran necesidad.
De las rosas en flor
Se querian ya granar,
Hace una guirnalda dellas.
Y hallando á quien la dar,
Por un bosque despoblado
Comencé de caminar,
Y diera en una floresta
Do nadie suele pasar.
En el dulce mes de mayo
Yo me fuí por descansar
Por medio de una arboleda
De ciprés y de rosal:
Vide una huerta muy florida
De jazmines y arrayan,
Los cantos eran tan dulces
Que me hicieron parar;
Vi avecitas que por ellas
No hacen sino volar,
Papagayo y ruiseñor
Decian en su cantar:

"¿Dónde vas, el caballero?
»Atras te quieras tornar:
»Hombre que por aquí pasa
»No puede vivo escapar."
Mirando esas avecitas,
Su canto y armonizar,
A sombra de un verde pino
Me senté por descansar.
Hiciera mi cabezera
Encima de un arrayan,
Los cuidados dos á dos
Me cercaron sin parar.
Con un suspiro muy fuerte
Comencé de querellar:
—¡O tú, noble Emperador,
Mi gran señor natural,
Mira cuán pobre y cuitado
Me podrias acatar!
Sé que de mi mal te place
Aunque estoy á tu mandar:
Acordársete debia
Que te fuiste á enamorar
De la Infanta Belisandra
Hija del Rey Trasiomar.
Por librarte á tí de pena
Yo me puse á la cobrar
Con el noble paladin,
El esforzado Roldan.
Hízonos por te servir
Mercaderes por el mar;
Yo la saqué de su tierra
Y la puse á tu mandar.
¡O todos los doce Pares!
¡O Oliveros y Roldan!
¡O vos el noble Angeleros
Y Angelinos el Infante!
Ya no os acordais de mí,
Ni he con que os pueda honrar.
¡O vos, Duque Don Estolfo,
De Inglaterra Capitan!
¡O mis señores y amigos
Cuán lejos os veo estar!—
Tomóle tal pensamiento
De se haber de desterrar
En las tierras de los moros
Por su ventura probar.
Estando en este propuesto
Se tornó á Montalvan:
Sin despedirse de alguno
Luego al momento se va.
Por sus jornadas contadas
A París llegado ha,
A Roldan fue á rogar luego
Que le quiera acompañar
Que se va á unos torneos
Que hacen allende del mar.
Don Roldan que es codicioso
De fama y honra ganar,
Adereza su partida
Sin en nada discrepar.
En forma de peregrinos,
Por los moros engañar,
Andando por sus jornadas
Muy cerca van á llegar:
Jueves era aquel dia,
La víspera de San Juan,
Que un torneo es aplazado
Por ser dia principal.
Esa noche á una floresta
Se fueron á descansar;
Otro dia de mañana
Clarines oyen sonar,
Que sacan á la Princesa
Por las fiestas mas honrar.
Lleva encima la cabeza
Una corona real,
Sus cabellos esparcidos
Que acrecientan su beldad.
Ella estaba tan hermosa
Que á todos hace turbar,

Muchas doncellas delante
odas dicen un cantar.
omenzó de hablar luego
l esforzado Roldan:
—¡O Dios, y qué linda dama!
n el mundo no hay su par:
n ofender á Doña Alda
o la quisiera gozar.—
eynaldos con turbacion
e lo que dijo Roldan,
on el gesto demudado
e comenzó de hablar:
—Primo, escusado os fuera
e tal suerte blasonar,
orque Celidonia es mia,
o la entiendo de ganar.
no me sois enemigo,
a ello no habeis de hablar.—
on gran enojo que tiene
pone encima Bayarte,
a derecho para el campo
or los torneos ganar,
do muchos caballeros
el caballo en tierra dar.
ira al mas valiente dellos,
ue era el Rey Gargaray,
rrocando caballeros
antos topaba á lanzar.
r encima del arzon
moro fue á derribar,
moro y caballo en tierra:
al caballo fue á picar,
rrocando á cuantos topa
podia alcanzar.
ras maravillas hace
e espanto pone en mirar.
esto aquel gran Rey moro
rnó presto á lidiar.
se parte Don Reynaldos
ra vez por le encontrar;
Tan fuerte golpe le diera,
Que otra vez lo fue á lanzar:
Con el corage el Rey moro
No tiene en nada su mal.
Nadie justa con Reynaldos,
Nadie le osa esperar:
De los golpes que reciben
Van huyendo sin parar.
Ya Febo se declinaba
Hácia el Occeáno mar,
Cuando el gran Rey Agolandro
Clarines mandó sonar
Porque paren los torneos
Y vayan á reposar
Hasta en el dia siguiente
Que los tiene de acabar.
Reynaldos iba tan fuerte,
Que espanto pone en mirar,
Don Roldan que cerca estaba
Viénele luego á abrazar.
—¿Qué es aquesto, primo mio?
¿Cómo andais sin aguardar?
Tanto holgaba de veros,
Que olvidaba el pelear,
Viendo vuestra gran destreza
Contra el gran Rey Gargaray.
—Vos lo decís, señor mio,
Que me quereis motejar:
Vámonos, señor, al monte,
Do solemos albergar,
No nos conozcan los moros,
No entremos en la ciudad.—
El fuerte Rey que los vido
Comenzólos de llamar:
—O vos, fuertes peregrinos,
¿Dónde vos vais á holgar?
—Señor, vámonos al monte,
No teniendo que gastar,
No nos quieren dar posada
Por Dios ni por caridad:

Pasamos al gran Mahoma
Por su templo visitar.
—Señores, si vos pluguiese,
Yo vos quiero aposentar.—
Don Reynaldos habló luego:
—Cúmplase vuestro mandar.—
Hiciéronles dar posada
En acertado lugar,
Que el moro es acostumbrado
A romeros albergar.
Luego les vino mensage
Que el Rey los envia á llamar:
Díjoles que los caballeros
Son Reynaldos y Roldan,
Que su amigo Galalon
Se lo enviaba á avisar.
Todos se ponen en armas
Para haberlos de matar;
El buen Rey que aquesto vido
Altas voces fue á dar:
—¡Ah caballeros galanes
De corte tan principal!
Yo no soy de parecer
Que así se hayan de tratar
Los mejores caballeros
De toda la cristiandad,
Pues que yo les dí seguro
Yo no les puedo faltar;
Mas luego siendo de dia
Os podeis todos armar,
Y como gentiles hombres
Con ellos en campo entrar.—
Ya se partia el buen Rey,
Y á los romeros se va.
—¡O los nobles caballeros,
Reynaldos y Don Roldan!
Seades los bien venidos
Los dos cristianos sin par.
Sabed que Don Galalon
Una carta fue á enviar
En que nos dice por ella
Que veníades á matar
Al noble Rey Agolandro,
Y él nos hiciera llamar,
Do se determinó luego
De venir á vos matar,
Si no por respeto mio,
Que nunca les dí lugar;
Mas sabed que en la mañana
En batalla habeis de entrar
Vos y el noble paladin
Con cuantos allí vendrán:
Y vos, señor Don Reynaldos,
No os podeis escusar
Que conmigo y cuatro Reyes
En campo os habeis de hallar
Por ende esforzaos mucho.—
Luego los fuera á abrazar.
Don Reynaldos le responde:
—Grande es, señor, tu bond
Grandemente nos obligas
Mas que podríais pensar.—
El Rey se despidió dellos
Y á su casa fue á cenar.
Otro dia, el sol salido,
El Rey los vino á llamar.
Ya se ponen los arneses,
Y el Rey los ayuda á armar,
Y cuando armados los vido
Comenzóles de hablar:
—¡O los nobles caballeros!
Querádesme perdonar,
Porque en viéndoos armados
Enemigo os soy mortal.—
Dicho esto fuese luego
Sin mas palabras hablar:
Apréstanse los dos primos
Y á la batalla se van.
Bayarte que ve la gente
Espanto pone en mirar,

)ando corcobos y empinos
:omienza de relinchar.
'an fuerte va para ellos
)ue la tierra hace temblar.
teynaldos mira á los Reyes
:on quien ha de pelear:
'ambien mira á Celidonia
)ue en el cadahalso está.
'anto corage le crece
)ue comienza de hablar:
—¡O vosotros los Romanos!
'odos venid á ayudar
ı aquestos cinco Reyes
)ue conmigo han de justar;
'orque en el dia de hoy
'o les quiero demostrar
as fuerzas que Dios me dió
'or su santa Fé ensalzar.—
)á de espuelas al caballo,
n el campo fue á entrar.
os Reyes que entrar lo ven
untos lo van á encontrar
)e tal suerte, que las lanzas
n piezas hacen volar:
Ias Reynaldos con esfuerzo
ncontró al Rey Gargaray
)e tal suerte, que la lanza
e pasó al espaldar.
Io le duraron los otros,
)ue á todos los fue á matar,
quebrada la su lanza
Fisberta fue á sacar
Iaciendo mil maravillas
'or en el campo quedar,
Iasta topar á su primo
l buen paladin Roldan,
)ue llevaba un gran tropel
)e morisma á mal andar.
)espues que juntos se vieron
Iuy gran contento se dan,
Con esfuerzo denodado
Renuevan el pelear.
Tantos matan de los moros,
Que no hay cuenta ni par:
El alarido es tan grande
Que al cielo quiere llegar.
Alzó los ojos Reynaldos
A do el cadahalso está,
Vido muchos caballeros
A la Princesa guardar,
Allegóse para ellos
Con muy gran ferocidad,
El estruendo que traia
La tierra hace temblar,
A la bella Celidonia
Fue en su caballo á sentar:
Arremete con denuedo
Por la batalla dejar.
Los moros que aquesto vieron
No le osaban dañar
Por no dar á la Princesa
Ni le hacer algun mal.
Con sollozos y gemidos
Que al cielo quieren llegar,
Lloran su gran perdicion,
La muerte de Gargaray.
La Princesa ya vencida
Deste que no tiene par,
Con una voz delicada
Comenzóle de hablar:
—¡O señor en qué peligro
Os poneis en me llevar!
Mas querria yo morir
Que no vuestro peligrar.—
Abrazándola muy fuerte
En el rostro fue á besar;
Por sus delicados ojos
Lágrimas vieron saltar,
Temiendo de lo perder,
Viéndolo tanto aquejar,

Que su rostro de Reynaldos
En agua hizo bañar.
Vuélvese á consolarla
Con amoroso hablar:
—Esforzad, señora mia,
No querades desmayar.—
Ellos estando en aquesto
Su hermano fuera á llegar;
Dádola ha cruel herida,
Su cuerpo le fue á pasar
En los brazos de Reynaldos,
Que su fin fuera á causar:
Con voz ronca y muy plañida
Comenzara de hablar:
—¡O amor mio y mi bien!
De mí os querais acordar;
Pues yo recibo la muerte
No me querais olvidar,
Sabiendo vos, amor mio,
Que os iba yo á acompañar,
Dejando yo al Rey mi padre
Con tanto enojo y pesar.
¡O qué pena y qué pasion
Llevo en aqueste pensar!—
El rostro se le desmaya,
La habla fuera á cesar,
Con un suspiro muy fuerte
Vieron su fin allegar.
Don Reynaldos que esto viera
El color perdido ha;
Con voz triste y dolorosa
Comenzóse á lamentar:
—¡Ay desdichado de mí!
Ya no me quiero nombrar
El esforzado Reynaldos,
Ni él me quiero llamar.
¡O muerte! ¿por qué no vienes?
No quiero vivo quedar.
¡O Celidonia, amor mio!
¿Dónde te iré yo á buscar?
Yo fui de tí homicida,
Yo solo te fui á matar:
¡O traidor, mal caballero!
¿Qué piensas aquí aguardar?—
Vuélvese contra los moros
Para en ellos se vengar,
Puso en tierra á Celidonia
Sintiendo mucho su mal;
Va buscando al caballero
Que le hizo tal pesar,
Hiriendo y matando moros
Cuantos podia topar.
Hace tal matanza en ellos
Que es cosa para espantar;
Hasta topar su enemigo
No deja de atropellar.
Vídole andar en batalla
Que parece un gavilan:
Arremetió para él
Con esfuerzo singular,
Trabóle por los cabellos,
Del caballo lo fue á echar,
Atóle fuerte los pies,
Y al suyo lo fue á pasar.
Desque á su guisa lo tuvo
Tornó presto á cabalgar,
Va atropellando los moros
Hasta su primo topar.
Despues que juntos se vieron
Comienzan de caminar
Para la noble de Francia,
Llevando muy gran pesar.
La muerte de Celidonia
No le deja consolar
Hasta ver á Galalon
Que tanto mal fue á causar.

d. de la conquista de los reinos de Aliarde por Roldan y Reynaldos de Montalvan. (Anónimo).

Estábase Don Reynaldos
n París esa ciudad
on su primo Malgesí,
ue bien sabe adevinar.
stábale preguntando,
l le queria demandar:
—Primo mio, primo mio,
rimo mio natural,
ucho os ruego de mi parte
le lo querais otorgar,
ues que de nigromancía
s vuestro saber y alcanzar,
ue me digais una cosa
ue yo os quiero demandar:
a mas linda muger del mundo
Dónde la podria hallar?
—Pláceme, dijo su primo,
láceme de voluntad.—
uego mandó á un espíritu
ue dijese la verdad,
se la trajese delante
resto sin mas se tardar.
l, como era apremiado,
ijo luego su mandar,
ue el Rey moro Aliarde
enia hija de poca edad,
ue en el mundo no habia otra
ue fuese con ella igual:
ste tiene el reino lejos,
iénelo allende la mar,
n tierras muy apartadas
ue no eran de conquistar.
eynaldos de que esto supo
o quiso mas aguardar;
idió licencia al Emperador,
l se la fue luego á dar,
No se la diera de grado,
Mas contra su voluntad,
Que se queria ir á los reinos,
Que estaban allende el mar,
Del moro Rey Aliarde,
Para con su hija hablar.
Despidióse del Emperador,
De los doce otro que tal.
Ya se parte Don Reynaldos,
Ya se parte, ya se va,
Íbase para los reinos
Que estan allende la mar:
Con él iba un pagecico
Que lo solia acompañar.
Andando por sus jornadas
Al reino fue á llegar:
Fuérase para la villa
Do el Rey moro suele estar:
Hallólo en sus palacios,
Que se queria armar,
Porque así lo acostumbraba
Por mas se asegurar,
Y luego que hubo llegado
El Rey le fue saludar:
—¿De dónde es vuestra venida?
¿O cómo os soleis nombrar?
—Señor, soy un caballero,
De Francia es mi natural:
Desterróme el Emperador,
En Francia no puedo entrar,
Por eso vengo á servir
A tu Alteza real.
—Pues que venís muy cansado
De tan largo caminar,
Reposad en mi palacio,
Que podreis bien descansar.—

Don Reynaldos pidió un laud,
Que lo sabia bien tocar:
Ya comienza de tañer,
Muy dulcemente á cantar,
Que á todo hombre que lo oia
Parecia celestial.
Bien lo oia la Infanta,
Y holgaba de lo escuchar:
Desque lo vió tan gracioso,
De gracias muy singular,
El amor que nunca cesa
En ella fue aposentar.
Tales fueron sus amores
Que no los podia encelar;
Amores de Don Reynaldos
No la dejan reposar.
Tambien se enamoró él de ella,
¡Tanta era su beldad!
Envióla á llamar la Infanta
Que viniese á le hablar;
Muy cortés y mesurado
Las manos le fue á besar;
La Infanta era discreta
Y no se las quiso dar;
Mas antes sus corazones
Eran de conformidad,
Que de verse el uno al otro
Comienzan á desmayar:
Desmayan los corazones
Pero no la voluntad.
Despues de ya recordados
Comenzaron de llorar,
El uno y otro decian
Palabras de grande amar.
—Por tus amores, señora,
Vine de allende la mar,
Por veniros á servir
Dejára mi natural:
He dejado yo mis tierras,
Al Emperador quise dejar,
He dejado muchos amigos
Que me solian honrar,
He dejado á los doce,
Dellos era principal.—
Allí habla la Infanta,
Bien oireis lo que dirá:
—Pues por mí os desterrastes,
Y acá os quisistes llegar,
Tened confianza en mí
Que lo entiendo bien pagar:
Por eso, amigo mio,
Comenzáos de alegrar;
Mucho os ruego que esta noche
No me querades faltar,
Que vengais solo á mi cámara
Adonde yo suelo estar,
Porque allí solos entrambos
Placer nos podamos dar.
—Nunca quiera Dios, señora,
Ni la santa Trinidad,
Que yo tocase en la honra
A la corona real,
Pues me tiene vuestro padre
Por caballero leal.—
Respondióle la Infanta
Enojada en le escuchar.
—¿Lo que habeis vos de rogarme
Os tengo yo de rogar?
Pues yo os juro por mi ley,
Por la ley de Mahomá,
Que si no haceis lo que digo
Que luego os mande matar.—
Don Reynaldos con esfuerzo
Tal respuesta le fue á dar:
—Que le costase la vida,
Mas no podia aventurar,
Y que sin falta vernia
Por hacer su voluntad.—
Aquella noche siguiente
Gran placer ambos se dan,

Otro dia de mañana
A su posada se va.
No pasaron muchos dias,
Pocos fueron á pasar,
Que el traidor de Galalon,
Aquel traidor desleal,
Envió cartas á Aliarde,
Cartas para le avisar
Como en su corte tenia
Don Reynaldos de Montalvan,
Que á otra cosa no habia ido
Sino á lo deshonorar:
Que guardase bien su hija
No se la quisiese fiar,
Que no fue por otra cosa
Sino por amor tomar.
El Rey que vido las cartas
Los suyos mandó llamar,
Porque tomen á Reynaldos
Y lo hayan de aprisionar.
Tomólo gran gente d'armas,
Por mas seguro tomar
Échanle en una prision
De muy grande escuridad.
Aconsejóse con los suyos,
Tomó consejo real,
Qué debian hacer al triste,
O qué castigo le dar.
Hallaron por sus derechos
Por la razon natural,
Pues habia sido traidor
A la corona real,
Que era digno de la muerte,
Y se la hubiesen de dar.
Todos firman la sentencia,
El Rey la fue á firmar:
La sentencia ya era dada
Para hacello degollar.
Allí estaba un pagecico
Que la Infanta fue á criar,
Va corriendo á la Infanta
De priesa y no de vagar:
Sola estaba la Infanta,
A nadie queria escuchar,
Entra el page por la puerta,
Comiénzale de hablar:
—Por amor de vos, señora,
Hoy se hace gran crueldad,
Que á aquel caballero estraño
Por vos lo quieren matar.—
De lo que dijo el pagecico
Ella tuvo gran pesar:
Vase para los palacios
Donde el Rey solia estar,
Tal entraba por la puerta
Que á todos queria matar.
—¿Q'es aquesto, señor padre?
Aquesto ¿qué puede estar?
Sin saber cierto las cosas
¿Al cabo quereis llegar?
La sentencia que habeis dado
Vos la querais revocar,
Que si Don Reynaldos muere
Primero á mí heis de matar,
Pues la verdad no sabiendo
Vos me quereis disfamar.
Las cartas de Galalon,
Las que él os quiso enviar,
Son por volveros con él,
Son para hacelle matar,
Por envidia que dél tiene
Por querer con vos estar,
Que en París ni en toda Francia
Nadie le puede igualar;
Por eso os ruego, señor,
La vida le querais dar.
—Pláceme, respondió el Rey,
Pláceme de voluntad;
Mas con una condicion,
Que en mis reinos no ha de estar.—

Allí luego la Infanta
Las manos le fue á besar:
Mándanle quitar los grillos
Y de la prision sacar;
Entonces luego el buen Rey
Le mandara desterrar.
Ya se parte de la corte
Con dolor y gran pesar
Por dejar á su señora,
Y con ella no quedar.
Maldecia su ventura,
No cesaba de llorar,
A sus jornadas contadas
En Francia fue él á llegar,
Íbase luego derecho
A la villa de Montalvan.
El Rey quedaba pensoso,
A su hija queria casar,
Mas no sabia con quién
A su honra la pudiese dar.
Envió cartas por el mundo,
Todo el mundo en general,
Que quien quisiese su reino
Y con su hija casar,
Que dentro de treinta dias
Viniese á su corte real
Para hacer un torneo
Para mas honra ganar,
Y el que mejor lo hiciese
Con la Infanta haya casar.
Don Reynaldos que esto supo
Mucho se fue á alegrar,
Porque si él allá se iba
El campo entiende ganar.
Luego pidió su caballo,
Las armas otro que tal,
Y mucho rogó á su primo,
A su primo Don Roldan,
Que se quisiese ir con él
Por mayor honra llevar.
Ya se parte Don Reynaldos,
Con él iba Don Roldan,
Y por jornadas contadas
Al reino llegado han.
Sabido por Galalon
Que á tierra de moros van,
Luego envió un mensagero
Para el Rey moro avisar,
Que su criado Don Reynaldos
Y su primo Don Roldan
Eran idos á su reino
Para habello de matar.
Cuando el Rey supo tal nueva
Dello se fue á maravillar:
Envió á hombres d'armas
Que los fuesen á buscar.
Allí habló un caballero,
Bien oireis lo que dirá:
—Vergüenza es de tanta gente
A dos solos ir á buscar:
Dédesme licencia á mí,
Que yo solo quiero andar.—
Dijo el Rey que le placia
De muy buena voluntad.
Ya se partia aquel moro,
Ya se va por los buscar;
Vase para una posada
Adonde él solia posar:
En entrando por la puerta
Con ellos fuera á encontrar:
Conoció á Don Reynaldos
Que con él solia holgar.
—Pésame mucho de vosotros,
En mí tengo gran pesar,
Que el Rey sabe estais aquí,
Haos mandado matar:
Yo os ruego mucho, señores,
Que me digais la verdad,
Porque el Rey tenia cartas
Que Galalon le fue á enviar

Avisándole de cierto
Que le queríades matar.—
Respondiera Don Reynaldos:
—Nunca Dios quiera lo tal,
El Rey no es mi enemigo,
Ni yo lo queria mal;
Mas hemos venido al campo
Que el Rey mandó pregonar.—
Mucho se holgó el moro
De tal razon escuchar,
Que viniesen en hora buena
Para el campo á pelear.
Otro dia de mañana
Comiénzanse de aparejar,
Y sálense luego al campo
Donde habian de tornear.
Mataron tantos de moros,
Que no hay cuento ni par.
Bien veía la Infanta
A Reynaldos y á Don Roldan,
Lloraba de los sus ojos
Que no les podia ayudar.
Envióles un pagecico
Que fuesen á la hablar,
Que se lleguen al castillo
Porque lo queria probar.
Ellos rompiendo la gente
Al castillo llegado han:
La Infanta cuando los vido
De allí se dejó colgar,
Tomándola Don Reynaldos
En su caballo á cabalgar.
Mataron tantos de moros,
No tienen cuento ni par;
Por mas moros que vinieron
No se la pueden quitar:
A sus jornadas contadas
A París fueron llegar.
El Emperador cuando lo supo
A recibírselos sale,
Con él salen los doce Pares
Y toda la corte real.
Si hasta allí eran esforzados
Despues eran mucho mas.

Id. del desafío de Oliveros y Montesinos por los amores de Aliarda. (Anónimo). (1)

En las salas de París,
En el palacio sagrado
Donde está el Emperador
Con su imperial estado,
Tambien estaban los doce
Que á una mesa se han juntado,
Obispos y Arzobispos
Un Patriarca honrado.
Despues que hubieron comido
Las mesas se han alzado,
Ya se levanta la gente,
Todos iban paseando
Por una sala muy grande,
Unos con otros hablando.
Unos hablan de batallas,
Que las han acostumbrado,
Otros hablan de amores,
Los que son enamorados.
Montesinos y Oliveros
Mal se quieren en celado,

(1) *Con muchas variantes se halla tambien en la* Floresta *y en la* Silva de varios romances.

Con palabras injuriosas
Oliveros ha hablado.
Las palabras fueron tales,
Que desta suerte ha empezado:
—Montesinos, Montesinos,
¿Cuánto ha que os he rogado
Que de amores de Aliarda
No tuviéredes cuidado,
Que no sois para servirla,
Ni para ser su criado?
Si no por el Emperador
Yo os hubiera castigado.—
Montesinos que esto oyera
Túvose por injuriado,
La respuesta que le dió
Fue como de hombre esforzado.
—Buen caballero Oliveros,
Mucho estoy maravillado,
Siendo hombre de buen linage
Siempre entre buenos criado,
Que vos á mí deshonrar
Bien debia ser escusado;
Que sì tuviera yo espada
Como vos teneis al lado,
Las palabras que digistes
Bien os hubieran costado.—
Oliveros q'esto oyera
En la espada puso mano:
Fuese para Montesinos
Como hombre muy airado.
Montesinos no tiene armas,
Decendióse del palacio,
Los ojos puestos en el cielo
Juramentos iba echando
De nunca vestir loriga,
Ni cabalgar en caballo,
Ni comer pan en manteles,
Ni nunca entrar en poblado,
Y de no rapar sus barbas,
Ni oir misas en sagrado,
Ni llamarse Montesinos,
Hijo del Conde Grimaltos,
Hasta que vengue la mengua
Que Oliveros le ha dado.
En llegando á su posada
Fue muy prontamente armado:
Pone el yelmo en su cabeza,
Vístese un arnés tranzado,
Mandó sacar una lanza
Que él tenia en apartado;
Esta lanza era muy fuerte
Y el hierro bien acerado.
Ya es armado Montesinos,
Ya cabalga en su caballo,
Las cartas que tiene escritas
A un page se las ha dado,
Que las lleve á Oliveros
Y se las diese en su mano,
Y le diga que lo aguarda
Montesinos en el campo,
Armado de todas armas
Y el caballo encubertado.
Ya se parte el mensagero
Con las cartas que le ha dado;
En casa del Emperador
A Oliveros ha hallado,
Y con grande reverencia
El page lo ha llamado.
Oliveros, que es discreto
Y hombre muy bien criado,
Apartóse con el page
En un lugar apartado;
Preguntó lo que queria,
O quién le habia enviado.
El page cuando esto oyó
Las cartas le hubo mostrado,
Y Oliveros que las vido
Dijo que él daria recaudo.
Ya se parte el pagecico,
Ya se sale del palacio:

El plazo que Montesinos
A Oliveros hubo dado
Fue cuatro horas de tiempo
Que le aguardaria en el campo,
Y si al plazo no viniese
Que traidor sería llamado.
El acudió de tal suerte,
Que seis horas han pasado;
Tanto aguardó Montesinos,
Que ya estaba enojado.
Mientras que en el campo anduvo
A Oliveros esperando,
Vió venir un caballero
Que llamaban Don Reynaldos;
De linage era su primo,
Y en voluntad mas que hermano.
Las palabras que le dijo
Desta manera ha hablado:
—Montesinos, Montesinos,
¿Qué haceis, mi primo hermano?
Que segun del modo os veo
Vos estais mal enojado.
Alguno os desafió
Y vos lo estais esperando,
Porque no siento otra cosa
Que os detuviese aquí armado.—
Montesinos que esto oyera
Tal respuesta le hubo dado:
—La causa que así me halleis
Yo os la contaré de grado:
Un presente hoy me trujeron,
Y en él vino este caballo,
Mas vos sabeis mi costumbre,
Que si caballo me han dado,
El primer dia que á mí viene
Ha de ser muy bien probado:
Yo por ver qué tal es este
He subido en él armado.—
Don Reynaldos que esto oyera
Esta respuesta le ha dado:
—Montesinos, Montesinos,
Vuestro hablar es escusado:
Vos á mí no me negueis
Por qué estais desafiado.—
Montesinos que esto vido
Que lo sabia Don Reynaldos,
Luego sin mas dilacion
La verdad hubo contado.
—Vos sabeis, mi señor primo,
Que hoy dentro en el palacio
Yo y vuestro primo Oliveros
Andábamos paseando:
De unas razones en otras
Él me ha mal injuriado,
Diciendo que de Aliarda
Yo no tuviese cuidado,
Que no era para servirla
Ni para ser su criado,
Que si mirado no hubiese
Al gran Emperador Carlos,
Por el enojo que le hice
Ya me hubiera castigado.
Yo le dije que hablaba
Mal y muy desmesurado,
Y él echó mano á la espada
Y embrazóse de su manto.
Yo hallándome sin armas
Descendíme del palacio,
Fuime para mi posada
Muy triste y muy enojado,
Armeme con estas armas
Con que vos me hallais armado;
Cartas envié á Oliveros
Que le aguardaba en el campo,
Cuatro horas le dí de tiempo
Que le estaria esperando,
Y si en esto no viniese
Que traidor sería llamado.
Pasadas son las cuatro horas,
Otras dos habian pasado.—

Don Reynaldos que esto oyó
Esta respuesta le ha dado:
—Si quereis vos, Montesinos,
Yo iré presto á llamarlo,
Si no quiere oirlo de lengua,
Decírselo he por las manos;
Si él no quisiere venir
Para vos y mí, sean cuatro.
Ellos estando en esto
Oliveros ha llegado,
No como hombre de pelea,
Sino como enamorado,
Y viene muy gentil hombre,
Mas tambien muy bien armado.
En llegando á Montesinos
Desta suerte le hubo hablado:
—Montesinos, Montesinos,
¿Qué es esto, traidor malvado,
Que la fé que tú me diste
Hásmela muy mal guardado?
Digistes que estarias solo,
Y hállote acompañado.—
Montesinos que esto oyó
Tal respuesta presto ha dado:
—Oliveros, Oliveros,
De esto no esteis enojado,
Que si compañía tengo
Cierto vos lo habeis causado.
Si viniérades á tiempo
Al plazo que os habia dado,
La compañía que tengo
No la hubiérades hallado,
Que por caso ó por desdicha
El me halló aquí armado,
Él me preguntó qué habia,
Yo bien me hube escusado,
Mas por importunacion
Sabed que yo le he contado
Lo que está entre vos y mí,
Y lo que yo hube pasado:
Mas yo haré juramento
Donde vos querais tomallo,
Que por esta compañía
No sereis perjudicado,
Sino que él se irá á París
Quedando nos en el campo.
—Pláceme, dijo Oliveros,
Desto que habeis hablado.—
Reynaldos se entró en París
Y ellos quedan en el campo.
Íbanse de par en par,
Y juntos lado con lado,
Hasta llegar á la huerta
Donde el campo se habia dado.
Despues que dentro se vieron
Montesinos ha hablado:
—Ahora es tiempo, Oliveros,
Que se vea el mas esforzado.—
Vanse el uno para el otro,
Recios encuentros se han dado,
Los golpes han sido tales
Que entrambos se han derribado:
Media hora y mas estuvieron
Que ninguno ha hablado.
Ya despues que esto pasó
El uno se ha levantado,
Fuese para Oliveros,
Desta suerte le ha hablado:
—Buen caballero, no esteis
Por tan poco desmayado,
Echemos mano á las hachas,
Pues las lanzas se han quebrado.—
Oliveros que esto oyera
Muy presto fue levantado:
Danse tan terribles golpes
Que presto se han desarmado,
Las piezas de los arneses
Vereis rodar por el campo.
Oliveros que esto vido
Desta suerte le ha hablado:

—Echá mano por la espada
Pues que ya estais desarmado.—
Montesinos que esto oyera
Presto la espada ha sacado:
Hiérense de tales golpes
Que mal se han aparejado.
Ellos estando en aquesto
Un cazador ha llegado,
Quísose poner entre ellos,
Hanle mal amenazado
Que si entre ellos se pone
Que él será muy mal tratado.
El cazador que esto oyera
Para París ha marchado,
Y á grandes voces decia
Muy triste y acongojado:
—¿Qué es de tí, el Emperador,
Que hoy pierdes todo tu estado?
Hoy entre los doce Pares
Veo gran ruido armado,
Y el imperio de París
Todo escandalizado.—
Oyólo el Emperador
Donde estaba en el palacio,
Mandó luego que le llamen
Al que tal iba hablando.
Ya es llegado el cazador
Do está el Emperador Carlos,
Y estas palabras le dice
Con temor demasiado:
—Señor, sepa vuestra Alteza
Que hoy andando cazando
En la huerta de Sant Dionis,
Dentro en ella yo me he hallado
A Montesinos y á Oliveros
Que se habian desafiado:
La sangre que dellos corria
Teñia las yerbas del campo,
Que si ellos ya no son muertos,
Estarán muy mal tratados.—
El Emperador que esto oyera
Muy presto hubo cabalgado
Con todos los caballeros
Los que allí hubo hallado.
De Oliveros iba un primo,
Y tambien iba un su hermano,
Y el padre de Montesinos,
Ese Conde Don Grimaltos.
Cada uno tiene parientes,
Y van escandalizados.
El Emperador que esto vido
Pregonar luego ha mandado
Que de manos ni de lengua
Ninguno sea osado
De decir descortesía,
Ni quistion hayan buscado,
Y quien quistion revolviese
Fuese luego degollado.
Por miedo de aquel pregon
Todo hombre va limitado.
En allegando á la huerta
El Emperador ha entrado:
Por el rastro de la sangre
Los caballeros ha hallado,
El uno caido á una parte,
Otro caido á otro lado.
Llamó á sus caballeros
Los que le han acompañado:
Cuando la gente los vió
Vereis hacer un gran llanto;
Unos dicen *¡ay mi primo!*
Otros dicen *¡ay mi hermano!*
El Conde Grimaltos dice
¡Ay mi hijo mal logrado!
Cuando el Emperador vido
Su pueblo escandalizado,
Mandó traer unas andas
En que pudiesen llevarlos
A aquellos dos caballeros
Que se habian maltratado.

Que los lleven á París
Dentro del real palacio,
Doctores y bachilleres
Que viniesen á curarlos.
Fue la voluntad divina
Que á poco tiempo pasado
Les hallan tal mejoría
Que se han mucho remediado.
Ya sanos los caballeros,
Y Dios que les ha ayudado,
Mandóles el Emperador
Que amigos hayan quedado.
Cásanlos con sendas damas
Las mas lindas del palacio,
Y púsoles grandes penas
Que ninguno sea osado
De hablar con Aliarda
Ni de ser su enamorado,
Y quien esto quebrantase
De la vida sea privado.
Así quedaron amigos
Y el imperio asosegado.
Luego Aliarda casó
Con un caballero honrado,
Quedaron todos contentos
Y aun el romance acabado.

Id. del destierro de Reynaldos y conquista de Trapisonda. (Anónimo).

Ya que estaba Don Reynaldos
Fuertemente aprisionado,
Para haberlo de sacar
A luego ser ahorcado,
Porque el gran Emperador
Así lo habia mandado,
Llegó el valiente Roldan
De todas armas armado
En el fuerte Briador
Su poderoso caballo,
Y la fuerte Durlindana
Muy bien ceñida á su lado,
La lanza como una entena,
El fuerte escudo embrazado,
Vestido de fuertes armas
Y él con ellas encantado:
Por la visera del yelmo
Fuego venia lanzando;
Retemblando va la lanza
Como un junco muy delgado,
Y á toda la hueste junta
Fieramente amenazando:
—Nadie en D. Reynaldos toque
Si quiere ser bien librado:
Quien otra cosa hiciere
El será tan bien pagado,
Que todo el resto del mundo
No le escape de mi mano,
Sin quedar pedazos hecho,
O muy bien escarmentado.—
Serenos estaban todos
Hasta ver en qué ha parado,
Nadie no se removia
Contra tan buen abogado.
Allí el fuerte Don Roldan
Junto á Carlos se ha llegado
Diciendo de esta manera
De encima de su caballo:
—No es cosa de Emperador
Lo que tienes ordenado;
El caballero se viene
De su voluntad y grado.
¿Cómo es aquesto, señor,
Que así ha de ser tratado
La flor de los caballeros
Como claro está probado?

¿Cómo así tu propia sangre,
Tan cercano emparentado
Que manso como un cordero
Ante tí se ha presentado,
Sabiendo tu Magestad
Que nadie hubiera bastado
Ni el mundo todo junto
A prendello ni matallo,
Y mas agora, señor,
Que estaba tan prosperado,
Y pudiera correr tus tierras
Y mas conquistar tu estado,
Como otras veces solia
Tenerte en París cercado
Cuando tú, ni por tí nadie
Le osaba salir al campo,
Quieres tú quitar la vida
A quien á tí te la ha dado?
No una vez sino ciento
De peligros te ha sacado,
Poniéndose á la muerte
Por acrecentar tu estado.
¿Y este pago le tenias
Dí, señor, aparejado?
Si á todos pagas así,
¡Tú serás harto afamado!
¡De escelente pagador
Rica fama habrás ganado!—
Respondió el Emperador
Como mal aconsejado:
—¡Oh cómo hablas, sobrino,
Con rostro tan enojado!
¿No sabeis que este traidor
Muchas veces ha robado?
Por caminos y carreras
Las gentes ha despojado:
Ya muchos piden justicia
De los que él ha salteado,
Y si lo soltamos agora
Volverá á lo regostado.—
Allí dijo Don Roldan:
—Eso tú lo has causado;
Diérasle tú en que viviera
De cuanto te ha acrescentado,
¿Y por qué razon, señor,
Jamas te has acordado?
A otros menores que él,
Y que menos te han honrado,
Muy muchas villas y tierras
De tu mano les has dado,
Y aqueste que es el mejor
Siempre fue de tí olvidado.
¿De qué habia de vivir
Andando contino armado?
Con sus brazos vigorosos
Muchas veses ha librado
La cristiandad de peligro
Del cruel pueblo pagano.
Bien sabeis que ya los moros
Todos dél estan temblando,
Y que por su miedo dél
Contigo se han concertado:
Por estar seguros dél
Las parias te han enviado,
Y agora si ellos tuviesen
El seguro de su mano,
Yo sé bien que no tardasen
En haberse levantado,
Por donde la cristiandad
Harto mal habria ganado.
Digo que no es de perder
En tus reinos tal vasallo;
Tristes serán los cristianos
Por tal brazo que han cobrado:
Si lo perdiesen agora
No volverán á cobrallo,
Porque ya no vuelven todos
Por su vida, honra, ni estado,
Que hoy todo junto lo pierde,
Si de Dios no es remediado.

¡O caballeros de Francia!
Decí, ¿habeis olvidado
De cuántas graves afrentas
Renaldos os ha sacado?
¿Por qué agora consentís
Ante vos ser tal tratado
Vuestro fuerte Capitan,
De todos primo ú hermano?
No consienta nadie, no,
Tan gran tuerto ser pasado,
Que juro por Sant Dionís,
Y al Eterno soberano,
Que en lo tal yo no consienta
Ni tal será ejecutado,
O todo el mundo se guarde
De mi espada y de mi mano;
Que si tal se ejecutare
Será de mí tan vengado,
Que toda Francia lo llore
Por no habello remediado.
Tírense todos afuera,
No sea nadie tan osado
De querer luego estrenar
Lo que yo tengo jurado.
Sus de presto, Maganceses,
Afuera, afuera, priado,
No me pare mas ninguno,
Buscad veredas temprano.—
Viérades á Galalon
Con su Maganza temblando,
Y tanto, que él no quisiera
Ser allí entonces hallado:
Y tornando á Carlos luego,
Prosiguiendo en su hablado,
Dijo: —¿Qué quieres, señor,
Que persigues á Renaldos?
Dí, ¿no sabes tú, señor,
Y está muy claro probado
Que lo mas que él tenia
Haberlo á moros ganado?
Debríate ya bastar
Que á perder lo has echado
Destruyéndole una villa
Sola que Dios le habia dado.
Si la cabeza do sale
Todo aquesto en que has andado
Ella fuese ya cortada
Quedaria sosegado
Todo el tu gran imperio
Que no te cantase gallo.—
Respondió el Emperador
Algun tanto ya amansado:
—¡O mi querido sobrino!
No te tornes tan airado,
Ni pases mas adelante
Lo que llevas comenzado:
Hágase como quisieres
Y sea luego soltado;
Mas con esta condicion,
Que lo doy por desterrado
Con gran pleito y homenage
Que ante mí haya jurado,
Que solo y sin compañía
A Jerusalen descalzo
En hábito de romero
Sea luego encaminado,
Y que mas aquí no pare
Del tercero dia pasado,
Y jamas no torne en Francia
Sin mi licencia y mandado;
Y que su muger é hijo
Acá se hayan quedado,
Y su hermano tambien
Todos á muy buen recaudo,
Porque si él algo hiciere
En ellos seré vengado.
Lo cual así se cumplió,
Segun de suso es contado,
Que luego al tercero dia
Reynaldos se ha aparejado

De esclavina y de bordon
Y una maleta á su lado,
Para echar las limosnas
Que por Dios le hubiesen dado.
Vistió una gruesa camisa
Como penitente armado,
Llorando de los sus ojos
Con corazon traspasado,
Despidiéndose en la corte
De cuantos lo han amado.
Y á todos los doce Pares
Mucho les ha encomendado
Que por su muger é hijitos
Por ellos hayan mirado,
Y tambien por sus hermanos
Que en prision los ha dejado,
Diciendo que por ventura
Jamas sería tornado,
Mas quizá en algun tiempo
Les sería bien pagado
A todos los que miraren
Por las prendas que ha dejado.
Sus lágrimas eran tantas
Que á todos han convidado
A quebrar sus corazones
De verlo tan lastimado.
Ya se va nuestro romero
Del todo desconsolado:
De toda la cristiandad
Iba ya desamparado,
Aunque él por muchas veces
La habia bien abrigado,
Defendiéndola de moros
Con corazon esforzado.
Capitan de los cristianos
Por el mundo era llamado,
Tal fuerza contra paganos
Por jamas se ha hallado:
Mas al cabo de tres dias
Que así desnudo y descalzo
Caminaba con paciencia
Con su bordon en la mano,
Y con espesos gemidos
Y sospiros que iba dando,
Don Roldan fue en pos de él
En su ligero caballo,
Y alcanzólo á una montaña
Saliendo por un atajo.
De que Renaldos lo vido
A mal lo hubo tomado,
Mas el leal Don Roldan
Otro llevaba pensado,
Pues le dijo luego así
Al momento y en llegando:
—¡O flor de caballería!
¿Dónde vas tan desmayado?
¿Qué es de tus caballerías?
¿Dónde las has ya dejado?
¿Qué es de las tus fuertes armas?
¿Qué es de tu fuerte caballo?
Ves aquí tu buena espada,
Cata aquí do te la traigo,
Torna, torna, señor primo,
Que yo haré sea alzado
El destierro al cual tú fuiste
Tan á tuerto sentenciado.
No me tengan por Roldan
Si no fuere así acabado,
Que yo sacaré del mundo
A quien quisiere estorballo,
Porque tan buen caballero
No sea en Francia faltado,
Que mas vales tú que todos
Cuantos allá han quedado.—
Mas por mas que le rogó
Nada le fue otorgado,
Ni jamas volvió con él
A lo que le era rogado
Por no dejar su camino
A cumplir lo que ha jurado,

Que entre buenos caballeros,
Así es acostumbrado
De perder antes la vida
Que no hacer quebrantado
El homenage que hacen
Donde les es demandado.
Mas tomó su rica espada
Que Roldán le habia llevado
Para llevarla secreta
Debajo su pobre hato,
Por si algo le viniese
Que tenga de que echar mano.
Así los dos se despiden
Harto gimiendo y llorando,
Que peor les fue el partir
Que no morir peleando:
Mas aquel noble guerrero
Mucho se va encomendando
Al muy alto Jesucristo,
Por el cual él fue guiado
A las tierras del gran Can,
Que fue muy maravillado
Que tan alto caballero
Ante él fuera llegado
Tan descalzo y tan desnudo,
Tan hambriento y fatigado.
Mas como quiera que fuesen
En el tiempo ya pasado
Ambos hermanos en armas
Gran fiesta le ha ordenado,
Y despues que le contó
Todo su hecho pasado,
El gran Can le respondió:
—¡O mi buen señor y hermano!
Pídeme lo que quisieres
Para volver contra Carlos:
Ves aquí do tengo junto
Nuestro gran poder pagano,
Que no hay cosa que no hagan
Por mi servicio y mandado;
Irán conmigo y contigo
Para hacerte bien vengado,
Y segun, señor, tú eres
En armas tan estimado,
Con este tan gran poder
Que de acá hayas llevado
Muy de presto podrás ser
En cristianos coronado,
A pesar de quien pesare
Sin poder ser estorbado,
Que mas pertenece á tí
Que no aquel falso de Carlos,
Pues tan mal ha conoscido
Cuanto le has administrado.
—No lo mande Dios del cielo
Le responde Don Reynaldos,
Que yo quiebre el homenage,
Pues en Francia hube jurado
Que yo ni otro por mí
No vuelva contra cristianos.—
Vista ya su voluntad
El gran Can fue acordado
Por complacer á Renaldos
Y subirlo en alto estado,
Que sería bueno ir
Con treinta mil de á caballo
Sobre aquel Emperador
De Trapisonda nombrado,
Que muy mucho mal hacia
A todos sus comarcanos,
Usurpándoles las tierras
Por fuerza, que no de grado.
Reynaldos que tal oyó
Presto fue aparejado
No de esclavina y bordon,
Ni menos maleta al lado,
Mas de buen caballo y armas
En lo que era acostumbrado.
Tomando los treinta mil
Tales mañas se ha dado,

Como aquel que en ellas era
Maestro bien afamado.
Halló al Emperador
Que tenia puesto campo
Sobre una gran ciudad
Cien mil y mas de caballo:
Pegó con ellos de noche
Al mejor sueño tomando,
Recordólos de tal suerte
Que pocos han escapado;
Porque el triste campo estaba
Durmiendo, tan descuidado,
Que cuando el alba rompió
Los mas se han abajado
Con su señor al infierno
Que los estaba esperando,
Salvo aquellos que se dieron
A merced de Don Renaldos.
Por ende muy presto fue
Emperador coronado,
Sojuzgando muchos Reyes
Y señores de alto grado,
De lo cual luego escribió
A su enemigo Carlo Magno.
Con riquísimos presentes
Mensages le ha despachado
Pidiendo le dé merced
Que allá le haya enviado
Alguna gente cristiana,
Que allí no hay mas de un cristiano,
Que es el mesmo Don Renaldos
El valiente y esforzado,
Y noble en toda virtud,
Hermoso y muy agraciado.
Mas tal odio le tenia
El ya dicho Carlo Magno,
Que en lugar de socorrer
A la hora ha pregonado
Que no vaya nadie allá
So pena de su mandado,
Ni tampoco le enviasen
La muger, hijos y hermanos;
Mas Roma y Constantinopla
Le enviaron tal recaudo,
Que sin ir nadie de Francia
Cristianos le han sobrado.

Id. del moro Calaynos. (Anónimo).

Ya cabalga Calaynos (1)
A las sombras de una oliva,
El pie tiene en el estribo,
Cabalga de gallardía.
Mirando estaba á Sansueña,
El arrabal con la villa,
Por ver si veria algun moro
A quien preguntar podria.
Venia por los palacios
La linda Infanta Sevilla;
Vido estar un moro viejo
Que á ella guardar solia.
Calaynos que le vido
Llegado á él se habia,
Las palabras que le dijo
Con amor y cortesía:
—Por Alá te ruego, moro,
Así te alargue la vida,
Que me muestres los palacios
Donde mi vida vivia,

(1) *Sancho Panza cita este romance en el* cap. 9 del Quijote.

De quien triste soy cativo,
Y por quien pena tenia,
Que cierto por sus amores
Creo yo perder la vida;
Mas si por ella la pierdo
No se llamará perdida,
Que quien muere por tal dama
Aunque muerto tiene vida.
Mas porque me entiendas, moro,
Por quien preguntado habia
Es la mas hermosa dama
De toda la Morería,
Sepas que á ella la llaman
La grande Infanta Sevilla.—
Las razones que pasaban
Sevilla bien las oía:
Púsose á una ventana
Muy hermosa á maravilla,
Con muy ricos atavíos,
Los mejores que tenia.
Ella era tan hermosa,
Otra su par no la habia.
Calaynos que la vido
Desta suerte le decia:
—Cartas te traigo, señora,
De un señor á quien servia,
Creo que es el Rey tu padre
Porque Almanzor se decia:
Descendé de la ventana
Sabrás la mensagería.—
Sevilla cuando lo oyera
Presto de allí descendia:
Apeóse Calaynos,
Gran reverencia le hacia.
La dama cuando esto vido
Tal pregunta le hacia:
—¿Quién sois vos el caballero
Que mi padre acá os envia?
—Calaynos soy, señora,
Calaynos de Arabía,
Señor de los Montes Claros,
De Constantina la llana,
Y de las tierras del Turco
Yo gran tributo llevaba,
Y el Preste Juan de las Indias
Siempre parias me enviaba,
Y el Soldan de Babilonia
A mi mandar siempre estaba;
Reyes y Príncipes moros
Siempre señor me llamaban,
Sino es el Rey vuestro padre
Que yo á su mandato estaba,
No porque le he menester,
Mas por nuevas que me daba
Que tenia una hija
A quien Sevilla llamaban,
Que era mas linda muger
Que cuantas moras se hallan:
Por vos le serví cinco años
Sin sueldo ni sin soldada,
Él á mí no me la dió
Ni yo se la demandaba.
Por tus amores, Sevilla,
Pasé yo la mar salada,
Porque he de perder la vida
O has de ser mi enamorada.—
Cuando Sevilla esto oyera
Esta respuesta le daba:
—Calaynos, Calaynos,
De aqueso yo no sé nada,
Que siete amas me criaron,
Seis moras y una cristiana.
Las moras me daban leche,
La otra me aconsejaba;
Segun eran los consejos
Bien mostraba ser cristiana.
Diérame muy buen consejo,
Y aun bien se me acordaba:
Que jamas yo prometiese
Ser de alguno enamorada,

Hasta que primero hubiese
Algun buen dote ó arras.—
Calaynos que esto oyera
Esta respuesta le daba:
—Bien podeis pedir, señora,
Que no se os negará nada:
Si quereis castillos fuertes,
Ciudades en tierra llana,
O si quereis plata ú oro
O moneda amonedada.—
Sevilla cuando lo oyó,
Como no los estimaba,
Respondióle: si queria
Tenella por namorada,
Que vaya dentro á París,
Que en medio de Francia estaba,
Y le traiga tres cabezas
Cuales ella demandaba,
Y que si aquesto hiciese
Sería su enamorada.
Calaynos cuando oyó
Lo que ella le demandaba
Respondióle muy alegre,
Aunque él se maravillaba
Dejar villas y castillos
Y los dones que le daba,
Por pedirle tres cabezas
Que no le costarán nada:
Dijo que las señalase
O diga cómo se llaman.
Luego la Infanta Sevilla
Se las empezó á nombrar,
La una es de Oliveros,
La otra de Don Roldan,
La otra del esforzado
Reynaldos de Montalvan.
Ya señalados los hombres
A quien habia de buscar,
Despídese Calaynos
Con su muy cortés hablar:
—Deme la mano tu Alteza,
Que se la quiero besar,
Y la fé y prometimiento
De conmigo te casar
Cuando traiga las cabezas
Que quisiste demandar.
—Pláceme, dijo, de grado
Y de buena voluntad.—
Allí se toman las manos,
La fé se hubieron de dar
Q'el uno ni aun el otro
No se pudiesen casar
Hasta q'el buen Calaynos
De allá hubiese de tornar,
Y que si otra cosa fuese
La enviaria á avisar.
Ya se parte Calaynos,
Ya se parte, ya se va:
Hace broslar sus pendones
Y en todos una señal;
Cubiertos de ricas lunas,
Teñidas en sangre van.
En camino es Calaynos
A los franceses buscar:
Andando jornadas ciertas
A París llegado ha.
En la guardia de París,
Cabe San Juan de Letran,
Allí levantó su seña
Y empezara de hablar:
—Tañan luego esas trompetas
Como quien va á cabalgar,
Porque me sientan los doce
Que dentro en París estan.—
El Emperador aquel dia
Habia salido á cazar:
Con él iba Oliveros,
Con él iba Don Roldan,
Con él iba el esforzado
Reynaldos de Montalvan,

Tambien el Dardin Dardeña
Y el buen viejo Don Beltran,
Y ese Gaston y Don Carlos
Con el Romano Fincan.
Tambien iba Baldovinos
Y Urgel en fuerzas sin par,
Y tambien iba Guarinos
Almirante de la mar.
El Emperador entre ellos
Empezara de hablar:
—Escuchad, mis caballeros,
Que tañen á cabalgar.—
Ellos estando escuchando
Vieron un moro pasar,
Armado va á la morisca,
Empiézanle de llamar,
Y ya que es llegado el moro
Do el Emperador está,
El Emperador que lo vido
Empezóle á preguntar:
—Dí, ¿dónde vas tú, el moro?
¿Cómo en Francia osaste entrar?
¡Grande osadía tuviste
De hasta París te llegar!—
El moro cuando esto oyó
Tal respuesta le fue á dar:
—Vo á buscar al Emperante
De Francia la natural,
Que le traigo una embajada
De un moro muy principal,
A quien sirvo de trompeta
Y tengo por Capitan.—
El Emperador que esto oyó
Luego le fue á demandar
Dijese lo que queria,
Y por qué á él iba á buscar;
Que él es el Emperador Carlos
De Francia la natural.
El moro cuando lo supo
Empezóle de hablar:
—Señor, sepa tu Alteza
Y tu corona imperial,
Que ese moro Calaynos,
Mi señor, me envia acá,
Desafiando á tu Alteza
Y á todos los doce Pares
Que salgan lanza por lanza
Para con él pelear.
Señor, veis aquí su seña,
Donde los ha de aguardar:
Perdóneme vuesa Alteza
Que respuesta le vo á dar.—
Cuando fue partido el moro
El Emperador fue á hablar:
—Cuando yo era mancebo,
Que armas solia llevar,
Nunca moro fue osado
De en toda Francia asomar;
Mas agora que soy viejo
A París los veo llegar:
No es amengua de mí solo
Pues no puedo pelear,
Mas es mengua de Oliveros,
Y asimesmo de Roldan,
Mengua de todos los doce
Y de cuantos aquí estan.
Por Dios á Roldan me llamen
Porque vaya á pelear
Con el moro de la enguardia
Y lo haga de allí quitar:
Que lo traiga muerto ó preso,
Porque haya de acordar
De cómo viene á París
Para me desafiar.—
Don Roldan cuando esto oyera
Empiézale de hablar:
—Escusado es ya, señor,
De enviarme á pelear,
Porque teneis caballeros
A quien podeis enviar,

Que cuando son entre damas
Bien se saben alabar
Que aunque vengan dos mil moros
Uno los esperará,
Y al mirarse en la batalla
Véolos volver atrás.—
Todos los doce callaron
Sino el de menor edad,
Al que llaman Baldovinos,
En el esfuerzo muy grande;
Las palabras que dijera
Eran de riguridade.
—Mucho estoy maravillado
De vos, señor Don Roldan,
Que amengüeis todos los doce
Vos que los debeis honrar:
Si no fuérades mi tio
Con vos me fuera á matar,
Porque entre todos los doce
Ninguno podeis nombrar
Que lo que dice la boca
No lo sepa hacer verdad.—
Levantóse con enojo
Ese paladin Roldan;
Baldovinos q'esto viera
Tambien se fue á levantar,
Y el Emperador entre ellos
Por el enojo quitar.
Ellos en aquesto estando,
Baldovinos fue á llamar
A los mozos que traía,
Por las armas fue á enviar.
El Emperador q'esto vido
Empezóle de rogar
Que le hiciese un placer,
Que no fuese á pelear,
Porque el moro era esforzado
Podríale maltratar,
Pues aunque ánimo tenia
La fuerza podria faltar,
Siendo el moro diestro en armas
Y vezado á pelear.
Baldovinos q'esto oyó
Empezóse á desviar
Diciendo al Emperador
Licencia le fuese á dar,
Y que si él no se la diese
Que él se la queria tomar.
Cuando el Emperador vido
Que no lo podia escusar,
Cuando llegaron sus armas
Él mesmo le ayudó á armar:
Dióle licencia que fuese
Con el moro á pelear.
Ya se parte Baldovinos,
Ya se parte, ya se va,
Ya es llegado á la guardia
Do Calaynos está.
Calaynos que lo vido
Empezóle así de hablar:
—Bien vengais, el francesico,
De Francia la natural,
Si quereis vivir conmigo
Por page os quiero tomar.—
Baldovinos q'esto oyera
Tal respuesta le fue á dar:
—Calaynos, Calaynos,
No debíades así hablar,
Que antes que de aquí me vaya
Yo os lo tengo de mostrar,
Que aquí morireis primero
Que por page me tomar.—
Cuando el moro aquesto oyera
Empezó así de hablar:
—Tórnate, el francesico,
A París esa ciudad,
Que si esa porfía tienes
Caro te habrá de costar,
Porque quien entra en mis manos
Nunca puede bien librar.—

Cuando el mancebo esto oyera
Tornóle á porfiar
Que se aparejase presto
Que con él se ha de matar.
Cuando el moro vió al mancebo
De tal suerte porfiar,
Díjole: —Vente, cristiano,
Presto para me encontrar,
Que antes que de aquí te vayas
Conocerás la verdad,
Que te fuera muy mejor
Conmigo no pelear.—
Vanse el uno para el otro
Tan recio que es de espantar.
A los primeros encuentros
El mancebo en tierra está.
El moro cuando esto vido
Luego se fue á apear:
Sacó un alfange muy rico
Para habello de matar;
Mas antes que lo firiese
Le empezó de preguntar
Quién ó cómo se llamaba,
Y si es de los doce Pares:
El mancebo estando en esto
Luego dijo la verdad,
Que le llaman Baldovinos,
Sobrino de Don Roldan.
Cuando el moro tal oyó
Empezóle de hablar:
—Por ser de tan pocos dias
Y de esfuerzo singular
Yo te quiero dar la vida
Y no te quiero matar;
Mas quiérote llevar preso
Porque te venga á buscar
Tu buen pariente Oliveros
Y tu tio Don Roldan,
Y ese otro muy esforzado
Reynaldos de Montalvan,
Que por esos tres ha sido
Mi venida á pelear.—
Don Roldan allá do estaba
No hace sino sospirar,
Viendo q'el moro ha vencido
A Baldovinos Infante.
Sin mas hablar con ninguno
Don Roldan luego se parte,
Y vase para la guardia
Para aquel moro matar.
El moro cuando lo vido
Empezóle á preguntar
Quién es ó cómo se llama,
Si era de los doce Pares.
Don Roldan cuando esto oyó
Respondiérale muy mal:
—Esa razon, perro moro,
Tú no me la has de tomar,
Porque á ese á quien tú tienes
Yo te lo haré soltar:
Presto aparéjate, moro,
Y empieza de pelear.—
Vanse el uno para el otro
Con un esfuerzo muy grande:
Danse tan recios encuentros
Que el moro caido hae.
Roldan q'el moro vió en tierra
Luego se fue á apear:
Tomó al moro por la barba,
Empezóle de hablar:
—Dime tú, traidor de moro,
No me lo quieras negar,
¿Cómo tú fuiste osado
De en toda Francia parar,
Ni al buen viejo Emperador
Ni á los doce desafiar?
¿Cuál diablo te engañó
Cerca de París llegar?—
El moro cuando esto oyera
Tal respuesta le fue á dar:

—Tengo una cativa mora,
Señora de gran linage,
Requerila yo de amores,
Y ella me fue á demandar
Que le diese tres cabezas
De París esa ciudad,
Que si estas yo le llevo
Conmigo habia de casar;
La una es la de Oliveros,
La otra de Don Roldan,
La otra del esforzado
Reynaldos de Montalvan.—
Don Roldan cuando esto oyera
Así empezó de hablar:
—Muger que tal te pedia
Cierto te queria mal,
Porque esas no son cabezas
Que tú las puedes cortar.—
Mas porque fuese castigo,
Y otro se haya de guardar
De desafiar los doce,
Ni venir á los buscar,
Echó mano á un estoque
Para el moro matar.
La cabeza de los hombros
Luego se la fue á cortar,
Llevóla al Emperador
Y fuésela á presentar.
Los doce cuando esto vieron
Toman placer singular
En ver así muerto al moro
Y por tal mengua le dar.
Tambien trajo á Baldovinos
Q'el mismo lo fue á soltar.
Así murió Calaynos
En Francia la natural
Por manos del esforzado
El buen paladin Roldan.

Id. 1.° *de Don Gayferos.* (Anónimo).

Estábase la Condesa
En el su estrado asentada,
Tisericas de oro en mano
Su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
Palabras de gran pesar,
Las palabras tales eran
Que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro
Y te haga barragane,
Dete Dios ventura en armas
Como al paladin Roldane,
Porque vengases, mi hijo,
La muerte de vuestro padre:
Matáronlo á traicion
Por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
En las cuales Dios no ha parte,
Ricos paños me cortaron,
La Reina no los ha tales.—
Magüera pequeño el niño
Bien entendido lo hae.
Allí respondió Don Gayferos,
Bien oireis lo que dirae:
—Ruégolo así á Dios del cielo
Y á Santa María su madre.—
Oido lo habia el Conde
En los palacios do estae:
—Calles, calles, la Condesa,
Boca mala sin verdade,
Que yo no matara el Conde,
Ni lo hiciera matare;
Mas tus palabras, Condesa,
El niño las pagarae.—
Mandó llamar escuderos,
Criados son de su padre,

Para que lleven al niño,
Que lo lleven á matare. (1)
La muerte que él les dijera
Mancilla es de la escuchare:
—Córtenle el pie del estribo,
La mano del gavilane,
Sáquenle ambos los ojos
Por mas seguro andare,
Y el dedo y el corazon
Traédmelo por señale.—
Ya lo llevan á Gayferos,
Ya lo llevan á matare;
Hablaban los escuderos
Con mancilla que dél hane.
—¡Oh válasme Dios del cielo
Y Santa María su madre!
Si á este niño matamos
¿Qué galardon nos darane?—
Ellos en aquesto estando,
No sabiendo qué harane,
Vieron venir una perrita
De la Condesa su madre.
Allí habló el uno dellos,
Bien oireis lo que dirae:
—Matemos esta perrita
Por nuestra seguridade,
Saquémosle el corazon
Y llevémoslo á Galvane,
Cortemos el dedo al chico
Por llevar mejor señale.—
Ya tomaban á Gayferos
Para el dedo le cortare:
—Venid acá vos, Gayferos,
Y querednos escuchare;
Vos idos de aquesta tierra
Y en ella no parezcais mase.—
Ya lé daban entre señas
El camino que harae:
—Iros heis de tierra en tierra
A do vuestro tio estae.—
Gayferos desconsolado
Por ese mundo se vae,
Los escuderos se volvieron
Para do estaba Galvane.
Danle el dedo y corazon,
Y dicen que muerto lo hane.
La Condesa q'esto oyera
Empezara á gritos dare,
Lloraba de los sus ojos
Que queria reventare.
Dejemos á la Condesa
Que muy grande llanto hace,
Y digamos de Gayferos
Del camino por do vae,
Que de dia ni de noche
No hace sino caminare
Hasta que llegó á la tierra
Adonde su tio estae.
Dícele de esta manera,
Y empezóle de hablare:
—Manténgaos Dios, el mi tio.
—Mi sobrino, bien vengaises:
¿Qué buena venida es esta?
Vos me la querais contare.
—La venida que yo vengo
Triste es y con pesare,
Que Galvan con grande enojo
Mandado me habia matare:
Mas lo que os ruego, mi tio,
Y lo que os vengo á rogare,
Vamos á vengar la muerte
De vuestro hermano mi padre:

---

(1) *En la vida de Genoveva, Condesa de Bravante, hay una escena parecida en todo á la que sigue.*

Matáronlo á traicion
Por casar con la mi madre.
—Sosegaos, el mi sobrino,
Vos os querais sosegare,
Que la muerte de mi hermano
Bien la iremos á vengare.—
Ellos así se estuvieron
Dos años y aun mase,
Hasta que dijo Gayferos
Y empezara de hablare:

Id. a.º del mismo. (Anónimo).

Vámonos, dijo, mi tio,
A París esa ciudade
En figura de romeros
No nos conozca Galvane,
Que si Galvan nos conoce
Mandaríanos matare:
Encima ropas de seda
Vistamos las de sayale,
Llevemos nuestras espadas
Por mas seguros andare,
Llevemos sendos bordones
Por la gente asegurare.—
Ya se parten los romeros,
Ya se parten, ya se vane,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales.
Andando por sus jornadas
A París llegado hane,
Las puertas hallan cerradas,
No hallan por donde entrare;
Siete vueltas la rodean
Por ver si podrán entrare,
Y al cabo de las ocho
Un postigo van á hallare.
Ellos que se vieron dentro
Empiezan á demandare,
No preguntan por meson,
Ni menos por hospitale,
Preguntan por los palacios
Donde la Condesa estae,
Y á las puertas del palacio
Allí van á demandare.
Vieron estar la Condesa,
Y empezaron de hablare:
—Dios te salve, la Condesa.
—Los romeros, bien vengades.
—Mandédesnos dar limosna
Por honor de caridade.
—Con Dios vades, los romeros,
Que no os puedo nada dare,
Q'el Conde me habia mandado
A romeros no albergare.
—Dadnos limosna, señora,
Q'el Conde no lo sabrae;
Así la den á Gayferos
En la tierra donde estae.—
Así como oyó Gayferos
Comenzó de sospirare:
Mandábales dar del vino,
Mandábales dar del pane.
Ellos en aquesto estando
El Conde llegado hae:
—¿Q'es aquesto, la Condesa?
Aquesto ¿qué puede estare?
¿No os tenia yo mandado
A romeros no albergare?—
Dijo, y alzara su mano,
Puñada le fuera á dare,
Que sus dientes menudicos
En tierra los fuera á echare.
Allí hablaran los romeros,
Y empezáronle de hablare:
—Por hacer bien la Condesa
Cierto no merece male.

—Calledes vos, los romeros,
No hayades vuestra parte.—
Alzó Gayferos su espada,
Un golpe le fue á dare
Que la cabeza de sus hombros
A tierra la fuera á echare.
Allí habló la Condesa
Llorando con gran pesare:
—¿Quién érades, los romeros,
Que al Conde fuistes matare?—
Allí respondió el romero,
Tal respuesta le fue á dare:
—Yo soy Gayferos, señora,
Vuestro hijo naturale.
—Aquesto no puede ser,
Ni era cosa de verdade,
Q'el dedo y el corazon
Yo los tengo por señale.
—El corazon que vos teneis
En persona no fue á estare,
El dedo bien es aqueste,
Aquí lo vereis faltare.—
La Condesa q'esto oyera
Comenzóle de abrazare:
La tristeza que tenia
En placer se fue á tornare.

Id. 3.° *del mismo.* (Anónimo).

No con los dados se gana
Ni con las tablas el crédito,
Ni arrojando leves cañas
Reputacion entre buenos:
No con bizarras libreas,
Ni con mugeriles juegos,
Ni con empresas, ni cifras
Recamadas de oro y negro:
No con vanas esperanzas,
Ni con vestidos soberbios,
Ni con guantes olorosos,
Medallas ni camafeos:
Con arnés, espada y lanza
Como buenos combatiendo
Cuando se ofrece ocasion
Se ilustran los caballeros.
Mejor fuera que entre moros
Esos azares del juego
Como son acá en París,
Fueran en Sansueña encuentro;
Y esas plumas y medallas
Que llevais en el sombrero
Harto mejor parecieran
En la cimera del yelmo;
Y en lugar de aquesa ropa
De martas y terciopelo,
Un fino arnés de Milan
Estuviera mas honesto.
Mal parece que en París
Sustenteis vos los torneos,
Sabiendo que vuestro honor
Teneis en Sansueña preso.
Vuestro honor es vuestra esposa,
Si hay honor en vuestro pecho
Debe de ser vuestra sangre
El rescate de su cuerpo.
Conviértanse ya las tablas,
Los dados y pasatiempos
En pensamientos honrados,
Dejad bajos pensamientos:
Dejad cañas, tomad lanzas,
Dejad seda, vestí azero:
Sean vuestros juegos armas,
Vuestras galas sean trofeos:
Gallarda empresa es la honra,
No querais mas alto premio,
Pues donde aquesta se estima
No hay empresa de mas precio.

No por ser hijo de un Rey
Y de un Emperador yerno
Pretendais que sois ilustre,
Si no lo son vuestros hechos.
Aquel es honrado y noble
Que tiene honrados respetos,
Que en altos pechos se crian
Los mas honrados intentos.
Porque yo sea bien nacido
No cumplo con lo que debo,
Si en los negocios de honra
Doy con obras mal ejemplo.
Si como teneis las causas
Tuviérades los efectos,
No estuviera vuestra esposa
En Sansueña ha tanto tiempo;
Que cuando no os obligara
El conyugal sacramento,
Obligáraos ser muger
Si fuérais buen caballero.
No lo sois, pues que no haceis
El debido cumplimiento,
Siendo vos á quien mas toca
Como esposo y como deudo;
Que cuando esta obligacion
No se hallara de por medio,
Ella estuviera ya libre
O yo por librarla muerto.
Si no os correis con ser mozo
De lo que yo con ser viejo,
Correos de ver vuestra honra
Andar en corrillos necios.
Considerad que es muger,
Cautiva, ausente y con zelos;
No quiero deciros mas,
Miraldo pues sois discreto.—
Esto dijo Carlo Magno
A su sobrino Gayferos,
Que estaba jugando tablas
Con el valiente Oliveros.

Id. 4.° del mismo. (Anónimo). (1)

Asentado está Gayferos
En el palacio reale,
Asentado está al tablero
Para las tablas jugare.
Los dados tiene en la mano
Que los quiere arrojare,
Cuando entró por la sala
Don Carlos el Emperante:
De que así jugar lo vido
Empezóle de mirare;
Hablándole está hablando
Palabras de gran pesare:
—Si así fuésedes, Gayferos,
Para las armas tomare,
Como sois para los dados
Y para tablas jugare,
Vuestra esposa tienen moros,
Iríadesla á buscare:
Pésame á mí por ello
Porque es mi hija carnale.
De muchos fue demandada,
Y á nadie quiso tomare:

(1) *Este romance, aunque se halla en el* Cancionero de Romances, *y con muchas variantes en la* Floresta de varios, *lo he trasladado de un manuscrito muy antiguo que tengo á la vista, y contiene la historia que Maese Pedro recitaba enseñando el retablo que consigo conducia.* Quijote, part. II. cap. 26.

Pues con vos casó por amores,
Amores la han de sacare;
Si con otro fuera casada
No estuviera en catividade.—
Gayferos cuando esto vido,
Movido de gran pesare
Levantóse del tablero
No queriendo mas jugare,
Y tomáralo en las manos
Para haberlo de arrojare,
Si no por quien con él juega
Que era hombre de linage:
Jugaba con él Guarinos,
Almirante de la mare.
Voces da por el palacio
Que al cielo quieren llegare,
Preguntando va, preguntando
Por su tio Don Roldane.
Halláralo en el patin,
Que queria cabalgare,
Con él era Oliveros
Y Durandarte el galane,
Con él muchos caballeros
De los de los doce Pares.
Gayferos desque lo vido
Empezóle de hablare:
—Por Dios os ruego, mi tio,
Por Dios os quiero rogare
Vuestras armas y caballo
Vos me lo querais prestare,
Que mi tio el Emperante
Tan mal me quiso tratare,
Diciendo que soy para juego
Y no para armas tomare.
Bien lo sabeis vos, mi tio,
Bien sabeis vòs la verdade,
Que pues busqué á mi esposa
Culpa no me deben dare.
Tres años anduve triste
Por los montes y los valles
Comiendo la carne cruda,
Bebiendo la roja sangre,
Trayendo los pies descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude
En cuanto pude buscare,
Ahora sé que está en Sansueña,
En Sansueña esa ciudade.
Sabeis que estoy sin caballo,
Sin armas otro que tale,
Que las tiene Montesinos,
Que es ido á festejare
Allá á los reinos de Hungría
Para torneos armare,
Y yo sin caballo y armas
Mal la podré libertare;
Por esto os ruego, mi tio,
Las vuestras me querais dare.—
Don Roldan de que esto oyó
Tal respuesta le fue á dare:
—Callad, sobrino Gayferos,
No querades hablar tale,
Siete años vuestra esposa
Ha que está en captividade;
Siempre os he visto con armas
Y caballo otro que tale,
Agora que no las teneis
La quereis ir á buscare.
Sacramento tengo hecho
Allá en Sant Juan de Letrane
A ninguno prestar armas
No me las hagan cobardes:
Mi caballo está bien vezado,
No lo querria mal vezare.—
Gayferos que esto oyó
La espada fuera á sacare;
Con una voz muy sañosa
Empezara de hablare:
—Bien parece, Don Roldan,
Siempre me quisiste male.

i otro me lo dijera
Mostrara si soy cobarde;
Mas quien á mí ha injuriado
Yo lo vais por mí á vengare;
Si vos tio no me fuésedes
Con vos querria peleare.—
Los Grandes que allí se hallan
Entre los dos puestos se hane;
Hablado le ha Don Roldan,
Empezóle de hablare:
—Bien parece, Don Gayferos,
Que sois de muy poca edade,
Bien oistes un ejemplo,
Que conoceis ser verdade,
Que aquel que bien os quiere
Ese os quiere castigare.
Si fuérades mal caballero
No os dijera yo esto tale,
Mas porque sé que sois bueno
Por eso os quise así hablare,
Que mis armas y caballo
A vos no se han de negare,
Y si quereis compañía
Yo os querria acompañare.
—Mercedes, dijo Gayferos,
De la buena voluntade;
Solo me quiero ir, solo,
Para haberla de sacare:
Nunca me dirá ninguno
Que me vido ser cobarde.—
Luego mandó Don Roldan
Sus armas aparejare;
Él encubierta el caballo
Por mejor lo encubertare,
Él mesmo pone las armas
Y le ayudaba á armare.
Luego cabalgó Gayferos
Con enojo y con pesare.
Pésale á Don Roldan,
Tambien á los doce Pares,
Y mas al Emperador
De que solo le vió andare,
Y desque ya se salia
Del gran palacio reale,
Con una voz amorosa
Llamáralo Don Roldane:
—Esperá un poco, sobrino;
Pues solo quereis andare,
Dejédesme vuesa espada,
La mia querais tomare,
Y aunque vengan dos mil moros
Nunca les volvais la haze:
Al caballo dadle rienda
Y haga á su voluntade,
Que si él ve la suya
Bien os sabrá ayudare,
Y si ve demasía
Della os sabrá sacare.—
Ya le daba su espada
Y toma la de Roldane,
Da de espuelas al caballo,
Sálese de la ciudade.
Don Beltran desque ir lo vido
Empezóle de hablare:
—Tornad acá, hijo Gayferos,
Pues que me teneis por padre,
Tan solamente que os vea
La Condesa vuestra madre,
Tomará con vos consuelo,
Que tan tristes llantos hace,
Y daraos caballeros
Los que hayais necesidade.
—Consoladla vos, mi tio,
Vos la querais consolare,
Acuérdese que me perdió
Chiquito y de poca edade,
Haga cuenta que de entonces
No me ha visto jamase,
Que ya sabeis que en los doce
Corren malas voluntades,

Y no dirán vuelvo por ruego,
Mas que vuelvo por cobarde,
Que yo no volveré en Francia
Sin Melisendra tornare.—
Don Beltran de que lo oyera
Tan enojado hablare,
Vuelve riendas al caballo
Y entróse en la ciudade.
Gayferos en tierra de moros
Empieza de caminare,
Jornada de quince dias
En ocho la fue á andare.
Por las sierras de Sansueña
Gayferos mal airado vae,
Las voces que iba dando
Al cielo quieren llegare.
Maldiciendo iba el vino,
Maldiciendo iba el pane
(El pan que comian los moros,
Mas no de la cristiandade),
Maldiciendo iba la dueña
Que tan solo un hijo pare,
(Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengare).
Maldiciendo iba al caballero
Que cabalga sin un page
(Si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce),
Maldiciendo iba el arbol
Que solo en el campo nasce,
Que todas las aves del mundo
En él van á quebrantare,
Que de rama ni de hoja
Al triste dejan gozare.
Dando estas voces y otras
A Sansueña fue á llegare:
Viernes era, en aquel dia
Los moros su fiesta hacen.
El Rey iba á la mezquita
Para la zala rezare
Con todos sus caballeros
Cuantos él pudo llevare.
Cuando allegó Gayferos
A Sansueña esa ciudade
Miraba si veria alguno
A quien poder demandare:
Vido un cativo cristiano
Que andaba por los adarves;
Desque lo vido Gayferos
Empezóle de hablare:
—Dios le salve, el cristiano,
Y te torne en libertade:
Nuevas que pedirte quiero
No me las quieras negare.
Tú que andas con los moros
Dime si oiste hablare
Si hay aquí alguna cristiana
Que sea de alto linage.—
El cativo que lo oyera
Empezara de llorare:
—Tantos tengo de mis duelos,
De otros non puedo curare,
Que todo el dia caballos
Del Rey me hacen pensare,
Y de noche en honda sima
Me hacen aquí aprisionare.
Bien sé que hay muchas cativas
Cristianas de gran linage,
Especialmente hay una
Q'es de Francia naturale.
El Rey Almanzor la trata
Como á su hija carnale:
Sé que muchos Reyes moros
Con ella quieren casare:
Por eso idos, caballero,
Por esa calle adelante,
Vereíslas á las ventanas
Del gran palacio reale.—
Derecho se va á la plaza,
A la plaza la mas grande.

Allí estaban los palacios
Donde el Rey solia estare:
Alzó los ojos en alto
Por los palacios mirare,
Vido estar á Melisendra
En una ventana grande
Con otras damas cristianas
Q'estan en captividade.
Melisendra que lo vido
Empezara de llorare,
No porque lo conociese
En el gesto ni en el trage,
Mas en verlo con armas blancas
Acordóse de los Pares,
Acordóse de los palacios
Del Emperador su padre,
De justas, galas, torneos
Que por ella solian armare.
Con voz triste y muy llorosa
Le empezara de llamare:
—Por Dios os ruego, caballero,
Queráisos á mí llegare,
Si sois cristiano ó moro
No me lo querais negare,
Daros he unas encomiendas,
Bien pagadas os serane:
Caballero, si á Francia ides (1)
Por Gayferos preguntade,
Decidle que la su esposa
Se le envia á encomendare,
Que ya me parece tiempo
Que la debia sacare.
Si no me deja por miedo
De con los moros peleare,
Debe tener otros amores,
De mí no lo dejan acordare:
Los ausentes por los presentes
Ligeros son de olvidare.
Aun le direis, caballero,
Por darle mayor señale,
Que sus justas y torneos
Bien las supimos acae.
Y si estas encomiendas
No recibe con solaze,
Daréislas á Oliveros,
Daréislas á Don Roldane,
Daréislas á mi señor
El Emperador mi padre:
Direis como estó en Sansueña,
En Sansueña esa ciudade,
Que si presto no me sacan
Mora me quieren tornare,
Casarme han con el Rey moro
Que está allende la mare,
De siete Reyes de moros
Reina me hacen coronare;
Segun los Reyes me acuitan
Mora me harán tornare;
Mas amores de Gayferos
No los puedo yo olvidare.—
Gayferos que esto oyera
Tal respuesta le fue á dare:
—No lloreis vos, mi señora,
No querais así llorare,
Porque esas encomiendas
Vos mesma las podeis dare,
Que á mí allá dentro en Francia
Gayferos suelen nombrare.
Soy el Infante Gayferos
Señor de París la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de Don Roldane,

---

(1) *Este verso y el que sigue dice Maese Pedro, enseñando su retablo, en la* part. II. cap. 26 del Quijote.

Amores de Melisendra
Son los que acá me traen.—
Melisendra q'esto vido
Conosciólo en el hablare,
Tiróse de la ventana,
La escalera fue á tomare,
Salióse para la plaza
Donde lo vido estare.
Gayferos cuando la vido
Presto la fue á tomare,
Abrázala con sus brazos
Para haberla de besare.
Allí estaba un perro moro
Por los cristianos guardare,
Las voces daba tan altas
Que al cielo quieren llegare.
Al alarido del moro
La ciudad mandan cerrare,
Siete veces la rodean,
No hallan por do escapare.
Presto sale el Rey Almanzor
De la mezquita rezare:
Vereis tocar las trompetas
Apriesa y no de vagare,
Vereis armar caballeros
Y en caballos cabalgare:
Tantos se arman de los moros
Que gran cosa es de mirare.
Melisendra que lo vido
En una priesa tan grande
Con una voz delicada
Le empezara de hablare:
—Esforzado Don Gayferos,
No querades desmayare,
Que los buenos caballeros
Son para necesidade:
Si desta escapais, Gayferos,
Harto teneis que contare.
Ya quisiera Dios del cielo
Y Santa María su madre
Fuese tal vuestro caballo
Como el de Don Roldane.
Muchas veces le oí decir
En el palacio imperiale
Que si se hallaba cercado
De moros en algun lugare,
Al caballo aprieta la cincha
Y aflojábale el petrale,
Hincábale las espuelas
Sin ninguna piedade:
El caballo es esforzado,
De otra parte va á saltare.—
Gayferos de q'esto oyó
Presto se fuera á apeare,
Al caballo aprieta la cincha,
Y aflojábale el petrale,
Sin poner pie en el estribo
Encima fue á cabalgare,
Y Melisendra á las ancas
Que presto las fue tomare.
El cuerpo le da y cintura
Porque lo pueda abrazare:
Al caballo hinca la espuela
Sin ninguna piedade.
Corriendo venian los moros
Apriesa y no de vagare;
Las grandes voces que daban
Al caballo hacen saltare.
Cuando fueron cerca los moros
La rienda le fue alargare,
El caballo era ligero,
Púsolo de la otra parte.
El Rey moro q'esto vido
Mandó abrir la ciudade,
Siete batallas de moros
Todos de zaga le vane.
Volviéndose iba Gayferos,
No cesaba de mirare;
De que vido que los moros
Le empezaban de cercare

olvióse á Melisendra,
npezóle de hablare:
—No os enojeis, mi señora,
raos fuerza aquí apeare,
en esta grande espesura
deis, señora, aguardare,
ue los moros son tan cerca,
fuerza nos han de alcanzare.
os, señora, no traeis armas
ra haber de peleare,
pues que las traigo buenas
uiérolas ejercitare.—
peóse Melisendra
o cesando de rezare,
s rodillas puso en tierra,
s manos fue á levantare,
os ojos puestos al cielo
o cesando de rezare:
n que Gayferos volviese
l caballo fue á aguijare.
uando huía de los moros
arece no puede andare,
cuando iba hácia ellos
ba con furor tan grande,
ue del rigor que llevaba
a tierra hacia temblare.
onde vido la morisma
Entre ellos fuera á entrare:
Si bien pelea Gayferos
El caballo mucho mase;
Tantos mata de los moros
Que no hay cuento ni pare,
De la sangre que salia
El campo cubierto se hae.
El Rey Almanzor q'esto vido
Empezara de hablare:
—¡Oh válesme tú, Alá!
¿Esto qué podia estare?
Que tal fuerza de caballero
En pocos se puede hallare:
Debe ser el encantado
Ese paladin Roldane,
O debe ser el esforzado
Renaldos de Montalvane,
O es Urgel de la Marcha
Esforzado y singulare;
No hay ninguno de los doce
Que bastase hacer lo tale.—
Gayferos que esto oyó
Tal respuesta le fue á dare:
—Calles, calles, el Rey moro,
Calles, y no digas tale,
Muchos otros hay en Francia
Que tanto como estos valen;
Yo no soy ninguno dellos,
Mas yo me quiero nombrare:
Soy el Infante Gayferos,
Señor de París la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de Don Roldane.—
El Rey Almanzor que lo oyera
Con tal esfuerzo hablare,
Con los mas moros que pudo
Se entrara en la ciudade.
Solo quedaba Gayferos,
No halló con quien peleare,
Volvió riendas al caballo
Por Melisendra buscare:
Melisendra que lo vido
A recebir se lo sale;
Vídole las armas blancas,
Tintas en color de sangre.
Con voz muy triste y llorosa
Le empezó de preguntare:
—Por Dios os ruego, Gayferos,
Por Dios os quiero rogare,
Si traeis alguna herida
Queráismela vos mostrare,
Que los moros eran tantos
Quizá os habrán hecho male:

Con las mangas de mi camisa
Os la quiero yo apretare,
Y con la mi rica toca
Yo os las entiendo sanare.
—Calledes, dijo Gayferos,
Infanta, no digais tale,
Por mas que fueran los moros
No me podian hacer male,
Q'estas armas y caballo
Son de mi tio Don Roldane;
Caballero que las trujere
No podia peligrare.
Cabalgad presto, señora,
Que no es tiempo de aquí estare,
Antes que los moros tornen
Los puertos hemos pasare.—
Ya cabalga Melisendra
En un caballo alazane,
Razonando van de amores,
De amores, que no de al,
Ni de los moros han miedo,
Ni dellos nada se dane:
Con el placer de ambos juntos
No cesan de caminare,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales,
Comiendo las yerbas verdes
Y agua si pueden hallare,
Hasta que entraron en Francia
Y en tierra de cristiandade:
Si hasta allí alegres fueron,
Mucho mas de allí adelante.
A la entrada de un monte,
Y á la salida de un valle,
Caballero de armas blancas
De lejos vieron asomare:
Gayferos desque lo vido
La sangre vuelto se le hae,
Diciendo á su señora:
—Esto es mas de recelare,
Que aquel caballero que asoma
Gran esfuerzo es el que trae;
Que sea cristiano ó moro
Fuerza será peleare:
Apeaos vos, mi señora,
Y vení de mí á la pare.—
De la mano le traía
No cesando de llorare.
Lléganse los caballeros,
Comienzan aparejare
Las lanzas y los escudos
En son de bien peleare.
Los caballos ya de cerca
Comienzan de relinchare;
Mas conociólo Gayferos
Y empezara de hablare:
—Perded cuidado, señora,
Y tornad á cabalgare,
Que el caballo que allí viene
Mio es en la verdade,
Yo le dí mucha cebada
Y mas le entiendo de dare;
Las armas segun que veo
Mias son otro que tale,
Y aun aquel es Montesinos
Que á mí me viene á buscare,
Que cuando yo me partí
No estaba en la ciudade.—
Plugo mucho á Melisendra
Que aquello fuese verdade.
Ya que se van acercando
Cuasi juntos á la pare
Con voz alta y crecida
Empiézanse de interrogare.
Conóscense los dos primos
Entonces en el hablare,
Apeáronse á gran priesa,
Muy grandes fiestas se hacen:
De que hubieron hablado
Tornaron á cabalgare:

Razonando van de amores,
De otro no quieren hablare.
Andando por sus jornadas
En tierra de cristiandade,
Cuantos caballeros hallan
Todos los van compañare,
Y dueñas á Melisendra,
Doncellas otro que tale.
Al cabo de pocos dias
A París van á llegare:
Siete leguas de la ciudad
El Emperador les sale,
Con él sale Oliveros,
Con él sale Don Roldane,
Con él el Infante Guarinos,
Almirante de la mare,
Con él sale Don Bermudez
Y el buen viejo Don Beltrane,
Con él muchos de los doce
Que á su mesa comen pane,
Y con él iba Doña Alda,
La esposica de Roldane,
Con él iba Julianesa,
La hija del Rey Juliane;
Dueñas, damas y doncellas
Las mas altas de linage.
El Emperador abraza su hija
No cesando de llorare,
Palabras que le decia
Dolor eran de escuchare.
Los doce á Don Gayferos
Gran acatamiento le hacen,
Tiénenlo por esforzado
Mucho mas de allí adelante,
Pues que sacó á su esposa
De muy gran captividade:
Las fiestas que le hacian
No tienen cuento ni pare.

Id. 5.º *del mismo.* (Del Divino Miguel Sanchez). (1)

Oid, señor Don Gayferos,
Lo que como amigo os hablo,
Que los dones mas de estima
Suelen ser consejos sanos.
Dejad un poco las tablas,
Escuchadme lo que entrambos,
Yo aconsejar, vos hacer,
Debemos como hijos-dalgo.
Melisendra está en Sansueña, (2)
Vos en París descuidado,
Vos ausente, ella muger;
Harto os he dicho, miraldo.
Asegúraos su nobleza,
Mas no os asegura tanto,
Que vence un presente gusto
Mil nobles antepasados.
De Carlos el Rey es hija,
Mas es muger, y ha mas años
La mudanza en las mugeres,
Que no la nobleza en Carlos.
Si enferma en la voluntad
Morirán respetos altos,
Que no basta sangre buena
Si el corazon no está sano.
Galanes moros la sirven,
Y aunque moros, recelaldos,

(1) *Autor dramático de los mas famosos de principios del siglo XVII, de quien no nos queda otra comedia que la de* La Guarda cuidadosa.
(2) *Verso que cita Maese Pedro cuando estaba enseñando su retablo.* Quijote, part. II. cap. 9.

Que sin duda querrá un moro
La que olvidare un cristiano.
Diferentes son las leyes,
Mas no hay ley en pecho humano
Cuando llega á ser el alma
Idólatra de un cuidado.
Las mugeres son espejo,
Que viendo vuestro retrato,
Si os descuidais y otro llega
Hará con él otro tanto.
Su confuso entendimiento
Es codicioso letrado,
Que hace leyes siempre al gusto
Del que llega á consultallo.
Su memoria es mar revuelto
Que luego que pasa el barco
Si le buscais el camino
No hallareis senda ni rastro.
Su voluntad mesonera,
Que aloja á los mas estraños,
Y olvida al que del umbral
De sacar acaba el paso.
No quiero deciros mas,
Con esto de mi amor salgo,
Mas adviérteos mi lengua
Vuestro amor y mis agravios.

Id. 6.° *del mismo.* (Anónimo).

El cuerpo preso en Sansueña
Y en París cautiva el alma,
Puesta siempre sobre el muro
Porque está sobre él su casa,
Vuelta en ojos Melisendra
Y sus ojos vueltos agua,
Mira de Francia el camino
Y de Sansueña la playa,
Y en ella vió un caballero
Que junto á la cerca pasa.
Hácele señas y viene,
Que viene por quien le llama.
—Si sois cristiano, le dice,
O habeis de pasar á Francia,
Preguntad por Don Gayferos,
Y decid que á cuándo aguarda,
Que harto mejor le estuviera
Jugando acá por mí lanzas,
Que no allá con pasageros
Jugando dados y cañas:
Que si quiere que sea mora,
Que otra cosa no me falta,
Y amándole, no es posible
Vivir un alma cristiana.—
Tanto llora Melisendra
Que las razones no acaba:
Don Gayferos la responde,
Alzándose la celada:
—No es tiempo de desculparme,
Señora, de mi tardanza,
Pues el no tenella agora
No es de mucha importancia.—
Dícele que aguarde un poco,
Y en menos de un poco baja;
A ella en las ancas sube,
Y él en la silla cabalga,
Y á pesar de la morisma
La puso dentro de Francia.

Id. 7.° *del mismo.* (Anónimo).

Cautiva, ausente y zelosa,
De mil sospechas cercada,
Melisendra está en Sansueña
Contemplando en sus desgracias.

El camino la consuela
Que va de Sansueña á Francia,
Pues por él su libertad
Y á Don Gayferos aguarda;
Y como el que aguarda tiene
La vida puesta en balanza,
Con lágrimas y suspiros
Dice viendo que se tarda:
—*¡Cuitado del que aguarda,*
Pues es igual el esperar á brasas!
No cansada de quererte,
Mas de esperarte cansada,
Vivo, ingrato Don Gayferos,
De esperar desesperada.
No me cansa el aguardarte,
Aunque el no verte me cansa,
Que aguardar á quien no viene
Desesperacion se llama.
Si tú libre y en tu tierra
Estás sujeto á mudanzas,
Yo presa, muger y ausente
Mas cerca estoy á las llamas.
¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!
Agravios me tienes hechos,
Si me olvidaste sin causa,
Pues con ella y con agravios
Quien se venga nunca agravia.
¡Cuántos hay que por ausencia,
No siendo ausencia forzada,
Por vengar sus corazones
Se olvidaron de su fama!
Pues yo presa y entre moros,
De mi cristiano olvidada,
Aunque olvide á quien me olvida
No merezco ser culpada.
Si en mi nobleza confias
Has de tener confianza
Que agraviará su nobleza
Una muger agraviada.
¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!
Porque puede en las mugeres
Mas una desconfianza
Que la nobleza, Gayferos,
Cuando tan poco la guardan;
Pues considera, si sirves
En París damas cristianas,
Que, aunque moros, caballeros
En Sansueña me regalan,
Y que soy muger, y vivo
Cautiva y desesperada,
Y aunque soy hija de Carlos,
Soy muger, y aquesto basta.
¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!
Y básteme haber perdido
De libertad la esperanza
Para olvidar por un moro
Quien olvida á una cristiana.
Bien sé yo que es liviandad,
Y de liviandad se pasa,
Pretender contra mi honor
De mis agravios venganza;
Porque donde se atraviesa
Honor y nobleza tanta,
No habrá sinrazon tan grande
Que contra la razon valga.
¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!
Ni aun tampoco Dios permita
Que aunque mas de tí apartada
Se me olvide á mí jamas
De lo que debo á mi alma;
Que aunque muger, soy ilustre,
Y en las tales jamas falta
El valor en tiempo alguno,
Si honra al valor acompaña:
Y si ha faltado en alguna,
Puede ser porque no alcanza

El ser natural, que es justo
Si hacen injusta mudanza.
¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!
Mas tambien parece mal
Que esté en Sansueña encerrada,
Y que se esté Don Gayferos
En París jugando cañas,
Él libre, y ella cautiva,
Él querido, ella olvidada,
Ella llorando su ausencia,
Él en juegos y entre damas:
Mira pues que soy tu esposa,
Cuando no hubiera otra causa
Te obligaba el ser muger,
Y ser natural de Francia.—
Proseguir quiso y no pudo
Su razon, que por ser tanta
El grave dolor la incita
A llorar así sus ansias:
¡Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas!

Id. 8.º *del mismo.* (Anónimo).

Mil zelosas fantasías,
Que del esperar se engendran,
A Melisendra combaten
En la torre de Sansueña.
Mira el camino de Francia
Que la enoja y la consuela,
Porque en él ve sus agravios
Y de él su remedio espera.
Viendo que sus esperanzas,
Como fingidas, por fuerza
Se las lleva el presto viento,
Tambien sus quejas le entrega,
Diciendo: —Siendo, Gayferos,
No fingida la nobleza,
¿Cómo niega obligaciones,
Y cómo olvida promesas?
¿Cómo podré yo creer
Que me ha querido de veras
Quien en ausencia tan larga
Tiene tan larga paciencia?
Siendo vivo, es imposible
Si me quiere, se detenga,
Porque no hay inconveniente
Que voluntad no le venza.
Si acaso nueva memoria
Hace que la mia pierda,
En balde espero la paga
De mi fé y de tantas deudas,
Que un ingrato corazon
Mucho mas recibe y precia
Desden del que está presente,
Que del ausente firmeza.
¡Cuántas y cuántas se han visto
Hacer de mudables muestra
Por muestra de sus razones
Mas que por ser lisonjeras!
Y si agraviadas se mudan,
Harto desculpadas quedan,
Que el que ofende es quien agravia,
Y no agravia quien se venga.
Si se muestra descuidado
Por averiguar mis veras,
Hacer pruebas ofendiendo
Es peligrosa esperiencia.
¡Dichoso el que mira el bien
Sin estos lejos de ausencia,
Que hacen menores los gustos
Y mayores las ofensas!
A mil imaginaciones
Hago grande resistencia,
Con ver que es mejor quejarme

Que dar ocasion á quejas.—
Pasára mas adelante,
Pero con la mucha pena
Las lágrimas fueron tantas,
Que entorpecieron la lengua.

Id. 1.° *de la historia de Durandarte, Belerma y Montesinos.* (Anónimo). (1)

Durandarte, Durandarte,
Buen caballero probado,
Yo te ruego que hablemos
En aquel tiempo pasado,
Y dime si se te acuerda
Cuando fuiste enamorado,
Cuando en galas é invenciones
Publicabas tu cuidado,
Cuando venciste á los moros
En campo por mí aplazado:
Agora, desconocido,
Dí, ¿por qué me has olvidado?
—Palabras son lisonjeras,
Señora, de vuestro grado,
Que si yo mudanza hice
Vos lo habeis todo causado,
Pues amásteis á Gayferos
Cuando yo fuí desterrado;
Que si amor quereis conmigo
Tenéislo muy mal pensado,
Que por no sufrir ultraje
Moriré desesperado.

Id. 2.° *de los mismos.* (Anónimo).

Por la parte donde vido
Mas sangrienta la batalla,
Se metia Montesinos
Lleno de angustia y de saña.
Cuantos con la lanza encuentra
A tierra los derribaba,
La yegua tambien ayuda,
Que á muchos atropellaba.
Lugar le hacen como á toro
Por do quiera que pasaba:
Echó el ojo Montesinos,
Por todo el campo miraba,
Y vió un moro esforzado
Que mucho se aventajaba.
Un alfange trae el moro
Teñido en sangre de Francia:
Este es aquel Albenzayde
Que entre todos tiene fama,
Caballero en una yegua
Hermosa, rucia y manchada.
Como le vió Montesinos,
Encendido en ira y saña
Dió de espuelas á la yegua
Y en los pechos le encontrara,
Y fue tan recio el encuentro
Que á tierra lo derribaba.
Del golpe que dió en el suelo
Hizo pedazos la lanza,
No le quedó á Montesinos
Sino un pedazo de asta:
Como se vió de tal suerte
Por todo el campo miraba,

(1) *Trova del de* Afuera, afuera, Rodrigo.

Vió la batalla rompida,
Sus gentes desbaratadas,
Y la flor de lis de oro
Que los moros la arrastraban.
No vé golpe de Oliveros,
Ni oye ya al señor de Braña.
Cubierto de sangre y polvo
Se salió de la batalla
En busca de Durandarte
Que de lejos divisaba,
Que con heridas de muerte
De la batalla escapaba.

Id. 3.° *de los mismos.* (Anónimo).

¡Oh Belerma! ¡oh Belerma!
Por mi mal fuiste engendrada,
Que siete años te serví
Sin de tí alcanzar nada.
Agora que me querias
Muero yo en esta batalla:
No me pesa de mi muerte
Aunque temprano me llama,
Mas pésame que de verte
Y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos! (1)
Lo que agora yo os rogaba,
Que cuando yo fuere muerto
Y mi ánima arrancada,
Vos lleveis mi corazon
Adonde Belerma estaba,
Y servidla de mi parte
Como de vos yo esperaba,
Y traedle mi memoria
Dos veces cada semana,
Y diréisle que se acuerde
Cuán cara que me costaba,
Y dadle todas mis tierras
Las que yo señoreaba;
Pues que yo á ella pierdo,
Todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
Mal me aqueja esta lanzada,
El brazo traigo cansado
Y la mano del espada:
Traigo grandes las heridas,
Mucha sangre derramada,
Los estremos tengo frios,
Y el corazon me desmaya,
Que ojos que nos vieron ir
Nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
Que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
La lengua tengo turbada;
A vos doy todos mis cargos,
En vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creeis
Él oiga vuestra palabra.—
Muerto yace Durandarte
Al pie de una alta montaña,
Llorábalo Montesinos
Que á su muerte se hallara:
Quitándole está el almete,
Desciñéndole el espada,
Hácele la sepultura
Con una pequeña daga.
Sacábale el corazon,
Como él se lo jurara,

(1) *Con variantes se ponen algunos versos de estos en la* part. II. ca 23 del Quijote.

Para llevarlo á Belerma,
Como allí se lo mandara.
Las palabras que le dice
De allá le salen del alma:
—¡Oh mi primo Durandarte!
¡Primo mio de mi alma!
¡Espada nunca vencida!
¡Esfuerzo do esfuerzo estaba!
Quien á vos mató, mi primo,
No sé por qué me dejara.

Id. 4.° de los mismos. (Anónimo).

Por el rastro de la sangre
Que Durandarte dejaba
Caminaba Montesinos
Por una áspera montaña:
A la hora que camina,
Aún no era bien de mañana,
Las campanas de París
Tocan la señal del alba.
Como viene de la guerra
Trae las armas destrozadas,
Solo en la mano derecha
Trae un pedazo de lanza
De hácia la parte del cuento,
Que el hierro allá lo dejaba
En el cuerpo de Albenzayde
Un moro de muy gran fama.
Trae aquella el francés
Porque le sirva de vara
Para hacer andar la yegua,
Que la llevaba cansada:
Mirando iba la yerba
Como estaba ensangrentada;
Saltos le da el corazon
Y sospechas le da el alma
Pensando si sería alguno
De los amigos de Francia.
Confuso en esta sospecha
Hácia un haya caminaba,
Vió un caballero tendido
Que parece que le llama;
Dale voces que se llegue
Que el alma se le arrancaba.
No le conoce el francés
Por mucho que lo miraba,
Porque le turban la vista
Las cintas de la celada.
Apeóse de la yegua
Y desarmóle la cara,
Conoció al primo que quiso
Con la vida mas que al alma.
Fuéle á hacer compañía
En las últimas palabras:
El herido habla al sano,
Y el sano al herido abraza;
Y por no hablarle llorando
Detiene un poco la habla.
Viéndole junto de sí
Desta manera le habla:
—¡Oh mi primo Montesinos!
Mal nos fue en esta batalla,
Pues murió en ella Roldan
El marido de Doña Alda,
Cautivaron á Guarinos
Capitan de nuestra escuadra,
Heridas tengo de muerte
Que el corazon me traspasan.
Lo que os encomiendo, primo,
Lo postrero que os rogaba,
Que cuando yo sea muerto
Y mi cuerpo esté sin alma,
Me saqueis el corazon
Con esta pequeña daga,
Y lo lleveis á Belerma,
La mi linda enamorada,

Y le direis de mi parte
Que muero en esta batalla,
Que quien muerto se le envia
Vivo no se lo negara.
Daréisle todas mis tierras
Cuantas yo señoreaba,
Que los bienes del cautivo
El señor los heredaba.—
Estas palabras diciendo
El alma se le arrancaba.

Id. 5.º *de los mismos.* (Anónimo).

Muerto yace Durandarte
Debajo una verde haya,
Con él está Montesinos,
Que en la su muerte se halla.
Haciéndole está la fosa
Con una pequeña daga,
Quitándole está el almete,
Desciñéndole la espada;
Por el costado siniestro
El corazon le sacara.
Así hablara con él
Como cuando vivo estaba:
—¡Corazon del mas valiente
Que en Francia ceñia espada!
Ahora sereis llevado
Adonde Belerma estaba.—
Envolvióle en un cendal,
Y consigo lo llevaba.
Entierra primero al primo,
Con gran llanto lamentaba
La su tan temprana muerte
Y su suerte desdichada.
Torna á subir en la yegua
Su cara en agua bañada,
Pónese luego el almete
Y muy recio le enlazaba.
No quiere ser conocido
Hasta hacer su embajada,
Y presentarle á Belerma,
Segun que se le encargara,
El sangriento corazon
Que á Durandarte sacara.
Camina triste y penoso,
Ninguna cosa le agrada,
Por do quiere andar la yegua
Por allí deja que vaya;
Hasta que entró por París
No sabe en qué parte estaba.
Derecho va á los palacios
Adonde Belerma estaba.

Id. 6.º *de los mismos.* (Anónimo).

En Francia estaba Belerma
Alegre y regocijada,
Hablando con sus doncellas
Como otras veces usaba.
Dice y afirma jurando
Entre todas levantada,
Que se juzga ciertamente
La mas bien aventurada
De las damas de su tiempo
Y cualquier edad pasada,
Pues le sirve Durandarte,
Galan muy digno de fama,
Mas gallardo y gentil hombre
Que cuantos ciñen espada.
Mas temiendo no la arguyan
Que habla de apasionada,
Dice con rostro sereno
Y con la voz fatigada:

—Nadie entienda q'esto digo
Por estar enamorada,
Que cierto que no le viendo,
En viéndole lo juzgara:
Nunca aviso y gentileza
Tuvieron una posada
Como aqueste que la tiene
En lo mejor de mi alma.—
Y diciendo estas razones
Cayó en tierra desmayada,
Mas volviendo en sí Belerma
Desta manera hablaba:
—¿Qué es aquesto, amigas mias?
Algun mal se me acercaba,
Que nunca mi corazon
Aquestas muestras me daba,
Sin que luego ciertamente
Me acuda alguna desgracia.—
Volvió sus ojos Belerma,
Que mil perlas destilaban,
Vió venir á Montesinos
De la infelice batalla.
Con el rostro mustio y triste,
La color desemejada,
Trae escrito en su semblante
La nueva que reportaba:
Llegó donde está Belerma,
De rodillas se postraba,
Quiere hablar y no acierta,
Y cuando acierta no osaba.
Mas al fin con poco aliento
Dice con la voz turbada:
—Nuevas te traigo, señora,
Que son de grande desgracia.
—Primero que me las digas
(La dama le replicaba)
¿Qué es de tu querido primo?
¿Dónde está? ¿cómo quedaba?
—Muerto queda, mi señora,
Debajo una verde haya:
Veis aquí su corazon,
Yo mismo se lo sacara,
Porque al punto de la muerte
La palabra me tomara,
Porque vieses tú, señora,
Cuánto dél eras tú amada,
Y porque aves ningunas
Indignas de tal vianda
No comiesen corazon
Donde estabas tú fijada,
Al cual podrás hacer honra
Que él en vida deseaba.

Id. 7.º de los mismos. (Anónimo).

Sobre el corazon difunto
Belerma estaba llorando
Lágrimas de roja sangre,
Que las de agua hicieron cabo.
El cabello de oro fino
De mesarle enherizado,
Las manos hechas un ñudo,
El cuerpo todo templado.
Cuando vió aquel corazon,
Estando en él contemplando,
De nuevas gotas de sangre
Estaba todo bañado.
—¡Corazon de mi señor
Durandarte, muy preciado,
En los amores dichoso
Y en batallas desdichado!
Quien os trajo ante mis ojos
Tanta crueldad usando,
No debia de saberlo.
¡Corazon que estás clavado
Con aqueste triste mio,
Yo te pagaré llorando!—
Así se quedó Belerma,
Vencida de un gran desmayo.

Id. 1.° *de la batalla de Roncesvalles.* (Anónimo).

Un gallardo paladin,
Aunque invencible, vencido,
De Francia quinto Delfin,
Cercano al último fin
Dice, hallándose rendido:
—Cuando allá en Francia nos vimos
Haciendo del mundo ultraje,
Muchas promesas hicimos,
Y entre otras cuando partimos
Hicimos pleito homenage
De abatir el estandarte
De Bernardo el castellano,
Y asolar por toda parte
Cuanto alcanzase la mano,
Sin perdonar ni aun á Marte.
Y porque memoria fuese
Para los que den ultraje,
Hicimos pleito homenage
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase;
Pero por traicion guiados
No fuimos apercibidos,
Antes súbito asaltados
Por leones desatados,
Con quien batalla tuvimos.
Fortuna favorecióles
Hasta el fin y postrer trance,
Y en todo victoria dióles;
Mas como los españoles
Prosiguieron el alcance,
No pudimos resistir
Al ímpetu de Bernardo,
Porque en matar y herir
Y franceses destruir
No se nos mostraba tardo.
Él con faz serena y leda,
Y nos con pena y afane,
Dijo: —España, cierra, cierra,
Y así con la polvareda
Perdimos á Don Beltrane.

Id. 2.° *de la misma.* (Anónimo). (1)

En los campos de Alventosa
Mataron á Don Beltran,
Nunca lo echaron menos
Hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes
Quién lo volverá á buscar,
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre,
Las tres fueron por malicia,
Y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,
Y vuélveselo á buscar,
De noche por el camino,
De dia por el jaral;
Por la matanza va el viejo,
Por la matanza adelante,
Los brazos lleva cansados
De los muertos rodear:
No hallaba al que buscaba,
Ni menos la su señal.

---

(1) *Es al mismo asunto del que dice* Cuando de Francia partimos, *del Romancero general.*

Vido todos los franceses
Y no vido á Don Beltran:
Maldiciendo iba el vino (1),
Maldiciendo iba el pan
(El que comian los moros,
Que no el de la cristiandad),
Maldiciendo iba el arbol
Que solo en el campo nasce,
Que todas las aves del cielo
Allí se vienen á asentar,
Que de rama ni de hoja
No lo dejaban gozar:
Maldiciendo iba el caballero
Que cabalgaba sin page,
Si se le cae la lanza
No tiene quien se la alce,
Y si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce;
Maldiciendo iba la muger
Que tan solo un hijo pare,
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengar.
A la entrada de un puerto,
Saliendo de un arenal,
Vido en esto estar un moro
Que velaba en un adarve;
Hablóle en algarabía,
Como aquel que bien la sabe:
—Por Dios te ruego, el moro,
Me digas una verdad,
Caballero de armas blancas
Si lo viste acá pasar,
Y si tú lo tienes preso
A oro lo pesarán,
Y si tú lo tienes muerto
Désmelo para enterrar,
Pues que el cuerpo sin el alma
Solo un dinero no vale.
—Ese caballero, amigo,
Dime tú qué señas trae.
—Blancas armas son las suyas
Y el caballo es alazan,
En el carrillo derecho
Él tenia una señal,
Que siendo niño pequeño
Se la hizo un gavilan.
—Este caballero, amigo,
Muerto está en aquel pradal,
Las piernas tiene en el agua,
Y el cuerpo en el arenal,
Siete lanzadas tenia
Desde el hombro al calcañal,
Y otras tantas su caballo
Desde la cincha al pretal.
No le des culpa al caballo
Que no se la puedes dar,
Siete veces lo sacó
Sin herida y sin señal,
Y otras tantas lo volvió
Con gana de pelear.

Id. 3.º *de la misma.* (Anónimo).

Cuando de Francia partimos
Hicimos pleito homenage
Que el que en la guerra muriese
Dentro en Francia se enterrase.
Y como los españoles
Prosiguieron el alcance,

---

(1) *Desde aquí hasta* No tiene quien lo vengar, *es un trozo copiado en el que dice* Asentado está Gayferos.

Con la mucha polvareda
Perdimos á Don Beltrane:
Siete veces echan suertes
Sobre quién irá á buscalle,
Todas siete le cupieron
Al buen viejo de su padre.
Las tres le caben por suerte,
Las cùatro por gran maldade;
Mas aunque no le cupieran
Él no se podia quedare.
Vuelve riendas al caballo
Sin que nadie le acompañe,
Y con el dolor que lleva
Les dice razones tales:
—Volved á Francia, franceses,
Los que amais la vida infame,
Que yo por solo mi hijo
Fuí con vosotros, cobardes.
No me lleva el juramento
Ni las suertes que falsastes,
Que el amor y la venganza
Bastaban para llevarme;
Y pues él por el honor
No se acordó de su padre,
Yo quiero acordarme dél
Y volver á Roncesvalles;
Y si con vosotros pueden
Juramentos y homenages,
No penseis que con mi muerte
Del peligro os escapastes,
Echá desde luego suertes
Sobre quién irá á buscarme;
Que yo no voy por el muerto,
Sino á morir ó vengalle.

Id. 4.º *de la misma.* (Anónimo).

Por muchas partes herido
Sale el viejo Carlo Magno,
Huyendo de los de España
Porque le han desbaratado:
Los once deja perdidos,
Solo Roldan ha escapado,
Que nunca ningun guerrero
Llegó á su esfuerzo sobrado,
Y no podia ser herido
Ni su sangre derramado.
Al pie estaba de una cruz
Por el suelo arrodillado:
Los ojos vueltos al cielo,
Desta manera ha hablado:
—Animoso corazon,
¿Cómo te has acobardado
En salir de Roncesvalles
Sin ser muerto ó bien vengado?
¡Ay amigos y señores!
¡Cómo os estareis quejando
Que os acompañé en la vida
Y en la muerte os he dejado!—
Estando en esta congoja
Vió venir á Carlo Magno
Triste, solo y sin corona,
Con el rostro ensangrentado;
Desque así lo hubo visto
Cayó muerto el desdichado.

Id. 5.º *de la misma.* (Anónimo).

En París está Doña Alda
La esposa de Don Roldan,
Trescientas damas con ella
Para la acompañar:
Todas visten un vestido,
Todas calzan un calzar,

Todas comen á una mesa,
Todas comian de un pan,
Sino era sola Doña Alda,
Que era la mayoral:
Las ciento hilaban oro,
Las ciento tegen cendal,
Las ciento instrumentos tañen
Para Doña Alda holgar.
Al son de los instrumentos
Doña Alda adormido se ha,
Ensoñado habia un sueño,
Un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
Y con un pavor muy grande,
Los gritos daba tan grandes,
Que se oian en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
Bien oireis lo que dirán:
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,
Que me ha dado gran pesar,
Que me veía en un monte
En un desierto lugar:
Bajo los montes muy altos
Un azor vide volar,
Tras dél viene una aguililla
Que lo afincaba muy mal.
El azor con grande cuita
Metióse so mi brial,
El aguililla con grande ira
De allí lo iba á sacar,
Con las uñas lo despluma,
Con el pico lo deshace.—
Allí habló su camarera,
Bien oireis lo que dirá:
—Aquese sueño, señora,
Bien os lo entiendo soltar:
El azor es vuestro esposo
Que viene de allende el mar,
El águila sedes vos,
Con la cual ha de casar,
Y aquel monte es la iglesia
Donde os han de velar.
—Si así es, mi camarera,
Bien te lo entiendo pagar.—
Otro dia de mañana
Cartas de fuera le traen,
Tintas venian de dentro,
De fuera escritas con sangre,
Que su Roldan era muerto
En la caza de Roncesvalles.

Id. 6.° *del mismo.* (Anónimo). (1)

Mala la vísteis, franceses, (2)
La caza de Roncesvalles,
Don Carlos perdió la honra,
Murieron los doce Pares,
Cativaron á Guarinos
Almirante de las mares,
Los siete Reyes de moros
Fueron en su cativare.

---

(1) *Entre los de Bernardo del Carpio, que siguen á estos romances, hay tambien algunos que tratan de esta batalla y de la muerte de Roldan con los doce Pares.*

(2) Mala la hubísteis, franceses,
En esa de Roncesvalles.
Así pone estos dos versos Cervantes en la part. II. cap. 9 del Quijote. *Sin duda se modernizó así la leccion del romance antiguo.*

Siete veces echan suertes
Cuál dellos lo ha de llevare,
Todas siete le cupieron
A Marlotes el Infante:
Mas lo preciaba Marlotes
Que Arabia con su ciudade.
Dícele desta manera,
Y empezóle de hablare:
—Por Alá te ruego, Guarinos,
Moro te quieras tornar,
De los bienes deste mundo
Yo te quiero dar asaz;
Las dos hijas que yo tengo
Ambas te las quiero dar,
La una para el vestir,
Para vestir y calzare,
La otra para tu muger,
Tu muger la naturale.
Darte he en arras y dote
Arabia con sus ciudades;
Si mas quisieres, Guarinos,
Mucho mas te quiero dare.—
Allí hablara Guarinos,
Bien oireis lo que dirá:
—No lo mande Dios del cielo
Ni Santa María su madre
Que deje la fé de Cristo
Por la de Mahoma tomar,
Que esposica tengo en Francia,
Con ella entiendo casar.—
Marlotes con gran enojo
En cárceles lo manda echar
Con esposas á las manos
Porque pierda el pelear,
El agua hasta la cintura
Porque pierda el cabalgar,
Siete quintales de fierro
Desde el hombro al calcañal.
En tres fiestas que hay en el año
Le mandaba justiciar,
La una Pascua de mayo,
La otra por Navidad,
La otra Pascua de flores,
Esa fiesta general.
Vanse dias, vienen dias,
Venido era el de San Juan,
Donde cristianos y moros
Hacen gran solemnidad.
Los cristianos echan juncia
Y los moros arrayan,
Los judíos echan encas
Por la fiesta mas honrar.
Marlotes con alegría
Un tablado mandó armar
Ni mas chico ni mas grande
Que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría
Empiézanle de tirar,
Tira el uno, tira el otro,
No llegan á la mitad:
Marlotes muy enojado
Un pregon mandara dar,
Que los chicos no mamasen
Ni los grandes coman pan
Hasta que aquel tablado
En tierra haya de estar.
Oyó el estruendo Guarinos
En las cárceles do está:
—¡Oh válasme Dios del cielo
Y Santa María su madre!
O casan hija del Rey,
O la quieren desposar,
O era venido el dia
Que me suelen justiciar.—
Oídolo ha el carcelero
Que cerca se fue á hallar:
—No casan hija de Rey,
Ni la quieren desposar,
Ni es venida la pascua
Que te suelen azotar,

Mas era venido un dia,
El cual llaman de San Juan,
Cuando los que estan contentos
Con placer comen su pan.
Marlotes de gran placer
Un tablado mandó armar,
El altura que tenia
Al cielo quiere llegar;
Hanle tirado los moros,
No le pueden derribar,
Y Marlotes de enojado
Un pregon mandara dar,
Que ninguno no comiese
Hasta habello derribar.—
Allí respondió Guarinos,
Bien oireis qué fue á hablar:
—Si vos me dais mi caballo
En que solia cabalgar,
Y me diésedes mis armas
Las que yo solia armar,
Aquellos tablados altos
Yo los pienso derribar,
Y si no los derribase
Que me mandasen matar.—
El carcelero q'esto oyera
Comenzóle de hablar:
—Siete años habia, siete
Que estás en este lugar,
Que no siento hombre del mundo
Que un año pudiese estar,
Y aun dices que tienes fuerzas
Para el tablado derribar;
Mas espera tú, Guarinos,
Que yo lo ire á contar
A Marlotes el Infante
Por ver lo que me dirá.—
Ya se parte el carcelero,
Ya se parte, ya se va:
Siendo cerca del tablado
A Marlotes fue hablar:
—Unas nuevas os traia,
Queráismelas escuchar;
Sabed que aquel prisionero
Aquesto dicho me ha,
Si le diesen su caballo
En que solia cabalgar,
Y le diesen las sus armas
Que él se solia armar,
Que aquestos tablados altos
El los entiende derribar.—
Marlotes de q'esto oyera
De allí lo mandó sacar;
Por mirar si en caballo
Él podria cabalgar,
Mandó buscar su caballo,
Y mandáraselo dar,
Que siete años son pasados
Que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
Que bien mohosas estan.
Marlotes desque lo vido
Con reir y con burlar
Dice que vaya al tablado
Y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia
Un encuentro le fue á dar,
Que mas de la mitad dél
En el suelo fue á echar.
Los moros de q'esto vieron
Todos le quieren matar,
Guarinos como esforzado
Comenzó de pelear
Con los moros que eran tantos,
Que el sol querian quitar.
Peleara de tal suerte
Que él se hubo de soltar,
Y se fuera á la su tierra
A Francia la natural:
Grandes honras le hicieron
Cuando le vieron llegar.

ROMANCES

DE BERNARDO DEL CARPIO.

1.º (Anónimo).

En los reinos de Leon
El Casto Alfonso reinaba,
Hermosa hermana tenia,
Doña Jimena se llama.
Enamorárase de ella
Ese Conde de Saldaña,
Mas no vivia engañado,
Porque la Infanta lo amaba.
Muchas veces fueron juntos,
Que nadie lo sospechaba,
De las veces que se vieron
La Infanta quedó preñada.
La Infanta parió á Bernardo,
Y luego monja se entraba;
Mandó el Rey prender al Conde
Y ponerle muy gran guarda.

Id. 2.º *por Lorenzo de Sepúlveda.*

El Conde Don Sancho Diaz
De Saldaña era llamado,
Casó con Doña Jimena,
Hermana de Alfonso el Casto:
Y no lo sabiendo el Rey
Ambos se habian desposado,
Y de su ayuntamiento
Nació Bernardo del Carpio.
Mucho pesó al Rey Alfonso,
Por el Conde habia enviado
A Saldaña donde estaba,
Para dél se hacer vengado.
El Conde vino á Leon
Do está el Rey aposentado,
Venido que fue á Leon
De venir le habia pesado,
Porque no saliera el Rey
A recibirlo y honrarlo.
A mala señal lo tuvo,
De sí se habia querellado
En no traer de su gente,
Aunque el Rey lo habia vedado.
Cuando el Rey supo q'el Conde
A Leon habia llegado,
Mandó á sus caballeros
Que lo prendan en entrando.
Venido que fuera el Conde
A besar al Rey la mano,
Luego fuera el Conde preso,
Al Rey habia preguntado:
—Señor, ¿en qué os ofendí?
¿Por qué soy tan mal tratado?
—Asaz hecistes, el Conde,
Que bien sé lo que ha pasado

Entre Jimena mi hermana
Y vos, Conde, mal mirado;
Pero yo os prometo y juro
Que vos sereis castigado,
Que en toda la vuestra vida
De prision no sereis librado.
Morireis dentro de ella
En Luna aherrojado.
—Mi señor, sois vos el Rey,
Respondió el Conde llorando,
Hareis vos vuestro querer
Contra mí vuestro vasallo.
Por merced, señor, os pido
Que tomedes á Bernardo,
Que se cria en las Asturias,
Q'es hijo de vuestro hermano.
De mi pecado no ha culpa,
Que yo soy el que he errado.

Id. 3.º (Anónimo).

Contándole estaba un dia
Al valeroso Bernardo
Elvira Sanchez su aya,
Que de niño le ha criado:
—Sabredes, fijo, sabredes
Por lo que habeis preguntado,
Que non sois bastardo, non,
Como dijo Alfonso el Casto.—
Bernardo replica: —Pues
Algun padre me ha engendrado.
—Padre fidalgo habeis, fijo,
Fidalgo, que non villano.
El Conde Don Sancho Diaz,
Que en Saldaña es su condado,
Os hobo en Doña Jimena,
En casa del Rey estando;
Y como su hermana era,
Por vengarse del agravio
En el castillo de Luna
Puso al Conde aprisionado,
Y á vuestra madre tambien
Reclusa y á buen recaudo,
Porque aunque público, non
Fue el matrimonio aclarado.
Casáronse los dos solos,
Por lo que non sois bastardo,
Y para mas se vengar
Y faceros mayor daño
Da sus reinos al francés,
Faciéndoos desheredado;
Por lo cual parece mal,
Fijo, al mundo que tu brazo
Consienta que esté el buen Conde
Afligido, preso y cano.
—La culpa teneis vos, madre,
En habérmelo callado,
Pues si lo hobiera sabido
Ya le hobiera libertado.
—Si todo este largo tiempo
Que conmigo habeis estado
Hemos callado el secreto
Fue por temor del tirano.
Fincad en esto, vos digo,
Y notad que abaldonado
Estais del vulgo parlero,
Que ha entendido y sabe el caso.—
Bernardo le dice: —Basta,
Mi madre, ya lo fablado
Para servir de acicate
Al fijo del padre honrado.—
Al cielo vuelve los ojos,
Y en mil lágrimas bañando
Su hermosa afrentada faz,
Dice mordiendo los labios:
—No se honren mis amigos
De me llevar á su lado,

Y quede entre fieros moros
Preso, muerto ó mal llagado,
Y arrástreme mi troton
Fasta me facer pedazos,
Y cuando esté en mas aprieto
Se me canse el diestro brazo,
Que si por bien no me da
Alfonso á mi padre amado,
Que le tengo de seguir
Como á cruel y tirano.

Id. 4.º (Anónimo).

Bañando está las prisiones
Con lágrimas que derrama
El Conde Don Sancho Diaz,
Ese señor de Saldaña.
Y entre el llanto y soledad
Desta suerte se quejaba
De Don Bernardo su hijo,
Del Rey Alfonso y su hermana:
—Los años de mi prision
Tan aborrecida y larga,
Por momentos me lo dicen
Aquestas mis tristes canas.
Cuando entré en este castillo
Apenas entré con barbas,
Y agora por mis pecados
La veo crecida y blanca.
¿Qué descuido es este, hijo?
¿Cómo á voces no te llama
La sangre que tienes mia
A socorrer donde falta?
Sin duda que te detiene
La que de tu madre alcanzas,
Que por ser de la del Rey
Juzgarás mal de mi causa.
Todos tres sois mis contrarios,
Que á un desdichado no basta
Que sus contrarios lo sean,
Sino sus propias entrañas.
Todos los que aquí me tienen
Me cuentan de tus hazañas,
Si para tu padre no,
Dime ¿para quién las guardas?
Aquí estoy en estos hierros,
Y pues dellos no me sacas,
Mal padre debo de ser,
O tú mal hijo me faltas.
Perdóname si te ofendo,
Que descanso en las palabras,
Que yo como viejo lloro,
Y tú como ausente callas.

Id. 5.º (Anónimo).

En corte del Casto Alfonso
Bernardo á placer vivia,
Sin saber de la prision
En que su padre yacia.
A muchos pesaba della,
Mas nadie se lo decia,
Ca non osaba ninguno,
Que el Rey se lo defendia;
Y sobre todos pesaba
A dos deudos que tenia,
Uno era Vasco Melendez,
A quien la prision dolia,
Y el otro Suero Velazquez,
Que en el alma lo sentia.
Para descubrir el caso
En su puridad metian
A dos dueñas hijas-dalgo,
Que eran de muy gran valía,

Una era Urraca Sanchez,
La otra dicen María,
Melendez era el renombre
Que sobre nombre tenia.
Con estas dueñas hablaron
En gran puridad un dia,
Diciendo: —Nos os rogamos,
Señoras, por cortesía,
Que le digais á Bernaldo
Por cualquier manera ó via
Como yace preso el Conde
Su padre Don Sancho Diaz;
Que trabaje de sacarlo,
Si pudiere, en cualquier guisa,
Que nos al Rey le juramos
Que de nos no lo sabria.—
Las dueñas cuando lo vieron
A Bernaldo lo decian.
Cuando Bernaldo lo supo
Pesóle á gran demasía,
Tanto que dentro en el cuerpo
La sangre se le volvia.
Yendo para su posada
Muy grande llanto hacia;
Vistióse paños de luto,
Y delante el Rey se iba.
El Rey cuando así lo vió
Desta suerte le decia:
—Bernaldo, ¿por aventura
Cobdicias la muerte mia?—
Bernaldo dijo:—Señor,
Vuestra muerte no queria,
Mas duéleme que está preso
Mi padre gran tiempo habia.
Señor, pídoos por merced,
Pues que yo os lo merecia,
Que me lo mandedes dar.—
Empero el Rey con gran ira
Le dijo: —Partíos de mí,
Y no tengais osadía.
De mas esto me decir,
Ca sabed que os pesaria,
Et yo juro y os prometo
Que en cuantos dias yo viva
Que de la prision no veades
Fuera vuestro padre un dia.—
Bernaldo con gran tristeza
Aquesto al Rey respondia:
—Señor, Rey sois, y haredes
A vuestro querer y guisa;
Empero yo ruego á Dios,
Tambien á Santa María,
Que él os meta en corazon
Que lo soltedes aina;
Ca yo nunca dejaré
De serviros todavía.—
Mas el Rey con todo esto
Amábale en demasía,
Y ansi se pagaba dél
Tanto cuanto mas le via,
Por lo cual siempre Bernaldo
Ser hijo del Rey creia.

Id. 6.º (Anónimo).

Con cartas y mensageros
El Rey al Carpio envió,
Bernaldo como es discreto
De traicion se receló;
Las cartas echó en el suelo,
Y al mensagero ansi habló:
—Mensagero eres, amigo (1),
Non mereceis culpa, non,

(1) *Este verso y el que sigue se ponen en la* part. II. cap. 10 del Quijote.

Mas al Rey que acá te envia
Dígasle tú esta razon:
Que no lo estimo yo á él,
Ni aun á cuantos como él son,
Mas por ver lo que me quiere
Todavía allá iré yo.—
Y mandó juntar los suyos,
Desta suerte les habló:
—Cuatrocientos sois los mios,
Los que comedes mi pan,
Los ciento irán al Carpio
Para el Carpio guardar,
Los ciento por los caminos
Que á nadie dejen pasar,
Doscientos ireis conmigo
Para con el Rey hablar,
Y si malo me aviniere,
Lo peor será tornar.—
Por sus jornadas contadas
A la corte fue á llegar.
—Dios os mantenga, buen Rey,
Y á cuantos con vos estan.
—Mal vengades vos, Bernaldo,
Traidor, hijo del mal padre,
Dite yo el Carpio en tenencia,
Tú tómaslo de heredad.
—Engañáisvos vos, el Rey,
Et non decides verdad,
Que si yo fuese traidor
A vos os cabia en parte:
Acordárseos debia
De aquella del Encinal,
Cuando gentes estrangeras
Allí os trataron tan mal,
Que os mataron el caballo
Y aun á vos querian matar.
Bernaldo como traidor
Dentre ellos vos fue á sacar,
Allí me dísteis el Carpio
De juro y de heredad;
Prometísteme á mi padre,
Non me guardaste verdad.
—Prendedlo, mis caballeros,
Que igualado se me ha.
—Aquí, aquí, los mis doscientos,
Los que comedes mi pan,
Que hoy era venido el dia
Que honra habemos de ganar.—
El Rey de que aquesto viera
Desta suerte fue á hablar:
—¿Qué ha sido aquesto, Bernaldo,
Que así enojado te has?
¿Lo que hombre dice de burla
De veras vas á tomar?
Yo te dó el Carpio, Bernaldo,
De juro y de heredad.
—Aquestas burlas, el Rey,
No son burlas de burlar;
Llamástesme de traidor,
Traidor, hijo de mal padre,
El Carpio yo no lo quiero,
Bien lo podeis vos guardar,
Que cuando yo lo quisiere
Muy bien lo sabré ganar.

Id. 7.° de Lorenzo de Sepúlveda.

En Luna está preso el Conde
Muy grandes dias habia,
Bernaldo, que era su hijo,
De su prision no sabia.
Halo defendido el Rey
Que ninguno se lo diga,
Súpolo de dos doncellas,
Y fuera con maestría:

Mucho le pesó á Bernaldo,
El corazon le dolia,
Revolviósele la sangre;
Con mucha malenconía
Fuérase á su posada,
Gran duelo es el que hacia,
Las lágrimas de sus ojos
Muchas van por sus megillas,
Palabras de gran dolor
Son aquestas que decia:
—¡Ay Conde Don Sancho Diaz,
Grande fue vuestra desdicha!
Muy mayor es mi pesar,
Padeceis por causa mia.
Si de prision no vos quito,
¿Para qué quiero la vida?
Morir quiero y no ser vivo
Si no os veo y conocia;
No lo sabia yo, el Conde,
La vuestra prision esquiva,
No os tenia yo por padre,
Agora yo lo sabia;
Mi padre cuidaba yo
El Rey Alfonso sería.—
Con muy crecido dolor
Luto sobre sí cubria,
Fuese para el Casto Alfonso,
De rodillas se ponia:
El Rey que vido á Bernaldo,
Estas palabras decia:
—¿Cobdiciades por ventura,
Bernaldo, la muerte mia?
—Don Sancho Diaz de Saldaña
En vuestra prision yacia,
Siendo mi padre y señor
Que tanto servido habia.
Por merced os pido, Rey,
Me lo deis en este dia,
A mí poned en prision,
Libraldo por causa mia.—
Gran enojo cobró Alfonso
De lo que le respondia;
Díjole: —Partíos, Bernaldo,
De aquesta presencia mia,
No seais jamas osado
De volver á tal porfía;
Yo os juro que no veais
Que vuestro padre se libra
De la prision en que está
En los dias que yo viva.
—Buen Rey, respondió Bernaldo,
Mal pagais quien os servia;
Póngavos Dios corazon
De hacer lo que os pedia,
Que es de sacar á mi padre
De la prision que tenia.
De servir no os dejaré
Mientras que tenga la vida,
Y hasta que esté libertado
Este luto yo traeria.

Id. 8.° (Anónimo).

Estando en paz y sosiego
El buen Rey Alfonso el Casto,
Que de lidiar con los moros
Estaba muy fatigado,
Nuevas le fueron venidas
Que por la tierra le ha entrado
Un alto hombre de Francia,
Que Don Bueso era llamado,
Con gran hueste de franceses,
Que la tierra le han entrado.
El Rey fue luego sobr' él
Con su sobrino Bernaldo,

Su batalla han en Osejo,
Que es un lugar castellano,
Muchas gentes ademas
Murieron de cada cabo.
Y estando unos con otros
Crudamente peleando,
Bernaldo y Don Bueso á dicha
En uno se habian hallado:
Bernaldo mató á Don Bueso
Aunque era muy esforzado.
Los franceses viendo esto
Desampararon el campo:
Pues la batalla vencida
Y el campo todo robado,
Bernaldo suplicó al Rey,
Pues se lo tenia mandado,
Que le soltase á su padre,
Ca despues que fue avisado
De como yacia en prision,
Era siempre acostumbrado
De en cada lid que venciese
Al Rey le haber demandado;
Y el Rey se lo prometia
Siempre que andaba lidiando,
Mas despues no se lo daba
Cuando en paz y sosegado;
Como otras veces hacia
Aquesta se le ha negado.
Bernaldo con gran pesar
No quiso ir mas á palacio,
Antes sin servir al Rey
Gran tiempo estuvo encerrado,
Que á ningun cabo salia
Ni cabalgaba á caballo,
Ni mas de cosa del mundo
Mostraba tener cuidado.
Pena le daba el placer,
De lo triste era pagado,
Ya no curaba de fiestas,
A que él era aficionado,
Todo pesar y tristeza
Le era á él muy gran descanso.
De aquesto pesaba mucho
A todos los hijos-dalgo,
Que bien quisieran que el Rey
Le hubiera á su padre dado,
Pues tantas veces por él
Era de muerte escapado,
Sin perder jamas batalla
Do con él hubiese entrado.

Id. 9.º (Anónimo).

No cesando el Casto Alfonso
De con los moros lidiar,
Una muy gran hueste de ellos
La tierra le van á entrar.
Tantos eran de los moros
Que era cosa de espantar,
Los cuales muy esforzados,
En ser tantos ademas,
Hicieron de sí dos partes
Y fuéronse así á ordenar.
La una fue á Polvoreda,
La otra fue á aquel lugar
Do el Rey Don Alfonso estaba,
El cual sin lo recelar,
Fue muy esforzadamente
Contra ellos sin tardar.
Dos partes de la su gente
El Rey luego hecho ha,
Con la una va Bernaldo,
Con la otra el Rey se va.
Bernaldo va contra aquellos
Que á Polvoreda se van,
Y con ellos fue á hallarse
Donde su batalla han:

Tantos en el Val-de-Moro,
Frontero de Portugal,
Venció Bernaldo, y mató
Tantos dellos ademas,
Que querer hombre decillo
Sería nunca acabar.
El Rey Alfonso otrosi
Con los otros fuera á dar
Cerca del rio de Duero,
Allí fueron á lidiar:
Tan bien se hubo el Rey con ellos,
Tanto se fuera á esforzar,
Que mató doce mil moros,
Y fue tal la mortandad,
Que los pocos que escaparon
Llevaron bien que contar,
Y muy rico y muy honrado
El Rey se fue á tornar
A su ciudad de Oviedo,
Donde fuera á descansar.

Id. 10. (Anónimo).

Al Casto Rey Don Alfonso
Está Bernardo pidiendo
Con muy sentidas palabras
Lo que no basta por ruego.
—En el castillo de Luna
Teneis á mi padre preso,
Solo á vuestros ojos malo,
Aunque á los de todos bueno.
Cansadas son las paredes
De guardar en tanto tiempo
A un hombre que vieron mozo,
Y ya le ven cano y viejo.
Si ya sus culpas merecen
Que sangre sea en descuento,
Harta suya he derramado
Y toda en servicio vuestro:
Acordaos, señor, de cuando
A Carlos distes el reino,
Y vuestra real palabra
Mis fidalgos la cumplieron;
Pues saliendo á la demanda
Como buenos caballeros,
La respuesta que dió Francia
Vino escrita en nuestros pechos.
Cuando las guerras civiles
Que hubistes con los gallegos,
Trugimos nuestras espadas
Manchadas en sangre dellos.
Y cuando con castellanos
Tuvimos tambien reencuentros,
Segun vinieron las almas
Fue mucho venir los cuerpos.
Hijo soy de vuestra hermana,
Mirad, Rey, si os viene á cuento
Darme legítimo padre
Y no natural soltero.
No quiero enojaros, Rey,
Sino decir solo aquesto:
Que mi padre está en prision,
Y yo en la guerra sirviéndoos.

Id. 11. (Anónimo).

Andados treinta y seis años
Del Rey Don Alfonso el Casto,
En la era de ochocientos
Y cincuenta y tres ha entrado
El número de esta cuenta;
Y el Rey ya mas reposado,
Haciendo en Leon sus cortes,
Habiendo á ellas allegado

Los altos hombres del reino,
Y los de mediano estado.
Mientras las cortes se hacen
El Rey hacer ha mandado
Generales alegrías
Con que á la corte ha alegrado,
Corriendo cada dia toros
Y bohordando tablados.
Don Arias y Don Tibalte,
Dos Condes de gran estado,
Eran tristes ademas
Cuando vieron que Bernaldo
No entraba en aquellas fiestas,
De lo cual les ha pesado,
Porque no entrando él en ellas
Les era gran menoscabo,
Y eran menguadas las cortes
No habiendo á ellas andado.
Despues de haberse entre sí
Ambos á dos acordado,
Suplicaron á la Reina
Que le dijese á Bernaldo,
Que por su amor cabalgase
Y que lanzase al tablado.
Holgando la Reina dello,
A Bernaldo lo ha rogado,
Diciéndole: —Yo os prometo
Desque al Rey haya hablado,
Yo le pida á vuestro padre,
Ca no me lo habrá negado.—
Bernaldo cabalgó entonces
Y fue á cumplir su mandado;
Llegando delante el Rey
Con tanta furia ha tirado,
Que forzándose en sus fuerzas
El tablado ha quebrantado.
El Rey de questo fue fecho
Fuese á yantar al palacio.
Don Tibalte y Arias Godos
A la Reina han acordado
Que cumpliese la merced
Que á Bernaldo le ha mandado.
La Reina fue luego al Rey,
La cual así le ha hablado:
—Yo os ruego mucho, señor,
Que me deis, si os tiene en grado,
Al Conde Don Sancho Diaz
Que teneis aprisionado;
Porque este es el primer don
Que yo á vos he demandado.—
El Rey cuando aquesto oyó
Gran pesar hubo tomado,
Y mostrando grande enojo,
Esta respuesta ha dado:
—Reina, yo no lo haré,
No tomeis trabajo en vano,
Ca no quiero quebrantar
La jura que hube jurado.—
La Reina quedó muy triste
Cuando el Rey no se lo ha dado,
Mas Bernaldo en gran manera
Fue desto mal enojado,
Acordando de irse al Rey
A suplicarle de cabo
Le diese á su padre el Conde,
Y si no desafiallo.

Id. 12. (Anónimo).

A los pies arrodillado
Del Casto Rey Don Alfonso,
Pide Bernardo á su padre
Muy humilde y muy quejoso.
—Poderoso Rey, le dice:
Yo te confieso y conozco
Que la ofensa de mi padre
Te ha causado justo enojo;

Pero advierte, Casto Rey,
Que te ofendió siendo mozo,
Y que en la dura prision
Cubren ya canas su rostro.
Ya es tiempo que le perdones,
Pues con ser un yerro solo,
Yo le he lavado con sangre
Y él con agua de sus ojos;
Y si la que tengo suya
No te mueve, Rey Alfonso,
La mitad es de tu hermana
A pesar del mundo todo.
Considera mis servicios,
Señor, que no son tan pocos
Que medidos con la ofensa
No estés menos riguroso.
Tu Real palabra cumple,
Y sino á Dios hago voto
De tomar tanta venganza
Que cause en tu reino asombro.

Id. 13. (Anónimo).

En gran pesar y tristeza
Era el valiente Bernaldo,
Por ver á su padre preso
Y no poder libertallo.
Vestidos paños de luto
Y de sus ojos llorando,
Se lo pidió de merced
Al Rey Don Alfonso el Casto,
El cual dar no se lo quiso,
Mas por respuesta le ha dado:
—Que de decirlo otra vez
No fuese jamas osado,
Ca si lo osase á hacer
Con su padre haria echarlo.—
Bernaldo cuando esto vido
Al Rey así ha hablado:
—Señor, por cuanto os serví
Ya debiérades soltallo,
Bien acordárseos debia,
Si no se os ha olvidado,
De cómo yo os acorrí
Cuando os tenian cercado
Los moros en Benavente,
Andando en la lid lidiando,
En la cual sabeis que os viste
En muy peligroso estado
Con la gente del Rey Ores
Que la tierra os habia entrado;
Y vos digísteme entonces
Que os pidiese yo á mi agrado
Un don cualquiera que fuese
Que de vos me sería dado:
Yo pedíos á mi padre,
Y por vos me fue otorgado.
Otrosi cuando lidiásteis
Con Alzaman el pagano,
Que yacia sobre Zamora
Teniendo cerco asentado,
Bien sabeis lo que allí hice
Para sacaros en salvo;
Desque la lid fue vencida
Vuestra fé me hubiste dado
De darme á mi padre el Conde
Libre, suelto, vivo y sano.
Y tambien cuando os tenian
Cercado en el mismo grado
Los moros cerca del rio
Que d'Orbi era llamado,
Y os daban muy grande priesa
Que fuera escapar milagro,
Y estando en horas de muerte
Llegué yo por aquel cabo,
Y bien sabeis lo que hice,
Y cómo os hube librado.

Agora pues que me veo
Ser de vos tan mal pagado,
Que á mi padre no me dais,
Habiéndomelo mandado,
De vos me quito, y no quiero
Ser ya mas vuestro vasallo.
Y repto á todos aquellos
Cuantos son de vuestro mando,
Para que en cualquier lugar
Que los hubiese hallado,
Si mas pudiere que ellos
Como enemigo tratallos.—
Desto fue el Rey mas sañudo,
Y le dijo así á Bernaldo:
—Bernaldo, pues así es,
Que salgades luego os mando
Desde hoy en nueve dias
De mi tierra y mi reinado.
Procurad no os halle en ella;
Porque cierto, si yo os hallo
Despues que fuere cumplido
El término señalado,
Cierto yo os mandaré echar
Donde vuestro padre ha estado.—
Bernaldo entonces se fue
Para Saldaña enojado,
Y luego Vasco Melendez,
Que en sangre le era llegado,
Y tambien Suero Velazquez,
Que era su deudo cercano,
Y Don Nuño de Leon,
Deudo otrosi de Bernaldo.
Viendo que así se partia
Y que del Rey iba airado,
Despidiéronse del Rey
Y besáronle la mano.
Fuéronse para Saldaña,
Con Bernaldo se han juntado.
Bernaldo comenzó entonces
A hacer gran mal y daño;
Corrió la tierra de Leon,
Hizo en ella gran estrago.
Duraron aquestas guerras,
Que hubo entre el Rey y Bernaldo,
Gran tiempo hasta que fue
Muerto Alfonso aquel Rey Casto.

Id. 14. de Lorenzo de Sepúlveda.

No tiene heredero alguno
Alfonso el Casto llamado,
A Carlo Magno el de Francia
Mensageros le ha enviado
En secreto que viniese
Contra moros á ayudarlo,
Y que le daria á Leon,
Que de Alfonso era reinado.
Carlos que oyera el mensage
Luego se habia aparejado,
Mucha gente trae consigo,
Roldan qu'es muy estimado,
Y otros muchos caballeros
Que los Pares han llamado.
Los ricos-hombres del reino
De Alfonso se han querellado,
Pidiéronle que revoque
La palabra que habia dado;
Si no echarlo han del reino,
Y pondrán otro en su cabo,
Que mas quieren morir libres
Que mal andantes llamados.—
No quieren ser de franceses
Sujetos los castellanos:
El que mas enojo tiene
Era Bernardo del Carpio,

Que era sobrino del Rey,
Caballero aventajado.
Revocó Alfonso la manda,
Aunque no fue de su grado.
A Carlos mucho le pesa,
Del Rey Casto es enojado,
Porque mintió su palabra
Mucho lo ha amenazado
Que le quitará á Leon
Y aun á todo su reinado.
Bernardo está muy sañudo
De lo que Carlos ha hablado.
Apercíbense los Reyes
Con las gentes de su estado,
Halláronse en Roncesvalles,
Do muy recio han batallado,
Mueren allí muchas gentes
Franceses y castellanos.
Venció el Rey Don Alfonso
Por el esfuerzo sobrado
De Bernardo su sobrino,
Que era el mas señalado.
Mató Bernardo por sí
A Roldan el esforzado,
Y á otros muchos Capitanes
De Francia muy estimados.

Id. 15. (Anónimo).

Retirado en su palacio
Está con sus ricos-homes
Alfonso Rey de Castilla
En Leon do está su corte;
Y despues de haber propuesto
Su intento y sus pretensiones
A los de guerra y estado
Que atentos le escuchan y oyen,
En confuso conferir
Se oye un susurro discorde,
Que sala y palacio asorda
La diversidad de voces.
Unos dicen: "libertad
Es bien que Castilla goze,
Que harto tiempo ha sido esclava
Del Profeta falso torpe,
Si no es que nuestras miserias,
Nuestras culpas y errores
Nos tengan ya condenados
A estrangeras sumisiones.
Gobierne el Galo su tierra,
No nos fatigue y enoje,
Y estienda por otra parte
Sus límites y mojones."
Otros dicen: "no es afrenta,
Ni es bien que por tal se tome,
Ampararse un reino de otro
Con honradas condiciones."
En estas dudas estaban,
Cuando en confusos montones
Por el inquieto palacio
Cantidad de gente rompe,
Gritando: "viva Castilla
Y sus temidos leones,
Viva el Casto Rey Alfonso,
Con tal que esta voz no estorbe,
Viva quien la reforzare,
Y sino en nuestros estoques
Ha de dejar hoy la vida
Desde el pechero hasta el noble.
Viva el famoso Bernardo,
Libertador de los hombres,
Que el infame yugo abate
Y estrangeras opresiones."
Bernardo en la delantera
A todos silencio pone,
Eligiendo de los suyos
De los mas á cuento doce.

Entra donde estaba el Rey,
Y dice: —Si el miedo torpe
Hace tan bajos efectos,
Como es bien que el mundo note,
En la sangre ilustre y clara,
Si es bien que sangre se nombre,
De aquellos famosos godos
De quien tembló todo el orbe,
¿Cómo á la parlera fama
Quereis obligar pregone
Vuestros valerosos hechos
Sujetos á otras naciones?
Primero el rigor del cielo
Ardientes rayos arroje
Sobre la afflicta Castilla,
Que nombre de esclavo tome.
Eso no consentiré,
Que aunque el mundo se trastorne,
No ha de ser, ó han de morir
A mis manos sus autores;
Que muchas hay sin las mias
Para este efecto concordes,
Que es dulce la libertad,
Y la esclavitud enorme.—
Con esto dejó la sala
Y del palacio salióse,
Poniendo en orden sus gentes,
Y dando en sus cosas orden.
Visto por el Rey el caso
Manda de nuevo se vote,
De á do salió que Castilla
Su libertad tenga y goce.

Id. 16. (Anónimo).

Con solos diez de los suyos
Ante el Rey Bernardo llega,
Con el sombrero en la mano
Y acatada reverencia:
Los demas hasta trescientos
Hácia palacio enderezan,
De dos en dos divididos
Porque el caso no se entienda.
—Mal venido seais, le dice,
Alevoso, á mi presencia,
Hijo de padres traidores
Y engendrado entre cautelas,
Que con el Carpio os alzaste
Que dado os lo habia en tenencia;
Mas fiad de mi palabra,
Que de vos tomaré enmienda,
Aunque no hay de que admirarse
Si el traidor traidor engendra.
No hay que procurar disculpa,
Pues ninguna teneis buena.—
Bernardo que atento estaba
Respondió con faz siniestra:
—Mal os informaron, Rey,
Y con relacion mal hecha,
Que mi padre fue tan bueno,
Que á la antigua estirpe vuestra
En bondad no debia nada,
Y esto es cosa manifiesta:
Y en decir que fue traidor
Miente quien lo dice ó piensa,
De vuestra persona abajo,
Que como á Rey os reserva:
¡Muy bien mis grandes servicios
Con este nombre se premian!
De los cuales fuera justo
Que noticia se tuviera;
Mas es propio del ingrato,
Su propiedad, Rey, es esta,
Olvidar el beneficio

Por negar la recompensa.
Una os debiera obligar,
Si de otra no se os acuerda,
Cuando en la del Romeral
En la dudosa contienda
Os mataron el caballo,
Quedando en notable afrenta,
Y yo como soy traidor
Os dí el mio con presteza,
Sacándoos como sabeis
De aquella mortal refriega.
Por ello me prometiste
Con razones halagüeñas
De darme á mi padre libre,
Sin lesion y sin ofensa;
Pero mal vuestra palabra
Cumplistes y Real promesa,
Que para ser Rey, por cierto
Teneis muy poca firmeza,
Pues que murió en la prision
Cual sabeis por pasion vuestra;
Mas si yo fuera el que debo,
Si el hijo que debo fuera,
Su muerte hubiera vengado
En cosas que os ofendiera:
Pero yo la vengaré
En algunas donde entienda
Para mas os deservir
Que notable daño os venga.
—Prendelde, prendelde, dice,
Mis caballeros, y muera
El loco desacatado
Que mi deshonra desea.—
Prendelde, gritaba el Rey,
Pero ninguno lo intenta,
Porque vieron que Bernardo
El manto al brazo rodea,
Poniendo mano á la espada,
Diciendo: —Nadie se mueva,
Que soy Bernardo, y mi espada
A ninguno se sujeta,
Y sabeis muy bien que corta,
De que teneis esperiencia.—
Los diez visto el duro trance
A la contienda se aprestan,
Meten mano á los estoques,
Del hombro los mantos sueltan,
Y á los lados de Bernardo
Con feroz saña se aprietan,
Avisando á los demas
Con una acordada seña,
Los cuales del fuerte alcázar
Toman las herradas puertas,
Diciendo: "viva Bernardo,
Y quien le ofendiere muera."
Vista la resolucion
Dijo el Rey con faz serena:
—Lo que de burlas os dije
¿Tomado lo habeis de veras?
—Burlando lo tomo, Rey,
Bernardo le respondiera;
Y de la sala se sale
Haciéndole reverencia.
Con él vuelven los trescientos
Con bella y gallarda muestra,
Y derribando los mantos
Ricas armas manifiestan,
De que el Rey quedó espantado
Y su injuria con enmienda.

Id. 17. (Anónimo).

Desterró el Rey Alfonso
A su sobrino Bernardo
Por poder cumplir la manda
Que habia hecho á Carlo Magno;

Y porque si está en el reino
Pudieran seguir su bando
Aquellos que mas podian
Y mas antiguos hidalgos.
Sale á cumplir su destierro
Solo con un hijo-dalgo,
Y antes del Carpio salir
Le dió una carta á un criado,
Diciendo: —Dásela al Rey,
Y dile que es de Bernardo,
Y que no pienso volver
Hasta que me haya probado
Con aquel fuerte francés
A quien él llamaba Orlando,
Al cual no le ha de valer
Traer el yelmo encantado
Que le quitó al buen Cerbino
Hallándole desarmado,
Y le dió la muerte cruda,
Diciendo le venció en campo.—
Y por no pasar los puertos
Hasta que fuese verano,
Caminó hácia Granada,
Tambien porque han pregonado
Que hay unas reales justas
Donde el premio será dado
Al que mejor lo hiciere,
Sea moro ó sea cristiano,
Y por estar allí Muza
De quien ha sido informado
Que tiene la mejor lanza
Que hay en el pagano bando,
Y el que ha puesto en mas aprieto
A todo el bando cristiano.
Al fin allegó á Granada
Aquel leonés honrado,
Donde vió que iba á la plaza
Muza el fuerte enamorado.
Por las calles donde iba
Va estos papeles echando,
Zelos son los que me matan,
Que amor no estará en su mano
Así entró en la plaza Muza,
Y todos en él mirando,
No hay nadie que lo conozca
Como viene disfrazado.
Bernardo con gran deseo
Por saber deste pagano
Quién es, ó cómo se llama,
Lo preguntó á un su criado.
El moro sin curar dél
Pasó adelante de largo,
Y allegándose á Muza
Le dijo: —Aquel cristiano
Me ha preguntado quién eres,
Y yo le he disimulado.—
A Bernardo llegó Muza,
Y muy pasito hablando,
Le dijo: —¿Quién eres tú
Que por mí vas preguntando?
Dime, si gustas, tu nombre,
Y diréte el mio de grado,
Y si batalla quisieres
Salgamos los dos al campo.—
Bernardo que vió del moro
Aquel pecho tan gallardo,
Le dijo: —Bernardo soy,
Y el que nunca ha rehusado
Batalla con ningun hombre
Que ocasion me hubiese dado.—
Muza le abraza y le dice,
Casi de placer llorando:
—Has de saber que yo soy
El que mas ha procurado
De tenerte por amigo,
Aunque en las leyes contrario
Y pues el cielo lo quiere
Abrázame, amigo caro,
Y de mí quiero te sirvas
Como del menor criado.

Y si desto en algun tiempo
Me hallares en nada falto,
Quiero que el cielo me falte
Y cuanto Dios ha criado. —

Así se volvieron juntos,
Grande amistad profesando,
Para que Bernardo tenga
Lo que le es necesario.

Id. 18. (Anónimo).

Con tres mil y mas leoneses
Deja la ciudad Bernardo,
Que de la perdida Iberia
Fue milagroso restauro;
Aquella cuya muralla
Guarda y dilata en dos campos
El nombre y altas victorias
De aquel famoso Pelayo.
Los labradores arrojan
De las manos los arados,
Las hozes, los azadones,
Los pastores los cayados;
Los jóvenes se alborozan,
Aliéntanse los ancianos,
Los inútiles se animan,
Fíngense fuertes los flacos,
Todos á Bernardo acuden
Libertad apellidando,
Que el infame yugo temen
Con que los amaga el Galo.
"Libres, gritaban, nacimos,
Y á nuestro Rey soberano
Pagamos lo que debemos
Por el divino mandato.
No permita Dios, ni ordene
Que á los decretos de estraños
Obliguemos nuestros hijos,
Gloria de nuestros pasados;
No estan tan flacos los pechos,
Ni tan sin vigor los brazos,
Ni tan sin sangre las venas,
Que consientan tal agravio:
¿El francés ha por ventura
Esta tierra conquistado?
¿Victoria sin sangre quiere?
No, mientras tengamos manos.
Podrá decir de leoneses
Que murieron peleando,
Pero no que se rindieron,
Que son al fin castellanos.
Si á la potencia Romana
Catorce años conquistaron
Los valientes numantinos
Con tan sangrientos estragos,
¿Por qué un reino, y de Leones,
Que en sangre Libia bañaron
Sus encarnizadas uñas,
Escucha medios tan bajos?
Déles el Rey sus haberes,
Mas no les dé sus vasallos,
Que en someter voluntades
No tienen los Reyes mando."
Con esto Bernardo ordena
Sus escuadrones bizarros,
A quien desde una ventana
Mira Don Alfonso el Casto.
Como á su sangre le mira,
Que le es como sangre grato,
Su gallarda compostura
Y valor considerando.
Crece por puntos la gente,
De suerte que forma campo,
Despuéblase la ciudad
Y los pueblos comarcanos.
Marcha á la ciudad augusta,
Cuyos muros baña ufano

El caudal famoso Ebro,
Del mundo tan celebrado,
Do el hijo del Zebedeo
Fundó el edificio raro
Que ciñe el Santo Pilar,
Estribo de nuestro amparo.
Allí Brabonel le aguarda
Con el Sarraceno bando,
Que al Rey Marsilio obedece
Contra el francés declarado.

Id. 19. (Anónimo).

Aguardando que amanezca,
Para conocer la entrada,
Estaba el fuerte Bernardo
En los mojones de Francia
Con trescientos compañeros,
Que es la costumbre que usaba,
Que diz bastan pára mil
Cuando son hijos de España;
Y antes que ponga en efecto
El deseo que llevaba,
A todos juntos les dice
De palabra estas palabras:
—Bien veis, leales amigos,
Los que sois de sangre hidalga,
Que esta empresa á que venimos
Es digna de buenas lanzas;
Si hay alguno entre vosotros
Que entienda allanar su lanza,
Vuélvase de este mojon
Antes que pise la raya,
Porque el que entrare una vez
La suya ha de ser muy cara,
Que cara ha de ser la cosa
Donde la honra se gana.
Bien sabeis que á un español
Le viene de herencia y casta
Hacer espaldas los pechos,
Y no pechos las espaldas;
Y sino guardad las mias,
Que solo aquesto me basta,
Porque mi lanza no teme
Toda Francia cara á cara;
Y aquel que no se atreviere
A mantener su palabra,
Mas vale faltarme aquí,
Que no conozcan sus faltas.—
Todos juntos le responden
Que no tema la batalla,
Que cada cual es Bernardo
Los que á Bernardo acompañan
Cuando ya el sol por las cumbres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazara:
Aperciben sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.

Id. 20. (Anónimo).

Con los mejores de Asturias
Sale de Leon Bernardo,
Puestos á punto de guerra
A impedir á Francia el paso,
Que viene á usurpar el reino
A instancia de Alfonso el Casto,
Como si no hubiera en él
Quien mejor pueda heredallo,

Y á dos leguas de Leon
Se paró en medio de un llano,
Y levantando la voz
Volvió de esta suerte á hablarlos:
—Escuchadme, leoneses,
Los que os preciais de hijos-dalgo,
Y de ninguno se espera
Hacer hecho de villano:
A defender vuestro Rey
Vais como buenos vasallos,
Vuestra tierra y vuestras vidas
Y las de vuestros hermanos.
No consintais que estrangeros
Hoy vengan á sujetaros,
Y mañana vuestros hijos
Sean de Francia un pedazo,
Y vuestras armas antiguas,
El rico blason trocando,
Veais de lises sembradas
En lugar de leones bravos,
Y el reino que ha tanto tiempo
Vuestros abuelos ganaron,
Por solo el temor de un dia
Vengan á mandallo estraños.
Aquel que con tres franceses
No combatiere en el campo,
Quédese, y seamos menos,
Aunque habemos de igualallos;
Que yo y los que me siguieren
Uno seremos á cuatro,
Y cuando mas nos cupieren
Para toda Francia vamos.—
Esto acabando, arremete
Con la furia del caballo,
Diciendo: —Síganme todos
Los que fueren hijos-dalgo.

Id. 21. (Anónimo).

Inhumano Rey Alfonso,
De tus tierras me despido,
Porque no es Rey natural
Rey ingrato á los servicios.
A Francia quiero pasarme,
Donde tienen cierto aviso
Que quien honró tu Leon
Honrará tambien sus lirios.
Ya parece veo á Carlos
Piadoso, aunque mi enemigo,
Porque lo que te amparé
No puedas gozar conmigo.
Menospreciaste mi espada,
Mas cuando en ella ó en pino
Tremolen lunas de plata,
Echarás de ver sus filos.
Saldrá de mí tu Leon
Menos soberbio y altivo,
Las cuatro garras sin uñas,
Y la boca sin colmillos,
No tan altiva la frente,
Menos bravo el cuerpo erizo,
Y la cabeza doliente
Con la fiebre de mi olvido;
Y si, lo que Dios no quiera,
Lidiando entre sarracinos
Te matasen el caballo,
Acuérdate deste mio,
Que un dia en el Romeral
Te libró de un gran peligro,
Y en dar la muerte á mi padre
Pagaste aquel beneficio.
De peon te hice Rey,
Y tú desagradecido,
Como si fueras peon
Cumpliste lo prometido:
Mi noble padre mataste
Sin pensar que su delito

Te dió el cetro y la corona
Con hacerme tu sobrino.
Mas te valió en Roncesvalles
Contra tantos paladinos
El retrato de mi padre,
Que te valieras tú mismo.—
Esto le dijo Bernardo
Al Rey de Leon su tio,
Valiente siempre de manos,
Y esta vez sola de pico.

Id. 22. (Anónimo).

Blasonando está el francés
Contra el egército Hispano,
Por ver que cubre su gente
Sierra, monte, campo y llano.
Dice Roldan que ha de ver
Si es tan valiente Bernardo
Como lo pinta su España,
Por leon feroz y bravo.
Van estampando la arena
Las tropas de los caballos
Con tanto ser y destreza,
Que apenas huellan el campo;
Y contra el gran Bernardo
A son de trompas y cajas
En buen órden van marchando:
Van los doce de la fama
Con el viejo Carlo Magno
Haciendo alarde de reinos
Que en poco tiempo han ganado.
Los estandartes despliegan
De flores de lis bordados,
Diciendo que han de añadir
Un castillo y un leon bravo:
No piensan que hay en la tierra
Quien las iguale en el campo,
Y esperan que en Roncesvalles
Darán fin á sus cuidados.

Id. 23. (Anónimo).

El invencible fracés,
Fuerte senador romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó cristiano,
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafíos
Que al mundo puso en espanto;
Aquel que en Abraca solo
Venció todo un campo armado,
Y nunca siendo vencido
Venció las hadas y el hado,
Cual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera,
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo,
Que lo ha el señor de Brava
Con el que nació en el Carpio:
Porque despues de haber muerto
A Dudon aquel dudado,
Con el Marqués Oliveros,
Y sus hijos negro y blanco,
Viendo por sus manos hecho
De sangre francesa un lago,
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo,
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Carlos;

Hállale en sangre teñido,
Y él viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un francés á un castellano.

Id. 24. de Lorenzo de Sepúlveda.

En Leon y las Asturias
Alfonso el Magno reinaba,
El tercero deste nombre
De los que antes reinaban.
En su corte está Bernaldo,
Por fuerte se señalaba,
Las rodillas en el suelo
Al Magno Rey suplicaba
Que á su buen padre librase
De la prision en que estaba,
Pues que se lo prometió
Y jamas no se lo daba.
No lo quiso el Rey hacer
Lo que Bernaldo demanda,
Bernaldo con gran enojo
Del Rey se desnaturaba,
Las tierras del Rey Alfonso
Todas se las estragaba.
Prendió muchos caballeros,
Al Rey venciera en batalla;
Los grandes de los sus reinos
Al buen Rey le suplicaran
Que dé á Bernaldo su padre,
Don San Diaz de Saldaña;
Porque Bernaldo los prende
Y á muchos dellos mataba,
Las tierras todas les corre,
Dello gran mal se causaba.
El Rey por bien de su reino
Lo que piden aceptaba,
Si Bernaldo le da al Carpio,
Castillo que edificara.
Bernaldo tuvo por bien
De dar lo que le demandan,
El Rey cobrara el castillo,
Por el buen Conde enviara
A Luna castillo fuerte,
Donde el Conde preso estaba.
Don Tibalte y Arias Godos
Al Conde muerto le hallaban.
En baños al Conde meten,
Su persona aderezaban,
Honradamente lo traen
Donde el Rey Alfonso estaba.
Salió el Rey á recibirlo
Con Bernaldo y su mesnada,
Llegando cerca del Conde
Bernaldo se adelantaba;
Llegó al Conde su padre,
Las sus manos le besaba:
Cuando las vido estar frias
Y la color demudada
Y que no le respondia
A lo que le preguntaba,
Entendió que el Conde es muerto:
Muy gran clamor levantaba,
A grandes voces diciendo:
—¡Ay buen Conde de Saldaña!
En mal hora me engendraste,
Pues que vivo no os cobraba:

De vuestra larga prision
Yo, buen señor, fui la causa;
No me llamen vuestro hijo,
Pues de veros no gozaba,
Sino muerto como estais,
Gran dolor es á mi alma.

Id. 25. (Anónimo).

Mal mis servicios pagaste,
Ingrato Rey Don Alfonso,
Sabiendo que tu defensa
Estaba toda en mis hombros.
Mi padre me prometiste,
Mas como Rey alevoso,
Sin ojos me lo entregaste
Porque le viesen mis ojos.
¡Oh mal hayan mis servicios
Y aqueste brazo furioso,
Que con tan hidalgas obras
Ganó servicios tan cortos!
De hoy adelante he de ser
De tus contrarios socorro,
Porque premien los estraños
Las faltas de Reyes propios.
No de su muerte me pesa,
Pésame que dicen otros
Que si yo buen hijo fuera
No te guardara el decoro.
Ya maldigo el diestro brazo
Que por servir un Rey solo
Deja perecer su sangre
Porque le aborrezcan todos.
Por mí se podrá decir
Que han sido tiempos ociosos,
Pues con honrosas hazañas
Mi propio padre deshonro.
Bien puede decir que tiene
Hijo descuidado y mozo,
Si cautivo le he dejado
Por ser esclavo forzoso.
Cuando obligacion tuviste,
Con ser mi madre tu tronco,
Me trocaste la palabra,
¿Qué harás agora, Alfonso?
Nunca ella mi madre fuera,
Ni yo Bernardo, pues gozo
De sus yerros y mi agravio,
Que fueron dos malos gozos.
Si tus ofensas vengaste,
Desde agora, Rey, te informo
Que he de vengar mis ofensas,
Que no con Reyes me ahorro.—
Esto le dice Bernardo
Al Rey su tio, y dejólo
Con la palabra en la boca,
Y él se fue hecho un demonio
Para buscar su venganza
Entre cristianos y moros,
Que tiene muchos amigos,
Porque es amigo de todos.

Id. 26. (Anónimo).

Antes que barbas tuviese,
Rey Alfonso, me juraste
De darme á mi padre vivo,
Y nunca me das mi padre.
Cuando nací de tu hermana
(Que nunca fuera mi madre)
Le metiste en la prision,
Y aun dicen que meses antes.
Acuérdate, Alfonso Rey,
Ya que no dél, por mi parte,

Que es tu hermana sangre tuya,
Y que es mi padre mi sangre.
Si yerros fueron los suyos,
Bien de hierros le cargaste,
Que los que son por amor
Alcanzan perdon de balde:
Prometido me lo tienes,
No de tu palabra faltes,
Que no es oficio de Reyes
Que de lo dicho se estrañen.
A tu cargo es la justicia
Y á mi cargo el libertarle,
Pero si yo soy mal hijo
No debo, Rey, de culparte.
Todos mis amigos dicen
Que soy guerrero cobarde,
Sabiendo que padre tengo
Y que no conozco padre.
Despues que espada me ciño
La he puesto por tí en mil lances,
Y cuanto mas la egercito
Menos mercedes me haces:
Si de mi padre te estrañas,
No es justo della te estrañes,
Que algun galardon merece
Quien buenos servicios hace:
Si en premio dello merezco
El premio que el mundo sabe,
Tiempo es ya que me le des,
Buen Rey, ó me desengañes.
—Calledes vos, Don Bernardo,
No temais que yo vos falte,
Que la merced de los Reyes
Si se cumple, nunca es tarde;
Que antes que mañana oiga
Misa en San Juan de Letrane
Vereis vuestro padre libre
De su persona y mi cárcel.—
Cumplióle el Rey la palabra,
Mas fue con engaño grande,
Porque sacados los ojos
Mandó que se le entregasen.

Id. 27. (Anónimo).

Las obsequias funerales
Sobre el ya difunto cuerpo
Celebra del padre suyo
Bernardo con ojos tiernos.
Hilo á hilo van bajando
Las lágrimas hasta el centro,
Que da temor el mirallo,
Y pone temor el vello.
—¡Oh padre amado! le dice,
¿Cómo es posible que tengo
Alma que os dé, y no la doy,
Si es deuda de un hijo bueno?
¿Quién os pudo privar della,
Y á mí la dejó en el pecho,
Pues para ver tanta pena
Tan solamente la siento?
Ya lloro vuestra prision,
Ya la libertad condeno,
Que en prendas dejó la vida
Por gloria de mis deseos.
Si ya se vieron cumplidos,
¿Por qué con tanto tormento,
Que diera por no gozallos
La duda de merecellos?
Prision de tan largos años,
Libertad con tal esceso,
¿Cómo no la teme un Rey,
Si está amenazando un reino?
Mas no es posible que tenga
Libre de temor el pecho
Quien da ocasion á Bernardo
Que llore su padre muerto.

*

Pero en efecto es dolor
Cualquiera golpe en el cuerpo,
Que en cualquiera parte tiene
El alma su sentimiento.
No sé qué lágrimas vierta
En tanto desasosiego,
Padre, que á vos den la vida,
O á mí me la acaben presto:
O estoy mas muerto que vivo,
O de quien soy no me acuerdo,
O huye de mí la sangre
Que por vos me ha honrado un tiempo.
¡Oh casto Rey Don Alfonso!
¡Cómo publica este hecho
Que no conoces de padre
El dulce nombre que pierdo!—
No pudo pasar de aquí,
Que se le puso en el pecho
Un lazo estrecho de amor
Y de padre un lazo estrecho.

Id. 28. (Anónimo).

Al pie de un túmulo negro
Está Bernardo del Carpio,
Hincadas ambas rodillas
En medio de un templo santo.
Acompáñanle parientes,
Caballeros é hijosdalgo,
Por amistad ó por deudo
Todos estan enlutados.
Vienen á hacer las obsequias
Del muerto Conde Don Sancho,
Vertiendo lágrimas tiernas
Del fuerte pecho acerado.
Cubierto de triste luto,
Y el corazon enlutado,
Pero tan fuerte y robusto
Como cuando sale armado.
Un rato entre dientes habla,
Y otro rato habla claro,
Formando quejas al cielo
Del Rey Don Alfonso el Casto,
Que muerto le dió á su padre,
Y vivo se le ha mandado.
—Si el Rey falta en su palabra,
Dice, ¿qué hará un villano?
Con tal sinrazon, Alfonso,
Buen nombre á tu hermana ha dado,
Buen título á tu sobrino,
Y buen pago á tu criado:
Pero no pende mi honra
De tí, ni de aqueste agravio,
Que este brazo y esta espada
Me harán temido y honrado.—
Y volviendo al padre muerto
El valeroso Bernardo,
Con varoniles suspiros,
Colérico y demudado,
Abriendo el negro capuz
Hasta la punta de abajo,
Sin advertir que le escuchan,
Ni que está en lugar sagrado,
Con una mano en la barba
Y en la espada la otra mano,
Dice furioso, impaciente,
Con su Rey y padre hablando:

—Seguro puedes ir de la venganza,
Amado padre, al espacioso cielo,

Que al acerado hierro de mi lanza,
Que de sangre francesa tiñó el suelo,
Y levantó de Alfonso la esperanza
Hasta el celeste y estrellado velo,
Ha de mostrar que no hay seguro estado,
Siendo Bernardo vivo, y tú agraviado.
Uno soy solo, Alfonso, y castellano,
Uno soy solo, y el que puede tanto
Que deshizo el poder de Carlo Magno,
Dejando á toda Francia en luto y llanto.
Esta es la misma vencedora mano
Que á tí te dió victoria, al mundo espanto;
Y esta misma te hará, padre, vengado,
Que Bernardo está vivo, y tú agraviado.

Id. 29. (Anónimo).

Para tomar de su tio
El Rey Alfonso venganza,
Sale corriendo Bernardo
Por las riberas de Arlanza.

GLOSA.

Cual el furioso leon
Que sale de su manida
Buscando nueva ocasion
Para probar su intencion,
O dar el fin á su vida;
Y cual caudaloso rio
Que crece con gran pujanza,
Lleno de cólera y brío,
Para tomar de su tio
El Rey Alfonso venganza,

Sale el gallardo español
Valiente y determinado;
Porque el paternal amor,
Y de su madre el dolor
Le han puesto en aqueste estado;
Y con paso nada tardo
Empuña una gruesa lanza:
Puesta en ella su esperanza,
Sale corriendo Bernardo
Por las riberas de Arlanza.

ROMANCES

DE ASUNTOS

TOMADOS EN LOS POEMAS CABALLERESCOS ITALIANOS.

Zervino moribundo. (Anónimo).

Muerte, si te das tal priesa
En llevarme á mi Zervino
Por dar á entender al mundo
Tu supremo poderío,
No has buscado buen egemplo,
Pues queda en su fama vivo,
Donde tu fiera guadaña
Probará en vano sus filos:
Y si pretendes mostrar
Que es amor, cual dicen, niño,
Y que el deshacer sus obras
Pende de solo tu arbitrio,
Mira que en las almas mora,
Y éstas tú no las has visto.
Si piensas que ha de quedar
La que me queda conmigo,
Seguiréle al alto cielo,
Seguiréle al hondo abismo,
Y hará iguales nuestras vidas
Esta mano y un cuchillo,
Que si propuse morir
Por guardar mi cuerpo limpio
Cuando le quiso violar
El infame vizcaino,
No con menos voluntad
Que por la mar le he seguido,
Le seguiré por las aguas
Del horrible lago Stigio.—
Zervin recogió el aliento
En los labios casi frios,
Y apenas la voz formando
Estas palabras le dijo:
—¡Oh castísima Isabela,
En cuya viudez confio
Hacer mayor resistencia
Que con mi fama al olvido!
Mas precioso es el dolor
Que cabe dentro del juicio,
Que el que sus límites rompe
Y llega á ser desvarío.
Vivid, señora, vivid
Lo que Dios fuere servido,
Y no muera yo dos veces,
Si en vos, como decís, vivo.
Reservaos para suplir
Las faltas que yo he tenido,
Y no dejeis á otras manos
Este religioso oficio.
No pido yo sepultura,
Que escurezca las de Egipto,

Para mis huesos, que presto
Serán polvos, y no mios;
Un templo para mi nombre
Dentro en vuestro pecho pido,
Y no se diga *aqui yace,*
Sino *aqui vive Zervino.*

Olimpia y Vireno. (Anónimo).

De su querido Vireno
Ingratamente olvidada
La bella Olimpia se queja
Con mil suspiros del alma:
Y viendo cómo se parte
Rompiendo las raudas aguas,
A vueltas de los suspiros
Le dijo aquestas palabras:
—Aguarda, dulce enemigo,
No te apresures, aguarda,
Oye una muger, siquiera
Por ser muger, que esto basta:
¿Qué te he hecho que me aborreces?
Si es porque mi pecho te ama,
No tienes razon en eso,
Que amor con amor se paga;
Pero ya que no me quieres
Escucha mis tristes ansias,
Mas, mal escucharme puede
Una piedra dura helada.
Oye mis quejas, que al cielo
Y aqueste universal mapa
Pongo por fieles testigos
Para defender mi causa;
Mas ya que te muestras sordo,
Ellos oirán mis desgracias,
Si ya no estan conjurados
Contra mí, á quien mas no falta.
Sol, que desde el cuarto moble
Muestras alegre tu cara,
Alumbrando el orbe todo,
Y haciendo crecer sus plantas;
Luna, que á la noche oscura
Con tus rayos vuelves clara;
Estrellas, que todo el cielo
Bordais de flores de plata;
Tierra, de los hombres madre,
De las mugeres madrastra,
Que no es mucho pues las crias
Tan tristes y desgraciadas.
Cielos, estrellas, sol, luna,
Elementos, piedras, plantas,
Rios, vientos, prados, flores,
Con las mas cosas criadas,
Mirad una desdichada
Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
Vereis, si me mirais, en mi un retrato
De una muger que adora á un hombre ingrato.
Mugeres, que ya en el mundo
Lograis vuestras esperanzas
Casadas con gusto vuestro,
Y no como yo casadas;
Viudas, que el marido muerto,
Gozais de libertad tanta,
Aguardando ya otras bodas
Por dejar las tocas largas;
Doncellas, que sois servidas
De mil galanes que os aman
Pasando la juventud
En fiestas y en esperanzas;
Amadas, si hay en el mundo
Algunas que sean amadas,
Que como las aman hombres
No serán sino engañadas;

Aborrecidas, si algunas
Hay, pero bien habrá hartas,
Que es condicion de los hombres
Poner en su amor mudanza;
Ricas, las que de tesoros
Gozais, y con vuestras galas
Como los prados con flores
Alegrais la tierra varia;
Hermosas, á quien el cielo
Ha dotado de mil gracias,
Dándoos cristal en los pechos,
Y en las megillas el nacar;
Feas, que siendo graciosas
Sois libres de las aljabas
Del niño ciego Cupido,
Aunque no tan desdeñadas;
Viudas, casadas, doncellas,
Aborrecidas y amadas,
Ricas, pobres, feas, hermosas,
Nobles, humildes y bajas,
Mirad una desdichada
Que ama aborrecida ¡ay tal desgracia!
Vereis, si me mirais, en mí un retrato
De una muger que adora á un hombre ingrato.

Rugero y Angélica. (Anónimo).

En una desierta isla,
Tendida en la fria arena,
A un duro tronco amarrada
Está Angélica la bella.
Unos corsarios la tienen
Para manjar de una fiera
Que habita en el mar furioso,
Y tiene el sustento en tierra,
Y solo de carne humana
Su fiero cuerpo sustenta;
Cuando el valiente Rugero
Por aquella parte allega,
El cual como así la vido
No sabe si duerme ó sueña,
Que está atónito de ver
Tan acabada belleza.
Estándola así mirando
Un ruido grande suena,
Y es que la bestia marina
Viene á comer la doncella.
Rugero trae un escudo
Obrado por tal manera,
Que quitándole un cendal
Su gran luz la vista ciega:
Y porque su claridad
A la doncella no empezca
Sacó un anillo encantado
De estraña virtud y fuerza,
Que ningun encantamiento
No le daña á quien le lleva.
Púsosele así al momento
En la mano blanca y bella,
Y habiéndola desatado
Del tronco donde está puesta,
Se apercibe á la batalla
Con la temerosa fiera.
Angélica reconoce
Que el anillo que la diera
Era suyo, y le fue hurtado
Por un ladron en su tierra;
Y como la que bien sabe
Su estraña virtud y fuerza,
Mudó al momento el anillo
Del dedo á la boca bella,
Y luego desaparece
Como á la boca le llega;

Y así se va por el campo
Sin que Rugero la vea.
Él saliendo con victoria
De aquella lid tan sangrienta,
Se vuelve muy descuidado
A buscar la dama bella;
Y como reconoció
El engaño en que cayera,
A lamentar de su suerte
Comienza desta manera:

—Ingrata dama, de traicion dechado,
Que pagas con engaño manifiesto
El favor que rendido te he prestado,
Robando el rico anillo; lleva el resto,
Lleva el escudo y el caballo alado,
Llévame á mí tambien; pero tras esto
Muestra la hermosa faz que aquí me escondes,
Ingrata, que oyes dura y no respondes.

Sacripante y Angélica. (Anónimo).

Por una triste espesura
En un monte muy subido,
Vi venir un caballero
De polvo y sangre teñido,
Dando muy crueles voces
Y con llanto dolorido.
Con lágrimas riega el suelo
Por lo que le ha sucedido,
Que le quitaron á Angélica
En un campo muy florido
Dos caballeros cristianos
Que en rastro dél han venido:
Y viéndose ya privado
Del contento que ha tenido,
Sin su Angélica y su bien
Va loco por él camino.
Desmayado marcha el moro
Con diez lanzadas herido,
Pero no se espanta deso,
Ni se daba por vencido,
Que en llegando una verdura
Del caballo ha descendido
Para atarse las heridas,
Que mucha sangre ha perdido,
Y con el dolor que siente
En el suelo se ha tendido,
Y con voces dolorosas
Triste, ansioso y afligido
Maldecia su ventura
Y el dia en que habia nacido,
Pues no se podia vengar
Deste mal que le ha venido.
Estando en esta congoja,
El gesto descolorido,
Dando sospiros al aire,
El alma se le ha salido.

1.º *de Angélica y Medoro.* (Anónimo). (1)

Envuelto en su roja sangre
Medoro está desmayado,
Que el enemigo furioso
Por muerto le habia dejado,
Y el ser leal á su Rey
Le ha traido á tal estado,
Los ojos vueltos al cielo,
Y el cuerpo todo temblando,
De color pálido el rostro
Y el corazon traspasado,
Lleno de heridas mortales
Por un lado y otro lado;
Pero al fin con flaco aliento
Y el espíritu cansado,
Dijo: —Rey y señor mio,
Perdona que no te he dado
La sepultura debida
A cuerpo tan esforzado;
Mas yo muero por cumplir
Con lo que estaba obligado.
De mi muerte no me pesa,
Pues lo permitió mi hado,
Pésame de no acabar
Lo que habia comenzado,
Y de ver que no he podido
Estando tan obligado,
Cumplírseme este deseo,
Pues muriera consolado.
De todo perdona, Rey,
Que pues no quiso mi hado
Que estuviera á tus obsequias,
Bien es muera desgraciado.—
Y estando en esta congoja,
Angélica que ha llegado,
Que por caminos y sendas
Huyendo andaba de Orlando,
Reparó viendo á Medoro,
Y el cuello y rostro mirando
Sintió un no sé qué en el pecho
Que el corazon le ha robado.
Y así el corazon mas duro
De los que el cielo ha criado
Está rendido y medroso,
Vencido y enamorado,
Y con esta novedad
Se siente todo abrasado.

2.º *de Angélica y Medoro.* (Anónimo).

Sobre la desierta arena
Medoro triste yacía,
Su cuerpo en sangre bañado,
La cara toda teñida,
Con tristes ansias diciendo:
—Grande ha sido mi desdicha;
Por ser leal á mi Rey
Pierdo cuitado la vida.
No me pesa tanto desto,
Que muy bien está perdida,
Como de ver que he quedado
Muerto en esta arena fria.
Aunque me coman las fieras
En esta sola campiña,
No habrá quien de mí se duela
Ni me tenga compañía.

---

(1) *Con este puede leerse el de Góngora que dice* En un pastoral albergue &c., *que se halla en la pág.* 176 *del Romancero de romances doctrinales, amatorios* &c. *que hemos publicado.*

Sintiéronme los cristianos
Y lo pagó el alma mia.
¡Oh si quisiese ya Febo
Alumbrarme estas heridas!—
Y hablando tristemente
Con las ansias que sentia,
Vido á Angélica la bella
Que de su amor se rendia;
Y como vió á su Medoro
Tendido en la verde orilla,
Movida de compasion
Para él derecha se iba,
Y del palafren se apea,
Desta manera decia:
—No temas, buen caballero,
Pues pareces de alta guisa,
Que á los casos de fortuna
El valor los resistia.—
Por el campo anda buscando
Si halla alguna medicina,
Las yerbas que son mejores
Entre las piedras molia;
Ya se las pone al infante
En las mayores heridas;
Si el moro tiene dolor
Ella no tiene alegría.
Mirando estaba á Medoro
Que mas que á sí lo queria:
Súbelo en su palafren
Y Angélica á pie camina,
Sin sentir jamas cansancio
Con su Medoro se iba,
Triunfando con gran contento
De todo el reino de Hungría.

3.° *de Angélica y Medoro.* (Anónimo).

Regalando el tierno bello
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos piadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
¡Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso moro,
Y tan enfermo del alma
Que al cielo pide socorro.
Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano
Y queda sano del todo.
¡Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
A las quejas y dulzuras
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndolos el eco
Orlando llegó furioso;
Y viendo á su hiedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de zelos y enojo.
¡Ay moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

Roldan, celoso de Angélica. (Anónimo).

Entre los dulces testigos
De la gloria de Medoro,
Fuentes, árboles, jazmines,
De las ninfas bello coro,
Donde el moro bienandante
Gozó del dulce tesoro
De aquella bella hermosura
Enlazada en lazos de oro,
Está el valeroso Orlando
Vuelto una fuente de lloro,
Diciendo entre mil suspiros:
¡Ay felicísimo moro!
Dicele: —Fiero enemigo,
¿Qué es del sol por quien yo lloro?
Agora gozas la lumbre
Por quien en tinieblas moro:
Pues tienes rendida el alma
De aquella á quien yo adoro,
Yo te sacaré la tuya,
Si de este estado mejoro.
Bien sé que con tal venganza
El ser de Orlando desdoro,
Pero el amor me disculpa
Que á nadie guarda el decoro.—
Luego con rabiosa basca
Bramando cual bravo toro,
Se embravece contra sí
Aumentando mas su lloro.

Locura de Roldan por celos de Angélica. (Anónimo).

Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los moros de España.
Aquí sus hermosos brazos
Como hiedra que se enlaza
Ciñeron su cuello y pecho
Haciendo un cuerpo dos almas.
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el mármol de una puerta
El Conde Orlando miraba.
Y apenas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Cuando con voces de loco
Echó mano á Durindana,
Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan;
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
Que en las piedras entra el fuego
Y dellas sale la llama.
La columna deja entera
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro
Vió pintada en una cuadra
La amarilla y fiera muerte
Que á los pies de un niño estaba:
Conoció que era el Amor
En las flechas y el aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite
Como quien no entiende nada,
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar el alma.
Las letras dicen: *Medoro,*
El grande amor de tu esclava

Ha de vencer á la muerte,
Que muerto vive quien ama.
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala
Despedaza cuanto mira,
De amor injusta venganza.
Lo que dice y lo que siente
Entiéndalo quien bien ama,
Si sabe el mal que son zelos,
Que llaman muerte de rabia.

Muerte de Agrican. (Anónimo).

Roja de sangre la espuela
De la hijada del caballo,
Rojo el petral y la cincha
Y el freno hecho pedazos,
Despedazado el escudo
Y el fuerte peto azerado
Y hecha sierra la espada,
Sin vigor ni fuerza el brazo;
Abierta media cabeza
De un golpe de espada bravo,
Que no pudo resistillo
El fuerte yelmo encantado,
Junto á una pequeña fuente
Recostado en un peñasco
Estaba el fuerte Agrican
Para volverse cristiano.
Compañía tiene á solas
Quien le acompañó en el campo,
Cuando con armas iguales
De las suyas hizo estrago.
Allí le dió agua de fé
Aquella invencible mano
Que nunca se vió vencida
Jamas de ningun contrario.
Venia la noche escura,
Y el claro sol eclipsado
Con agua y espesas nubes
Turbando los aires claros;
Y con temerosos truenos
En los valles resonando,
Cubria la negra tierra
Relámpagos, piedra y rayos,
Cuando el ya cristiano Rey
El espíritu ha dejado,
Dejándole el cuerpo frio
Al Paladin en los brazos.

Celos de Bradamante y Rugero. (Anónimo).

Suelta las riendas al llanto,
Celoso el pecho y airado,
La hermosa Bradamante
Llena de angustia y cuidado.
Llora de Ruger la ausencia
Pensando haberla olvidado;
Arranca un suspiro y otro
Que encendiera un pecho helado;
Mesa rus rubios cabellos
En que al amor ha enlazado,
Ganándole por despojos
Aljaba, flechas y arco.
Revuelve en el pensamiento
De vestir arnés tranzado,
Para buscar su Rugero,
A quien ya la palma ha dado.
—Qué es de tí? dó estás, Rugero?
¡Mi bien! ¡mi dulce cuidado!—
Marrano llámale en fé,
De razon y amores falto:
No puede acabar consigo
Que un amor tan arraigado

Se le volviese al revés
De lo que siempre ha mostrado.
—¡Ay bellos ojos, luceros
Que alumbraban mi cuidado!
¿Quién pudo tanto con vos
Que á Bradamante heis dejado?
Vuelve, vuelve, dulce prenda,
Cumple el término aplazado
Antes que la muerte horrenda
Me prive de egecutallo.
Pueda amor de tanto tiempo
Mas que un hora de regalo,
No dejes, Ruger, morir
A quien el pecho has robado.
Mueva tu amor á piedad
Este rostro delicado,
Que en lágrimas de sus ojos
Le verás estar bañado.
Quien hizo naturaleza,
En todo tan estremado,
No es bien que se diga dél
Que la palabra ha falsado.—
Llora, solloza y suspira,
Llama siniestro á su hado,
Envia al cielo sus quejas,
A la fuente, rio y prado:
Vuelve con doblada furia,
Con furor único y raro
Llama su dulce Rugero,
"Ruger, vuelve," y va á abrazallo.
Anda aquí y allí rabiosa,
Mil veces vuelve á llamarlo,
Cuando el eco la responde
Piensa que Ruger la ha hablado.
—No soy Bradamante, dice,
De quien fuiste enamorado,
No te escondas, no soy esta,
Porque en tí me he trasformado.
¿Piensas que caminas solo?
Caminas acompañado
De mi triste corazon,
Que en el tuyo se ha forjado.
Vuelve esos ojos tan bellos,
Verás mi pecho abrasado;
No tardes, dichoso moro,
Porque el tardarte es pesado;
Aplica á este mal remedio,
Mira cuán mal me ha tratado:
Solo, Rugero, en tí está,
Que en otro no hay remediallo.—
Entre estas celosas quejas
Vuelve y dice: —¡Ah esforzado
Pecho de la sangre ilustre
De Claramonte y Mongrano,
¿Tan presto, dí, te olvidaste
De quién eras, de tu estado?
¿Tan presto y tan sin respeto
Desdeñas mi amor preciado?
No llores mas, tente, basta,
No aflojes la rienda tanto:
Toma tu lanza de oro,
Salta en tu caballo alado.—
Dijo, y con furiosa rabia
En un retrete se ha entrado;
Ármase el peto y la cofia,
Espaldar y arnés tranzado,
Y pártese Bradamante
A buscar su enamorado,
Revolviendo todo el mundo
Sin vagar y sin descanso.

Bautismo de Rugero. (Anónimo).

En un caballo ruano
De huello y pisar airoso,
Fuerte, vistoso y galano,
Entra en París el famoso
Rugero á hacerse cristiano.
Y como el bravo guerrero
Se hubiese puesto aquel dia
Bizarro en trage estrangero,
Toda la corte decia:
"¡Cuán gallardo entra Rugero!"
Entra el moro acompañado
Dese que Roldan se llama,
Con otros de grande estado:
Paladines de gran fama
Lleva Rugero á su lado:
Alegres y satisfechos,
Y sus personas honrando,
Van á palacio derechos,
Donde el Rey está aguardando.
Estaba con gran decoro
Don Carlos representando
Su magestad y tesoro,
A cuya persona hablando
De rodillas dijo el moro:
—Buen Carlos, dame la mano,
Que aunque no te lo he servido,
Yo soy Rugero el pagano,
Que á tus cortes he venido
Para volverme cristiano.

Rodamonte y Rugero. (Anónimo).

Rotas las sangrientas armas,
El cuerpo ya desangrado,
Despedazado el escudo,
Con el estoque quebrado,
Sale el fuerte Rodamonte
De vida y alma privado,
Por el vencedor Rugero
Que la victoria ha alcanzado.
Matólo porque á la mesa
Estando junto al Rey Carlos
Con la bella Bradamante
Con quien estaba casado,
Armado de negras armas,
Negro el escudo y caballo,
Aunque con la blanca espuma
Parece el freno argentado,
Y sin hacer reverencia
A la persona de Carlos,
El soberbio y perro moro
A Rugero así le ha hablado:

—Yo soy el Rey de Argel, traidor Rugero,
Que en este campo y cruel batalla
Probar tu gran traicion por muerte espero,
Que mal podrás, cristiano, ya negalla.
Y si por miedo tú y algún guerrero
Se quisiere ofrecer, quiero aceptalla;
Y por tener en mi verdad respeto,
Al campo tres de tí pido y aceto.

Batalla de Rugero y Rodamonte. (Anónimo).

Rendidas armas y vida
De Rodamonte el bravo,
El victorioso Rugero
Va entre el Rey Sobrino y Carlos.
"Viva Ruger, Ruger viva,"
Va la gente pregonando,
Y entre el regocijo vienen
Danés, Oliver y Orlando:
Viene Astolfo y Ricardeto,
Baldovinos y Ricardo,
Y los dos tio y sobrino
Malgesí y Don Reynaldos.
Entre aquellos Paladines
Que á Ruger sacan del campo
¡Cuán gallarda va Marfisa
Con el cuerpo bien armado!
Que aunque no dudó el suceso,
Al fin como era su hermano,
Sacó el cuerpo apercibido
Y el alma puesta en cuidado.
A los corredores sale
Cuando entraban en palacio
La contenta Bradamante
Vivas colores mudando.
Adelántase de todos,
Y á su Rugero mirando,
Antes que llegue le abraza
Los brazos al aire echando.
Cuando los cuerpos se juntan
Y se enlazan con los lazos,
No se hablan, aunque quieren,
Con el contento turbados.
Con los ojos se regalan
Rostro con rostro juntando,
Y sosegándose un poco
Bradamante se ha esforzado,
Y dícele: —Mi Rugero,
Descanso de mi cuidado,
En deuda me estais, señor,
Del sobresalto pasado.
Cuando en la batalla os via
Con tan soberbio contrario,
Temia de mi ventura
Y fiaba en vuestro brazo.
Dos mil vidas diera juntas
Por ser el desafiado,
Y en menos las estimara
Que en vos el mas fácil daño.
—Si Rodamonte supiera,
Rugero la ha replicado,
Que estábades en mi alma,
No viniera tan osado.
Con dos contrarios pelea
Quien tiene conmigo campo,
Y así llamarse pudiera
Aquel sarracino á engaño.—
No se dicen mas ternezas
Porque no los han dejado,
Que llega la Emperatriz
Y por otra parte Carlos:
Suenan dulces instrumentos,
Y los Paladines Francos
Juegan cañas y tornean
En la plaza de palacio.

ROMANCES BURLESCOS

DE CABALLERÍA.

1.º (Anónimo).

—Durandarte, buen amigo,
Decid por vuestro descargo,
Ya que estais de vuestra vida
Dando los últimos pasos,
Si condenais á Belerma,
Viuda de vuestro regalo,
A perpetuos alquizeres,
O á vestir nuevos recamos.
Y porque os estais muriendo
Quiero hablar con vos mas claro:
Si mandais que se esté viuda
O que tome otro velado,
Que por los lirios que son
Del leon español pasto,
Que nadie corra por ella
Mientras yo tenga caballo.—
Durandarte dijo: —Primo,
Pues de este mundo me parto,
No quiero llevar al otro
Zelos, que allá los hay santos.
Belerma se case luego,
Y sus yerros ordinarios
Irán á cuenta del vivo,
Sin que lleguen al finado.
Puede llorarme tres dias;
Pero al fin ojos mojados,
Con una esponja de azucar
Es fácil cosa enjugallos.
¿De qué sirve que entapize
De negro todos sus cuartos,
Si la alcoba mas secreta
Sirve á sus horas de blanco?
Son las viudas deste tiempo
Altares por Todos Santos,
Con un portal para vivos
Y otro para los finados.
Son espadas en bordones,
Son naipes en breviario,
Y son juntos en un tomo
Celestina y siete salmos.
Lo que os ruego, mi buen primo,
Es que en habiendo espirado
Me saqueis el asadura
Y se la deis en un plato,
Y decidle que á mi cuenta
La cuelgue en sus garabatos,
Porque á vuelta de la suya
Se la coma el primer gato.

Id. 2.º (Anónimo).

Señor Conde Don Roldan,
Sea muy enhorabuena
El dichoso desposorio
Con vuestra Doña Alda bella.
Es un toque el casamiento
Do se conocen y prueban
De paciencia y discrecion
Los quilates y finezas.
De aquí procede la vida
Que es gloria si bien se acierta,
O la de infierno impaciente
Si por contrario se yerra.
Setenta años habrá y mas
Que en mi flor y edad primera
Ese nuevo estado vuestro
Sustenté en vida quieta:
Si dais crédito á mis canas
Por una larga esperiencia,
Diréos en breves razones
Qué hice con mi Condesa.
Amé con moderacion
Y en estremo regaléla,
Siempre en público la honraba,
Y en secreto aconsejéla:
No mezclé veras con burlas,
Mucho estimando las veras,
Ni jamás la descubrí
Los graves secretos dellas.
Mostréme ser recatado,
No dando celosas muestras;
Sus menudencias dejaba,
Dejóme en las cosas gruesas;
Agasajé sus parientes,
No tuvo en los mios molestia;
Dudé temas que reñía,
Creí sus riñas sin temas;
En ellas no la ataqué,
Que si á la muger no dejan,
Hallando contradiccion
Mil historias se renuevan:
En enojos fuí postrero,
Primero en las paces era,
Siempre á la puerta de casa
Dejaba enfados de afuera.
No le conté libertades,
Honestidades contéla,
Ninguna alabé de hermosa,
Pero infinitas de buenas;
Hice al fin que sus visitas
Moderacion no escedieran,
Y á quién, y cuándo, y por qué
Con grande ocasion tuvieran.
Al ir á advertirla mucho,
Poco escuchéla á la vuelta,
Adorné su mozo brío
Con galas ricas y honestas;
No fié prosperidades
Aunque mucho fiaba della,
Ni la dejé que sintiese
Necesitada vergüenza.
De otros mil modos usaba
Conforme los tiempos eran,
Con que yo viví seguro
Y ella pasaba contenta. —
Así al recien desposado
En puridad aconseja
El buen viejo Don Beltran,
Y Don Roldan se lo aprueba.

ROMANCES TRADICIONALES

Y DE LAS CRÓNICAS

DE LOS REYES DE ESPAÑA.

Romance del Rey Bamba, *de Lorenzo de Sepúlveda.*

Esos nobles fuertes godos
Por su Rey alzan á Bamba,
Caballero mucho honrado
En linage y buena maña.
En Toledo esa ciudad
La corona le fue dada,
Juráronlo por su Rey
Todos los nobles de España:
Una abeja de su boca
Salió, y al cielo volaba,
Despues que fuera ungido
De su bondad señal daba;
Los sabios dicen será
España bien gobernada.
Un muy mal Conde de Nimes,
Ilderico se llamaba,
Alzóse con su condado,
A Bamba mucho pesaba,
Que robó sus ricos-hombres
Y á muchos dellos mataba.
Ayuntó el Rey muchas gentes,
Por Capitan señalaba
Un caballero de Grecia,
El cual Paulo se llamaba,
Que tambien hizo homenage
Y serle leal juraba.
Paulo fue contra el traidor,
Y ambos gran traicion obraban;
Juntóse con Remismundo,
Ese Duque de Cantabria;
Alzan á Paulo por Rey
Porque dádivas les daba.
Rey que se vido ser Paulo
Al Rey Bamba guerreaba;
Bamba con sus caballeros
Dióle muy cruda batalla;
Mató muchos caballeros,
Toda su tierra cobraba.
En Narbona prendió á Paulo
Y á muchos de su mesnada:
Ante él vino el Arzobispo,
Por sus vidas suplicaba,
El Rey lo perdona á él solo,
Y en los demas razonaba
Que se viese por su corte
Qué pena les sería dada.
Trujeron ante él á Paulo,
El cual escondido estaba
En una cueva so tierra;
Por los cabellos lo sacan.

*

El Rey al verlo ante sí
—Conjúrote, bestia brava,
Dijo: por mi Dios del cielo
Me digas si hobiste causa
Para alzarte contra mí. —
Paulo luego replicaba:
—Pues por Dios me conjuraste
De verdad será mi habla:
Mal de vos no recibí,
Sino merced señalada,
Siempre fuí por vos honrado,
A mí el diablo engañara,
Que metió en mi corazon
Hacer la traicion tamaña.—
Luego traen el homenage
Y jura, que Paulo daba
Cuando á Bamba alzan por Rey
En Toledo la nombrada,
Y el juramento que Paulo
Tomara allí á su compaña,
Que á él le tengan por su Rey
Y no á ese noble Bamba.
Pronunciara el Rey sentencia
Contra Paulo y su mesnada:
Que mueran por ser traidores
Pues contra su Rey se alzaban.
El Rey les guarda las vidas,
Que dello palabra daba.
Pártese para Toledo,
Consigo á Paulo llevaba,
Y antes que allá llegasen
A Paulo en cruz tresquilaban
Junto con sus compañeros,
Y las barbas les rapaban.
A todos sacan los ojos,
De jerga los cobijaban,
Cabálganlos en camellos,
Paulo delante guiaba:
De pez era una corona
Que en su cabeza llevaba;
Los otros iban descalzos
Con sogas á las gargantas.
Ansi entraron por Toledo,
Y todos los denostaban.
Pusiera sobre las puertas
Unas losas mucho claras,
Con unas letras latinas
Que decian: *El Rey Bamba*
Con el ayuda de Dios
A Toledo mejoraba,
Para acrecentar la honra
Y nobleza que ahí estaba.
En las torres de la Iglesia
Otras letras que ansi hablaban:
Vosotros, Santos de Dios,
Que en este lugar se honraban,
Salvad y honrad este pueblo
Pues en él gracias se os daban.
El Rey á sus ricos-hombres
Que en la guerra le aguardaran
Diérales de sus haberes
Que muy contentos quedaran.
Enviólos á sus tierras,
En Toledo el Rey fincaba,
Hizo concilio en Toledo
Con los Perlados de España.
Confirmó sus privilegios
Como de antes se guardaban,
Dió renta á los Obispos,
Hizo otras cosas muy santas.
Muchos alárabes venció
Que venian en armada,
Metióse monge en Pampiega
Do vivió vida muy santa.
Muerto se llevó á Toledo,
Y allí está en Santa Leocadia,
Que el Rey Alfonso dezeno
Fue el que allí lo trasladara.

Romances del Rey Rodrigo. 1.º (Anónimo).

En la ciudad de Toledo
Muy grandes fiestas hacia
Ese Rey Godo Rodrigo
Con su gran Caballería,
Y mucha gente estrangera
A la tal fiesta venia:
Vienen Duques y Marqueses
Y Reyes de gran valía.
En España era entonces
La flor de Caballería,
La Duquesa de Loreyna
A aquella corte venia,
No para mirar los juegos,
Sino á ver si hallaria
Quien se combata por ella
Sobre un pleito que traía.
Es el pleito desta suerte:
Que ella un marido tenia
Que la hacia heredera
De toda su señoría,
Si de su muerte en dos años
Castidad le mantenia,
Y lo contrario haciendo
Que todo lo perderia.
Lembrot, hermano del Duque,
Con codicia que tenia
De heredar el su ducado,
Testigos falsos ponia
Que acusen á la Duquesa
Que con un varon dormia.
Fuéronse al Emperador,
Y cada uno decia
De su razon y derecho
Segun que mejor sabia.
La razon que da Lembrot
Desta manera decia:
Que buscase la Duquesa
Dentro de un año y un dia
Quien le combatiese á él
Y á dos tios que tenia
La contienda del ducado
Sobre que era la porfía,
Y que si Lembrot venciese
Suyo el ducado sería,
Si venciese la Duquesa
Que firme le quedaria.
Al Emperador aplace
Lo que Lembrot proponia.
Firmaron ambos á dos
Todo así se trataria,
Con tal que fuese obligado
Lembrot y su compañia
De aceptar la batalla
Do ella señalaria.
De allí se va la Duquesa,
Ya muy triste en demasía,
Porque en toda aquella corte
Tres caballeros no habia
Que osasen á combatirse
Con los tres de la porfía:
Así partió para España
Y á Toledo se venia.
Muy bien la recibe el Rey,
Hácele gran cortesía,
Cuando contó la Duquesa
A qué fuera su venida.
Ofreciósele Sacarus,
Flor de la Caballería,
Ofreciósele Almeric,
Lo mesmo Agresés hacia,
Todos buenos caballeros
Que otros mejores no habia.
Las fiestas se comenzaron,
La Duquesa bien las via,
¡Cuán bien que mostraba en ellas
Sacarus su gran valía!

Bien se cree la Duquesa
Que por él libre sería.
Las fiestas son acabadas,
Luego la Duquesa envia
A citar sus enemigos
Que vengan á cierto dia
A combatirse en España
Con quien por ella salia.
El término no es cumplido
Cuando ya Lembrot venia
Con los dos tios consigo,
¡Oh cuán bien que parecia!
Porque era grande de cuerpo,
Gentil hombre en demasía.
Señálanles la batalla,
Señaláronles el dia.
Ya los meten en el campo
Y mucha gente los mira,
Partido les han el sol
Porque no haya mejoría.
Como todos fueron dentro,
Una trompeta se oia,
Corren unos para otros
Con esfuerzo y valentía.
Del encuentro de Sacarus
Lembrot en tierra caia,
Agresés y su contrario
Ambos á tierra venian,
Lo mesmo hace Almeric
Y el contrario qué tenia.
Levántanse muy ligeros
Sin punta de cobardía,
Y como Sacarus vido
Que apearse le cumplia,
Deciende de su caballo
Y contra Lembrot venia.
Tantos se dan de los golpes
Que gran espanto ponian;
Pues los otros caballeros
Tan sin duelo se herian,
Que á los que los miraban
A gran compasion movian.
Hora y media se combaten
Sin conoscer mejoría;
Mas como el sol era grande
Gran trabajo les ponia:
Apártanse por holgar,
Que bien menester lo habian.
Como hobieron descansado
A la batalla volvian:
Todos seis andan en campo,
Que otra cosa no hacian
Sino dar y recibir
Fuertes golpes á porfía:
Todos estan espantados
De cómo durar podia
Una tan fuerte batalla
Sin sentirse mejoría.
Tornaron á descansar
Ya cerca de mediodia;
Lembrot está mal herido,
Mucha sangre dél salia,
Entre sí estaba diciendo:
—¡Válgame Santa María!
Este hombre es infernal,
Que destruirme queria,
Porque si él humano fuese
Mis golpes bien sentiria;
Mas veo que cada hora
Le recrece la osadía.—
Ya embrazaba Sacarus
Con vergüenza que tenia,
Y vase contra Lembrot
El cual bien lo recebia:
La batalla que comienzan
Nueva á todos parescia:
Pues Almeric y Agresés
¡Cuán bien que se combatian!
Tienen fuertes enemigos,
Bien menester les hacia

Mostrar todo su ardimiento
Por salir con su porfía.
Sacarus muy enojado
Que la ira le crescia,
Tres golpes le dió á Lembrot,
De manos dar le hacia;
Mas Lembrot era ligero,
Levantóse muy aina,
Pero ya anda mirando
Cómo se defenderia.
Almeric viendo á Sacarus
Como á Lembrot mal traia,
Pensó en su corazon
Que retraido sería
Si en el librar su batalla
Él mucho se detenia.
Agresés era mancebo,
Ardimiento le crescia,
Fue contra su enemigo
Que cansado lo tenia,
Y hízole dar de manos,
Reciamente lo heria:
Gran placer habian las damas
De lo que Agresés hacia.
Sacarus muy enojado
A Lembrot del yelmo tira,
Las enlazaduras quiebra,
La cara le descubria;
Mas Lembrot que así se vido
Con Sacarus remetia
Pensando que por ser grande
Que á lucha lo venceria,
Y cogiéndolo debajo
Que luego lo mataria;
Mas Sacarus con su espada
La cabeza le hendia.
Los tios que aquesto vieron
Como Lembrot muerto habia,
Caen ambos en el suelo,
Corazon les fallecia,
Cortáronles las cabezas,
En el campo las ponian.
Luego preguntan al Rey
Si mas que hacer habia,
Dijo el Rey que bien estaba,
Que nada les fallescia.

Id. 2.º (Anónimo).

Don Rodrigo, Rey de España,
Por la su corona honrar
Un torneo en Toledo
Ha mandado pregonar:
Sesenta mil caballeros
En él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
Queriéndole comenzar
Vino gente de Toledo
Por le haber de suplicar
Que á la antigua casa de Hércules
Quisiese un candado echar
Como sus antepasados
Lo solian costumbrar.
El Rey no puso el candado,
Mas todos los fue á quebrar,
Pensando que gran tesoro
Hércules debia dejar.
Entrando dentro en la casa
Nada otro fuera hallar
Sino letras que decian:
Rey has sido por tu mal,
Que el Rey que esta casa abriere
A España tiene quemar.
Un cofre de gran riqueza
Hallaron dentro un pilar,
Dentro dél nuevas banderas
Con figuras de espantar;

Alárabes de caballo
Sin poderse menear,
Con espadas á los cuellos,
Ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
No curó de mas mirar.
Vino un águila del cielo,
La casa fuera quemar;
Luego envia mucha gente
Para Africa conquistar:
Veinte y cinco mil-caballeros
Dió al Conde Don Julian,
Y pasándolos el Conde
Corria fortuna en la mar:
Perdió doscientos navíos,
Cien galeras de remar,
Y toda la gente suya,
Sino cuatro mil no mas.

Id. 3.º *de Lorenzo de Sepúlveda.*

De los nobilísimos godos
Que en Castilla habian reinado,
Rodrigo reinó el postrero
De los Reyes que han pasado,
En cuyo tiempo los moros
Toda España habian ganado,
Sino fuera las Asturias
Que defendió Don Pelayo.
En Toledo está Rodrigo:
Al comienzo del reinado
Vínole gran voluntad
De ver lo que está cerrado
En la torre que está allí
Antigua de muchos años.
En esta torre los Reyes
Cada uno echó un canado,
Porque lo ordenara ansi
Hércules el afamado,
Que ganó primero á España
De Gerion gran tirano.
Creyó el Rey que habia en la torre
Grande tesoro guardado.
La torre fue luego abierta,
Y quitados los canados
No hay en ella cosa alguna,
Sola una caja han hallado.
El Rey la mandara abrir,
Un paño dentro se ha hallado
Con unas letras latinas
Que dicen en castellano:
Cuando aquestas cerraduras
Que cierran estos canados
Fueren abiertas, y visto
Lo en el paño debujado,
España será perdida
Y en ella todo asolado.
Ganarála gente estraña
Como aquí está figurado,
Los rostros muy denegridos,
Los brazos arremangados,
Muchas colores vestidas,
En las cabezas tocados:
Alzadas traerán sus señas
En caballos cabalgando,
En sus manos largas lanzas,
Con espadas en su lado.
Alárabes se dirán
Y de aquesta tierra estraños;
Perderáse toda España,
Que nada no habrá fincado.
El Rey con sus ricos-hombres
Todos se habian espantado
Cuando vieron las figuras
Y letras que hemos contado:
Vuelven á cerrar la torre,
Quedó el Rey muy angustiado.

Id. 4.º (Anónimo).

De una torre de palacio
Se salió por un postigo
La Cava con sus doncellas
Con gran gusto y regocijo.
Metiéronse en un jardin
Cerca de un famoso ombrío
De jazmines y arrayanes,
De pámpanos y racimos.
Sentadas á la redonda,
La Cava á todas las dijo
Que se midiesen los brazos
Con un liston amarillo.
Midiéronse las doncellas,
La Cava lo mismo hizo,
Y en blancura y lo demas
Grandes ventajas les hizo.
Pensó la Cava estar sola;
Pero la ventura quiso
Que por una celosía
Mirase el Rey Don Rodrigo.
Puso la ocasion al fuego,
Y sacóla cuando quiso,
Y Amor batiendo las alas
Abrasóle de improviso.
Fueron del jardin las damas
Con la que habia rendido
Al Rey con su hermosura,
Con su donaire y su brío.
Luego la llamó al retrete,
Y estas palabras le dijo:
—Sabrás, mi florida Cava,
Que de ayer acá no vivo,
Si me quieres dar remedio
A pagártelo me obligo
Con mi cetro y mi corona,
Que á tus aras sacrifico.—
Dicen que no respondió,
Y que se enojó al principio,
Pero al fin de aquesta plática
Lo que mandaba se hizo.
Florinda perdió su flor,
El Rey quedó arrepentido,
Y obligada toda España
Por el gusto de Rodrigo.
Si dicen quién de los dos
La mayor culpa ha tenido,
Digan los hombres *la Cava*,
Y las mugeres *Rodrigo*.

Id. 5.º (Anónimo).

Por el jardin de las damas
Se pasea el Rey Rodrigo,
Por alargar la cadena
A un pensamiento rendido.
No le alegran de las fuentes
La hermosura y artificio,
Ni advierte la nueva rosa,
Ni le alegra el blanco lirio.
Despues que en confusos pasos
Dió vuelta al alegre sitio,
Arrimóse á un duro tronco
De un inútil roble antiguo.
Junto á unas yerbas ingratas
Al sol, al aire, al rocío,
Tristes y amarillas flores,
Y él mas flaco y amarillo,
Con claros y humildes ojos,
De un ardiente amor vencido,
Dice: —De cuatro elementos
Los tres combaten conmigo;
El fuego tengo en mi pecho,
El aire está en mis suspiros,

Toda el agua está en mis ojos,
Autores de mi castigo:
Quedándome solo el cuarto
Que es en tierra convertido,
Pues una dichosa muerte
Vence todos enemigos.
Entrégome en estas plantas,
Cava, por poner olvido,
Y ellas mismas me acrecientan
La memoria y el peligro,
Que viendo estas verdes ramas
Veo el rostro peregrino
De esos bellísimos ojos
Que son de mi pena olvido.
La dureza deste tronco,
Que agora es mi triste arrimo,
Me muestra la dese pecho
Donde amor no hizo tiro,
Y no es bien que estas memorias
Quiten el libre albedrío,
Y me den las dulces plantas
El mas emperrado alivio
Que se dió al mas bajo cuerpo,
Torpe, necio y mal nacido,
Teniéndote, Cava, sola
Por mi bien y paraiso.

Id. 6.° (Anónimo). (1)

Revuelta en sudor y llanto,
Desmelenado el cabello,
El rostro blanco encendido
De dolor, vergüenza y miedo;
Las manos de un hombre asidas,
Rey poderoso y mancebo,
Una muger flaca y sola,
Ausente del padre y deudos,
Así le dice á Rodrigo
Ya por voces, ya por ruegos,
Como si ruegos y voces
Valieran en tales tiempos.
—No quieras, señor, le dice,
Sol del español imperio,
Escurecer con tus rayos
La nube de mi deseo.
La Cava soy de tu fuerza,
Aunque al muro de mi pecho
La barbacana le falta,
De todos es padre el cielo;
Sirviéndoos la tiene el mio
Desde el primer bozo negro:
Mancebo le distes cargos,
Cargaisle de afrentas viejo:
Con la sangre de mi honra
No se tiña el honor vuestro,
Mirad que eclipse de sangre
En Reyes es mal agüero.
Mientras él vierte la suya
Defendiendo vuestros reinos,
En otra batalla infame
La suya estais ofendiendo:
Temed, temed ofendelle,
Que podrá vengarse un tiempo,
Pues los nobles y soldados
Vos sabeis si son soberbios;
Y si ley, Dios, honra y padre
No estorban vuestros deseos,
Soy Cava, y seré principio
De vuestros daños eternos.—
Rodrigo que solo escucha
Las voces de sus deseos,

(1) *Es igual al del Romancero general que dice*: Envuelto en sudo y llanto.

Forzóla y aborrecióla,
Del amor propios efectos.
Quedóse dando suspiros,
Porque al fin de tales hechos
Si con estremo se ama,
Se aborrece con estremo.

Id. 7.° (Anónimo).

¡Oh canas ignominiosas,
Dice el señor de Tarifa,
Provocadas á venganza,
Y de su Rey ofendidas!—
Cantidad esparce al viento
Cual hebras de plata lisa,
Que con rigurosa mano
De barba y cabeza quita;
Hiere el venerable rostro,
Donde dos fuentes se vian
Que con abundante vena
Hacen mayor su desdicha.
Ya mira ofendido al suelo,
Ya con altas manos mira
Al estrellado dosel,
Testigo de su fatiga.
—¡Oh mísera suerte! dice:
Afrentosa, egecutiva,
Villana sin esempcion,
Que á la nobleza aniquila:
¡Oh Rey inconsiderado,
Tan obediente á tu vista,
Cuan presto á mi deshonor
Y al de mi cuitada hija!
Déme la justa venganza
Quien de mi diestra limita
El poder, que justo pide
Quien pide al cielo justicia:
No se espanten los que oyeren
Alguna cosa indebida,
Que Rey tirano y aleve
Vasallos traidores cria.
Vive el cielo, que ha de ser
De España total ruina
La torpeza de mi Rey
En mi sangre cometida.
Pagarán los inocentes
De su señor la malicia,
Que no aguarda menos reino
Do Rey tirano administra:
Que estos suelen ser verdugos,
Por disposicion divina,
Muchas veces de sus gentes,
Como fueron Mario y Sila.
Yo tomára, Dios lo sabe,
Si me fuera concedida,
De otra suerte esta venganza,
No tan atroz ni sanguina,
Mas no me será posible:
Entre el Libio por Tarifa,
Tale, robe, asuele y mate
En mi estado y tierras mismas.
Ya la suerte va rodando
Para siniestra ó propicia,
El dado va por la tabla,
No hay quien el correr le impida.
Vive Dios, que el torpe Rey
Por bien que le acuda y diga,
Que ha de dejar desta vez
La honra, el cetro y la vida.
¿No hay mas de hacer sinrazones
Y egecutar sus delicias,
Fiados con que en el suelo
Su maldad no se castiga?
¡Cielo, que enmiendas agravios
Con balanza justa y lisa,
Los deste agraviado viejo
Con piadosos ojos mira!—

Esto el Conde Don Julian
Leyendo un papel decia
Que recibió de la Cava,
Contándole sus desdichas.

Id. 8.º (Anónimo).

En Ceuta está Don Julian,
En Ceuta la bien nombrada:
Para las partes de aliende
Quiere enviar su embajada,
Moro viejo la escrebia,
Y el Conde se la notaba:
Despues de haberla escripto,
Al moro luego matara.
Embajada es de dolor,
Dolor para toda España:
Las cartas van al Rey Moro,
En las cuales le juraba
Que si le daba aparejo
Le dará por suya España.
"España, España ¡ay de tí!
En el mundo tan nombrada,
La mejor de las partidas,
La mejor y mas ufana,
Donde nace el fino oro
Y la plata no faltada,
Dotada de hermosura,
Y en proezas estremada,
Por un perverso traidor
Toda eres abrasada,
Todas tus ricas ciudades
Con su gente tan galana
Las domeñan hoy los Moros
Por nuestra culpa malvada,
Sino fueran las Asturias
Por ser la tierra tan brava.
El triste Rey Don Rodrigo,
El que entonces te mandaba,
Viendo sus reinos perdidos
Sale á la campal batalla,
El cual en grave dolor
Ensaña su fuerza brava,
Mas tantos eran los moros
Que han vencido la batalla.
No paresce el Rey Rodrigo,
Ni nadie sabe do estaba.
Maldito de tí, Don Oppas,
Traidor y de mala andanza,
En esta negra conseja
Uno á otro se ayudaba.
¡Oh dolor sobremanera!
¡Oh cosa nunca pensada!
Que por sola una doncella,
La cual Cava se llamaba,
Causen estos dos traidores
Que España sea domeñada,
Perdido el Rey y señor,
Sin nunca dél saber nada."

Id. 9.º (Anónimo).

De lo mas alto de un monte,
A quien Guadalete baña,
Mirando estaba Lisberto
La temerosa batalla.
Mira que los españoles
Y bravos godos desmayan,
No pudiendo resistir
La mahomética saña.
Dice con cansada voz
El Infante estas palabras,
Contemplando la ruina
De toda la gente hispana:

¡Ay España, España,
Que culpa no mereces y te abrasas!
¡Oh cruda causa
Y mas traidor Rodrigo,
Que por tu torpe amor fue tal castigo!
¡Ay dulce patria querida,
De tantos grados honrada
A costa de noble sangre
En su amparo derramada!
¡Ay madre honrada del mundo,
Y de un hijo deshonrada,
Que sin ser nada le hiciste
Rey para hacerte nada!
El ser le diste de Rey,
Y desconocido paga
Tan subido beneficio
Con deshonrar á la Cava,
¡Ay España, &c.
¡Oh traidor Conde Julian!
¿En qué te ofendió tu patria?
Di ¿por qué el pecado ageno
Lo haces su propia causa?
Si Rodrigo te ofendió,
Matárasle, y abrasaras
Su linage, sus parientes,
Su vida, su honor, su casa;
Mas en efecto un traidor
Ningunos respetos guarda
A patria, padre, ni Rey,
Si la traicion es pensada.
¡Ay España, España,
Que culpa no mereces y te abrasas!

Id. 10. (Anónimo).

Cuando las pintadas aves
Mudas estan, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De cualque luciente estrella,
Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
Del trage humilde la muestra,
Que la acechada corona
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor y temor de muerte
Junto á Guadalete dejan;
Bien diferente de aquel
Que antes entró en la pelea
Rico de joyas, que al Godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas,
Suya alguna, y parte agena,
Por mil partes abolladas
Y rotas algunas piezas,
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imagen de su fortuna
Que en polvo la ve deshecha,
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa,
Por los campos de Jerez
(Gelboe llorosa y nueva)
Huyendo va el Rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan,

Hiere el temeroso oido
Confuso estruendo de guerra,
No sabe dónde mirar,
De todo teme y recela;
Si al cielo, teme su furia
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya
Que la que pisa es agena:
Pues si dentro en sí mesmo
Con sus memorias se encierra,
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja,
Y entre sollozo y suspiros
Así el Rey godo se queja:
—Desventurado Rodrigo,
Si esto en otro tiempo hicieras,
Y huyeras de tus deseos
Al paso que ahora llevas,
Y á los asaltos de amor
No mostraras la flaqueza
Tan indigna de hombre godo,
Y mas de Rey que gobierna,
Gozara su gloria España
Y aquella fuerte defensa,
Que ya por el suelo yace
Y el color trueca á las yerbas.
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena,
¡Oh si yo naciera ciego,
O tú sin beldad nacieras!
Pedernal fue tu hermosura,
Y yo el eslabon y yesca
Que las centellas cogí
En que el mundo se arde y quema.
Fuerza fue la que te hice,
Mas tambien mirar debieras
Que tu beldad poderosa
Usó conmigo de fuerza.
Eres mar tempestuoso
Y entendí que Cava eras;
Mas lo uno y lo otro fuistes
Pues que me acabas y anegas.
Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella,
¡Pechos que me dieron leche,
Mejor sepulcro me dieran!
Pagara á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los cónsules y reyes,
O con los plebeyos della.
Quitárale á la fortuna
Carro en que triunfar pudiera,
Y un Rodrigo para España
Materia de tantas quejas.
Traidor Conde Don Julian,
Si uno solo es el que yerra,
¿Por qué tan injustamente
Hiciste comun la pena?
Matárasme á puñaladas,
Pues pudiste y bien hicieras,
Mas si el traidor es cobarde
Jamas hace cosa buena.
No ofendí yo al Africano,
¿Por qué Africano te venga?
¡Oh si este agudo puñal
Rasgára tus falsas venas!—
Mas iba á decir Rodrigo,
Pero las palabras medias
Las arrebató el enojo
Y entre los dientes las quiebra.
Cayó muerto su caballo,
Y librando de las piernas,
Hizo el arzon almohada
Mientras huyen las tinieblas,
Y diciendo: "A Dios, España,
Que el bárbaro señorea,"
Junto á su Orelia querido
La luz enemiga espera.

Id. 11. (Anónimo).

Las huestes del Rey Rodrigo
Desmayaban y huian
Cuando en la octava batalla
Sus enemigos vencian.
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salia.
Solo va el desventurado
Que no lleva compañía.
El caballo de cansado,
Ya mudar no se podia,
Camina por donde quiere,
Que no le estorba la via.
El Rey va tan desmayado
Que sentido no tenia,
Muerto va de sed y hambre
Que de velle era mancilla,
Y va tan tinto de sangre
Que una brasa parecia;
Las armas lleva abolladas,
Que eran de sangre perdida;
La espada lleva hecha sierra
De los golpes que tenia;
El almete de abollado
En la cabeza se hundia,
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufria.
Subióse encima de un cerro
El mas alto que veia:
Desde allí mira su gente
Como iba de vencida.
De allí mira sus banderas
Y estandartes que tenia
Como estan todos pisados
Que la tierra los cubria.
Mira por los Capitanes
Que ninguno parescia,
Mira el campo tinto en sangre
La cual arroyos corria.
Él triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenia;
Llorando de los sus ojos
Desta manera decia:
—Ayer era Rey de España, (1)
Hoy no lo soy de una villa;
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseía;
Ayer tenia criados
Y gente que me servia,
Hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.
Desdichada fue la hora,
Desdichado fue aquel dia
En que nací y heredé
La tan grande señoría,
Pues lo habia de perder
Todo junto y en un dia.
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
Y llevas esta alma mia
De aqueste cuerpo mezquino,
Pues te se agradeceria?

---

(1) *De este trozo entresacó Cervantes tres versos que cita en la* part. II. cap. 26 del Quijote, *donde los acopla del modo siguiente:*

Ayer era Rey de España,
Y hoy no tengo una almena
Que pueda decir que es mia.

Id. 12. (Anónimo).

Ya se sale de la priesa
El Rey Rodrigo cansado,
Pusiérase hácia una parte
Por de allí mirar su campo:
Ve que su gente se apoca,
Y que ya va desmayando.
Desque esto vido Rodrigo
No pudo de mas mirallo,
Porque bien ve que los suyos
Ya no pueden soportallo.
Volvió las riendas apriesa,
Da de espuelas al caballo,
Huyendo va á mas andar
Por un dromedal abajo.
Viólo huir Aliastras
Un su Capitan honrado;
Acordó seguir tras él,
Pero no pudo él hallarlo.
Desque vió que no le halla
A Toledo hubo llegado,
Donde quedara la corte,
Y la Reina habia quedado.
Pesábale por llevar
De su Rey tan mal recaudo:
En entrando por la puerta
Comenzó á decir llorando:
—Ya, señora, no sois Reina,
Ya no teneis ningun mando,
Porque en ocho batallas
Perdiste todo el estado:
Perdísteis el Rey Rodrigo
El vuestro marido honrado,
Porque le ví ir huyendo
Muy malamente llagado,
Y que á la hora de agora
Será muerto ó cativado.—
La Reina sin oir mas
Cayó tendida en su estrado.
Despues de grandes cuatro horas
En su sentido ha tornado:
Mandó á Aliastras que cuente
Todo como habia pasado.
Aliastras se lo cuenta
Que nada habia dejado:
La Reina con gran congoja
Dijo: — Ya lo he yo tragado,
Porque le noche pasada
Un mal sueño habia pasado,
Y es que via el Rey Rodrigo
Con el gesto muy airado,
Con ojos vueltos en sangre
Que iba muy apresurado
Para ir á vengar la muerte
Del desdichado Don Sancho,
Y que volvia sangriento
Y su cuerpo mal llagado,
Y que se llegaba á mí
Y me tiraba del brazo,
Y decia estas palabras
Muy fuertemente llorando:
"Quédate á Dios, Reina triste,
Quédate á Dios, que me parto,
Los moros me han ya vencido,
Los moros me han soyogado.
No cures llorar mi muerte,
No cures llorar tu estado,
Procúrate de esconder
Allá en lo mas apartado;
Véte luego á las montañas
De aquel reino Asturiano,
Porque no hay otro remedio
Si quieres quedar en salvo,
Porque España y lo demas
Todo está ya sujetado."

Id. 13. *de Sepúlveda.*

Triste estaba Don Rodrigo,
Desdichado se llamaba,
Gimiendo estaba y llorando
La gran pérdida de España,
No solo porque la pierde,
Mas porque dello fue causa,
Porque dió bestial amor
A esa maldita la Cava.
Si al Rey d'aquesto le plugo
A la Cava le pesaba,
Mas su padre Don Julian
Ha tomado la venganza.
Él y su malvada hija
En Berbería se pasan
Con el Obispo Don Oppas
Que con él se concertaba.
Hace trato con los moros,
Venden la tierra cristiana,
Entraron por Gibraltar
Como quien entra en su casa.—
Ganan á Málaga y Ronda,
Antequera con Granada,
Toda Castilla la Vieja,
Que ninguno lo estorbaba
Sino el triste Rey Rodrigo
Que hobo con ellos batalla,
De donde salió vencido,
Ya que la noche cerraba.
Llamándose va cuitado,
Su persona denostaba;
Los ojos mirando al cielo
Con gran pena lamentaba;
Quéjase de su ventura,
Desta suerte razonaba:
—¡Oh mal venturoso Rey,
Postrer Godo que reinaba!
Hoy pierdes tu tierra y reino,
Fortuna lo trastornaba.
¡Oh Conde Don Julian!
Maldita sea tu saña,
Que gran crueldad has mostrado
Contra la triste de España;
Yo malo que obré el pecado
Merecia haber la paga.
Maldita sea la tu hija
Que de tan gran mal fue causa,
Mis ojos sean malditos
Que su hermosura miraran,
Que á no mirarla ellos
Todo este mal se escusaba.
¡Oh gran Dios de cielo y tierra!
Perdona esta mi alma:
No mireis, justo Señor,
Su pecado, pues pagaba
El cuerpo que lo tal hizo,
A ella haced librada.—
Y con gemidos crecidos,
Sus ojos tornados agua,
Entrara por un jaral,
Sus vestidos desnudaba.
Perdióse el Rey Don Rodrigo,
Que hasta agora no se halla.
Los moros siguen victoria
Hasta la peña Horadada:
Hízoles cara Pelayo
Ese Duque de Cantabria,
Que con su sobrado esfuerzo
De lo perdido ganaba,
Con las gentes que han huido,
A Esturias de Santillana.
Dióle Dios muy gran victoria
Que hasta Leon cobraba;
Toman todos corazon
Sobre la gente pagana.
Otros Reyes sucedieron
Que lo perdido ganaran,

Hasta el quinto Fernando
Que el Católico llamaran,
Que con su esfuerzo ganó
El buen reino de Granada.

Id. 14. (Anónimo).

Los vientos eran contrarios,
La luna era crecida,
Los peces daban gemidos
Por el tiempo que hacia,
Cuando el Rey Don Rodrigo
Junto á la Cava dormia,
Dentro de una rica tienda
De oro bien guarnecida.
Trescientas cuerdas de plata
La su tienda sostenian,
Dentro habia cien doncellas
Vestidas á maravilla;
Las cincuenta estan tañendo
Con muy estraña armonía,
Las cincuenta estan cantando
Con muy dulce melodía.
Allí hablara una doncella
Que Fortuna se decia:
—Si duermes, buen Rey Rodrigo,
Despierta por cortesía,
Y verás tus malos hados,
Tu peor postrimería,
Y verás tus gentes muertas
Y tu batalla rompida,
Y tus villas y ciudades
Destruidas en un dia.
Castillos y fortalezas
Otro señor las regia,
Si me pides quién lo ha hecho
Yo muy bien te lo diria:
Ese Conde Don Julian
Por el amor de su hija,
Porque se la deshonraste
Y mas della no tenia.
Juramento viene haciendo
Que te ha de costar la vida.—
Despertó muy enojado
Con aquella voz que oía,
Con cara triste y penosa
Desta suerte respondia:
—Mercedes á tí, Fortuna,
Desta tu mensagería.—
Estando en esto llegó
Uno que nuevas traia
Como el Conde Don Julian
Las tierras le destruia.
Apriesa pide el caballo
Y al encuentro le salia;
Los enemigos son tantos
Que esfuerzo no le valia,
Que Capitanes y gentes
Huia el que mas podia.
Rodrigo deja sus tierras
Y del real se salia:
Solo va el desventurado
Que no lleva compañía.
El caballo de cansado
Menearse no podia,
Camina por donde quiere
Que no le estorba la via.
El Rey va tan desmayado
Que sentido no tenia,
Muerto va de sed y hambre
Que de verle era mancilla.
Iba tan tinto de sangre
Que una brasa parecia,
Las armas lleva bolladas
Que eran de pedrería,
La espada era una sierra
De los golpes que tenia,

El almete de abollado
La cabeza le hundia,
La cara llevaba hinchada
Del trabajo que sufria.
Subió encima de un cerro
El mas alto que allí habia,
De allí miraba su gente
Como iba de vencida,
De allí mira sus banderas
Y estandartes que tenia
Como estan todos pisados
Y la tierra los cubria.
Mira por los Capitanes
Que ninguno parecia,
Mira el campo tinto en sangre,
El cual arroyos corria.
Él triste de ver aquesto
Gran mancilla en sí tenia,
Lloraba de los sus ojos,
Desta manera decia:
—Ayer era Rey de España,
Y hoy no lo soy de una villa;
Ayer villas y castillos,
Hoy ninguno poseía;
Ayer tenia criados
Y gente que me servia,
No tengo ahora una almena
Que pueda decir que es mia.
Desdichada fue la hora,
Desdichado fue aquel dia
En que nací y heredé
Tan gran reino y señoría,
Pues lo habia de perder
Todo junto y en un dia.
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
Y llevas esta alma mia
De aqueste cuerpo mezquino,
Pues se te agradeceria?

Id. 15. (Anónimo).

Las armas y venas rotas,
El estoque en sangre tinto,
Huye vergonzosamente
De la batalla Rodrigo.
Ciégale el polvo los ojos,
Y con temor del peligro
Los pies y la razon pierden
Juntamente los estribos.
Al fin subió como pudo
Sobre un cerrillo propincuo,
Si de alguna suerte sube
Quien de tan alto ha caido.
Mira desde allí la sangre
De aquellos godos antiguos
Vertida en balde y mezclada
Con la de infames morillos.
Mira las cruces bermejas,
Divisas del cristianismo,
Rendidas infamemente
Al estandarte morisco.
Esto contempla, y tras esto
Sus dos ojos vueltos riscos,
Conociéndose culpado
Así razona consigo:
—Justamente ordena el cielo
Que pues á Dios hice guerra,
Perdido el reino del suelo
Solo para mi consuelo
Tenga siete pies de tierra.
Y si por vanos antojos
Quebré la divina ley,
Hoy me miren estos ojos
Vasallo de mil enojos
Habiéndome visto Rey.
Tambien porque mi castigo
Igual á la culpa sea,

El reino da al enemigo,
Porque siendo yo testigo,
Él lo goze y yo lo vea.
Y déjame solamente
Por mejor me deshonrar,
Caballo que me consiente
Huir vergonzosamente,
Y estoque por me matar.

Id. 16. (Anónimo).

Volved los ojos, Rodrigo,
Volvedlos á vuestra España,
Mirad como os la destruyen
Vuestros amores y Cava:
Mirad la sangre que vierten
Vuestras gentes en batalla,
Castigo de la inocente
Que fue por vos derramada.
¡Ay España,
Perdida por un gusto y por la Cava!
La honra de los antiguos
Por tantos siglos ganada,
Vos solo por un momento
Perdeis reino, cuerpo y alma.
Acabóse vuestro bien
Y vuestros males no acaban,
Que el mal suele acabar honr
Que acaban la vida y fama.
¡Ay España,
Perdida por un gusto y por l Cava!

Id. 17. (Anónimo).

Despues que el Rey D. Rodrigo
A España perdido habia
Íbase desesperado
Por donde mas le placia.
Métese por las montañas
Las mas espesas que via,
Porque no le hallen los moros
Que en su seguimiento iban.
Topado ha con un pastor
Que su ganado traia,
Díjole: —Dime, buen hombre,
Lo que preguntar queria
Es si hay por aquí poblado
O alguna casería
Donde pueda descansar,
Que gran fatiga traía.—
El pastor respondió luego
Que en balde la buscaria,
Porque en todo aquel desierto
Solo una ermita habia,
Adonde está un ermitaño
Que hacia muy santa vida.
El Rey fue alegre de esto
Por allí acabar su vida.
Pidió al hombre que le diese
De comer si algo tenia:
El pastor sacó un zurron,
Que siempre en él pan traía,
Dióle dél y de un tasajo
Que acaso allí echado habia.
El pan era muy moreno,
Al Rey muy mal le sabia,
Las lágrimas se le salen,
Detener no las podia,
Acordándose en su tiempo
Los manjares que comia.
Despues que hubo descansado
Por la ermita le pedia,

El pastor le enseñó luego
Por donde no erraria.
El Rey le dió una cadena
Y un anillo que traía:
Joyas son de gran valor
Que el Rey en mucho tenia.
Comenzando á caminar,
Cuando el sol se retraía,
A la ermita es ya llegado
Que el pastor dicho le habia.
El dando gracias á Dios
Luego á rezar se metia;
Despues que hubo rezado
Para el ermitaño se iba:
Hombre es de autoridad
Que bien se le parecia.
Preguntóle el ermitaño
Cómo allí fue su venida;
El Rey, los ojos llorosos,
Aquesto le respondia:
—El desdichado Rodrigo
Yo soy, que Rey ser solia:
Vengo á hacer penitencia
Contigo en tu compañía;
No recibas pesadumbre
Por Dios y Santa María.—
El ermitaño se espanta,
Por consolallo decia:
—Vos cierto habeis elegido
Camino cual convenia
Para vuestra salvacion,
Que Dios os perdonaria.—
El ermitaño á Dios ruega
Por si le revelaria
La penitencia que diese
Al Rey que le convenia.
Fuéle luego revelado
De parte de Dios un dia,
Que le meta en una tumba
Con una culebra viva,
Y esto tome en penitencia
Por el mal que hecho habia.
El ermitaño al Rey
Muy alegre se volvia,
Contóselo todo al Rey
Como pasado le habia.
El Rey desto muy gozoso
Luego en obra lo ponia,
Métese como Dios manda
Para allí acabar su vida,
Y el ermitaño muy santo
Mírale al tercero dia.
Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?
¿Vaos bien con la compañía?
—Hasta ahora no me ha tocado
Porque Dios no lo queria,
Ruega por mí, el ermitaño,
Porque acabe bien mi vida.—
El ermitaño lloraba,
Gran compasion le tenia,
Comenzóle á consolar
Y esforzar cuanto podia.
Despues vuelve el ermitaño
A ver si ya muerto habia,
Halla que estaba rezando
Y que gemia y plañia.
Preguntóle cómo estaba:
—Dios es en ayuda mia,
Respondió el buen Rey Rodrigo,
La culebra me comia (1),

---

(1) *La leccion de Cervantes en estos versos es:*
Ya me comen, ya me comen
Por do mas pecado habia.
Quijote part. II. cap. 36.

Cómeme ya por la parte
Que todo lo merecia,
Por donde fue el principio
De la mi muy gran desdicha.—
El ermitaño lo esfuerza,
El buen Rey allí moria.
Aquí acabó el Rey Rodrigo,
Al cielo derecho se iba.

Romance del Rey Don Pelayo, *por Sepúlveda.*

Junto al rio Guadalete,
Que á Jerez era cercanó,
Aquese Rey Don Rodrigo
Vencido queda en el campo.
Venciólo el moro Tarif;
Por el su triste pecado
Los moros ganan á España,
Toda la habian conquistado,
Hasta Asturias de Oviedo
Donde se huyó Don Pelayo.
A este alzaron por Rey
Los cristianos que han quedado.
Cercáronlo en una cueva
Mucha gente de paganos:
Alzaman llaman al moro
Que sobre ellos tiene el mando,
Con él vino el mal Obispo
Don Oppas, ese malvado.
Era cuñado del Conde
Que Don Julian es nombrado,
Padre era de la Cava
Que todo el mal ha causado.
Combaten recio la cueva
Con esfuerzo denodado;
Don Oppas se llegó á ella
En un mulo cabalgando.
Hablando está con el Rey
Palabras de gran halago,
Con razones engañosas
Le dijo:—Mira, Pelayo,
Bien sabes el gran poder
De los godos esforzados
Que conquistaron á España
Y en ella habian reinado,
Que nunca fueron vencidos
De bárbaros y romanos.
Por el gran juicio de Dios
Ya su esfuerzo es soterrado,
Quebrantado es su poder,
Muertos yacen en el campo.
Dime tú ¿qué te aprovecha
El esfuerzo que has mostrado,
Y encerrarte en esa cueva?
¿Dó piensas ser escapado?
¿Cuidas por ventura tú
Escapar de los paganos,
Y de ellos te rebelar
Y conseguir temerario
Lo que no pudo Rodrigo,
Aquese Rey afamado,
Con todos los nobles godos
Que los ves desbaratados?
Acuérdate que el su reino
Que en fuerzas fuera abondado,
Y por su sabiduría
De todo el mundo admirado,
Ya es perdido y destruido,
Y en no nada es ya tornado.
Pelayo, yo te aconsejo
La tu vida deseando,
Que te des luego á los moros
Con esos tus allegados:
Tú y ellos sereis muy ricos,
De riquezas abondados,
Sino morireis á espada,
No escapareis de sus manos.—

Don Pelayo cuando oyera
Lo que Don Oppas á hablado,
Recibió muy gran pesar,
Y esta respuesta le ha dado:
—Oppas, tú fuiste Arzobispo
Y en letras bien enseñado;
Bien sabes que tú y el Rey
Vitiza, aquese tu hermano,
Enseñastes mal á Dios
Con vuestros grandes pecados,
Junto con Don Julian
Ese siervo del diablo.
En saña vos lo metistes
Por do vino el grande daño
En la gente de los godos
Varones tan esforzados.
Y aunque esto dure algun tiempo
Dios no nos habrá olvidado;
Él á nos dará venganza
Del que á él hobo cansado.
Yo bien fio en su bondad
Que será como lo hablo,
Y esto me hace non temer
Los moros que me han cercado,
Cuanto mas que es mi abogada
Virgen madre con sus Santos:
Todos rogarán á Dios
Nos libre deste quebranto.
Yo creo con estos pocos
De cobrar lo que es ganado
A los fuertes nobles godos
A quien se ha hecho el estrago,
Que muchas mieses se crian
Y multiplican de un grano.—
Y acabando estas razones
A la cueva se ha tornado.
Todos los que estan con él
Quedaron muy asombrados
En ver que de tantos moros
Todos ellos son cercados.
Todos de un corazon
A Dios estaban rogando
Que los ayudase y libre
Y no mire á sus pecados.
Cuando vido el mal Obispo
Que no aprovecha lo hablado,
Mandó á todos los moros
Que combatan los cristianos,
Que estan sin seso, medrosos,
Y de bien desesperados,
Que acometan con las armas
Y que los hagan pedazos.
Con muy grandes alaridos
A la peña estan tirando
Muchos onderos con piedras,
Con ballestas y con dardos;
Mas el gran poder de Dios
Lidia por los encerrados,
Ca las piedras y saetas
Y dardos que habian tirado
Vuélvense contra los moros,
Muchos matan en el campo.
Veinte mil eran los muertos
Sin otros muchos llagados.
Los moros cuando esto vieron
Todos estan asombrados,
Pelayo alababa á Dios
Por el miraglo pasado,
Cobran todos corazon
Contra los moros malvados,
A unos matan, otros prenden,
De ellos se han bien vengado.
Muerto quedaba Alzaman,
Preso Oppas el malvado:
Por el monte de Anzona
Huyen los que habian quedado,
Cayera el monte con ellos,
Debajo los ha tomado.

Romances del Rey Ramiro. 1.° (Anónimo).

En consulta estaba un dia
Con sus grandes y consejo
El noble Rey Don Ramiro
Varias cosas discurriendo,
Cuando sin pedir licencia
Se entró por la sala adentro
Una gallarda doncella
De amable y hermoso gesto
Vestida toda de blanco,
A quien el rubio cabello
Bordaba de oro los hombros,
A causa de venir suelto.
Ponen los ojos en ella,
Y poniéndolos en ellos
Ella comenzó á hablar,
Y ellos á darle silencio.
—Perdóname, dice, Rey,
Si tu consejo atropello,
Aunque si te le dan malo,
Antes soy digna de premio.
No sé si de Rey cristiano
Te dé nombre, porque entiendo
Que con fingida apariencia
Debes ser moro encubierto;
Que quien da á los que lo son
Las doncellas ciento á ciento,
Si ya no es moro, á ellas
Las soborna para serlo.
Si por darle muerte oculta
Vas desangrando tu reino,
Por harto mejor tuviera
De una vez pegarle fuego;
O sino en tributo y parias
Dieras hombres á lo menos,
Que era dalles enemigos,
De quien vivieran con miedo.
Pero si les das doncellas,
Allá, en dejando de serlo,
Nacerán de cada una
Cinco ó seis contrarios nuestros.
Mas bien acordado está
Que tus hombres se esten quedos,
Porque puedan engendrar
Hijas que paguen en feudo;
Que solo para engendrallas
Deben de tener sugeto
De hombres, que en lo demas
Yo por mugeres los tengo.
Si te acobardan las guerras,
Las mismas doncellas creo
Que han de venírtela á dar
Por el mal que las has hecho,
Y sin duda vencerán
Si lo ponen en efecto,
Que ellas son mugeres hombres,
Y hombres mugeres aquestos.—
Alborotáronse algunos,
Y el Rey corrido y suspenso
Determinó de morir
O libertar á su reino.
Juntó su gente de guerra,
Y prestándoles su esfuerzo
El glorioso Santiago,
Dió la batalla y vencieron.
Quedó medroso Almanzor,
Y el Rey con aqueste hecho
Dió libertad á Castilla,
Y á sí mesmo honroso premio.

Id. 2.° de Sepúlveda.

De Leon y las Asturias
Ramiro tiene el reinado:
Esos moros de Bardulia
Le enviaron su mandado,
Que si paz quiere con ellos
El tributo les sea dado
Que les daba aquese Rey,
Mauregato era llamado.
Cada año son cien doncellas,
Las cincuenta hijas-dalgo,
Para se casar con ellas
Y tenellas á su mando.
Gran pesár cobraba el Rey
En oir el tal recado,
Entró en tierra de los moros,
Mucho los habia estragado.
En Alvella ese lugar
Muy gran lid habian trabado,
Despartiéralos la noche
En Clavijo ese collado.
Los cristianos con fatiga
A Dios estaban llamando,
Llorando de los sus ojos,
Muy grandes suspiros dando.
Lo que le pedian era
Que no los haya olvidado,
Ni consienta que de moros
Queden muertos en el campo;
Ruéganle que los acorra
Pues es su Dios soberano.
Adurmióse el Rey Ramiro,
Santiago le ha hablado,
Díjole: —Rey, sabe cierto
Que cuando Dios por su mano
Nos repartiera las tierras
Do fuésemos predicando,
Solo España á mí la dió
Que la tuviese á mi cargo.
Defendella he de los moros,
Favor soy de los cristianos;
Despierta tú, Rey, no duermas,
No dudes lo que te hablo,
Que yo te vengo á ayudar
Contra los moros paganos.
Con una cruz colorada,
Rey, me verás peleando,
Seña blanca sobre mí
Y tambien sobre el caballo.
Confiésate tú, el Rey,
Y tambien los tus vasallos,
Herid de recio que los moros,
Muertos quedarán en campo.
Llamad el nombre de Dios
Con el mio apellidando.—
Despierto que fue el buen Rey,
El sueño habia revelado;
Hizo lo que le mandó
Santiago el Apostol santo.
Hirieron fuerte que los moros
Del campo los han lanzado,
Y tantos murieron dellos
Que no pueden ser contados.
De allí quedára en Castilla
El invocar á Santiago
Al tiempo de las batallas
Que han habido los cristianos.

40.6

ROMANCES HISTÓRICOS

SUELTOS

A VARIOS ASUNTOS.

Romance de los Infantes de Navarra, de Sepúlveda.

En Castilla y en Navarra
Don Sancho el mayor reinaba,
Muy guerrero es y valiente
Que á los moros quebrantaba.
Grandes batallas les vence,
Muchos dellos captivaba,
Sus reinos mantuvo en paz,
Ninguno se lo estorbaba,
Todos le tienen temor,
A todos los sojuzgaba.
El buen Rey tiene un caballo
Que mucho lo estimaba,
Muy crecido es y hermoso
Cumplido de buena maña,
Tanto, que yendo sobre él
Peligro no recelaba.
De Nájara partió el Rey,
Su caballo encomendaba
A la Reina su muger
Que lo tenga en buena guarda.
El Rey tenia dos hijos
Fernando y García se llaman;
El mayor que es Don García
A la Reina suplicaba
Que este caballo le diese,
En ello mucho afincaba:
Prometióselo la Reina
Que á este hijo mucho amaba.
Un caballero del Rey
A la Reina aconsejaba
Que no le diese el caballo
Que el Rey tanto preciaba,
Que su gracia iba á perder
Y la su ira cobraba.
La Reina con gran temor
La promesa revocaba.
Gran saña cobró García,
Della cobraba gran saña:
Fuese para el Rey su padre,
De su madre mal hablaba.
Dijo que es gran alevosa
Y que traicion le armaba,
Y questo lo probaria:
Con su hermano lo probaba.
Creyó el Rey á Don García
Aquesto que le contaba;
Mandó prender á la Reina
En prision fuerte la echaba.

Para determinar esto
A Córtes el Rey llamaba,
En las Córtes determinan
Que la Reina se haga salva,
Y que diese un caballero
Que haga por ella batalla
Con los dos hijos del Rey,
Y á no darlo sea quemada.
En la córte no hay ninguno
Que emprenda la tal hazaña,
Porque son hijos del Rey
Y bravos en la batalla.
Don Ramiro que es bastardo
Hecho en una barragana,
Es caballero hermoso
De quien mucho se fiaba.
Fuese ante el Rey su padre
Y grandes de su mesnada,
Y díjole que lidiaria,
Con ambos hará batalla
Sobre traicion que á la Reina
A tuerto le es levantada.
El Rey recibió su gage,
La batalla concertaba.
García que el mal urdiera
Su pecado confesaba
A un hombre religioso
Que al buen Rey confesaba,
El cual descubriera al Rey
La falsedad atamaña.
Don Sancho cuando lo supo
Dello gran placer cobraba,
Fuera donde está la Reina
Y perdon le demandaba:
Sacóla de la prision,
Su gran bondad alababa,
A Don Ramiro el bastardo
La Reina mucho preciaba.
Maldijo á sus dos hijos,
Al bastardo lo loaba,
El su reino de Aragon
A Ramiro se lo daba.
Recibió della la corona
Y por Rey se intitulaba,
Las gentes todas lo loan,
Bendiciones le echaban
Porque libró á la Reina
De lo que fuera acusada
Por sus dos hijos nombrados
Y el bastardo la libraba.

Id. de la Condesa de Castilla, por Sepúlveda. (1)

Conde era de Castilla
Don Sancho el muy esforzado,
Hijo es de Garci Fernandez
Que antes dél tuvo el condado,
Nieto es de Fernan Gonzalez
Que á Castilla ha libertado
De los Reyes de Leon
De quien solia ser mandado.
Viuda estaba la Condesa
Madre del Conde Don Sancho,
Quien por casar con un moro
Gran traicion habia pensado.

---

(1) *Este asunto es el de la tragedia de la Condesa de Castilla que hizo el célebre y nunca bien ponderado Don Nicasio Alvarez Cienfuegos, uno de los mas grandes poetas que produjo en España el siglo XVIII. Murió prisionero en Francia víctima de su patriotismo y fidelidad.*

Matar al Conde su hijo
Con yerbas tiene acordado,
Y despues de muerto el Conde
Luego ella habria el Condado,
Y siendo señora dél
Al moro sería entregado,
Y el moro sería señor
De Condado tan honrado.
Tomó yerbas la Condesa,
Ya las está destemplando
Para darlas á beber
A queste Conde Don Sancho.
De las yerbas no podia
Hacerse el Conde librado:
No quiso Dios se cumpliese
Lo que ella tiene acordado,
Que una criada suya
A quien le fue revelado,
Descubrió todo el secreto
Y al Conde hizo avisado.
Cuando vino la Condesa
A obrar tan gran pecado
Dió las yerbas al su hijo
En el vino destemplado:
Rogaba al Conde bebiese
Del vino ques afamado,
Mas él no lo quiso hacer,
Y á su madre habia rogado
Que dello primero beba
Y él hará luego su mando.
Rehúsalo la Condesa
Su traicion disimulando,
Respondió no tener gana
Que la sed se le ha quitado.
Mucho la importunó el Conde
En ello haga su grado,
Y que del vino bebiese
Le estaba importunando;
Pero no aprovecha cosa,
Que siempre lo habia escusado.
El Conde le hizo por fuerza
Beber el vino herbolado;
Luego que lo hobo bebido
Muerta en el suelo ha quedado.
De allí quedó en Castilla
Y se habia acostumbrado
Beber mugeres primero
Y luego los allegados.

Id. de Doña Terea, hermana de Alfonso V., por Sepúlveda.

Romancero Madrid c. 22. fol. 84 a.

En los reinos de Leon
El quinto Alfonso reinaba:
Una hermana tiene el Rey,
Doña Terea se llama.
Audalla, Rey de Toledo,
Por muger se la demanda,
Y el Rey con muy mal consejo
Lo que le pide otorgaba.
Movióse el Rey á hacerlo
Porque el moro le ayudaba
Contra otros Reyes moros
De quien él se recelaba.
Mucho á la Infanta le pesa
En se ver tan denostada
De la casar con un moro
Siendo la Infanta cristiana.
No aprovechan con el Rey
Las lágrimas que lloraba,
Ni los ruegos que le ruegan
Para revocar la manda.
El Rey la envió á Toledo
Adonde Audalla estaba,
Recibióla bien el moro,
En la ver mucho se holgaba:
Procuró haber su amor,
Quiere gozar de la Infanta,

Ella con crecido enojo
Aquesta razon hablaba.
—Yo te digo que no llegues
A mí porque soi cristiana
Y tú, moro, de otra ley
De la mia muy lejana:
No quiero tu compañía,
Tu vista á mí no agradaba,
Si pones manos en mí
Y de tí soy deshonrada,
El angel de Jesucristo,
A quien él me ha dado en guarda,
Herirá ese tu cuerpo
Con su muy tajante espada.—
No se le dió nada al moro
De lo que la Infanta hablaba,
Cumplió en ella su querer,
Dueña el moro la tornaba.
Dende á muy poco rato
El angel de Dios lo llaga,
Dióle grande enfermedad,
Sobre el moro cae gran plaga.
Cuidó el Rey ser della muerto,
Y que de tal mal no escapa.
Llamó á sus ricos-hombres
Con la Infanta los enviaba
A Leon do estaba Alfonso,
Gran presente le llevaban
De oro y piedras preciosas
Que en gran valor estimaban.
Llegados son á Leon,
La Infanta monja se entraba,
Do vivió sirviendo á Dios
Honesta vida muy santa
En aquese monasterio
El que de las Huelgas llaman.

Id. eleccion del Rey Ramiro el Monge. (Anónimo).

Navarros y Aragoneses
Grandes debates tenian
Porque Rey les ha faltado
Y muchos serlo querian.
Précianse de ser leales
Y en ello no consentian,
Que no quieren tomar Rey
Sino al que lo merecia,
Y que fuese de la sangre
Que de Reyes descendia.
Monge era Don Ramiro,
Santo y de muy buena vida,
Hermano del Rey Alfonso,
Que ya difunto yacia.
Sácanlo del monasterio,
Aunque á él no le placia,
A Huesca lo habian llevado,
Por Rey alzado lo habian.
Fue venturoso en batallas,
Ninguna dellas perdia,
Fue de los suyos amado,
Con ellos su haber partia.
En la batalla primera
Que con los moros habia,
Sus caballeros le armaron
De fresca y fuerte loriga.
Cabalgara en su caballo,
El escudo le ponian
En el su brazo siniestro,
Y la espada sin vaina
Le ponian en el derecho,
Y los suyos le decian:
—Las riendas tomad, Señor,
Con aquesta mano misma
Con que asides el escudo
Y ferid en la morisma.—
El Rey como sabe poco
Luego allí les respondia:

—Con esa tengo el escudo,
Tenellas yo no podria,
Ponédmelas en la boca
Que sin embarazo iba.—
Los suyos hicieron luego
Aquello que el Rey pedia;
Ansi entrara en la batalla,
Muchos moros muerto habia:
Salió Rey muy esforzado,
Muchas tierras conqueria,
Dejado habia su reino
Y tornóse á su monjía.

Id. al mismo asunto. (Anónimo).

Deo gracias, devotos Padres,
Dadnos al monge Ramiro,
Que su hermano el Rey Alfonso
Ha fallecido sin hijos.
Navarros y Aragoneses
Traen entre sí homecillo
Que si no es de Real sangre,
No quieren otro caudillo.
Cada cual pretende el reino,
Y á Dios hará mas servicio
En pacificar sus tierras,
Que en el ser Monge Benito.
El buen Ramiro se escusa,
Mas razon no le ha valido,
Que vence necesidad
Que de ley ha carecido.
Sácanlo del monasterio
Sin ser de nadie impedido,
Llévanlo á jurar á Huesca
Y por Rey lo han elegido.
Deseoso está el buen Rey
Por ejercitar su oficio
De Capitan valeroso
Contra el morismo gentío.
Mandó juntar muchas faces
Y acompáñales él mismo,
Pretendiendo en la batalla
Ser á todos preferido.
Al subir en el caballo,
Que la espada se ha ceñido,
Sacándola de la vaina,
De aquesta suerte habia dicho:
—Si la espada ha de envainarse
En sangre del enemigo,
Vaya desnuda en la mano,
No tenga tiempo perdido.
Rienda y escudo no pueden
Ser de una mano regidos,
Porque no tengan estorbos
Vayan por sí divididos.—
Tomó la rienda en la boca,
Y el escudo apercibido,
Metióse así en la batalla
Siendo de todos temido.

Id. de la Campana de Huesca. (Anónimo).

Don Ramiro de Aragon,
El Rey Monge que llamaban,
Caballeros de sus reinos
Asaz lo menospreciaban.
Qu'era muy sobrado manso
Y no sabidor en armas,
Por lo que no le obedecen,
Por lo que le desacatan.
Enviado ha un mensagero
Al Monge que lo criara,
A San Ponce de Tomeras
Donde el buen Abad moraba,

Porque él le diese consejo
En la bajeza en que estaba.
El mensagero se parte
Y al Abad le da una carta:
El Abad no le responde,
En la huerta solo entraba,
El mensagero con él
Que respuesta le demanda.
El Abad lo despachó
Sin hablarle una palabra.
La respuesta que le diera
Fuera cifra bien cerrada,
Que sacando allí un cuchillo
Las ramas altas cortaba.
Despedido el mensagero
Mal contento se tornaba.
Como fue llegado al Rey
Le dijera estas palabras:
—Mal recaudo os traigo, Rey,
Quel Monge no vos preciaba,
Ni me quiso dar respuesta,
Creo que de vos burlaba;
Entróse luego á una huerta
En leyendo vuestra carta,
Y afilando allí un cuchillo
Las ramas emparejaba.—
Oyendo aquestas razones
El Rey las disimulára,
Entendió bien la respuesta
Y el consejo que le daba.
Hizo llamar á las Córtes
A Córtes que celebraba.
Dice que hacer queria
Una solemne campana
Que se oyese por el reino
Y sonase en toda España.
Viérades desto gran risa,
Los grandes dello mofaban;
En esta ciudad de Huesca
Muchas gentes se juntaban.
Llamó un dia á los señores
Y en su cámara les habla,
Y á sus hijos herederos
Hizo quedar en la sala.
En entrando todos ellos
Viéronse entre gente de armas,
Mandó cortar las cabezas
A los que mas dél burlaban.
Quince fueron sentenciados,
A los otros perdonára;
Mandó sacar las cabezas
A los mozos de la sala;
Díjoles qu'eran de sus padres
Todas las que allí miraban,
Porque le tenian en poco
Y en su presencia burlaban:
Que viesen aquel ejemplo
Y ellos mojasen la barba.
Así fue temido el Monge
Con el son de esta campana.

Id. del pecho de los cinco maravedís. (Anónimo). (1)

En esa ciudad de Burgos
En Córtes se habian juntado
El Rey que venció las Navas
Con todos los hijos-dalgo.
Habló con Don Diego el Rey,
Con él se habia consejado,
Que era señor de Vizcaya
De todos el mas privado.

---

(1) *Es al mismo asunto del* En Burgos está el buen Rey.

—Consejedesme, Don Diego,
Que estoy muy necesitado,
Que con las guerras que he hecho
Gran dinero me ha faltado.
Querria llegarme á Cuenca,
No tengo lo necesario,
Si os pareciese, Don Diego,
Por mí será demandado
Que cinco maravedís
Me peche cada hijo-dalgo.
—Grave cosa me parece,
Le respondiera el de Haro,
Que querades vos, Señor,
Al libre hacer tributario;
Más por lo mucho que os quiero
De mí sereis ayudado,
Porque yo soy principal,
Y de mí os será pagado.—
Siendo juntos en las Córtes
El Rey se lo habia hablado,
Levantado está Don Diego
Como ya estaba acordado.
—Justo es lo que pide el Rey,
Por nadie le sea negado,
Mis cinco maravedís
Hélos aquí de buen grado.—
Don Nuño, Conde de Lara,
Mucho mal se habia enojado,
Pospuesto todo temor
Desta manera ha hablado:
—Aquellos donde venimos
Nunca tal pecho han pagado,
Nos menos lo pagaremos
Ni al Rey tal le será dado.
El que quisiere pagarle
Quede aquí como villano,
Váyase luego tras mí
El que fuere hijo-dalgo.—
Todos se salen tras él,
De tres mil, tres han quedado,
En el campo de la Clera
Todos allí se han juntado.
El pecho que el Rey demanda
En las lanzas lo han atado,
Envíanle á decir
Que el tributo está llegado,
Que envie sus cogedores
Y luego será pagado;
Mas que si él va en persona
No será desacatado,
Pero que enviase aquellos
De quien fuera aconsejado.
Cuando aquesto oyera el Rey
Y que solo se ha quedado,
Volvióse para Don Diego,
Consejo le ha demandado.
Don Diego como sagaz
Este consejo le ha dado:
—Desterredesme, Señor,
Como que yo lo he causado,
Y así cobrareis la gracia
De los vuestros hijos-dalgo.—
Otorgó el Rey el consejo;
A decir les ha enviado
Que quien le dió tal consejo
Será muy bien castigado,
Que hidalgos de Castilla
No son para haber pechado.
Muy alegres fueron todos,
Todo se hubo apaciguado,
Desterraron á Don Diego
Por lo que no habia pecado,
Mas dende á pocos dias
A Castilla fue tornado.
El bien de la lealtad
Por ningun precio es comprado.

Id. Amores de Alfonso VIII con Fermosa, por Sepúlveda.

Muerto era ese buen Rey
Don Sancho el deseado:
Gran llanto se hizo en Castilla,
Que era de todos amado.
Su hijo el octavo Alfonso
Sus reinos habia heredado,
Ese que venció en las Navas
De Tolosa al Rey pagano,
Ese Miramamolin
De Marruecos tan nombrado.
Aunque el Rey es muy pequeño,
Los grandes de su reinado
Allá en Ingalaterra
Al Rey lo tienen casado
Con hija de Don Enrique,
Que della es Rey coronado.
En Burgos se hacen las bodas,
Muchas gentes se han juntado,
Muy ricas fueron y honradas
Por ser tal el desposado.
El Rey con la su muger
A Toledo habia llegado;
Mas como amor es tan ciego
Al Rey habia engañado.
Pagóse de una judía,
Della estaba enamorado:
Fermosa habia por nombre,
Cuádrale el nombre llamado.
Olvidó el Rey á la Reina,
Con aquella se ha encerrado.
Siete años estaban juntos
Que no se habian apartado,
Y tanto la amaba el Rey
Que á su reino habia olvidado.
De sí mismo no se acuerda;
Los suyos han acordado
De poner recabdo en ello
En fecho tan feo y malo.
Acuerdan de la matar
Por ver su Señor cobrado,
Porque lo tienen perdido
Y les será bien contado.
Fueron donde estaba el Rey
Con la judía en su cabo:
Los unos hablan con él,
Los otros habian entrado
Donde la judía estaba
Sobre un muy rico estrado.
Matáronla luego allí
Y á los que han con ella hallado.
El Rey que supo su muerte
Triste estaba y muy cuitado:
No sabia qué se hiciese,
Que el amor demasiado
Que tenia á la judía
Lo ha de seso enagenado.
Sus vasallos lo consuelan,
A Illescas lo habian llevado.
Estando el Rey una noche
En la su cama acostado
Cuidando en la judía
Un angel le habia hablado.
—¿Aún cuidas, le dijo, Alfonso,
En el tu grave pecado?
Dios de tí gran deservicio
De tu maldad ha tomado;
No fincará de tí hijo,
Mas hija te habrá heredado.
Procura de á Dios servir
Porque te haya perdonado.
—Angel, respondió el Rey,
Ante Dios sé mi abogado,
Yo ya conozco mi culpa
Y conozco haber errado.

Id. Muerte de los Carvajales. (Anónimo).

Válasme, nuestra Señora,
Cual dicen, de la Ribera,
Donde el buen Rey Don Fernando
Tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo
Hasta el jueves de la Cena,
Que el Rey no se hizo la barba
Ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,
Un canto por cabecera,
Los cuarenta pobres comen
Cada dia á la su mesa.
De lo que á los pobres sobra
El Rey hace la su cena,
Con vara de oro en su mano
Bien hace servir la mesa.
Dícenle sus caballeros
Dónde irá á tener la fiesta:
—A Jaen, dice, señores,
Con mi señora la Reina.—
Despues que estuvo en Jaen
Y la fiesta hubo pasado,
Pártese para Alcaudete
Ese castillo nombrado:
El pie tiene en el estribo,
Que aun no se habia apeado,
Cuando le daban querella
De dos hombres hijos-dalgo,
Y la querella le daban
Dos hombres como villanos.
Abarcas traen calzadas
Y aguijadas en las manos.
—Justicia, justicia, Rey,
Pues que somos tus vasallos,
De Don Pedro Carvajal
Y Don Alfonso su hermano,
Que nos corren nuestras tierras
Y nos robaban el campo,
Y nos fuerzan las mugeres
A tuerto y desaguisado.
Comíannos la cebada
Sin despues querer pagallo,
Hacen otras desvergüenzas
Que vergüenza era contallo.
—Yo haré dello justicia,
Tornaos á vuestro ganado.—
Manda pregonar el Rey
Y por todo su reinado,
De cualquier que los hallase
Le daria buen hallazgo.
Halióles el Almirante
Allá en Medina del Campo
Comprando muy ricas armas,
Jaezes para caballos.
—Presos, presos, caballeros,
Presos, presos, hijos-dalgo.
—No por vos, el Almirante,
Si de otro no traeis mandado.
—Estad presos, caballeros,
Que del Rey traigo recaudo.
—Plácenos, el Almirante,
Por cumplir el su mandado.—
Por las sus jornadas ciertas
En Jaen habian entrado.
—Manténgate Dios, el Rey,
—Mal vengades, hijos-dalgo.—
Mándales cortar los pies,
Mándales cortar las manos,
Y mándalos despeñar
De aquella peña de Martos.
Allí hablára el uno dellos
El menor y mas osado:
—¿Por qué lo haces, el Rey?
¿Por qué haces tal mandado?
Querellámonos, el Rey,

Para ante Dios Soberano
Que dentro de treinta dias
Vais con nosotros á plazo,
Y ponemos por testigos
A San Pedro y á San Pablo,
Por escribano ponemos
Al Apostol Santiago.——
El Rey no mirando en ello
Hizo cumplir su mandado,
Por la falsa informacion
Que los villanos le han dado;
Y muertos los Carvajales
Que lo habian emplazado,
Antes de los treinta dias
Él se hallára muy malo:
Y desque fueron cumplidos,
En el postrer dia del plazo
Fue muerto dentro en Leon
Do la sentencia hubo dado.

Id. Un moro anuncia la libertad de España del yugo agareno. (Anónimo).

Cuando el Rey Fernando cuarto
Puso cerco á Gibraltar,
Y de morir ó tomalla
Juró en un libro misal;
Despues que le dió el asalto
Por la tierra y por la mar,
Y se le rindió á partido
El castillo y la ciudad,
Salió de ella un moro viejo,
Bien de cien años de edad,
Preguntando por el Rey
Para hablarle en puridad.
Fincó en tierra los hinojos,
Mándale el Rey levantar,
Desta suerte dijo el moro:
Bien oireis lo que dirá.
—— Yo viví ledo en Sevilla
Por largos años en paz,
Cuando el ínclito Fernando
Nos la vino á conquistar.
De allí me vine á Jerez
Donde á la saña Real
De Alfonso tu sabio abuelo
Resistir pudimos mal.
A Gibraltar elegí
Despues, Señor, por lugar
El mas fuerte que tenian
Los moros de aquende el mar,
Donde á tu fuerza y desdenes
Oponer es por demas.
Si la sigues con denuedo
Término estrecho la dan
Los límites de la tierra;
Tanto has de señorear.
Pon mientes en lo que digo,
Porque así acontecerá,
Que á un moro gran sabidor
Se lo oí profetizar.

Id. Prision del Duque de Arjona. (Anónimo).

En Arjona estaba el Duque
Y el buen Rey en Gibraltar,
Envióle un mensagero
Que le viniese á hablar.
Mal aventurado el Duque
Vino luego sin tardar,
Jornada de quince dias
En ocho la fuera á andar.

Hallaba las mesas puestas
Y aparejado el yantar,
Y desque hubieron comido
Vanse á un jardin á holgar.
Andándose paseando
El Rey comenzó de hablar:
—De vos, el Duque de Arjona,
Grandes querellas me dan
Que forzades las mugeres
Casadas y por casar;
Que les bebiades el vino
Y les comiades el pan;
Que les tomais la cebada
Sin se la querer pagar.
—Quien os lo dijo, buen Rey,
No os dijera la verdad.
—Llámasme mi camarero
De mi cámara real,
Que me trajese unas cartas
Que en mi barjoleta estan.
Védeslas aquí, el Duque,
No me lo podeis negar.
Preso, preso, caballeros,
Preso de aquí lo llevad,
Entregadlo al de Mendoza
Ese mi Alcalde el leal.

Id. Muerte de Don Manrique de Lara: por Juan de Leyva.

A veinte y siete de Marzo,
La media noche sería,
En Barcelona la grande
Muy grandes llantos habia.
Los gritos llegan al cielo,
La gente se amortecia
Por Don Manrique de Lara
Que deste mundo partia.
Muerto lo traen á su tierra
Donde vivo sucedia,
Su bulto llevan cubierto
De muy rica pedrería;
Cercado de escudos de armas
De real genealogía
De aquellos altos linages
Donde aquel señor venia.
De los Manriques y Castros
El mejor era que habia,
De los Infantes de Lara
Derechamente venia.
Con él salen Arzobispos
Con toda la clerecía,
Caballeros traen sus andas,
Duques son su compañía,
Llóralo el Rey y la Reina
Como aquel que les dolia,
Llóralo toda la córte
Cada cual quien mas podia.
Quedaron todas las damas
Sin consuelo ni alegría,
Cada uno de los galanes
Con sus lágrimas decia,
El mejor de los mejores
Hoy nos deja en este dia:
Hizo honra á los menores,
A los grandes demasía,
Parece al Duque su padre
En toda caballería.
Solo un consuelo le queda
Y es el que mas él queria,
Que aunque la vida muriese
Su memoria quedaria.
Parecióme Barcelona
A Troya cuando se ardia.

Id. De la Duquesa de Güimarest. (Anónimo).

Quéjome de vos, el Rey,
Por haber crédito dado
Del buen Duque mi marido
Lo que le fue levantado.
Mandástemelo prender
No siendo en nada culpado:
Mal lo hecistes, Señor,
Mal fuistes aconsejado,
Que nunca os hizo aleve
Para ser tan mal tratado,
Antes os sirvió, mezquina,
Poniendo por vos su estado.
Siempre vino á vuestras córtes
Por cumplir vuestro mandado.
No lo hiciera, Señor,
Si en algo os hubiera errado,
Que gente y armas tenia
Para darse á buen recaudo;
Mas vino como inocente
Que estaba de aquel pecado;
Vos no mirando justicia
Habéismelo degollado.
No lloro tanto su muerte
Como vello deshonrado
Con un pregon que decia
Lo por él nunca pensado.
Murió por culpas agenas
Injustamente juzgado,
El ganó por ello gloria,
Yo para siempre cuidado.
Agora vivo en prisiones
En que vos me habeis echado,
Con una hija que tengo
Que otro bien no me ha quedado,
Que tres hijos que tenia
Habéismelos apartado,
El uno es muerto en Castilla,
El otro desheredado,
El otro tiene su ama,
No espero verlo criado,
Por el cual pueden decir
Inocente desdichado.
Y pido de vos enmienda,
Rey, Señor, primo y hermano,
A la Justicia de Dios
De hecho tan mal mirado:
Por verme á mí con venganza,
Y á el sin culpa culpado.

Id. El Conde de Barcelona y la Emperatriz de Alemania. (Anónimo).

En el tiempo que reinaba
Y en virtudes florecia
Este Conde Don Ramon
Flor de la caballería,
En Barcelona la grande,
Que por suya la tenia,
Nuevas ciertas de dolor
De un estrangero sabia
Que allá en Alemania
Grande llanto se hacia
Por la noble Emperatriz
Que en virtud resplandecia,
Que dos malos caballeros
La acusan de alevosía
Ante el gran Emperador
Que mas que á sí la queria,
Diciendo: —Sepa tu Alteza,
Gran Señor, si te placia,
Que nosotros hemos visto
A la Emperatriz un dia

Holgar con su camarero
No mirando que hacia
Traicion á tí, Señor,
Y á su gran genealogía.—
L'Emperador muy turbado
Desta suerte respondia:
—Si es verdad, caballeros,
Esa tan gran villanía,
Yo haré un tal castigo
Cual conviene á la honra mia.—
Mandóla luego prender
Y en prisiones la ponia,
Hasta ser complido el plazo
Que la ley le disponia.
Búscanse dos caballeros
Que defiendan la su vida
Contra los acusadores,
Que en el campo se veria
La justicia cuya era
Y á quién Dios favorecia.
Pues sabido por el Conde
La nueva tan dolorida,
Determina de partir
A librarla si podia
Con no mas de un escudero
De quien él mucho se fia.
Andando por sus jornadas
Sin parar noche ni dia,
Llegado es á las córtes
Que el Emperador tenia
Para dar la gran sentencia
De allí al tercero dia
De quemar l' Emperatriz,
Cosa de muy gran mancilla;
Pues no habia caballero
En tan gran caballería
Que por una tal señora
Quiera aventurar su vida,
Por ser los acusadores
De gran suerte y gran valía.
Pues el Conde ya llegado
Preguntó si ser podria
Hablar con la Emperatriz
Por cosa que le cumplia.
Supo que ninguno entraba
Do estaba su señoría,
Sino es su confesor
Fraile de muy santa vida.
Vase el Conde para él,
Desta suerte le decia:
—Padre, yo soy estrangero,
De lejas tierras venia
A librar, si Dios quisiese,
O morir en tal porfia,
A la gran Emperatriz
Que sin culpa yo creia;
Mas primero, si es posible,
Gran descanso me sería
Hablar con su Magestad
Si esto hacerse podia.
—Yo daré orden, Señor,
El buen fraile respondia:
Tomará vuestra merced
Hábito que yo tenia,
Y vestirse ha como fraile
Y irá en mi compañía.—
Ya se parte el buen Conde
Con el fraile que lo guía.
Llegados que fueron dentro
En la carcel do yacia,
Las rodillas por el suelo
El buen Conde así decia:
—Yo soy, muy alta Señora,
De España la ennoblecida,
Y de Barcelona Conde
Ciudad de gran nombradía.
Estando en la mia córte
Con solaz y alegría,
Por muy cierta nueva supe
La congoja que tenia

Vuestra Real Magestad,
De lo cual yo me dolia,
Y por eso yo partí
A poner por vos la vida.—
La Emperatriz questo oyera
De gozosa no cabia,
Lágrimas de los sus ojos
Por su linda faz vertia;
Tomárale por las manos
Desta suerte le decia:
— Bien seais venido, Conde,
Buena sea vuestra venida:
Vuestra nobleza y valor,
Vuestro esfuerzo y valentía
Ya me hacen ser muy cierta
Que mi honra librarian:
Vuestra vida está segura,
Pues que Dios bien lo sabia
Que es falsa la acusacion
Que contra mí se ponia.—
Ya se despide el buen Conde,
Ya las manos le pedia
Para haberlas de besar,
Mas ella no consentia.
Vase para su posada;
Ya aquel plazo se cumplia,
Armado de todas armas
Bien á punto se ponia,
Y él como era muy dispuesto
¡Oh cuán bien que parecia!
Su escudero iba con él
Bien armado, que salia
En un caballo morcillo
Muy rijoso en demasía.
Yendo por la grande plaza
Con orgullo que traia,
Encontró con un muchacho
Que de vello era mancilla,
En ver que luego murió
Sin remedio de su vida.
L'escudero questo vido
Con temor que en él habia,
Comenzó luego á huir
Cuanto el caballo podia;
Y quedó el Conde solo,
No de esfuerzo y valentía.
Y como era valeroso
No dejó de hacer su vía,
Y puesto entre los jueces
Dijo que él defenderia
Ser maldad y traicion,
Ser envidia y ser falsía
La acusacion que le ponen
A su alta Señoría;
Y que salgan uno á uno
Pues está sin compañía.
Estas palabras diciendo
Ya el acusador venia
Con trompetas y atabales,
Con estruendo y gallardía.
Parten el sol los jueces,
Cada cual tomó su vía,
Arremeten los caballos,
Gran encuentro se hacia;
Del acusador la lanza
En piezas volado habia
Sin herir á Don Ramon
Ni menearlo de la silla:
Don Ramon á su contrario
De tal encuentro lo heria,
Que del caballo abajo
Derribado lo habia.
El Conde que así lo vido
Del caballo descendia;
Va para él con denuedo
Donde le quitó la vida.
El otro acusador
Que vió tanta valentía
En l'estraño caballero
Gran temor en sí tenia,

Y viendo que falsamente
El acusador hacia,
Demandó misericordia
Y al buen Conde se rendia.
Don Ramon con gran nobleza
Desta suerte respondia:
—No soy parte, caballero,
Para yo daros la vida,
Pedidla á su Magestad
Que es quien dárosla podia.—
Y preguntó á los jueces
Si mas hacer se debia
Por librar la Emperatriz
De lo que se l'imponia:
Respondieron que la honra
Él ganada la tenia,
Que en su libertad estaba
De hacer lo que queria.
Desque aquesto oyera el Conde
Del palenque se salia:
Vase para su posada,
No reposa hora ni dia,
Mas encima de su caballo
Desarmado se salia.
El camino de su tierra
En breve pasado habia.
Tornando al Emperador
Grande fiesta se hacia;
Sacaron la Emperatriz
Con grandísima alegría,
Con los juegos y las fiestas
La ciudad toda se hundia.
Todos iban muy galanes,
Cada cual quien mas podia.
L'Emperador muy contento
Por el vencedor pedia
Para hacerle aquella honra
Que su bondad merecia:
Desque supo que era ido
Gran dolor en sí tenia:
A la Emperatriz pregunta
Le responda por su vida
Quién era su caballero
Que tan bien la defendia.
Respondiérale:—Señor,
Yo jurado lo tenia
No decir quien era él
Dentro del tercero dia.—
Mas despues de ser pasado
Ante muchos lo decia,
Como era el gran Conde
Flor de la caballería,
Y Señor de Cataluña
Y de toda su valía.
El Emperador que lo supo
De contento no cabia
Viendo que tan gran Señor
De su honra se dolia.
La Emperatriz determina,
Y el Emperador lo queria,
De partirse para España,
Y así luego se partia
Para ver su caballero
A quien tanto ella debia.
Con trescientos de á caballo
Comenzó de hacer su via,
Dos Cardenales con ella,
Por tenerle compañía,
Muchos Duques, muchos Condes
Con muy gran caballería.
El buen Conde que lo supo
Gran aparato hacia,
Y cerca de Barcelona
A recibir la salia
Acompañado de grandes
De su grande señoría;
Y una legua de camino,
Y otros mas dicen que habia,
Mandó poner grandes mesas
De comer muy bastecidas.

Pues recibida que fue
Con muy grande cortesía,
Entraron en Barcelona,
La cual estaba guarnida
De muy ricos paramentos
Y de gran tapicería.

Hacen justas y torneos,
Y otras fiestas de alegría.
Desta manera el buen Conde
A la Emperatriz servia,
Hasta que para su tierra
De tornarse fue servida.

ÍNDICE POR MATERIAS.

Advertencia. III
Discurso preliminar. VII
ROMANCES CABALLERESCOS SUELTOS. 1

ROMANCES DE AMADÍS Y DE LA TABLA REDONDA.

De Amadís. 20
De Lanzarote del Lago. 21
De Tristan de Leonis. 22

ROMANCES DE CARLO MAGNO Y LOS DOCE PARES.

Del Conde Dirlos. 23
Del Marqués de Mantua, Valdovinos y Carloto. 40
Del Conde Claros. 62
Del Conde Alarcos. 70
Del Conde Grimaltos y Montesinos. 75
Del Rey Marsilio. 85
Del destierro de Roldan. . . . . id.
De Reynaldos y la Infanta Celidonia. 89
De la conquista del reino de Aliarde por Roldan y Reynaldos. 95
Desafío de Oliveros y Montesinos por amores de Aliarda. . . 99
Destierro de Reynaldos y conquista de Trapisonda. 104
Del Moro Calaynos. 109
De Gayferos y Melisendra. 115
De Durandarte, Belerma y Montesinos. 131
De la batalla de Roncesvalles, de Doña Alda y Guarinos. . 136
ROMANCES DE BERNARDO DEL CARPIO. 142

Romances de poemas caballerescos.

De Zerbin moribundo. 166
De Olimpia y Vireno. 167
De Rugero y Angélica. 168
De Sacripante y Angélica 169
De Angélica y Medoro. 170
De Roldan celoso. 172
De la locura de Roldan. . . . . id.
De la muerte de Agrican. 173
De los celos de Bradamante. . . . . id.
Del bautismo de Rugero. 175
Desafío de Rodamonte y Rugero. . . . . id.
Batalla de ambos. 176
Romances burlescos de caballeria. 177

Algunos romances de las crónicas de España.

Del Rey Bamba. 179
Del Rey Rodrigo. 181
Del Rey Don Pelayo. 198
Del Rey Don Ramiro, y el feudo de cien doncellas. 200
De los Infantes de Navarra. 202
De la Condesa de Castilla y sus amores con un Moro. 203
De Doña Terea, hermana de Alfonso V. 204
De la eleccion al trono de Aragon de Ramiro el Monge. . . . 205
De la campana de Huesca, y castigo de los infanzones. 206
Del pecho pedido á los nobles por Alfonso VIII. 207
Amores de este Rey con Fermosa la judia. 209
Muerte de los Carvajales. 210
Del Moro que profetiza la libertad de España. 211
De la prision del Duque de Arjona. . . . . id.
Muerte de Don Manrique de Lara. 212
De la Duquesa de Güimarest. 213
Del Conde de Barcelona y la Emperatriz de Alemania. . . . id.

ÍNDICE ALFABÉTICO.

A.

A caza iban, á caza. *Cancionero de romances*..... 11
A cazar va el caballero. *Id*..... id.
A caza va el Emperador. *Id*..... 68
Aguardando que amanezca. *Romancero general*..... 158
Al Casto Rey Don Alfonso. *Id*..... 149
A los pies arrodillado. *Segunda parte de id. por Madrigal*..... 150
Al pie de un túmulo negro. *Romancero general*..... 164
Andados treinta y seis años. *Cancionero de romances*..... 149
Antes que barbas tuviese. *Romancero general*..... 162
Aquí gozaba Medoro. *Id*..... 172
Arriba, canes, arriba. *Cancionero de romances*..... 3
Asentado está Gayferos. *Id*..... 119
Atan alta va la luna. *Id*..... 16
A veinte y siete de marzo. *Id*..... 212

B.

Bañando está las prisiones. *Romancero general*..... 144
Blanca sois, señora mia. *Cancionero de romances*..... 13
Blasonando está el Francés. *Segunda parte del Romancero general por Madrigal*..... 160
Bodas hacian en Francia. *Cancionero de romances*..... 5

C.

Caballero de lejas tierras. *Floresta de Böhl. Tomo I*..... 17
Cata Francia, Montesinos. *Cancionero de romances*..... 82
Cautiva, ausente y celosa. *Romancero general*..... 128
Compañero, compañero. *Cancionero de romances*..... 14
Con cartas y mensageros. *Id*..... 145
Conde era de Castilla. *Romances de Sepúlveda*..... 203
Con los mejores de Asturias. *Romancero general*..... 158
Con solos diez de los suyos. *Id*..... 154
Contándole estaba un dia. *Id*..... 143
Con tres mil y mas Leoneses. *Romancero general*..... 157
Cual el furioso leon. *Id*..... 165
Cuando aquel claro lucero. *Floresta de varios romances*..... 89
Cuando de Francia partimos. *Romancero general*..... 137
Cuando el Rey Fernando cuarto. *Id*..... 211
Cuando las pintadas aves. *Id*..... 189

D.

De Francia partió la niña. *Cancionero de romances*..... 2
De Leon y las Asturias. *Romances de Sepúlveda*..... 201
De lo mas alto de un monte. *Segunda parte del Romancero general por Madrigal*..... 188
De los nobilísimos Godos. *Romances de Sepúlveda*..... 184
Del Soldan de Babilonia. *Cancionero de romances*..... 5
De Mantua salen apriesa. *Id*..... 51
De Mantua salió el Marqués. *Id*..... 40
De Mérida sale el Palmero. *Id*..... 6
Deo gracias, devotos padres. *Romancero general*..... 206
Despues que el muy esforzado. *Cancionero de romances*..... 20
Despues que el Rey Don Rodrigo. *Id*..... 196
Desterró el Rey Alfonso. *Romancero general*..... 155
De su querido Vireno. *Id*..... 167
De una torre de palacio. *Id*..... 185
Dia era de Sant Jorge. *Cancionero de romances*..... 85
Domingo era de Ramos. *Id*..... id.
Don Ramiro de Aragon. *Romances de Sepúlveda*..... 206
Don Rodrigo, Rey de España. *Cancionero de romances*..... 183
Durandarte, buen amigo. *Romancero general*..... 177
Durandarte, Durandarte. *Cancionero de romances*..... 131

E.

El Conde Don Sancho Diaz. *Romances de Sepúlveda*..... 142
El cuerpo preso en Sansueña. *Romancero general*..... 128
El invencible Francés. *Id*..... 160
En Arjona estaba el Duque. *Cancionero de romances*..... 211
En Castilla está un castillo. *Id*..... 84
En Castilla y en Navarra. *Romances de Sepúlveda*..... 202
En Ceuta está Don Julian. *Cancionero de romances*..... 188
En consulta estaba un dia. *Romancero general*..... 200
En córte del Casto Alfonso. *Cancionero de romances*..... 144
En el mes era de abril. *Id*..... 4
En el nombre de Jesus. *Id*..... 58
En el tiempo que reinaba. *Silva de varios romances*..... 213
En esa ciudad de Burgos. *Cancionero de romances*..... 207
En Francia estaba Belerma. *Floresta de varios romances*..... 134
En gran pesar y tristeza. *Cancionero de romances*..... 151
En la ciudad de Toledo. *Id*..... 181
En la selva está Amadis. *Id*..... 20
En las salas de París. *Id*..... 99
En Leon y las Asturias. *Romances de Sepúlveda*..... 161
En los campos de Alventosa. *Cancionero de romances*..... 136
En los Reinos de Leon. *Id*..... 142
En los Reinos de Leon. *Romances de Sepúlveda*..... 204
En los tiempos que me vi. *Floresta de Böhl. Tomo I*..... 8

En Luna está preso el Conde. *Romances de Sepúlveda*..... 146
En Paris está Doña Alda. *Cancionero de romances*..... 138
Entre los dulces testigos. *Flor de varios y nuevos romances*..... 172
Envuelto en su roja sangre. *Romancero general*..... 170
En una desierta isla. *Id*..... 168
En un caballo ruano. *Id*..... 175
Ese Conde Cabreruelo. *Id*..... 19
Esos nobles fuertes Godos. *Romances de Sepúlveda*..... 179
Estaba la linda Infanta. *Cancionero de romances*..... 3
Estábase Don Reynaldos *Id*..... 95
Estábase el Conde Dirlos. *Id*..... 23
Estábase la Condesa. *Id*..... 115
Estando en paz y sosiego. *Id*..... 147

F.

Ferido está Don Tristan. *Cancionero de romances*..... 22

G.

Grande estruendo de campanas. *Floresta de varios romances*..... 61
Gritando va el caballero. *Cancionero de romances*..... 12

H.

Helo, helo por do viene. *Cancionero de romances*..... 9

I.

Inhumano Rey Alfonso. *Segunda parte del Romancero general por Madrigal*..... 159

J.

Junto al rio Guadalete. *Romances de Sepúlveda*..... 198

L.

Las armas y venas rotas. *Segunda parte del Romancero general por Madrigal*..... 195
Las huestes del Rey Rodrigo. *Cancionero de romances*..... 191
Las obsequias funerales. *Segunda parte del Romancero general por Madrigal*..... 163
Los vientos eran contrarios. *Floresta de varios romances*..... 194

M.

Mala la vísteis, Franceses. *Cancionero de romances*..... 139
Malas mañas habeis, tio. *Id*..... 14
Mal mis servicios pagaste. *Romancero general*..... 162
Mandó el Rey prender Vergilios. *Cancionero de romances*..... 1
Mas envidia he de vos, Conde. *Id*..... 66
Media noche era por hilo. *Id*..... 62
Mil celosas fantasías. *Romancero general*..... 130
Mis arreos son las armas. *Cancionero de romances*..... 14
Moriana en un castillo. *Depping*..... 10

Muchas veces oí decir. *Silva de varios romances*..... 75
Muerte, si te das tal priesa. *Romancero general*..... 166
Muerto era ese buen Rey. *Romances de Sepúlveda*..... 209
Muerto yace Durandarte. *Floresta de varios romances*..... 134

N.

Navarros y Aragoneses. *Romances de Sepúlveda*..... 205
No cesando el Casto Alfonso. *Cancionero de romances*..... 148
No con los dados se gana. *Romancero general*..... 118
No tiene heredero alguno. *Romances de Sepúlveda*..... 152
Nunca fuera caballero. *Cancionero de romances*..... 22
Nuño Vero, Nuño Vero. *Id*..... 60

O.

Oh Belerma, oh Belerma. *Cancionero de romances*..... 132
Oh canas ignominiosas. *Romancero general*..... 187
Oid, señor Don Gayferos. *Id*..... 127
Oiga, oiga, buen soldado. *Tradicional*..... 18

P.

Paseábase el buen Conde. *Floresta de Böhl. Tomo I*..... 17
Pésame de vos, el Conde. *Cancionero de romances*..... 65
Por el jardin de las Damas. *Romancero general*..... 185
Por el rastro de la sangre. *Floresta de varios romances*..... 133
Por la parte donde vido. *Id*..... 131
Por muchas partes herido. *Flor de varios y nuevos romances*..... 138
Por una triste espesura. *Depping*..... 169

Q.

Quéjome de vos, el Rey. *Cancionero de romances*..... 213
¡Quién hubiese tal ventura. *Id*..... 2

R.

Regalando el tierno bello. *Romancero general*..... 171
Rendidas armas y vida. *Id*..... 176
Retirado en su palacio. *Id*..... 153
Retraida está la Infanta. *Cancionero de romances*..... 70
Revuelta en sudor y llanto. *Segunda parte del Romancero general por Madrigal*..... 186
Roja de sangre la espuela. *Romancero general*..... 173
Rotas las sangrientas armas. *Flor de varios y nuevos romances*... 175

S.

Señor Conde Don Roldan. *Romancero general*..... 178
Sobre el corazon difunto. *Floresta de varios romances*..... 135
Sobre el cuerpo desangrado. *Segunda parte del Romancero general por Madrigal*..... 61
Sobre la desierta arena. *Depping*..... 170
Suelta las riendas al llanto. *Flor de varios y nuevos romances*.... 173

T.

Tiempo es, el caballero. *Floresta de Böhl. Tomo I*..... 17
Tiempo es, el caballero. *Cancionero de romances*..... 16
Tres hijuelos habia el Rey. *Id*..... 21
Triste estaba el caballero. *Id*..... 15
Triste estaba el caballero. *Id*..... id.
Triste estaba Don Rodrigo. *Romances de Sepúlveda*..... 193

U.

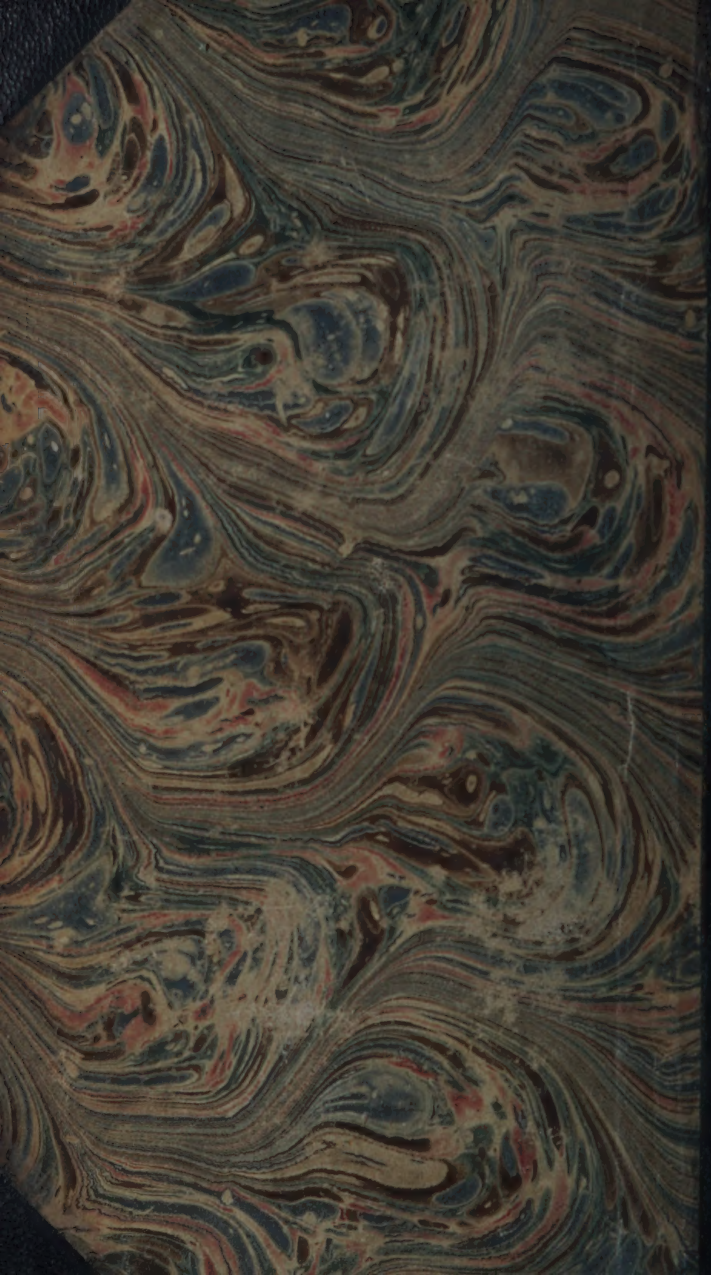
Un gallardo Paladin. *Romancero general*..... 136

V.

Válasme nuestra Señora. *Cancionero de romances*..... 210
Vámonos, dijo, mi tio. *Id*..... 117
Volved los ojos, Rodrigo. *Depping*..... 196

Y.

Ya cabalga Calaynos. *Cancionero de romances*..... 109
Ya piensa Don Bernaldino. *Id*..... 8
Ya se sale de la priesa. *Id*..... 192
Ya que estaba Don Reynaldos. *Id*..... 104

ERRATA NOTABLE.

Pag. XLI del Discurso, línea 22, dice *José Llanos:* léase *Jovellanos.*